



Simbad

N.º 192

LA LUZ AZUL

ELENA PORIER
\$ 5.-

Juan y Juanita

CAPITULO III.—¡BARCO A LA VISTA!



1. Juan y Juanita regresaban a su patria cuando un huracán estalló en alta mar. El barco perdió la brújula y navegaba sin rumbo fijo. Para distraerse, Juan abrió una puerta y descubrió una gran cantidad de cajas que contenían armas. El capitán, sorprendiéndole, preguntó: "—¿Qué buscas ahí?"



2. "—Nada, señor", balbuceó el niño, cohibido ante la dura mirada que le dirigía Manuel Catalán. Luego éste, suavizando su expresión, dijo: "—No temas. No soy contrabandista ni traficante de armas. Llevo ese arsenal para defender una causa justa. Nada más puedo agregar. ¿Estás conforme?"

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV

6-V-1953

N.º 192

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 230
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. anual: US. \$ 1,55
Semestral: US. \$ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

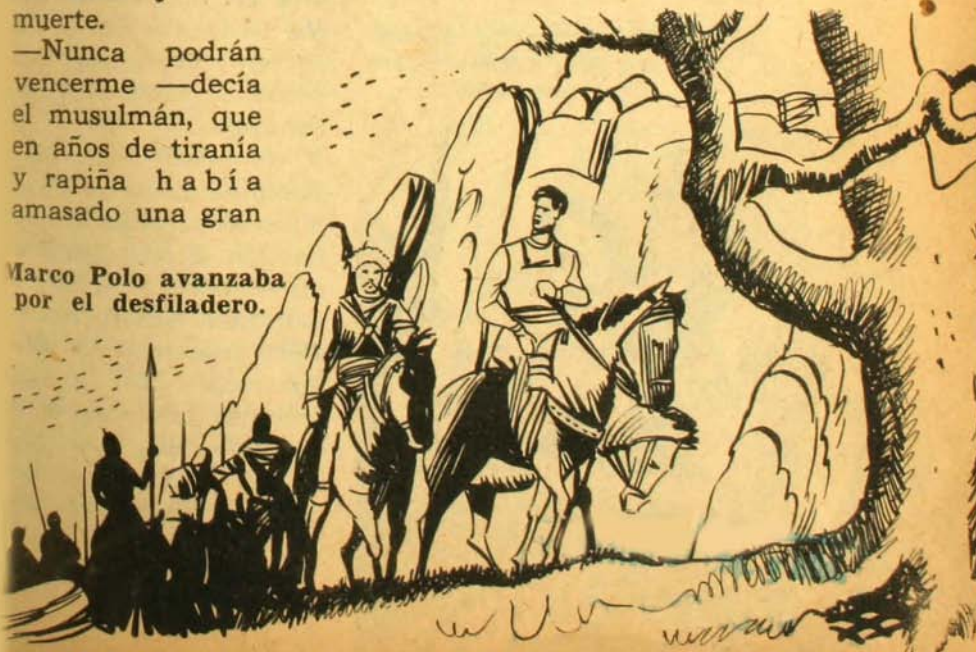


CAPITULO II.—La emboscada.

Marco Polo, el viajero más extraordinario de la Edad Media, se detuvo en Catay. El Gran Khan le nombró primer ministro y le confiaba los problemas de su imperio. Al saber que en los estados del sur se preparaba una insurrección, envió a Marco Polo para que destituyera al árabe Bargu. Este, cuando sus espías le revelaron la voluntad del emperador, decidió acechar el paso del veneciano y darle muerte.

—Nunca podrán vencerme —decía el musulmán, que en años de tiranía y rapiña había amasado una gran

Marco Polo avanzaba por el desfiladero.





Los escudos resonaban bajo sus mandobles.

aguda, como si pretendiera horadar las rocas y descubrir las sombras furtivas que se ocultaban detrás de ellas.

—Alerta.

La breve palabra electrizó a la escolta. Las manos ciñeron con fuerza los alfanjes y puñales y el escudo cubrió los tranquilos corazones, que sólo tendrían un latido más apresurado cuando el



De pronto se encontró solo frente a sus enemigos.

fortuna—. Seré más poderoso que el Khan y Catay se convertirá en mi imperio.

Marco Polo avanzaba por el desfiladero, presintiendo la emboscada. En apariencia cabalgaba despreocupado. Los guerreros le conocían, sin embargo, y algo en su actitud les inducía a permanecer alertos. El alto cuerpo del extranjero se veía tenso y su mirada azul no vagaba distraída, sino que era

aire se poblara de gritos bélicos y las armas se entrecruzaran, buscando el punto débil del enemigo.

Y de pronto la horda enemiga cayó sobre ellos en arrolladora embestida. Eran superiores en número y vencerlos resultaba difícil. Marco Polo semejaba un dios guerrero. No parecía sostener una sola espada, sino cien, y su brazo no descansaba. Los escudos resonaban bajo

sus mandobles. El adversario, que no era ágil para huir o esquivarse, caía derrotado.

La comitiva del veneciano fué abatida y él se encontró luchando solo contra la jauría de tártaros, mogoles y árabes.

Bargu, que se mantenía a prudente distancia para no recibir una estocada, aulló:

—¡Mátenlo! Apártense y que una línea de flecheros lo liquide.

Los esbirros no tuvieron tiempo de obedecer. Marco Polo, comprendió que era inútil continuar luchando y saltó a la silla de un caballo. Espoleado por su jinete, el corcel ascendió una pendiente. Cincuenta guerreros lo perseguían.

—Vamos, rucio, no te dejes alcanzar.

El caballo no conocía la voz que le hablaba, ni el lenguaje pronunciado. Pero las piernas apegadas a sus flancos eran dominadoras y el acento correspondía al de una voluntad que no era posible resistir. Marco Polo descabalgó al borde del abismo por el cual habían trepado y, usando como palanca una gruesa rama, desplazó una enorme piedra. Esta rodó, causando un derrumbe que aventó a los hombres de Bargu, como si fuesen guerreros de paja.

—¡Mátenlo! —aullaba Bargu.



El caballo ascendió la pendiente.



Entre maldiciones y ayes, se despeñaron los esbirros, abandonando sus armas.

—¡Sigan persiguiéndolo, cobardes! —bramaba Bargu—. Si se escapa, los haré degollar a todos como a buitres apestosos. Atemorizados por aquella amenaza, una partida de esbirros se desplegó por el monte y, escalando los abruptos senderos, llegaron a la cumbre. Desde allí lanzaron una lluvia de flechas contra el veneciano.

—Si no cae ahora, creeré que es inmortal, como aseguran los aduladores de Kublai Khan —murmuró Bargu, observando la elevada silueta obscurecida por una nube de flechas.



Marco Polo desplazó la enorme piedra.

Tal vez nunca se vió Marco Polo tan cerca de la muerte. Cuando atravesó el terrible desierto de Gobi, lo rodearon fatídicas amenazas. En las ondulaciones de las dunas se ocultaban demonios invisibles, cuyas voces engañaban al viajero. Sólo había manantiales de agua amarga y el viento formaba nubes de arena cegadora y quemante.

La travesía de aquel desierto consumió las fuerzas de Marco Polo, quien, al llegar a la primera ciudad de la provincia de Tangut, descansó largo tiempo.

—Casi morimos —afirmaba Bengucio, su criado—. Los buenos vecinos que nos dieron hospedaje, nos hubieran envuelto en lien-



**El alud arrasó a los
guerreros.**

zos alcanforados y nos habrían sacado de la casa por un boquete abierto en la pared, pues salir por la puerta ordinaria trae mala suerte al difunto.

Al evocar el compungido rostro de Bengucio, Marco Polo sonrió. Los tártaros le vieron sonreír a través de la cortina de flechas y se sintieron dominados por un supersticioso temor. ¿Aquel demonio blanco era inmortal y los castigaría por su inútil intento de matarlo?

(CONTINUARA)

**Lanzaron flechas
contra el veneciano.**





LOS FANTASMAS

CAPITULO III.—EL



1. El campamento de cazadores se vió conmovido por el relato de un anciano que huía a través de la jungla. Cuando trazaba un mapa, indicando la ruta para llegar al templo del Iguadú, una flecha le dió muerte. Juan de la Selva dijo a sus amigos: “—Descubriremos ese templo. Es la guarida de los hombres-tigres”.



2. Para abrirse camino en el tupido bosque debieron cortar con los machetes las lianas y ramas. De pronto cayó herido por una flecha uno de los negros del safari. “—Los fantasmas del Iguadú nos siguen los pasos”, murmuró el explorador, mientras la joven Cintia se estremecía de espanto.

DEL IGUADU



TEMPLO DEL TERROR



3. Otra flecha surcó el aire en dirección al viejo Bepo. “—Mi buena mochila me salvó la vida”, exclamó Bepo. Juan de la Selva escrutaba la jungla. No se movía una hoja y el silencio era absoluto. “—Estoy por creer en fantasmas”, gruñó Bepo, y casi dió un brinco al oír un grito que le pareció gutural.



4. Pero aquel grito no era ni gutural ni horripilante. Simplemente el malayo Gori dijo: “—¡Miren!” Alzó una capa ensangrentada, perforada por una bala. “—Con esta capa estaba envuelto el encapuchado que mató al viejo explorador —sentenció Bepo—. Yo disparé y a lo mejor el fantasma murió.”

LOS FANTASMAS



5. No lejos de allí, en torno a un templo milenario, extraños personajes se preparaban para recibir a los expedicionarios. Ellos, sin sospechar que el peligro estaba muy cerca, seguían avanzando. "—Aquí se pierden las huellas del encapuchado —observó Juan de la Selva—. Supongo que..." De súbito se interrumpió.



6. Una terrible escena se presentaba ante sus ojos. Hombres encapuchados guiaban tigres atados a una cadena, conduciéndolos hacia la selva. "—Tal vez nos buscan a nosotros", susurró el joven cazador. Bepo suspiró: "—¿Por qué no me quedaría en América, entre mis tranquilas vacas? Una amable cornada de ellas..."

DEL IGUADU



7. "—...es preferible a los colmillos de estos gatos." No había terminado de decir esto, cuando vió otro espectáculo macabro. Su ruda mano cubrió los ojos de Cintia, para que la niña no viera los esqueletos atados a un árbol. "—Las termites, las terribles hormigas", apuntó Gori, sin perder su calma.



8. "—Ya no hay paz en la selva, por culpa de esta secta, que persigue a los nativos con sus tigres y que los condena a morir devorados por las hormigas. Es preciso terminar con ellos", decidió el cazador. Antes otros valientes desafiaron a los hombres-tigres y sucumbieron. ¿Triunfaría Juan de la Selva?

(CONTINUARA)

La luz azul



Erased una vez un soldado que había servido fielmente al rey durante muchos años. Cuando terminó la guerra quedó inútil a causa de sus muchas heridas, y entonces el rey le dijo:

—Puedes regresar a tu casa, porque no te necesito. No recibirás paga alguna, ya que sólo tengo dinero para los que me prestan algún servicio.

El soldado, desilusionado y triste, caminó todo el día a la ventura, hasta que al caer la noche se encontró en un gran bosque. A través de la obscuridad, vió una luz, y apresurando el paso, llegó a una cabaña donde habitaba una hechicera.

—Déme, por favor, alojamiento por una noche y algo para comer y beber —suplicó a la bruja.

—¡Oh!, ¿quién da nada a un soldado inútil? —contestó ella—. Sin embargo, te dejaré entrar por lástima, siempre que hagas lo que yo te mande.

Y le ordenó que cavase el huerto. Nuestro hombre aceptó, y al día siguiente se puso a trabajar con todas sus fuerzas, pero no consiguió ver terminada su labor al llegar la noche.

—Ya veo que no puedes hacer nada más por hoy —le dijo la bruja—, así es que te daré asilo por otra noche, y tú, en cambio, me traerás mañana una carga de leña y la cortarás.

El soldado empleó todo el día en esta tarea, pero tampoco la tuvo terminada al llegar la noche, y la bruja le propuso que se quedase un día más.

—Mañana tendrás muy poco que trabajar —le dijo—; necesito que me saques del pozo, que está detrás de la casa, mi luz azul que flota allí sin apagarse jamás.

A la mañana siguiente, de acuerdo con lo convenido, la bruja le llevó al pozo y le hizo bajar metido en un cesto. Pronto encontró la luz azul y dió la señal para que la vieja le subiese, pero en cuanto llegó al brocal la bruja trató de arrebatárle la luz azul.

—¡No, no! —gritó el soldado, dándose cuenta de sus malvadas intenciones—. No le entregaré la luz hasta que suba.

La bruja pateó de rabia, y soltando la cuerda, le dejó caer al fondo. El pobre soldado fué a chocar contra el lodo, sin producirse daño alguno, y la luz azul continuó ardiendo. ¿Pero de qué le servía? Demasiado comprendía él que no podría escapar a la muerte. Durante largo rato permaneció sentado pensando en su triste sino, pero al fin se rebuscó en los bolsillos y sacó su pipa.

—Este será mi último consuelo —suspiró, y encendiendo la pipa en la luz azul, se puso a echar bocanadas.

Pero, ¡oh asombro!, en cuanto el humo empezó a ascender se formó una nubecilla, y de pronto apareció ante el soldado un duendecillo negro, preguntando:

—¿Qué ordenas, mi amo?

—¿Que qué ordeno? —repitió el atónito soldado.

—Tengo que hacer todo lo que desees —replicó el duende.

—Eso está muy bien —dijo el soldado—. Entonces, lo primero, ayúdame a salir de este pozo.

El duende le cogió de una mano y le condujo por unos pasajes subterráneos que desembocaban en el campo, y por el camino le enseñó el escondido tesoro de la bruja, del que nuestro héroe tomó cuanto pudo llevarse. Una vez fuera del pozo, el soldado ordenó al duende que fuese a buscar a su enemiga y la llevase ante el juez. Unos instantes después se vió a la bruja cabalgan-

—¿Qué ordenas, mi amo? —preguntó el duende.



do sobre un gato que corría como el viento: era que el enano la llevaba ante el juez y a los pocos minutos volvía con la noticia de que la bruja había sido condenada a la horca.

—¿Qué otra cosa mandas, mi amo? —terminó diciendo el duende.

—Nada más por ahora —contestó el soldado—; pero no te vayas muy lejos, por si te llamo.

—Descuida; no tienes más que encender tu pipa en la lámpara azul y me presentaré inmediatamente.

Y dichas estas palabras, el hombrecillo desapareció.

El soldado regresó a la ciudad y eligió la mejor posada. En cuanto estuvo instalado, llamó al duende negro.

—Hay en la ciudad —le dijo— un rey, a quien serví fielmente durante muchos años. El me despidió condenándome a morir de hambre, y ahora quiero castigarlo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el duende.

—Esta noche, cuando la hija del rey esté dormida, deslízate en su alcoba y tráemela para que me sirva como criada.

De acuerdo, pues, con lo convenido, al sonar las doce de la noche, el duende apareció con la princesa.

—¡Ah, ya estás aquí! —gritó el soldado a la hija del rey—. Vamos, ve a buscar tu escoba y bájame la habitación.

Cuando terminó de barrer, le ordenó que le sacase las botas. La princesa obedeció con los ojos medio cerrados, sin quejas ni resistencia; y al primer canto del gallo, el duende la devolvió a su lecho en el castillo real.

A la mañana siguiente, cuando se levantó, la princesa contó a su padre el curioso sueño que había tenido.

—Fuí llevada por las calles con la velocidad del relámpago hasta la habitación de un soldado, a quien atendí como criada, barriéndole el cuarto y limpiándole las botas. Fué sólo un sueño, y, sin embargo, estoy tan cansada como si realmente hubiese hecho ese trabajo.

—El sueño puede haber sido realidad —dijo el rey—, y voy a darte un consejo: esta noche llénate el bolsillo de guisantes y haz un agujero en él para que, si vuelven a buscarte, se te vayan cayendo por el camino y dejes un rastro.

Mientras el monarca hablaba así, el duende lo oyó, y por la noche sembró de guisantes todas las calles, de manera que se confundieran con los que dejó caer la princesa.

A la mañana siguiente el rey envió a sus criados a buscar las

huellas de la excursión nocturna de su hija, pero todo fué en vano, ya que en todas las calles había guisantes.

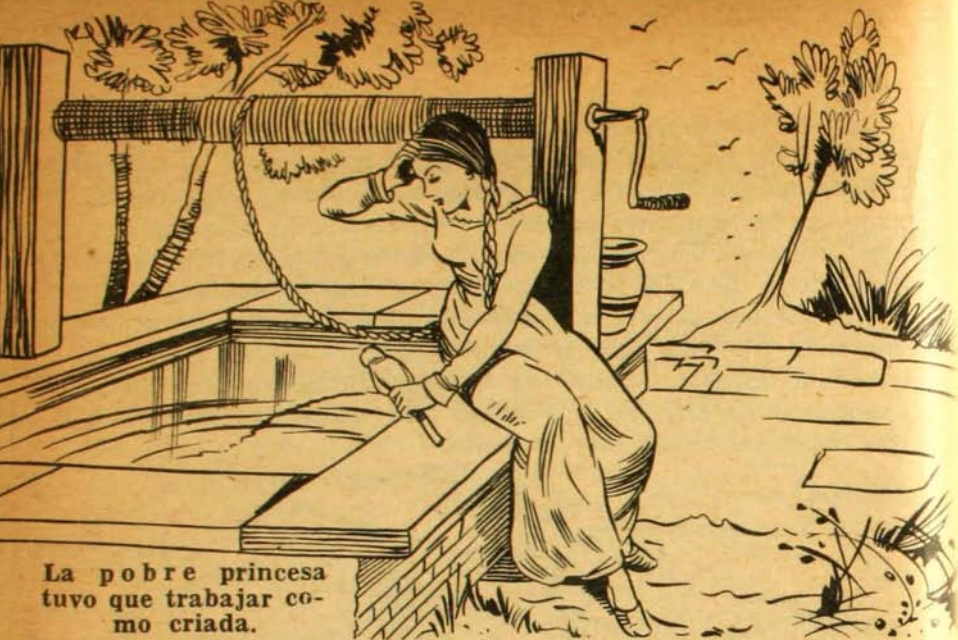
—Tenemos que discurrir otro plan —decidió el rey cuando sus criados le comunicaron el fracaso. Ordenó a su hija que aquella noche durmiera con las sandalias puestas, y que dejase una en la habitación a que la llevaban. Pero el duende negro se enteró también de este proyecto y aconsejó al soldado que no le hiciera llevar a la princesa aquella noche.

El soldado insistió, aunque el hallazgo de la sandalia podría ser su sentencia de muerte, y la pobre princesa se vió obligada a trabajar de nuevo como una sirvienta.



Se vió a la bruja cabalgando sobre un gato.

A la mañana siguiente el rey ordenó que fuese registrada toda la ciudad en busca de la sandalia de oro de su hija, y fué descubierta en la habitación del soldado, quien fué reducido a prisión. Desgraciadamente, se olvidó llevar sus mejores bienes —la lámpara azul y el oro—, y se encontró con una sola moneda en el bolsillo. Mientras estaba asomado a la ventana de su celda, cargado de cadenas, acertó a pasar por delante uno de sus antiguos camaradas; en seguida golpeó los barrotes, indicándole que se acercase, y le suplicó que le trajera un paquete que había dejado en su casa, prometiendo que le daría una moneda por tal servicio.



La pobre princesa
tuvo que trabajar co-
mo criada.

El hombre echó a correr y no tardó en regresar. En cuanto el soldado quedó solo, encendió su pipa y llamó al duende.

—No tengas miedo —dijo el hombrecillo—; deja que suceda lo que quiera, pero no olvides llevarte la luz azul.

Al día siguiente el soldado compareció ante el tribunal para ser juzgado, y, aunque su culpa no había sido mucha, fué condenado a muerte por los jueces. Cuando le conducían al cadalso, pidió un último favor al rey.

—¿De qué se trata? —preguntó éste.

—De que se me permita fumar una pipa antes de morir.

—Y aunque sean tres, si te agrada —contestó el soberano—; pero no esperes que te perdone la vida.

El soldado sacó su pipa y la encendió en la luz azul; y no había lanzado un par de bocanadas de humo, cuando apareció el duende negro llevando un pequeño garrote en la mano.

—¿Qué ordena, amo? —preguntó.

—Muele a golpes al juez y a sus ayudantes, y no olvides al rey, que me ha tratado tan cruelmente —contestó el soldado.

El duendecillo comenzó a manejar su garrote y de cada golpe derribaba a un hombre. El rey se espantó al ver esto y suplicó gracia. El soldado le perdonó solamente a condición de entregarle a su hija como esposa y el gobierno de su reino, a lo que el malaventurado rey accedió, pues no tenía otro remedio.

El patito audaz



El tesoro de LA TORTUGA

CAPITULO III. — CON FRACASADA



1. Un misterioso navío arribó a las Islas Vírgenes. Enrique Margun, gobernador de Jamaica, ordenó duplicar la guardia. “—Ese es el barco del pirata Mario Bernis —mascullaba, inquieto—. Dicen que es muy audaz, pero yo lo atraparé y, luego de arrebatarle el mapa del tesoro, lo haré ahorcar.”



2. Mario Bernis desembarcó en un punto alejado y avanzó hacia el puerto de Vigo. “—Tendremos danza —advirtió a sus hombres—. No hallaremos dormido a Margun. Y aquí tenemos un mensaje suyo, de bienvenida.” Se detuvieron a leer las proclamas, en la cual se amenazaba a aquellos que poseyeran parte del mapa.



3. Con una carcajada burlona, el corsario desprendió el anuncio. Al verlo atravesado por la punta de la espada, los piratas aclamaron ruidosamente a su capitán. Atraídos por el bullicio, varios guardias salieron de la taberna y se inició un furioso duelo. “—¡Atrás, bergante!”, sonrió Bernis.



4. Obligó a retroceder al capitán de los guardias y el duelo continuó en el interior de la taberna. Volaban las sillas y las mesas quedaban cojas, porque no sólo las espadas, sino los golpes intervenían en la contienda. “—Suavemente, no seáis bruscos —decía Bernis—. El gobernador necesita a sus soldados.”



El tesoro de



5. En la violenta refriega no murió ningún guardia, porque esa fué la voluntad del corsario. Pero todos quedaron maltrechos y, cuando se presentaron ante el gobernador, éste casi estalló de furia. "—¿No sabéis defender mis proclamas? —aullaba—. Traedme a ese infecto pirata, a esa peste de los mares."



6. Aquella noche, el corsario dijo a sus hombres: "—Margun tiene el pedazo de mapa que nos falta para hallar el tesoro de La Tortuga. Le haremos una visita nocturna." Chico, el grumete, suplicó: "—¿Voy yo, capitán? Para mí es más fácil pasar sin ser visto". Minutos después rondaba la casa de Margun.

LA TORTUGA



7. Chico decidió engañar al centinela y le dijo: "—Tengo el trozo de mapa que interesa a Sir Margun. Déjeme pasar". El soldado le permitió entrar. Enrique Margun preguntó: "—¿Dónde está el plano?" Chico respondió: "—No sé. Pero aquí está mi pistola. Si te mueves, habrá un gobernador muerto".



8. Manteniendo al obeso gobernador bajo la amenaza de su pistola, Chico registró los documentos, sin hallar el trozo del mapa. "—Si no me dices dónde lo tienes, morirás, Enrique Margun." En ese instante oyó los pasos de la guardia que se acercaba y comprendió que se vería obligado a huir.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO V.— *La nueva institutriz.*

Cuando Luisa Sharp dijo a su nieto que el capitán Hugo Belmar le contrataría como jardinero, el joven se resistió a aceptar. La terrible anciana profirió entonces una encubierta amenaza, ante la cual Adrián Montes palideció. Sin embargo, se obstinó en su negativa. Entonces intervino Lidia Belmar.

—Acepta, Adrián. Estoy segura de que no te arrepentirás.

La mirada del adolescente se cruzó con la de Lidia. Vaciló aún, pero finalmente dijo:

—Está bien. Iré.

—Puedes trasladarte hoy mismo —sugirió Luisa Sharp, sin ocultar su satisfacción.

Por un instante, Lidia temió que Adrián Montes se negara de nuevo. Sus ojos azules reflejaban la incertidumbre.

—Te esperamos, Adrián.

Con estas palabras dió término a la discusión. Su padre la cogió del brazo y regresaron al castillo. Allí entregaron a la gobernanta Miss Agata la carta recibida esa mañana. Ella rasgó el sobre y, al imponerse de la misiva, no pudo contener una exclamación de pesar. Con el rostro demudado, pronunció:

—Debo irme.

—No es posible —protestó el oficial de marina—. ¿Qué ha sucedido?

Miss Agata había recuperado su calma británica.

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp, en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él. Se instala en un castillo, edificado sobre una alta roca, acompañada de su hermano Juan, de la institutriz Miss Agata y de sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye, luego de hacer señales con una linterna. Más tarde, Luisa Sharp propone al capitán Belmar que emplee de jardinero a su nieto Adrián.

—Mi madre estaba enferma y se ha agravado. Me necesita — explicó, doblando la carta con cuidado, para depositarla en su bolsillo—. Prepararé mi viaje. Lamento mucho abandonarlos. Nunca había sido efusiva, pero Lidia y Juan sabían que su antigua institutriz les profesaba cariño. Ellos también la amaban, como a una severa y sabia hermana mayor. En aquel instante doloroso para todos, sólo había dicho: “Lamento mucho abandonarlos”, pero en esa parca frase estaba contenida su tristeza y la voz de la impertérrita Miss Agata había temblado levemente. Lidia y Juan se entristecieron. Para Húgo Belmar el problema era aún más grave. Además de la separación de Miss Agata, se le presentaba otro conflicto: el que sus hijos quedarían sin el amparo de una persona culta y responsable.

—Señor —habló la institutriz—, hace tiempo que recibo noticias de mi madre enferma, pero no quise turbarlos con mis asuntos personales. Sin embargo, en mis idas a Coquimbo, investigué para saber si existía alguna persona en quien usted pudiera confiar. Conocí a una institutriz y, en mis conversaciones con ella, he comprobado que posee una gran cultura. Ella podría reemplazarme.

—¿Cómo la conoció, Miss Agata?

—Al verme, creyó que era una extranjera recién llegada al país



La caverna era tan
sombria, que Mauri-
cio encendió su lin-
terna.

y, suponiendo que yo no sabía hablar castellano, se dirigió a mí en inglés y se ofreció para servirme de intérprete.

—¿Cree que podemos fiarnos de ella?

—A veces me he sentido desconcertada. He dudado. Pero puedo exigirle referencias.

—Exacto. Debo partir pronto y no tengo tiempo de seleccionarla a la próxima gobernanta. Hoy en la tarde iremos a hablar con esa institutriz. ¿Cuál es su nombre?

—Daniela Bernard.

—Bien. La dejaremos instalada, si sus referencias son aceptables. Mañana a primera hora viajaremos a Valparaíso, Miss Agata, para embarcarnos.

Esa tarde, cuando quedaron solos, Juan observó:

—¡Pobre Miss Agata! Ocultó sus pesares para no afligirnos. Tenía razón papá al decir que escondía un secreto. Y pensar que yo me reí, diciendo que estábamos sugestionados, que veíamos enigmas por todas partes y que hasta la pacífica Miss nos parecía un personaje tétrico.

La gobernanta y el oficial de marina estaban ausentes cuando llegó Mauricio Maré, el joven amigo de Juan, que venía a pasar sus vacaciones en el castillo y que estaba entusiasmado con la idea de descubrir sus secretos.

Era un adolescente de espléndida figura, cabellos castaños y ojos grises que centelleaban con las más variadas expresiones: ironía, interés, emoción.

—Lidia, la bella y misteriosa castellana —saludó a la niña, inclinándose en una cortesana reverencia.

—Juan, qué alegría verte —añadió, aplicando vigorosas palmadas en la espalda de su amigo.

—Te esperábamos ansiosos —confesó Juan—. Nuestra mansión de piedra está cada día más interesante. Se llena de fantasmas y de seres sobrenaturales. Tú completarás el trío de aventureros que persiguen espectros. Sé que eres chiflado por la arqueología. Haremos sensacionales descubrimientos.

—Recibí tus cartas y tomé el primer avión. Era tal mi impaciencia que habría venido a pie si no hubiese hallado pasaje.

Al terminar el día, llegó la nueva gobernanta. Era una mujer delgada, alta, de rostro impenetrable. Vestía de negro. Su mirada vagaba, con una expresión ausente. Sus manos, pálidas como el marfil, permanecían quietas. Los certificados que presentó eran excelentes. Poseía una amplia cultura y hablaba cinco idiomas.

Aunque la presencia de Madame Daniela les causó un indefinible malestar en los primeros instantes, Lidia, su hermano y Mauricio la olvidaron después por completo para dedicarse a sus investigaciones.

Hallaron una caverna al pie del acantilado que servía de cimiento al castillo. Penetraron por ella, cautelosamente. Aquella gruta era tan tenebrosa, que Mauricio encendió su linterna eléctrica. Un murciélago voló a ciegas y Lidia contuvo el grito de horror que subía a sus labios.

—Regresemos —balbuceó, trémula.

—Volveremos después, los dos solos —propuso Juan a Mauricio.

—No —dijo Lidia, ofendida—. No tengo miedo. Avancemos.

Pero Mauricio decidió regresar. Cerca del castillo les aguardaba Madame Daniela.

—Estaba inquieta por ustedes —declaró.

Caminó delante de ellos, y escalaban el sendero, cuando Adrián Montes apareció en un



Luisa Sharp se mostró amable y conversadora.

recodo. La institutriz retrocedió al verlo y Mauricio se apresuró a sostenerla, para que no rodara al abismo. La faz de Daniela se había cubierto de una palidez mortal.

—¿Qué ocurre, madame? —preguntó Lidia.

—Nada... , nada...

Adrián no se inmutó. Lidia advirtió que dirigía una fugaz mirada a Mauricio. Aunque sabía leer en aquellos ojos azules, esta vez quedó intrigada. Aquella mirada traslucía hostilidad y otro sentimiento que no supo definir.

Mauricio estaba ansioso de conocer a Luisa Sharp y rogó a Juan que le acompañara a visitarla. Fué recibido con inusitada amabilidad. La anciana les sirvió guindado y se mostró dispuesta a conversar.

—¿Le agrada vivir en el viejo castillo? —preguntó a Mauricio.

—Sí, pero me siento un poco desilusionado. No tiene aparecidos, ni pasillos secretos, ni leyendas escalofriantes.

—Hay una leyenda —dijo Luisa jovialmente—. Dicen que cuando vino el corsario Sharp y arrasó La Serena, porque la ciudad tardaba en pagarle rescate, sus hombres persiguieron a una niña muy bella, Francisca Altamirano, quien se lanzó al pozo del castillo. Jamás se la encontró y, al transcurrir los años, aparecía vagando por el castillo y por el acantilado.

Juan, pensativo, recordó sus dudas sobre aquel pozo. En efecto, debía esconder algún pasaje secreto.

—No nos intriga tanto la aparecida Francisca, como el pirata Sharp —dijo Mauricio audazmente—. ¿Qué puede contarnos?

—Nada que no pueda leer en las historias de Chile —respondió Luisa, con áspera voz.

Mauricio, confuso, se levantó. Juan dirigió a su amigo una mirada, como diciéndole: “Yo te advertí que con la viejita corsaria no había que hacer bromas”.

—Hasta otro día, señora —saludaron ambos, inclinándose.

Minutos después caminaban en silencio. Distinguieron la silueta de Adrián, en el albañal, y Mauricio indicó:

—El nieto de la corsaria tampoco es muy amigable. Me dirige unas miradas que casi me fulminan.

—Sospecho que la causa de esa hostilidad es Lidia —sonrió Juan.

—¿Lidia? ¿Por qué?

¿Vienes cayendo de las nubes, Mauricio? No ves que Lidia es el sueño de Adrián y él es en ti un rival?

—¿Cómo se atreve? — exclamó el joven, indignado—. ¿Un jardinero?

—Nada más natural que un jardinero se dedique a una bella flor — contestó Juan, riendo—. No menosprecies a Adrián, Mauricio. Es un estudiante de humanidades y creo que bastante inteligente.

Avergonzado, Mauricio repuso:

—Sabes que nunca he despreciado a nadie. Soy justo, pero ahora... no sé por qué, sentí el deseo de ofender a Adrián. Si alguna vez llego a ser su amigo, le pediré disculpas.

Juan seguía riendo:

—¿Crees que el joven corsario aceptará la amistad del petimetre aristócrata? Tú sabes que desde tiempos inmemoriales, los piratas han sido enemigos

de los nobles pisaverdes que nacieron en cuna de oro.

—Cesa ya de burlarte —protestó Mauricio—. Pensemos más bien en una nueva excursión a la caverna de los piratas. La marea debe estar baja cuando entremos. Y esta vez estoy seguro de que descubriremos algún misterio.

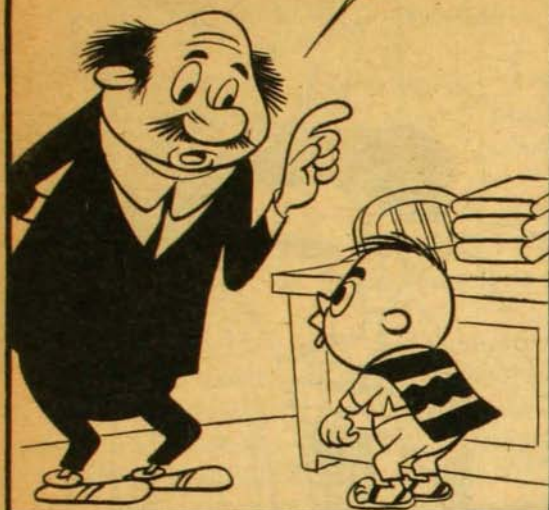


Ante la pregunta de Mauricio, Luisa Sharp se enfureció.

(CONTINUARA)

Ponchito

¿POR QUE NO VINISTE
A CLASE AYER?



PORQUE MI ABUE-
LITA ME TUVO
OCUPADO

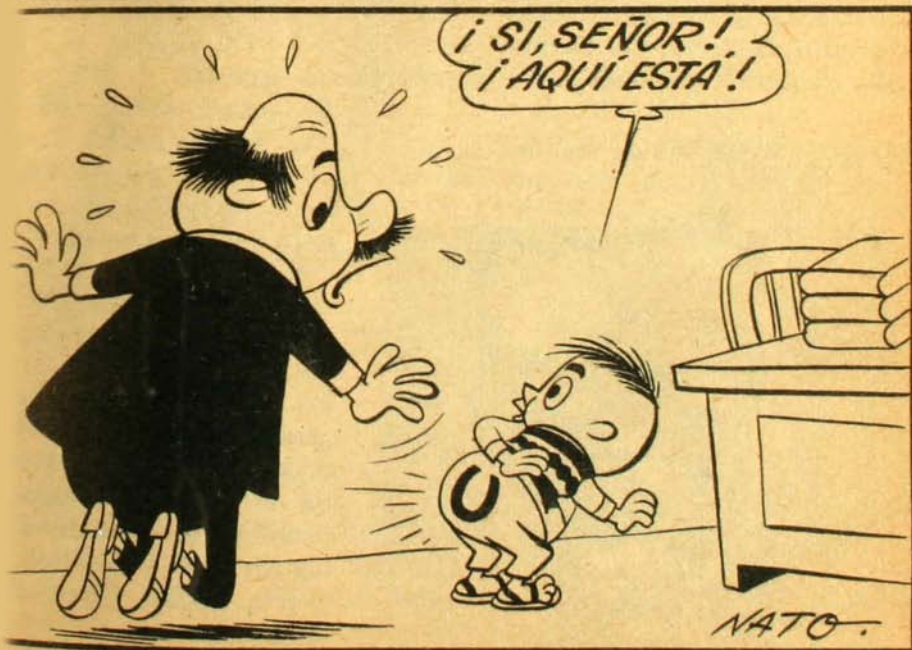


¿QUE ESTUVISTE
HACIENDO?



¡ME MANDO A PILLAR
UN CABALLO!





El dragón de Flandes

CAPITULO VIII.—El desafío.

Tristán, el Hijo del Lobo, se hospedaba en el castillo de Belina, quien pretendía retenerlo.

—No te atreverás a abandonar este castillo, sin espada y sin tu lobo salvaje —desafió Belina, que había ocultado el arma y tenía a Barto prisionero.

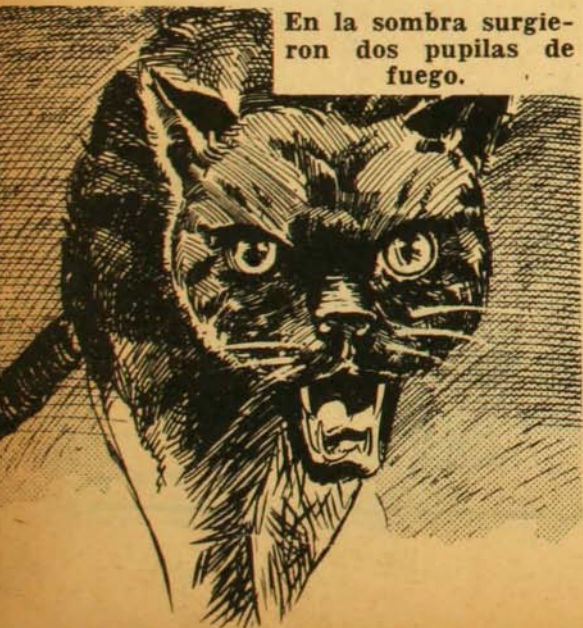
La risa de Tristán se elevó de nuevo. No respondió una palabra, pero, cogiendo una antorcha, abrió la puerta y salió. La selva se agitaba con los rumores nocturnos. De pronto surgieron en la sombra dos puntos de fuego. En el primer instante, el doncel no reconoció aquellas pupilas encendidas, pero luego distinguió la gran cabeza de un gato salvaje. Percibió a sus espaldas el ahogado grito de terror de Belina.

—¡No salgas! —ordenó—. Ve y tráeme mi espada.

El felino saltó repetidas veces hacia Tristán, y él comprendió que buscaba sus ojos para cegarlos con sus garras. Batiendo la antorcha ante la bestia, logró mantenerla a la distancia.

La rubia castellana regresó por fin con la espada y la pasó a través de la cancela. Tristán percibió el chirrido de los cerrojos y repitió: —¡No salgas! Obedéceme, Belina.

En la sombra surgieron dos pupilas de fuego.





El felino saltó repetidas veces.

Ya tenía la espada en su mano y enfrentó al gato salvaje. Belina permanecía inmóvil. Era una doncella audaz y había vencido en lides épicas a los más denodados guerreros. Abatió a bestias feroces y nunca retrocedió ante el peligro,

ni obedeció otra voluntad que la suya.

Sin embargo, ahora vacilaba, dominada por dos sentimientos que jamás conoció antes: el temor y la sumisión. Temía por la vida de Tristán, pero obedecía a su mandato, permaneciendo escudada detrás de la puerta, mientras el héroe combatía.

“Cobarde..., soy cobarde”, pensó vagamente.

La antorcha se consumía y la espada se tornaba cada vez más pesada en la mano fatigada de Tristán. La bestia era inalcanzable. Se esquivaba con agilidad y la vorágine de sus saltos y zarpazos desorientaba al joven. Finalmente la antorcha se redujo a un humoso tizón, que Tristán dejó caer. Las tinieblas lo rodearon en un abrazo escalofriante. Ahora

—¡No salgas, Belina!
Obedéceme.





Tristán retrocedió hasta un sauce.



Belina, fatigada, se durmió.



Desde la altura, Tristán calculó el golpe.

sólo podía guiarse por las pupilas de fuego. Retrocedió hasta un sauce y allí esperó los asaltos de la fiera.

Aquel combate se prolongó durante horas interminables. Tristán logró saltar a la copa del sauce, luego de herir a su contendor. Detrás de la puerta, Belina, agotada por el cansancio y la angustia, se sumió en un sueño inquieto y atormentado.

Desde la altura, Tristán calculó el golpe y lanzó su espada, atravesando el corazón del felino, que, a causa de su herida, ya no podía ser tan ágil y esquivo.



Belina leía antiguos manuscritos.

El Hijo del Lobo llamó entonces suavemente a la puerta. A través de la mirilla vió el rostro pálido de Belina, que lo contemplaba incrédula y vacilante. Descorrió los cerrojos y se abrazó al héroe.

Tristán, riendo, la tranquilizó.

—Tu tigre del sauce ya no existe.

Los días transcurrieron apacibles y Tristán olvidó su misión. El blanco rostro de Belina, su cabellera esparcida como un vaho de oro, su grácil figura y su risa cantarina, lo sumieron en un extraño embrujo.

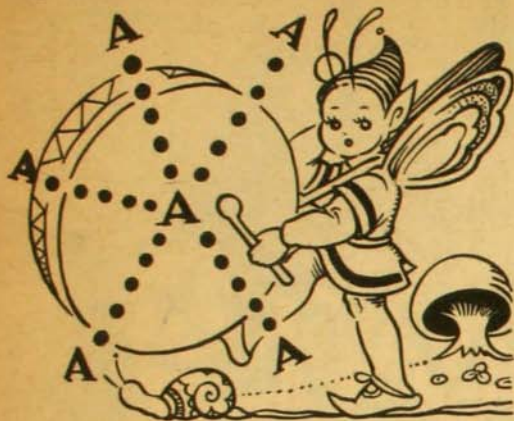
Una tarde, Belina leía antiguos manuscritos sobre aventuras caballerescas. De pronto se interrumpió y plegó el pergamino, sin continuar la lectura. Tristán, risueño, se precipitó a arrebatárselo, para conocer la frase que había turbado a la rubia castellana.

(CONTINUARA)



Tristán intentaba arrebatarse el pergamino.

Concurso Semanal



Centro A. Final A.
Nombre femenino. Pajarito. Flor. Conjunto de árboles. Animalito roedor. Envía tu respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D., Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 190. — Las brujas iguales eran N.º 2 y N.º 5.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Rosita Ma-

ría García, Santiago; Orlando Peredo, Talca; Fernando Opazo, Santiago. UNA PEINETA.— Florentina Minas, Santiago; Juan Tobar, Buin; Fabiola Letelier, Talca; Oriana Estay, Valparaíso; Luis Carrillo, Linares; Angélica Torres, Los Andes; Herminia Julio, Santiago; Nancy Saavedra, Temuco; Margarita García, San Antonio; José Iván Fuentes, Lontué. UNA LIBRETA DE APUNTES.— Ramón Parenti, Santiago; Héctor Mistle, Chépica; Patricio Herrera, Santiago; Gabriel Riveros, Lontué; Ana Riquelme, San Javier; Betty Fariás, Molina; Isabel Carramiñana, Los Andes; Gertrudis Vergara, Talcahuano; Gladys Rebolledo, Rancagua; Silvia Pino, Santiago. UN VITALMIN.— Silvia Ramos, Molina; Enrique Diéguez, Rancagua; Juan Eduardo Correa, Santiago; Carlos Rodríguez, Casablanca; Mercedes Cabello, Santiago; Martín Nuñez, Rancagua; Emperatriz Romero, Cartagena; Fresia Vivanco, Angol; Yolanda Gabler, Buin; Antonio Rojas, Santiago. UN LIBRO.— Elisa Moraga, Linares; Juan Carlos Ossman, Angol; Horacio Alvarez, Peñablanca; Eugenia Mahn, Valparaíso; Rebeca Jaramillo, Santiago; Belarmino Fariás, Santiago; Oscar Aitken, Santiago; Jaime Pérez, Santiago; Víctor Venegas, Santiago y Winston Gálvez, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 192

¡ ATENCION !

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita



—“Sí, señor”, contestó Juan, advirtiendo que la mirada de Catalán era leal. Continuaron navegando y el timonel declaró: —“Estamos perdidos. Hace tiempo que debimos arribar al puerto”. El capitán preguntó: —“¿Cuánto combustible tenemos?” El con-tramaestre sólo respondió con un gruñido.



La tempestad había amainado y Juanita subió a la cubierta. —“¿Qué ruta seguimos?”, preguntó, inquieta. Juan replicó: —“Nadie lo sabe, Juanita”. El capitán añadió: —“Ignoro en qué tierra desembarcaremos... , si desembarcamos”. El con-tramaestre gritó de súbito: —“¡Barco a la vista! Un crucero de guerra...”

(CONTINUARA)



Simbad

5.-

N.º 193

JUAN Y JUANITA





Juan y Juanita



CAPITULO IV.—LA DECISION DEL CAPITAN



1. El barco ballenero, en el cual viajaban Juan y Juanita, avista un acorazado. La nave pesquera navegaba sin rumbo y necesitaba auxilio, pero el capitán Manuel Catalán ordenó a su tripulación que apagara todas las luces. El navío de guerra exploró el mar con sus potentes reflectores.



2. Pero no descubrió al ballenero, que se mantenía inmóvil, oculto en la sombra. "—¿Por qué el capitán no pidió auxilio?", preguntaba Juan, y luego recordó el cargamento de armas que llevaba el ballenero. El marinero Antonio anunció: "—El combate se ha terminado, capitán. ¿Qué hacemos?"

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

NO IV

13-V-1953

N.º 193

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 230
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

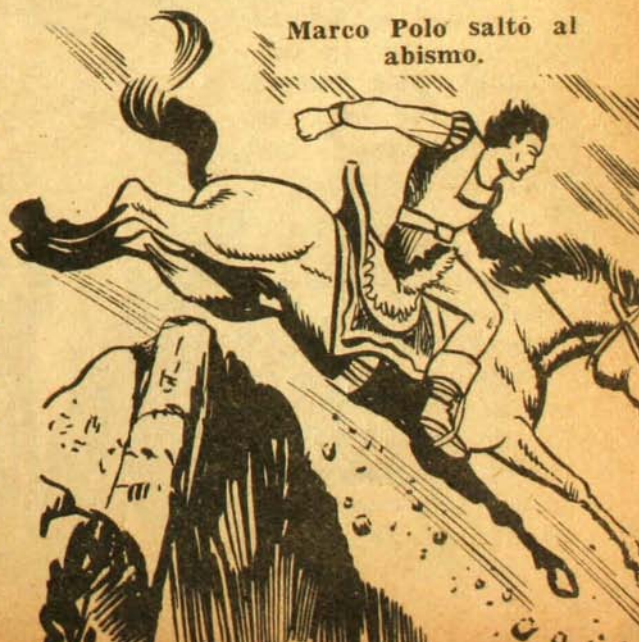


CAPITULO III.—El tártaro Sobilán.

Marco Polo, primer ministro de Kublai Khan, se vió cercado por sus secuaces del sarraceno Bargu. Una lluvia de flechas obscurecía el aire. Oyó el relincho aterrorizado de su caballo y comprendió que debía actuar con rapidez y audacia. Saltó sobre la montura y guió al corcel directamente hacia el abismo. Por un instante se perfilaron contra el cielo, como un solo cuerpo, el jinete y su cabalgadura. Luego, cayeron al vacío.

Las piedras desprendidas por los cascos raron con un sordo ruidor. El relincho de terror rebotó contra los oscuros flancos del abismo y luego se produjo un silencio mortal. Desde sus lugares de acecho, los tártaros, árabes y mogoles presenciaron el extraordinario salto hacia la muerte y convirtieron la respiración. —Ha muerto —dijo

Marco Polo saltó al abismo.



Bargu, con voz triunfante—. Seguiré gobernando las provincias del sur y un día seré más poderoso que el Khan. Así como Marco Polo, caerán todos mis enemigos.

El mahometano se equivocaba. Marco Polo no había desaparecido. Se sumergió en las tumultuosas aguas de un río y, cogiéndose de una rama flotante, se sostuvo. A escasa distancia nadaba el caballo. La corriente les arrastró durante largos minutos. No se distinguía ribera alguna. El agua se estrellaba contra los rocosos muros. Por fin el torrente se vació en campo abierto y Marco Polo alcanzó la orilla, sin sospechar que era espiado por ojos malignos.

El caballo relinchaba de terror.

A penas el veneciano había asentado pie en tierra firme, cuando una partida de feroces bandoleros se lanzó contra él. A vanguardia venía un tártaro de elevada estatura y rostro tan magro que los huesos faciales se delineaban perfectamente bajo la pálida piel. Los negros bigotes eran casi tan largos como la barba, dividida en dos puntas.

—Extranjero, si aprecias la vida, entrégnos tu bolsa.

—No tengo dinero y mi caballo se ahogó —repuso Marco Polo—. Dejadme continuar mi camino, que la venganza conduce mis pasos. Sobilán, el jefe, observó:



Tienes la apariencia
un personaje impor-
te y, sin embargo, no
vas oro sobre ti. Es
traño.

Te he dicho la ver-
d.

Me interesa tu resca-
¿Quién eres?

Marco Polo.

quel hombre que ha-
llegado a ser famo-
en la Tartaria con-
vió a la horda. La
pila de Sobilán reful-

Nunca había captu-
do un prisionero más valioso que tú, Marco Polo. Puedo exigir

Gran Khan todo el oro que quiera y hasta... ¿por qué no?
joya que él más aprecia: la princesa Kukachin.

Grandes risotadas acogieron estas palabras. Enmarcadas por el
lo negro y colgante de los bigotes, reían las bocas tártaras, mos-
ando los dientes de lobo. Marco Polo había palidecido y su
ano se dirigió al pu-
l.

¡Quieto! —ordenó
bilán—. Para que te
a n q uilices, confieso
te el oro me fascina
is que la hija de Ku-
ai Khan.

No te atrevas a nom-
arla otra vez.

No, y te aseguro que
la primera vez que
bilán obedece a al-
tien.

la venda negra cubría
ojo derecho del tár-
o. Su pupila libre ex-



Se sostuvo de un le-
ño flotante.

Ojos malignos espia-
ban a Marco Polo.





Surgió una partida de feroces bandoleros.

presaba con doble intensidad sus sentimientos. Marco Polo vio una expresión burlesca que era casi una carcajada larga y silenciosa. Los hombres de Sobilán conocían también el poder de aquella pupila, pero jamás la vieron irónica, sino feroz, y temblaban ante ella.

—¿Quién eres? —preguntó el tártaro.



—¿A dónde me conduces? —preguntó el veneciano.

—A mi cubil de tigre oculto en la montaña. No puedo ofrecerte nada mejor, extranjero. El palacio que tenía lo perdí.

Desapareció la ironía de su ojo, que ahora relampagueaba de odio.

—¿Poseías un palacio? —silabeó Marco Polo para inducirlo a hablar. Pero el tártaro se encerró en un sombrío mu-



—Vamos —indico el jefe de la banda.

tismo y saltó a la montura de su caballo.

En silencio, la banda se aprestó a marchar. Dos mogoles se situaron junto a Marco Polo, a fin de vigilarlo.

—Vamos —indicó Sobilán.

Espoleó a su caballo. De pronto las patas del animal se hundieron en una traidora ciénaga.

Los tártaros contemplaban con horror aquella escena. Sobilán rugió:

—¡Maldición!

Procuraba aquietar a su cabalgadura, que con sus desesperados movimientos se hundía cada vez más en el pantano.

(CONTINUARA)

Sobilán se hundía en la ciénaga.





LOS FANTASMAS

CAPITULO IV.



1. El joven cazador Juan de la Selva y sus compañeros de aventuras acamparon en las cercanías del templo milenario que servía de guarida a los hombres-tigres. El viejo Bepo fué el primero que presintió el peligro. Empuñando su fusil, masculló: "—Atención. Vienen los fantasmas del Iguadú".



2. A la luz de la luna se destacaban las espectrales figuras. Los encapuchados eran africanos de rostros feroces. Cada uno retenía un tigre encadenado. Las fieras y los hombres-tigres percibieron al mismo tiempo el olor de los seres humanos. Juan de la Selva gatilló una y otra vez su revólver.



DEL IGUADU



—PRISIONEROS



3. Los fregonazos atemorizaron a los tigres, pero sus amos no les permitieron retroceder. Las voces guturales ordenaban matar. Los disparos seguían atronando la selva. Replegados contra un árbol, Juan, el viejo Bepo y Cintia se defendían. "—Ya me están dando rabia estos fulanos envueltos en sábanas", gruñía Bepo.



4. "—Se nos están terminando los cartuchos", anunció Juan de la Selva. La mano de Cintia no temblaba al disparar. Bepo eligió con precaución sus últimos blancos. El joven cazador hizo frente a un tigre, que se acercaba rugiendo. Ni Bepo ni la valiente niña podían auxiliario.

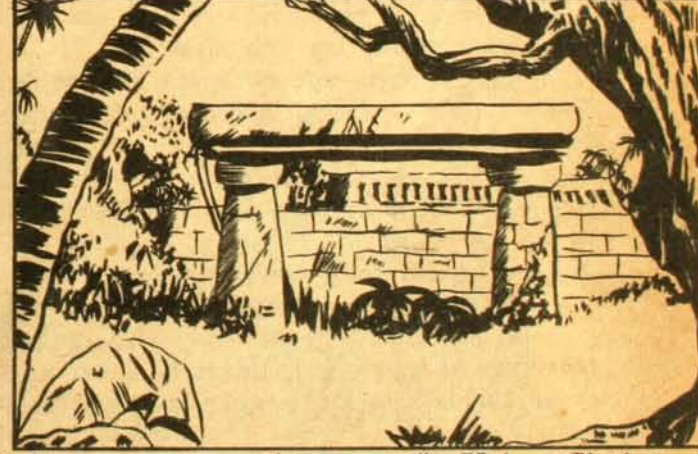


LOS FANTASMAS DEL IGUADU



5. Se trabó en lucha con el gigantesco felino y su cuchillo se hundió en el salvaje corazón. La bestia, con un rugido agónico, se desplomó a los pies de su vencedor. "—Ahí llega mi tigre", murmuró Bepo, al ver a un segundo felino. De un salto, el ágil viejo se lanzó al ataque, blandiendo su cuchillo de caza.

7. Pero los tigres no atacaron otra vez. Un semicírculo de encapuchados apuntó sus flechas al corazón de los extranjeros. "—¡Diablos! —exclamó Bepo—. Esto se pone serio." Eran sólo tres, porque los negros del safari huyeron, abandonándoles, y Gori había desaparecido. Por lo tanto, se entregaron prisioneros.



6. El jefe de los fantasmas emitió una orden. Los tigres retrocedieron, gruñendo. Varios de ellos quedaron sobre el campo, heridos a bala o a cuchillo. "—Nos faltó estrangular a uno —señaló Bepo—, para que la colección quedara completa. ¿Qué pasará ahora? Los tigres fueron a pedir consejo a sus amos."

8. Marcharon vigilados por sus aprehensores. "—Valor, Cintia —murmuraba Juan de la Selva—. Hallaremos un medio de fugarnos." Bepo escupió con rabia, diciendo: "—Claro que huiremos de estos sabanudos". De pronto se detuvieron. Ante ellos se alzaba el templo inviolado del Iguadú.

(CONTINUARA)



LOS PRINCEPES

de cabellos

DE ORO



Había una vez un rey tan anciano que no tardó en morir. Entonces heredó el trono su hijo Safir.

Cierta día el joven soberano salió a cazar con su fiel criado. Llegaron entre caza y caza a un bosque. Allí, cuidando un rebaño de ovejas, había tres pastoras. El rey las vió y ellas vieron al rey. La mayor dijo:

—¡Ay, si el rey me eligiera por esposa, le bordaría todas sus ropas con hilos de oro!

La segunda suspiró:

—¡Ay, si el rey se desposara conmigo, le regalaría una jarra de oro!

La menor añadió:

—¡Ay, si el rey me tomara por esposa, le daría dos niños de cabellos de oro!

El criado oyó a las pastoras y repitió sus decires al monarca. Este preguntó entonces a las doncellas:

—¿Cuál de vosotras puede darme dos hijos de cabellos de oro?

La menor, que se llamaba Esmeralda, repuso:

—Yo, Majestad.

—Pues, si dices la verdad, serás la reina.

Y cogiéndola de la cintura, la alzó hasta su cabalgadura y regresó a palacio.

Las bodas fueron muy fastuosas y se bailó hasta caerse de cansancio. Todo el mundo sentíase contento, menos la vieja aya del rey. Tenía una hija y pensó que por alguna suerte de magia podría desposarla con Safir, llegando a ser ella la reina madre.

Pero las bodas con Esmeralda malograron sus planes y decidió vengarse.

Meses más tarde el rey debió partir a la guerra. En su ausencia, la reina tuvo dos hermosos niños, de cabellos dorados. La horrible aya dió tantas vueltas y vueltas alrededor de la cama de la reina que antes que ella despertara logró cambiarle sus hijitos por dos infantes negros, nacidos de una esclava.

Cuando el rey supo la noticia, retornó a palacio y decidió encarcelar a la reina en una jaula. Su furia era tan inmensa que ordenó trasladar a la prisionera al bosque, abandonándola allí para que sus súbditos la insultaran. Algunos vasallos piadosos daban alimento a la desventurada reina, cuando caía la noche, a fin de no ser sorprendidos y castigados.

Mientras tanto, los pequeños príncipes fueron depositados por el buen río en la ribera y el sol los secó entre la hierba suave. Los animales del bosque fueron sus amigos y una cierva los alimentó con su leche.

Pasaron los años, y los hermanos, que se llamaban Sol y Oro, se convirtieron en bellos donceles. Un día Sol tuvo un extraño sueño que refirió a Oro:

—Soñé que un viejo de barba larga y blanca nos decía que nosotros no éramos huérfanos, sino príncipes. Al nacer, una vieja bruja nos cambió por dos niños negros, y el rey, nuestro padre, enfurecido, hizo encarcelar a nuestra madre la reina.

—Yo tuve el mismo sueño —confesó el otro hermano—. Creo que ése es un aviso providencial y que debemos buscar a nuestros padres.

Se pusieron inmediatamente en camino y a la mañana siguiente llegaron a la capital del reino. Casualmente el monarca los vió

—Os daré riqueza sin
cuento —prometió la
pérfida bruja.



cuando pasaba en su carroza y, fascinado por la belleza de ambos donceles, y sintiendo en su corazón un extraño sentimiento de ternura, les invitó a cenar con él.

La vieja bruja los vió llegar desde lejos y los reconoció. Corrió al encuentro de ellos y les dijo:

—Ah, hijos míos, qué hermosos sois. Pero seríais diez veces más hermosos si os bañarais en las aguas de la gruta del sol.

Los hermanos se miraron y pensaron que si se bañaban en esas aguas mágicas y se volvieran más hermosos, el rey los querría más.

Por lo tanto, se encaminaron a esa gruta, antes de pasar al palacio real. Pero aquella caverna estaba lejos, lejísimo, y por más que caminaron no la pudieron encontrar. En el camino hallaron una humilde cabaña, a cuya puerta vieron un anciano de larga barba, que leía un libro de dimensiones enormes.

—Muy buenas noches, abuelo, saludaron.

—Bien venidos. Pero, ¿qué buscáis por aquí, donde ni los pájaros llegan?

—Vamos en busca de la gruta del sol, para bañarnos en sus aguas.

—Os indicaré el camino, bellos donceles. Yo soy Santo Viernes y debéis obedecer mis consejos, o si no, vuestra vida peligrará. Pues habéis de saber que la casa del sol guarda muchos secretos terribles. Ante todo os diré que la mansión solar se abre a las once horas y se cierra justamente noventa y nueve segundos después, y quien queda adentro muere sin remedio. Cuando hayáis entrado, no prestéis atención a las melosas palabras de una vieja bruja, que os invitará a llenaros de oro los bolsillos. Sólo pretende que perdáis tiempo y os quedéis adentro. Buscad la gruta y bañaos con rapidez, antes que se cumpla el plazo fatal.

Los príncipes agradecieron los buenos consejos del anciano y se despidieron de él. Llegaron a la puerta de la casa del sol en el preciso instante en que se abría y entraron precipitadamente.

Allí estaba la bruja, diciéndoles melifluamente:

—Venid, que os daré riquezas sin cuento.

Pero ellos pasaron corriendo, se bañaron y salieron, justo cuando la puerta se cerraba.

Mientras tanto el rey los esperaba en vano para cenar y la reina era insultada y maltratada.

A la mañana siguiente volvieron los príncipes a la ciudad y el

Cuando el aya los vio venir, casi reventó de rabia.



ey los invitó de nuevo, lividando su ira al ver-
es más gallardos que
unca. También esta
ez la bruja los detuvo
ara decirles:

—¡Ah, qué hermosos
ois! Pero seríais diez
veces más bellos si os
impiarais con el pa-
uelo del sol.

Se miraron los dos her-
manos. Ambos pensa-
ban conquistar cada
vez más al rey, para
rogarle después que
perdonara a su madre
y la libertara de su ter-
rible prisión.

Volvieron a la casa de
Santo Viernes y él di-
jo:

—De buen grado os
ayudaría, pero el secre-
to del pañuelo del sol
lo sabe mi hermano
Santo Sábado.

Y les indicó dónde vi-
vía Santo Sábado.

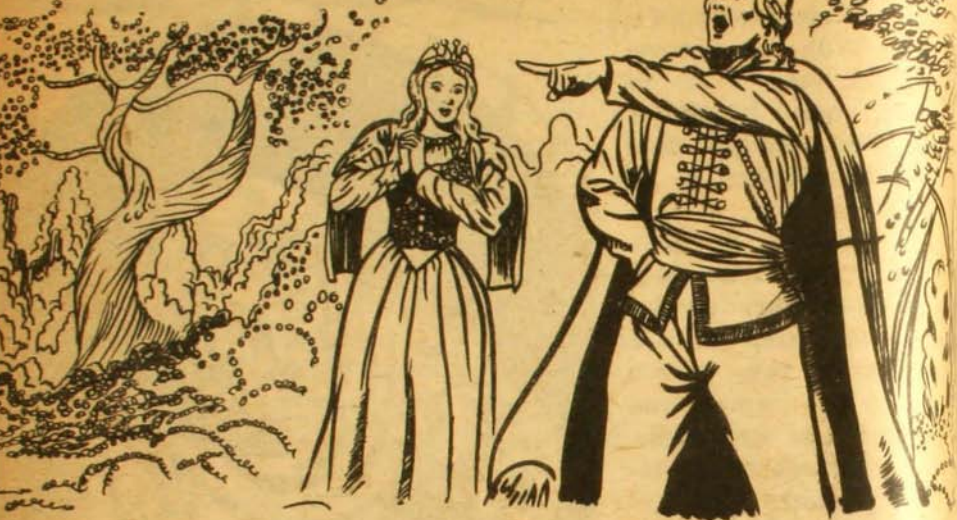
También él estaba leyendo un enorme libraco. Una vez que oyó
a los príncipes, les explicó:

—Pues debéis ir a la casa del sol a las once horas. En la pri-
mera gruta ya sabéis lo que hay, no os detengáis delante de ella,
ni de la bruja de palabras engañosas. En el segundo aposento
está el pañuelo del sol, colgado de un clavo de oro. Pasadlo rá-
pidamente por vuestro rostro y salid corriendo, antes que trans-
curran los noventa y nueve segundos.

Los príncipes obedecieron en todo, y, cuando salían de la casa
del sol, la puerta se cerró con estrépito detrás de ellos.

Mientras tanto el rey los aguardaba en vano, con la mesa pues-
ta, y la reina era insultada.

El rey ordenó encarcelar al aya en el lugar de la reina.



Al tercer día, Safir también los perdonó por no acudir a su cita y les invitó para esa noche. Cuando el aya los vió venir, casi reventó de rabia. Y les dijo:

—¡Ah, hijos míos, qué hermoso sois, pero seríais diez veces más hermosos si os miraráis en el espejo del sol!

Esta vez los príncipes debieron visitar a un tercer anciano, llamado Santo Domingo, quien les señaló el camino. Se miraron en el espejo del sol y volvieron volando. Esta vez, como debieron atravesar tres aposentos antes de llegar ante el espejo, se atravesaron, y la puerta, al cerrarse, les cogió las capas.

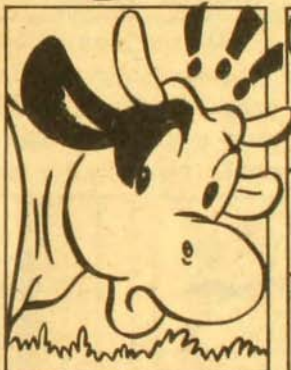
El rey, al verles aquel día, no quiso dejarlos solos y los llevó en su carroza.

—Parece que no quisiérais entrar en mi palacio —dijo Safir— Os concedería cualquier deseo si aceptáis quedaros.

—Hay otra persona que debe entrar con nosotros —contestó el príncipe Sol—. Y ella es la reina.

Safir vaciló, pero aquellos donceles eran tan bellos, que accedió. La reina fué libertada y ella reconoció a sus hijos. Se abrazaron emocionados, y entonces el rey, imponiéndose de la malvada acción del aya, ordenó que la jaula fuera ocupada por la bruja. Y esta vez nadie ayudó a la prisionera, que murió de hambre.

El patito audaz



¡¡(CONTINUARA)¡¡

El tesoro de LA TORTUGA

CAPITULO IV.—LA BATA DEL TESORO



1. Chico, el grumete de Mario Bernis, había fracasado en su misión. “—Soy un inútil —gimoteaba—. No encontré el pedazo del mapa que guarda ese gordiflón Enrique Margun.” El corsario, después de consolarle, reunió a sus hombres. “—Tengo un plan para engañar al muy honorable gobernador de Jamaica”, anunció.



2. Horas más tarde, una silueta furtiva rondaba la casa del gobernador, esquivando las rondas de centinelas. Antes del amanecer, la voluminosa figura de Enrique Margun apareció en el portal. Daba órdenes al capitán de la guardia: “—No olvidéis que quiero ver colgados de la horca a esos atrevidos bergantes”.



3. Un puñal surcó el aire y se clavó en la puerta. Margun saltó vivamente para que el cuchillo no cercenara uno de sus empolvados rizos y tartamudeó: “—¿Qui... qui... quién se atreve?” Vió que, atado al puñal, venía un papel. Al extenderlo, descubrió que era un trozo del codiciado mapa.



4. Minutos después Margun decía: “—Tenemos el plano completo. Reclutad hombres que conozcan el archipiélago.” Los prisioneros anunciaron los deseos del gobernador y entre los marineros reclutados había algunos que no hubieran inspirado confianza ni a un santo. Pero, en cambio, Bernis confiaba en ellos.

El tesoro de



5. "—Allí van mis tigrecillos más despiertos —sonrió el corsario, examinando a los hombres que se habían enrolado para navegar en el "Heraldo". "—Buena tripulación. Tan buena como la mía." Cuando el galeón del gobernador se hizo a la mar, otro barco siguió su estela. Durante todo el viaje no se separarían.



6. Uno a la siga del otro, los navíos surcaron el extenso mar, cruzando peligrosos arrecifes de coral. A bordo de la nave pirata, el contramaestre y el timonel conversaban: "—El capitán logró engañar a Enrique Margun. El propio gobernador, sin sospecharlo, nos guía hacia el tesoro de Jack el Tuerto."

LA TORTUGA



7. Enrique Margun advirtió que era seguido. "—¿Qué barco es ése?", gruñó, preocupado. Su segundo respondió: "—Una corbeta sin importancia. Pero suponiendo que sea peligrosa, la barreremos con nuestros sesenta cañones. ¿Qué ordena, Su Excelencia?" Llegaban al Caribe y Margun olvidó al barco perseguidor.



8. El "Holandés", timonel de los piratas, sorteó con habilidad las traidoras aristas de las madreporas. Timoneaba el "Heraldo" y Enrique Margun se acercó a felicitarlo. "—Eres magnífico —declaró—. Sin ti, el barco hubiera encallado." El "Holandés" respondió con una semisonrisa.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO VI.—El misterio del pozo.

Habían transcurrido seis días desde la llegada de Mauricio Maré al fortín colonial habitado por la familia Belmar, y aún no descubría ni el más pequeño secreto.

—Como arqueólogo, eres un fracaso —le decía su amigo Juan Belmar—. Creo que sólo sirves para hacer suspirar a las niñas bonitas.

Esa tarde, Mauricio descubrió una puerta secreta. Recorría con sus dedos un zócalo, cuando giró una parte del muro. Entraron sin vacilar y se encontraron en una habitación polvorienta y sombría. Sólo existía una pequeña ventana, que ellos jamás habían visto, porque daba hacia el mar.

—¡Eureka! —gritó Mauricio—. No dirás ahora que soy un arqueólogo fracasado.

La ventana estaba semicubierta por una raída tela y un trozo de papel. Quien habitó aquel recinto, en lejanos tiempos, quiso tal vez protegerse de las ráfagas heladas. Juan apartó aquella rudimentaria cortina, a fin de que penetrara más luz, y de pronto sus ojos se detuvieron en el papel. Era un fragmento de carta y contenía las siguientes palabras:

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugiaron en la vivienda de Luisa Sharp, en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él. Se instala en un castillo, edificado sobre una alta roca, acompañada de su hermano Juan, de la institutriz Miss Agata y de sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye, luego de hacer señales con una linterna. Más tarde, Luisa Sharp propone al capitán Belmar que emplee de jardinero a su nieto Adrián. Días después, llega al castillo el joven Mauricio Maré, quién está interesado en descubrir los secretos de la vieja mansión.



uan, Mauricio y Lidia leyeron al mismo tiempo la carta. Luego hablaron atropelladamente, expresando su opinión sobre el hallazgo. Al advertir que ninguno se entendía, callaron simultáneamente. La coincidencia en la algarabía y después en el silencio, les incitó a reír.

—Pongámonos de acuerdo —propuso Juan—. No hablemos al mismo tiempo, ni nos quedemos callados como los tres monos ciegos. Habla tú, hermanita.

—Creo que esa carta la escribió Francisca Altamirano, la aparedada.

—Eres tan sagaz como el detective Sherlock Holmes, pero mucho más linda —observó el incorregible Juan Belmar—. Vamos a otro asunto: yo siempre dije que ese pozo era interesante. En cuanto a la piedra circular... ¿será del pozo o de otra parte? Por cierto que Sharp está mezclado en el lío. Si yo pudiera hacer hablar a Luisa Sharp...

—Más fácil es que ella te lance al mar, con una roca al cuello —respondió Mauricio—. Hay que ser muy cauto con la viejita irata.

—Y el cofre mencionado en la carta, ¿qué contendrá? —inquirió Lidia—. Tal vez las joyas de Francisca.

En responder a su hermana, Juan caviló:

—Más que una carta, creo que ésta es la página de un libro en el cual Francisca escribía sus memorias. Busquemos, a ver si hallamos otras hojas.

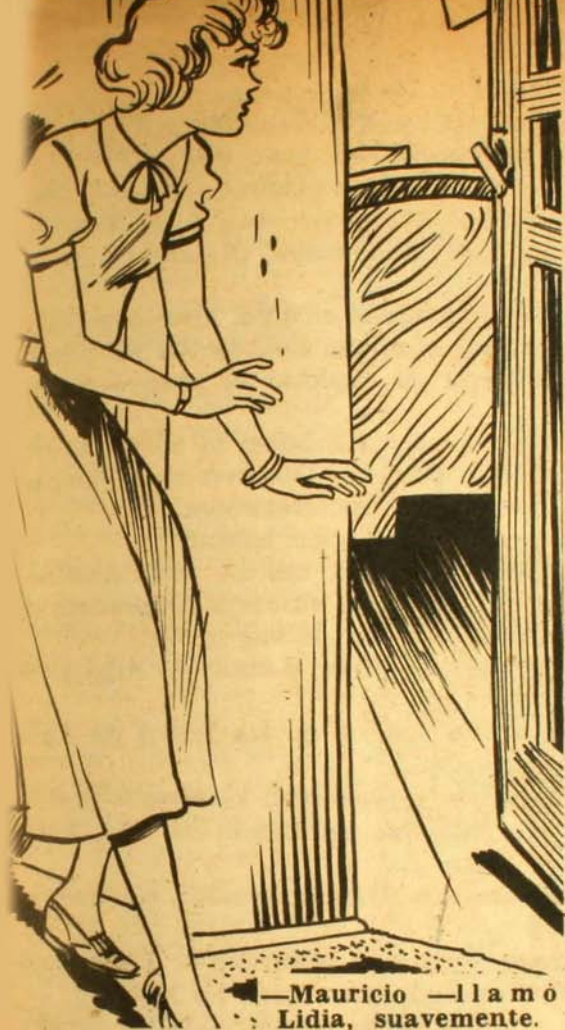


Luisa Sharp se acercaba con un atado de leña.

Mauricio y Lidia se disponían a seguir esta indicación, cuando en vano de la puerta dibujó una silueta vestida de negro. Dos ojos penetrantes como los de una inmóvil ave de rapiña examinaron el aposento. Una voz fríamente cortés invitó: —El té está servido.

Madame Daniela esperó que sus dos discípulos y el joven visitante pasaran delante de ella. Luego les siguió, como una sombra. No emitió comentario alguno sobre el descubrimiento de la sala secreta, ni interrogó a sus pupilos. Mientras ellos se servían el té, desapareció.

Cuando los tres ansiosos investigadores volvieron al lugar de sus estudios y desvelos comprobaron anodados que ya no podrían descubrir ningún otro rastro del pasado. La habitación se veía recién barrida, no quedaba polvo, ni telarañas ni fragmentos de antiguos escritos. El haz de libros y documentos que alcanzaron a divisar en un rincón, se había esfumado.



—¿Qué sucedió? No comprendo —balbuceó Lidia.

En ese instante, vieron venir a la cocinera Micaela, que traía un paño de sacudir.

—Micaela, ¿qué significa esto? —protestó Juan.

—Perdone, patroncito, que no haya tenido tiempo de sacudir antes que ustedes volvieran. La señora Daniela...

—¿Ella le dijo que limpiara aquí?

—Sí, patroncito.

Los dos jóvenes y la niña se miraron perplejos. ¿Qué intenciones ocultaba la institutriz?

—Si pensó darnos una sorpresa agradable al ordenar el aseo de esta habitación, se equivocó —dijo Mauricio.

No había razón alguna para creer que la institutriz quiso destruir los

—Mauricio —llamó Lidia, suavemente.

documentos. Esta idea, sin embargo, rondaba insistentemente a los tres amigos. Pero, ¿qué interés podía tener en borrar las huellas de otra época?

—¡Qué pena! Ahora no podremos descubrir el misterio del pozo.

—¿Por qué no? —replicó Mauricio—. Yo recuerdo perfectamente el mensaje. Además..., dígame, Micaela, ¿qué hizo con los libros y papeles que había aquí?

—La señora Daniela me dijo que los quemara.

Ya no era posible rescatar las páginas amarillentas, de las cuales sólo quedaban negras pavesas cuando los jóvenes llegaron junto a la chimenea.

—Es inaudito —murmuró Lidia—. Quemar libros. Es un acto de vandalismo, impropio de una institutriz. Un analfabeto no apreciaría el valor de esas antiguas escrituras; pero ella...

—Micaela —ordenó Juan—. No diga una palabra a Madame Daniela. Es preciso disimular nuestro interés por esos papeles. Si ella está actuando como una enemiga clandestina, pretenderemos no advertir sus intrigas.

Sin agregar otra palabra, abandonaron el castillo. Deseaban hacer planes sin ser oídos y se refugiaron en un bosquecillo de pinos.

—Lo primero que debemos hacer es explorar el pozo —decidió Mauricio.

En ese instante vieron surgir entre los árboles la sólida silueta de Luisa Sharp. Traía un atado de leña. Observó a los jóvenes paseantes con una mirada pensativa e interrogadora.

—Buenas tardes —saludó—. ¿De qué pozo hablan?

Mauricio Maré sonrió. Habían salido del castillo para deliberar lejos de oídos indiscretos, y allí, en aquel sitio aparentemente solitario, la propia Luisa Sharp se impuso de sus planes.

—Se trata de un juego —respondió Juan Belmar—. Algo parecido al tugar-tugar.

La ingenua respuesta dibujó una sonrisa en los labios de Luisa Sharp.

—Soy muy vieja para detenerme a jugar con ustedes —declaró riendo—. Mis cien años pesan más que este atado de leña. Adiós, niños, y no se pierdan en el pozo.

Desapareció, riendo silenciosamente. Desconcertados, los tres investigadores volvieron a casa.

—Mañana bajaremos al pozo —decidió Mauricio—. Llevaremos cuerdas y zapatos especiales de andinistas, para no resbalar.

—Tal vez Nicolás quiera acompañarnos —sugirió Lidia, temerosa—. Esa excursión es arriesgada.

—Prometí a mi papá ser prudente —recordó Juan—. Es buena idea invitar a Nicolás.

Pero cuando se dirigieron a la cocina, Micaela les informó que el fiel Nicolás había ido a la ciudad, a comprar las provisiones del mes, y no regresaría hasta el día siguiente.

Cuando despuntó el alba, Lidia descansaba en su lecho sin poder conciliar el sueño. Había despertado hacía una hora y decidió levantarse. Se bañó y se vistió rápidamente. Al salir al corredor de piedra, distinguió en la penumbra la alta silueta de su hermano.

—¿Tú, levantada ya?
—preguntó él.

—¿Y tú? ¿Por qué has
nadrugado tanto?

—Tal vez a causa de
a misma idea tuya —
onrió el muchacho—.
Vamos a buscar a Mau-
ricio.

Lidia vió la puerta en-
treabierta y llamó sua-
vemente:

—Mauricio.

Nadie respondió. Juan
penetró entonces en el
dormitorio, descubrien-
do que estaba desierto.
La cama se veía vacía.

—¿Dónde estará este
loco? —exclamó Juan.
Salieron a buscarlo por
los jardines, el sendero
y el patio, llamándole a
media voz para no des-
pertar a los demás ha-
bitantes del castillo.

De pronto, una voz dis-
creta respondió:

—Estoy aquí. Guarden
silencio.

Aquella voz parecía
surgir de las profundi-
dades de la tierra.

—El pozo. . .

La palabra acudió a los labios de los dos hermanos. Se acercaron
y vieron a Mauricio, suspendido del brocal.

—¿Quieres matarte? —balbuceó Juan, sosteniendo con fuerza la
mano de su amigo.

—No me quiebres los dedos, querido salvaje —respondió el jo-
ven—. No estoy en peligro de caer. Déjame contarte.

(CONTINUARA)



Lidia y Juan encon-
traron a Mauricio en
el pozo.

Ponchito

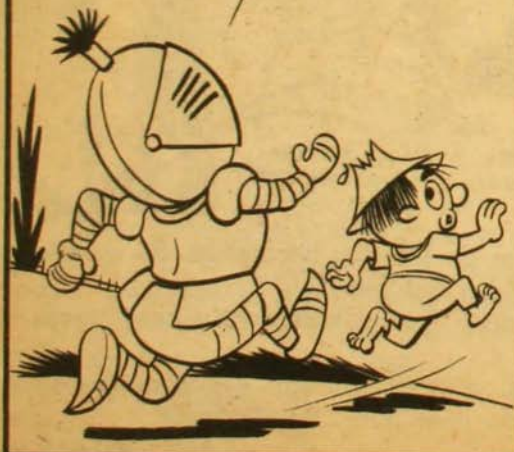
¿QUIEN SERÁ AQUEL
QUE VIENE ALLÁ
LEJOS?



¡AH! ¡SOCORRO! ¡UNA
ARMADURA QUE ANDA!



¡PATOCO! ¡PATOCO!
ESPERA, SOY YO, PONCHITO



¡ESPERA, NO TENGAS
MIEDO!



¡UFI! ¡QUE SUSTO MÁS GRANDE ME HAS DADO!



¿POR QUÉ ANDAS ASÍ?



¡ES LA ÚNICA MANERA DE LIBRARME DE LOS ZANCUDOS!



El dragón de Flandes

CAPITULO IX.—Y él olvidó su misión.

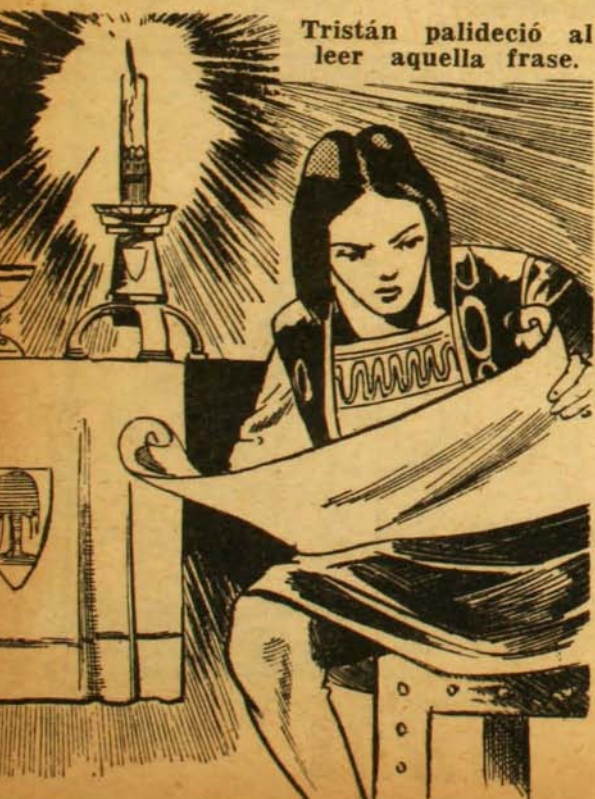
Tristán, el Hijo del Lobo, fué acogido en el castillo de Belina, la bella de la floresta. Ella procuraba retenerlo y lo rodeó de un clima de paz y magia.

Una tarde que leía un antiguo pergamino, lo plegó de pronto, interrumpiendo la lectura. Tristán se lo arrebató, y mientras ella ocultaba el rostro entre sus manos temblorosas, el doncel recorrió las líneas. Refería la historia de un caballero que llevaba la misión de destruir a un terrible monstruo. Se detuvo en el castillo

de una hermosa dama, que lo embrujó con su belleza. Aquella narración terminaba con esta frase:

“Y él olvidó su misión...” Tristán palideció. El también había olvidado que tenía una misión que cumplir. El país de Flandes gemía bajo el terror y esperaba un héroe que lo libertara. Cuando los ojos de Belina, inundados de lágrimas, se fijaron en el semblante de Tristán, vieron reflejada en él una voluntad inquebrantable.

—Debo partir —dijo con voz breve.



Tristán palideció al leer aquella frase.



Belina acarició el rostro del héroe.

conocerás más tarde, cuando cruce tus bosques para ir a Flandes". Te esperé y el día que llegaste a Camelot, presentí que estaba cercano el instante en que te vería. Y hoy debo dejarte partir.

Llamó a uno de sus vasallos para que trajera un corcel blanco. Tristán abrazó a la rubia castellana y luego se alejó.

Franqueó montes y cabalgó a través de enmarañadas selvas. Por fin penetró en tierras de Flandes y el paisaje se transformó por completo. Tristán descabalgó para contemplar el desolado panorama. El mar había inundado los feudos y sobre los médanos se erguían las ruinas de los castillos y las retorcidas y negras ramas de los árboles desarraigados. Los cuervos planeaban sobre aquella desolación.

Belina rozó tenuemente con sus dedos el rostro del héroe, murmurando:

—Sé que no podré retenerte. Siempre deseé conocer al Hijo del Lobo, cuyo nombre oí pronunciar cuando tenía quince años. He seguido tus aventuras y, cuando estuviste prisionero en el castillo del lago, pensé acudir en tu rescate. Pero el Mago Merlín me detuvo en la ribera, diciéndome: "Lo

Belina ordenó traer un corcel blanco.





Tristán contempló el desolado paraje.

—¿Cómo cruzaré esta región inundada? —murmuró Tristán. En la distancia avistó una ciudadela amurallada. Conduciendo de la brida a su caballo, bordeó el pantano y, situándose en una colina, observó la ciudad. No se advertía el menor signo de vida. En la torre ondeaba una bandera amarilla, como anuncio de epidemia, muerte y desgracia. De pronto, en un islote cubierto de vegetación, Tristán vió elevarse una columna de humo. Alguien había encendido una ho-

guera. Existía un sobreviviente en aquella comarca fatídica y Tristán decidió reunirse con él. Reunió ramas para construir una balsa. Ató los leños con los arneses de su montura y se proveyó de una pértiga.

Cuando todo estuvo preparado para la travesía, acarició las crines del caballo, murmurando:

—Regresa al castillo de Belina. Allí quedó mi fiel lobo Barto. Un día regresaré a buscarlo. Guió su balsa por el agua cenagosa, evitando los árboles flotantes, que tendían hacia él sus ramas contorsionadas.

—Pasaré por el castillo —resolvió Tristán—. Quizás allí también queden sobrevivientes.

Pero la corriente lo arrastraba hacia el bosque sombrío. Extrañas criaturas le acechaban desde allí. Enanos vestidos con piel de foca.



La ciudadela se veía abandonada y desierta.

(CONTINUARA)



Construyó una balsa.



Dejó el caballo libre para que regresara al castillo.

Concurso Semanal



Forma con las sílabas blancas tres palabras, y con las negras completa una frase muy importante. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 191.— Números: 6, 3, 0, 1, 4. Letras: A, O.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD"**.— Manuel Oyarzo, Valparaíso; Héctor Utrera, Lota; Antonio Rojas, Santiago. **UNA CARPETA DE ESQUELAS**.— Rolando Contreras, Rancagua; Néstor Ruiz, Quilpué; Pedro Olivares, Quillota; Ana Ibarra, Parral; Hernán Alvarado, Valparaíso;

Flor Muñoz, San Fernando; Enrique Sáenz, Santiago. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Cecilia Pinto, Colina; Elvira Rubilar, Temuco; Consuelo del Pozo, San Francisco de Limache; Erika Gemmp, Temuco; Carmen Bordalí, Santiago; Hernán Zelada, Quilpué; Enrique Robles, Santiago; Germán Encina, Talca; María Inés Aguirre, Santiago; Sonia Pizarro, Rancagua. **UN LIBRO.**— Donato Florer, Chillán; Laura Palavicino, Talcahuano; Carlos Cifuentes, San Javier; Guillermina Toledo, Santiago; Silvia Ramos, Molina; María Paz Eyzaguirre, Santiago; Eliana Azar, Parral; Leda Venegas, Santiago; Antonieta Carvajal, Santiago; Luis Cruz, Parral. **UN VITAMIN.**— Ana Loreto Ramírez, Viña del Mar; Salvador Yáñez, Valparaíso; Patricia Conley, Viña del Mar; Juan Alarcón, Valparaíso; Claudina Sobarzo,ERCILLA; Patricia Sánchez, Santiago; Solange Alarcón, Concepción; Marta Sáenz, Santiago; Luis Astudillo, Quillota; H. Quiroga, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 193

¡ ATENCION !

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita



3. Manuel Catalán reflexionó un instante. Luego dijo: "—Es inútil permanecer a bordo. Trataremos de llegar a la costa en el bote salvavidas. Mientras ustedes preparan la embarcación y se ocupan de prevenir a los muchachos, yo barrenaré el barco." Sus marineros le miraron horrorizados. "—Pero, capitán..."



4. "—Una orden superior no se discute —les interrumpió Manuel Catalán, con voz cortante—. Adviertan a Juan y Juanita que trasbordaremos." Sus subordinados obedecieron, pero mientras elegía los remos, el marinero Antonio mascullaba: "—Moriremos de hambre y de sed y nos dará escorbuto".

(CONTINUARA)



QUIMBAD

N.º 194

EL PATITO AUDAZ

\$ 5.-



ELENA POIRIER



Juan y Juanita



CAPITULO V.—LA EMBARCACION PERDIDA.



1. Los tripulantes del barco ballenero comandado por Manuel Catalán se encontraban en una crítica situación. El combustible se había agotado y era preciso abandonar la nave. “—No olviden el barril de agua”, ordenó el capitán. El marinero Antonio y el contraamaestre se afanaban reuniendo víveres.



2. Juan y Juanita observaban ansiosos las maniobras: “—¿Lograremos llegar a la costa? —susurró la niña—. Ni siquiera sabemos en qué latitud estamos.” Juan procuraba animarla. “—Remaremos con entusiasmo hasta hallar tierra firme”, decía. Catalán decidió: “—¡Todos al bote! Yo me reuniré después con ustedes”.

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV

20-V-1953

N.º 194

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 230

Semestral: \$ 120

Extranjero:

Susc. Anual: US. \$ 2,10

Semestral: US. \$ 1,05

Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20

Semestral: US. \$ 0,10

MARCO POLO

CAPITULO IV.—*Sobilán se convierte en aliado de Marco Polo.*

Marco Polo, enviado del Gran Khan a las provincias del sur para destituir al tirano Bargu, perdió en una emboscada a los guerreros que le escoltaban y continuó solo su camino. Más tarde cayó prisionero del tártaro Sobilán, quien decidió exigir un cuantioso rescate por el veneciano.

—Kublain Khan vaciará todo su oro en mis manos, para recuperar a su ministro blanco —señaló con sorna el bandolero de las montañas.

El terror dominó a los hombres de Sobilán.



Dió la voz de partida, espoleando a su caballo. Sin saberlo se internó en un terreno cenagoso y minutos después se hundía en la mortal trampa.

Desde la ribera, sus hombres le observaban con espanto. En vano el caudillo asiático procuraba huir. Los frenéticos movimientos de su caballo lo sumían cada vez más en el viscoso lodo. El pantano devoraba al corcel y a su jinete.

Marco Polo recorrió con su mirada el estremecido grupo de hombres. Comprendió que ninguno salvaría a su jefe. El terror les convertía en seres desarticulados y gimientes. El espíritu fatalista

Caballo y jinete se hundían en la ciénaga.



les inducía a aceptar la muerte. Se defendían contra el hombre, pero no contra la naturaleza o los elementos.

Marco Polo decidió actuar solo.

—Trata de contener el caballo —gritó a Sobilán.

Pero era imposible aquietar a la bestia enloquecida de espanto. Sus patas, succionadas por el barro, se habían hundido y ya la grupa desaparecía.

—Desprende los pies del estribo —añadió el veneciano—. Atención, Sobilán.

Tomó impulso y se lanzó en un salto vigoroso. El ágil cuerpo cruzó el espacio, como dotado de alas invisibles, y Marco se cogió de una alta rama. El árbol elegido tendía sus ramas sobre el terreno movedizo. Desde allí, intentaría coger al tártaro.

Aseguró sus largas piernas y se dejó caer de cabeza. Los musculosos brazos se tendieron y a ellos se aferró Sobilán, ávidamente. Aprovechando el mismo impulso y antes de que el peso de aquel otro cuerpo desgajara la rama, el veneciano se balanceó con vio-

lencia y lanzó a Sobilán hacia la tierra segura. Como un bólido cruzó el tártaro la distancia que le separaba del borde de la ciénaga y cayó entre sus hombres, que prorrumpieron en exclamaciones de alegría.

La rama que sostenía a Marco Polo crugió peligrosamente. El joven se deslizó a una inferior y desde allí saltó. Fué recibido por los brazos de los mogoles, que en seguida lo depositaron en tierra, con señales de profundo respeto.

—¿Proseguimos nuestro camino? —sonrió el “demonio blanco”—. ¿Dónde están mis guardianes?

—Ya no irás como prisionero —declaró Sobilán, y su ojo se dulcificó. Aquella pupila fiera, la única libre porque el ojo derecho estaba cubierto por una venda negra, expresaba gratitud.

—¿Hacia dónde te diriges, favorito del Gran Khan? —añadió el bandolero.

—Sigo las huellas del traidor Bargu.

El nombre del árabe estremeció a Sobilán.

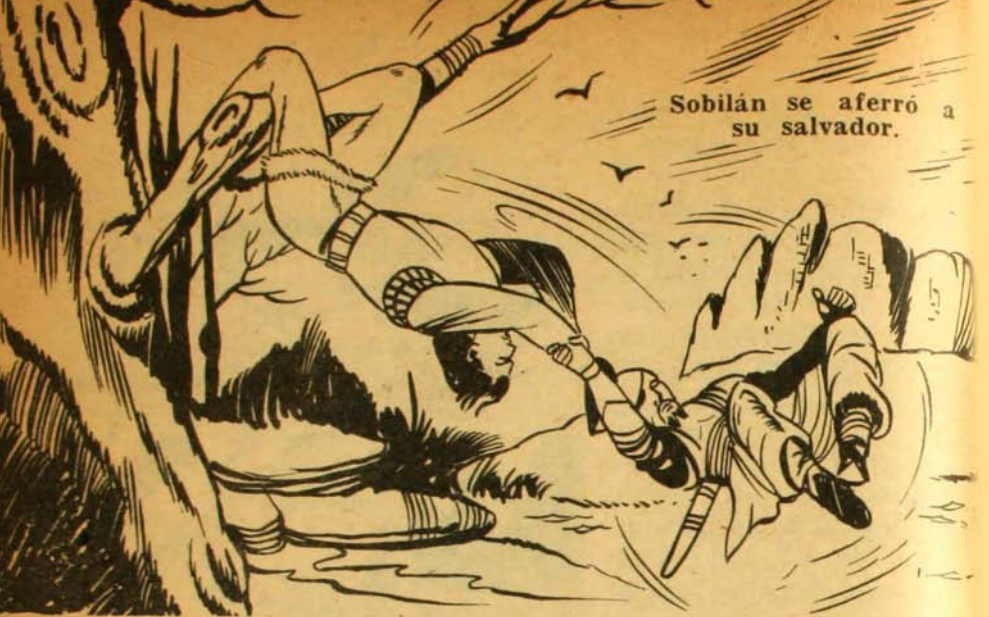
—¿Persigues a ese perro sarnoso? A nadie odio más que a Bargu. Si tú quieres, M a r c o



Se lanzó en un salto vigoroso.



Marco Polo se cogió de una alta rama.




Sobilán se aferró a su salvador.

Polo, te acompañaré. Tu venganza es la mía.

—Acepto, Sobilán. Pero antes quisiera saber por qué te has dedicado al bandolerismo. Antes oí hablar de ti. Posees una triste fama. Ningún viajero puede cruzar las montañas sin caer bajo tus garras y perder el oro junto con el alma. Tu espíritu combativo podía servir al Khan en sus guerras. ¿Por qué lo envileces en la rapiña?

Como un bólido, Sobilán cruzó el espacio.



—Acepto, Sobilán
—respondió Marco
Polo.



—Cuando encuentres a Bargu, hazle esas preguntas —replicó sombríamente el tártaro.

Marco Polo no insistió. El ojo de Sobilán despedía rayos de furor.

(CONTINUARA)

Correspondencia

Ana Castro, Guillermo Silva, Manuela Carrasco, Juana Pino, Ana Martínez, Elena Muñoz Osorio, María Eugenia Vargas, a todos agradezco sus elogiosos conceptos por la lectura y presentación de esta pequeña gran revista, que es la favorita de los niños de América Latina.

Alejandro Cuesta Cuevas, Clara Retamal Torres, Betty Jansen.—Les aseguro que aún más interesantes serán las seriales que verán en Simbad en los próximos números. Trataremos de compensar el alza de precio de la revista con lecturas interesantísimas.

Gloria Morales.—Juan y Juanita ya no se publica en "Okey",

pues, como ya dijimos, el simpático "Okey" la cedió a "Simbad". Patricio Miranda.—Nos complace su fervido entusiasmo por "Simbad". Trasmitemos sus felicitaciones a los dibujantes Natto y Poirier.

Gloria Gaete.—No hay espacio para recados. Venga usted a la Empresa Zig-Zag y solicite los ejemplares que le faltan. Si aún quedan, se le proporcionarán.

Irma Rojas, Berta Rischart, Silvia Acuña.—Sabíamos de antemano que "La Caverna de los Piratas" iba a deleitarles. También les gustará "Marco Polo", que es, a la vez, novelesco e instructivo.

ROXANE.



LOS FANTASMAS DEL IGUADU



CAPITULO V. — FANTASMA AMISTOSO



1. Juan de la Selva, el viejo Bepo y Cintia cayeron prisioneros de los hombres-tigres, quienes les condujeron a su tenebroso templo. La secta de africanos mantenía bajo el terror a los poblados. Aparecían envueltos en sudarios y con largas garras de tigre en sus manos. A medianoche, un encapuchado escaló el muro.



3. Evitando la temblante luz de las antorchas el misterioso encapuchado observaba la asamblea. Ante un gesto del anciano, los fantasmas cayeron de rodillas. El recién llegado permanecía perplejo. "—Blanco, es un hombre blanco el que dirige la secta", meditaba, extrañado.



2. Con la agilidad y la cautela de un felino atacó al centinela dejándole inconsciente. Luego se unió a la procesión de encapuchados, que se dirigían a la cripta cantando lúgubrememente. Se detuvieron ante un viejo que, alzando las manos, aulló: "—¡Muerde a los profanadores del Iguadú!"



4. "—La selva pertenece a los hombres-tigres y sus habitantes deben rendirles obediencia y entregar sin protesta sus riquezas —vociferaba el viejo de larga barba—. Y el que se atreva a resistir o intente destruir nuestro poder, morirá." Minutos después, Bepo oyó pasos cautelosos. "—Huelo un fantasma", susurró.



LOS FANTASMAS DEL IGUADU



5. Juan de la Selva, con una silenciosa señal, indicó a Bepo que le dejara el campo libre. "Yo atenderé al hombre-tigre", parecían decir sus ojos, y aquella cortesía no auguraba nada bueno para el visitante. En efecto, lo recibió con una violenta embestida. Pero aquel fantasma parecía ser amistoso.



7. "—La capa que encontramos en la selva me sirvió para disfrazarme", explicó el joven malayo. "—¿No te dió frío? —preguntó Bepo—. Estaba agujereada por mi bala." En seguida, Gori les guió por los laberintos del templo. Al escalar el muro, vieron la silueta vigilante de dos centinelas.



6. No golpeó a Juan de la Selva, sino que lo apartó con fuerza, estrellándolo contra la muralla. Y antes de que el joven cazador se abalanzara de nuevo contra él, susurró: "—Calma, amito". Cintia contuvo un grito de asombro y Bepo gruñó, feliz. Bajo el capuchón apareció el sonriente rostro de Gori.



8. Los guardias cayeron sin saber siquiera quiénes les habían atacado. Bepo ayudó a Cintia a traspasar el muro y, observando a los centinelas, declaró: "—Estos hombres-tigres no alcanzaron a maullar. Quiere decir que podemos irnos tranquilamente". Gori dijo: "—Aún no". Y desapareció como una sombra.

(CONCLUIRA)



LA+NOVIA DE+RAZA YBLISA

Erase una vez un hijo de rey que no quería por esposa más que a una doncella de la raza yblisa.

Para encontrarla recorrió considerable extensión del país. Un día, por fin, llegó a la choza de un yblis. Penetró en el interior

y encontró a dos doncellas, una de ellas en edad casadera.

Cuando ésta vió al hijo del rey, le gritó:

—¡Humano, retírate en seguida, pues mi madre va a venir y te devorará!

—Aunque fuese así, no me retiraría; tengo que llevarte a mi reino —contestó el joven príncipe—. He venido únicamente para llevarte conmigo.

De esta manera conversaban cuando oyeron pasos que resonaban como el retumbar del trueno.

La joven yblisa cogió entonces al príncipe y lo escondió en la despensa.

Cuando la madre yblisa entró en la choza, husmeó el aire diciendo:

—¡Pequeñas, olor a carne humana huele aquí!

—Vivimos muy lejos de los seres humanos, madre, y es imposible que haya uno en este recinto —respondió la mayor.

El joven príncipe temblaba de espanto...

La vieja no insistió y partió de nuevo a cazar.

Entonces, dijo la joven al príncipe:

—No salgas de allí y guárdate de hacer el menor movimiento. A medianoche, mientras el hogar de la chimenea permanezca

rojo, no te muevas. Cuando oscurezca y todo esté envuelto en tinieblas, no te muevas aún, y, al rayar el alba, tan pronto como veas venir la claridad del día, será el momento de huir. Mi madre estará sumida en profundo sueño.

El príncipe obedeció. Vió que el hogar de la chimenea tomaba sucesivamente los tres colores: el rojo de ascua encendida, el negro de fuego extinguido y luego el blanco de la luz de la mañana. Entonces salió de la despensa.

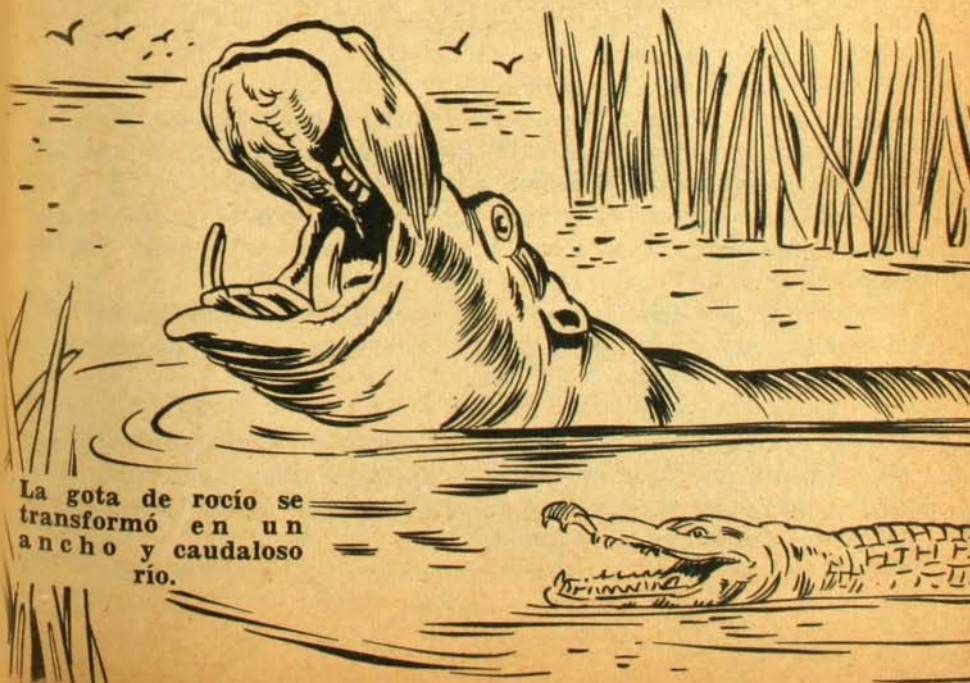
—Aguarda —indicó la doncella— a que ponga un mortero de maíz en el sitio que yo deje libre. Si mi madre se despierta después de nuestra partida, creará, al tocar el mortero, que yo sigo allí, pues cada noche me obliga a dormir cerca de ella por temor a que me secuestren.

Colocó el mortero en el sitio donde tenía costumbre de dormir; luego el príncipe montó a caballo y, con la yblisa a la grupa, partió veloz en dirección al reino de su padre.

A la mañana siguiente, al despertar del sueño, la madre yblisa advirtió la ausencia de su hija. Levantóse y, de un puntapié furioso, rompió en mil fragmentos el mortero.

Y luego dijo a su otra hija:

—¡Se han llevado a tu hermana mayor! ¡Dame mi pipa! ¡Voy en su busca!



La gota de rocío se transformó en un ancho y caudaloso río.

La vieja cargó la pipa; la encendió y exhaló una enorme bocanada de humo, en el seno de la cual se escondió. La bocanada de humo la llevó al camino por donde habían huído los fugitivos. Al volver la cabeza, la joven yblisa distinguió a su madre y dijo: —Mi amado humano, mi madre nos persigue. Pero no temas. Llegaremos al poblado antes que ella.

Tiró al suelo una piedrecilla, que se transformó al punto en una montaña.

Cuando la madre llegó al pie de esta altísima montaña, la cogió como si fuera un guijarro y la escondió en el cintillo de perlas que llevaba ceñido a la frente.

La hija volvió a mirar para atrás y vió que su madre se aproximaba rápidamente. Entonces lanzó al suelo una gota de rocío. Y formóse allí un ancho y caudaloso río.

Cuando la madre llegó a las orillas de aquel río, se inclinó, cogió el agua en el hueco de la mano, la bebió de un trago y reanudó la persecución.

El príncipe advirtió que la bocanada de humo seguía avanzando. —¡El humo nos persigue! —exclamó.

—Es mi madre que se ha envuelto en él y corre en sus alas —dijo la hija.

—Mira por ese lado.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque nos traería desgracia.

—¡Quiero que mires y lances otra piedra, como hiciste antes!

—Te repito que nos traería desgracia si me vuelvo de ese lado.

—¡Mira! —ordenó el príncipe, con voz imperiosa.

La doncella obedeció y volvió la cabeza. Pero al punto convirtióse en una mona, que arañó y mordió a su compañero. Sin embargo, el príncipe pudo atarla con su turbante.

Cuando la madre yblisa vió a su hija así amarrada, juzgó estar suficientemente vengada, y volvió sobre sus pasos de regreso a su choza.

* * *

El hijo del rey llegó, por fin, a su pueblo. Primero ocultó la mona en la choza de su madre, a la que contó su aventura. Aquélla, a su vez, la contó a una vieja amiga que tenía en el pueblo. Esta vieja fué a ver al rey y le dijo:

—Jefe, tu hijo, que se negaba a casarse con una doncella de la

raza humana, ha traído aquí una mona. ¡Si yo miento, rómpeme la cabeza, así como la de mi nieto, que ves aquí!

—¡Ofrece tu cabeza, pero no la mía! —protestó el nieto.

Para comprobar la denuncia de la vieja, el rey ordenó que fuese la mona la que le preparase la comida.

Cuando la mona supo la orden del rey, lloró desconsolada.

Su hermanita, que se había quedado con la madre yblisa en el bosque y que iba a visitarla de vez en cuando bajo la forma de una mosca, dijo a su madre:

—Mi hermana mayor sufre mucho y corre grave peligro. El rey quiere que le prepare la comida, y ella no puede hacerlo por haberla convertido tú en mona.

—Ve y dile —respondió la madre— que salga de su choza a medianoche. A su regreso encontrará preparados todos los platos que se esperan de ella.

A medianoche la mona salió de la choza, siguiendo el consejo que su hermanita le había transmitido. En su ausencia, la madre yblisa fué y guisó una calabaza de arroz, que recubrió con un

La pequeña yblisa,
convertida en mosca,
visitaba a su herma-
na.



lindo disco de paja trenzada.

A la mañana siguiente la madre del príncipe llevó al rey el plato así preparado. El monarca lo encontró mucho mejor que todo cuanto hasta entonces había probado. Llamó, pues, a la vieja denunciante y le dió un puñado de arroz, diciendo:

—Prueba este guiso y dime si puede haberlo cocinado una mona.

La vieja lo probó y respondió:

—Jefe, estoy convencida de que este plato no lo ha preparado la mujer de tu hijo. Si quieres saber la verdad, hazla comparecer ante tu presencia. Y si no ves a la mujer de que te hablo bajo la forma y figura de una mona, mátame, así como a mi nieto, aquí presente.

—¡Que te maten a ti sola! —protestó el nieto.

El rey convocó a todas sus nueras para el día siguiente. La mona, al conocer esta noticia, lloró de espanto.

La madre yblisa, avisada por la hermanita de esta nueva pena de su hija mayor, dijo a la pequeña:

—No temas por tu hermana. No le ocurrirá nada malo. A medianoche estaremos en su choza.

Y a medianoche se dirigieron las dos hacia la choza de la mona. La vieja yblisa frotó a la mayor con un unguento mágico que la transformó en una doncella mucho más linda que antes, y la adornó con joyas de oro.

A la mañana siguiente todas las mujeres de los príncipes fueron presentadas al rey, que encontró a su nueva nuera más bonita que todas las otras. Sin pronunciar palabra, desenvainó su sable, y, de un golpe certero, abatió la cabeza de la vieja denunciante. La hija yblisa le parecía tan bella que decidió nombrarla reina, y abdicó el trono en favor de su hijo.



La madre yblisa cocinó para el rey.

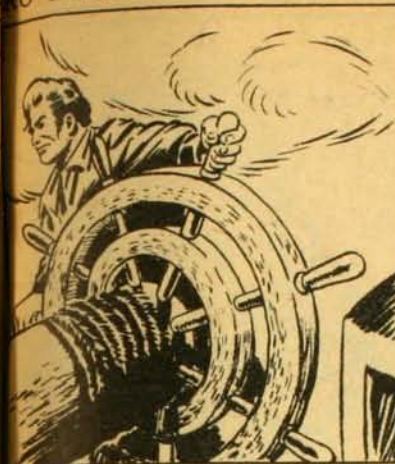
El patito audaz

RESUMEN: CUI-CUI, EL PATITO AUDAZ, COMPRENDE QUE SE HA EQUIVOCADO AL CONFUNDIR A LA VACA CON EL ZORRO, Y CONTINUA SU CAMINO.



El tesoro de LA TORTUGA

CAPITULO V O Y BALAS



1. Mario Bernis, el corsario elegido por su audacia para dirigir a los filibusteros que buscaban el tesoro de la isla Tortuga, entregó a Enrique Margun el tercer trozo del mapa. Siguió luego al barco del gobernador y, en pleno mar Caribe, enarboló la bandera pirata. Al verla, Margun rugió de furor.



2. Los bucaneros contemplaron a su enemigo. "—¿Le enviamos una andanada, capitán?", preguntó el contramaestre. Mario Bernis contestó: "—No. A bordo del "Heraldo" están el "Holandés", Jan y otros de mis hombres". Enrique Margun dió la orden de abrir el fuego. El humo de la pólvora flotó sobre el mar.

4. Los disparos del "Heraldo" hundieron al barco pirata. Mario Bernis impartía órdenes con voz tranquila: "—Estamos a la vista de la isla del tesoro. Ganen a nado los arrecifes. Desclaven un cañón, porque lo necesitaremos". El catalejo de Margun había avistado también la isla. Tres pinos se destacaban.

El tesoro de LA TORTUGA



5. El testamento del pirata Jack el Tuerto mencionaba aquellos árboles. Bajo el tercer pino estaba enterrado el tesoro. Un equipo de marineros cavó el suelo, bajo las órdenes de Margun, que temblaba de impaciencia. Cuando apareció el primer cofre, prorrumpió en destemplados gritos de alegría.



7. Si Margun hubiera mirado al "Holandés" en aquel instante, habría ordenado que lo lanzaran al mar. Pero estaba demasiado absorto contemplando cómo desenterraban el tesoro. Y a fin de cuentas, el verdadero peligro no estaba en la mirada asesina del timonel, sino en otra parte de la isla.



6. En total eran cuatro cofres, de gran tamaño y enormemente pesados. Enrique Margun, sentado sobre uno de ellos, observaba la dura faena de sus subordinados. El "Holandés" gruñó: —"Parece una gorda gallina empollando huevos de oro". Había visto naufragar la nave corsaria y se sentía amargado y furioso.



8. Mario Bernis, luego de haber emplazado su cañón, se presentó ante el gobernador. —"Mis hombres se hubieran cansado excavando la tierra —dijo, burlesco—. Gracias por desenterrarme los cofres." Y como para demostrar el dominio de los piratas, la bandera de la calavera fué desplegada en lo alto de las rocas.

(CONCLUIRA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO VII.—El brujo.

El joven Mauricio Maré llegó al "Nido de Aguilas", castillo colonial habitado por la familia Belmar. Interesado en el estudio de edificios antiguos y presintiendo que haría sensacionales descubrimientos, decidió explorar el lugar. Un día descendió a un viejo pozo y allí lo encontraron sus amigos Juan y Lidia Belmar, tranquilamente afirmado en el brocal.

—¿Estás loco? —gritó Juan, aterrado—. ¿Y si caes al fondo del pozo y te matas?

—No hay peligro —contestó Mauricio—. Estoy de pie sobre la famosa piedra circular.

Los matorrales y enredaderas que crecían en el interior del

pozo impedían ver aquella piedra, mencionada en la misteriosa carta de Francisca, la "aparecida" de Guayacán, cuyo blanco fantasma era temido por los moradores de esa costa.

—Sal de ahí. Me pones nervioso —insistió Juan.

—Pero si estoy tan seguro como...

—Como Julieta en su balcón, ya sé. Pero eso no me impide pensar que estás pisando en el aire y que de pronto desaparecerás, tragado por el pozo.

—Está bien —accedió el rubio joven, saltando al exterior—.

Ahora supongo que dejarás de mostrarte dramático y podré explicarlo todo. Me levanté al alba, a fin de actuar sin que nadie

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp, en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él. Se instala en un castillo edificado sobre una alta roca, acompañada de su hermano Juan, de la institutriz Miss Agata y de sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye, luego de hacer señales con una linterna. Más tarde Luisa Sharp propone al capitán Belmar que empiece de jardinero a su nieto Adrián. Días después llega al castillo el joven Mauricio Maré, quien está interesado en descubrir los secretos de la vieja mansión. Una tarde baja a un pozo a fin de descubrir un oculto sendero.

me espíara. Observé el pozo en toda su misteriosa circunferencia. Luego bajé...

—¿Sin cuerda y sin zapatos andinistas? —interrumpió Lidia—. ¿Te burlabas de nosotros cuando sugeriste ese equipo?

—No me interrumpas, hermosa castellana —sonrió Mauricio—. Al bajar, mis pies encontraron la piedra circular. Caminé en rededor. Está completa. Luego recordé la frase "cinco pasos". ¿Desde dónde tenía que medirlos, para hallar la piedra "que gira"? Ese es el problema que trataba de solucionar cuando ustedes me interrumpieron con sus voces.

—Eres admirable — exclamó Juan—. Un verdadero detective. Desde este momento me convierto en tu discípulo. ¿Qué propones? ¿Bajamos los dos?

—Los tres —decidió Lidia, ofendida—. ¿Por qué se olvidan de mí?

—Tu esplendorosa cabellera quedará cubierta de tierra y telarañas —advirtió Juan, pero Lidia no renunció a la aventura.

Descendieron y las manos juveniles oprimieron la roca, buscando la abertura secreta. Lidia lanzó un grito de terror cuando una lagartija huyó, rozando su mano con la helada piel.

Juan, asustado, la rodeó con su brazo, creyendo que estaba en peligro de caer al abismo. Luego, tranquilizado, susurró:

Los tres avanzaron por el tenebroso túnel.



—¿Quieres despertar a Madame Daniela?

Habían acordado proceder con cautela para que la institutriz no les descubriera. Desconfiaban de ella.

Mauricio exclamó en ese instante:

—¡Aquí está!

Rechinó la piedra al desplazarse. Los tres empujaron la puerta que, por haber permanecido cerrada durante incontables años, se abría con dificultad. Percibieron olor a tierra húmeda.

—Entonces es aquí donde se ocultó Francisca Altamirano, cuando huyó de los piratas de Sharp. Vivió aquí y algún viejo servidor le traería alimentos. Cuando salía a respirar aire libre, la confundían con un fantasma —dijo Mauricio.

—Muy bien deducido, maestro —aplaudió Juan—. ¿Avanzamos?

¿Nadie trajo una velita?

Mauricio encendió su linterna. Sólo vieron paredes rocosas y la boca de un túnel. Prosiguieron la exploración, cruzando grutas escalonadas en descenso. El declive era cada vez más pronunciado. Los jóvenes y la niña caminaban en silencio, con los ojos fijos en el rayo luminoso. ¿Y si aquel tenebroso túnel no tenía salida? Entonces Francisca había muerto allí, enterrada viva. La idea de que tal vez hallarían su esqueleto recorrió con un hálito de terror los nervios de Lidia. Se detuvo, pálida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan.

La niña, sin responder, siguió caminando.

De pronto los tres se detuvieron, con el corazón palpitante.

—¿Han oído? —musitó Lidia.

Se percibían sordos golpes a través de la muralla rocosa.

—No nos detengamos —insinuó Mauricio, con la garganta oprimida. Procuraba hablar con tranquilidad, para infundir ánimo a sus amigos.

Los golpes seguían oyéndose con regularidad, a veces cerca, a veces lejanos, de acuerdo con las ondulaciones y recodos del camino subterráneo. De pronto resonaron con mayor nitidez y fuerza y se percibió luego el estruendo de un alud.

Una nube de polvo se esparció por la galería y algunas piedras pequeñas cayeron sobre los exploradores.

Los golpes cesaron y el eco del derrumbe se apagó.

Los hermanos Belmar y Mauricio continuaron la marcha. A veinte metros hallaron el paso obstruido por piedras. Una brecha estaba abierta en el muro y por ella apareció una mano de piel

obscura y curtida, que sostenía un farol. Surgió después un rostro patibulario.

Aquel hombre saltó la brecha y, balanceando su farol ante los jóvenes, preguntó:

—¿Qué hacen aquí?

Cegados por la violenta luz, aterrorizados por la espantable aparición, los muchachos no respondieron. Lidia creyó reconocer vagamente aquella voz. ¿Dónde la había oído antes?

Abrió los ojos y, escrutando aquel semblante siniestro, exclamó:

—Es Daniel... el brujo Daniel.

Recordó a aquel vagabundo que un día se cruzó en su camino y que penetró en la casa de Luisa Sharp, como si fuera la propia. Tenía fama de adivino y de "meico", porque curaba a los animales con "mal de ojo" y también a las personas por medio de yerbas y ungüentos.

Sus ojos fosforescentes se fijaron en Lidia.

—Te reconozco, niña, y te prevengo que...

—Dígame, señor —interrumpió Juan, recobrando su valor—. ¿Por qué nos interroga? El mismo derecho tenemos nosotros de preguntarle por qué está aquí.



Por la brecha surgió una siniestra figura.

—Mi caso es distinto. Contéstenme, ¿cómo llegaron a este lugar? Dominado por el hipnótico poder que emanaba de aquellos ojos, el adolescente respondió:

—Por el pozo... Queríamos descubrir dónde desemboca este túnel.

—¿Es la primera vez que bajan?

—Sí.

Daniel depositó el farol en el suelo. Su cuerpo huesudo proyectó sobre la pared una sombra gigantesca, prolongada con cada gesto.

—Les aconsejo que no intenten una nueva excursión por estas cavernas. Es peligroso y recuerden que su padre no está aquí para protegerlos.

Aquellas palabras encubrían una amenaza.

—¿A qué peligro se refiere? —indagó Mauricio Maré, sosteniendo la mirada del hombre.

—Hable con franqueza —desafió Juan.

Daniel cogió con fuerza el puño del joven Belmar y exigió:

—Juren que no lo intentarán otra vez y que a nadie dirán una palabra sobre este camino subterráneo.

Su mirada era tan imperiosa, que los jóvenes vacilaron.

—¡Juren!

Era imposible resistir a aquella voz y al resplandor de las pupilas hipnotizadoras.

—Juramos.

Percibieron aquellas débiles voces como si pertenecieran a personas extrañas, como si no surgieran de sus propios labios.

—Les acompañaré de regreso.

Escortados por el vagabundo llegaron hasta el umbral formado por la piedra circular.

—Adiós —murmuró Daniel—. Y no olviden su juramento.

Por un instante la luz de su farol rebrilló en las sombras y luego la angulosa figura desapareció en las tinieblas.

Cuando Lidia, Mauricio y Juan se encontraron de nuevo en la terraza, bajo la luz del sol, creyeron despertar de un sueño.

—El desayuno ya está frío —refunfuñó Micaela—. Hace media hora que lo serví. ¿Dónde estaban? Los he buscado por todas partes.

—Salimos a dar un paseo —repuso Juan—. ¿Bajó a desayunarse Madame Daniela?

—No. Dijo que le llevara el café a la cama. No se siente bien. Los jóvenes respiraron. Siquiera esta vez sentíanse seguros de que la institutriz no les había seguido el rastro.

Desayunaron sumidos en profundo mutismo. La fiel Micaela se acercó varias veces para ver si la mesa estaba bien servida, y se hacía cruces sobre aquel silencio desusado. ¿Qué les ocurría a los patroncitos? Estaba acostumbrada a oír sus alegres discusiones, sus gritos ensordecedores, sus risas. Ahora, ¿por qué permanecían tan callados y mustios?

—¿Está enferma, señorita Lidia? —se atrevió a preguntar.

—No, mi buena Micaela. Y no te preocupes de Juanito o de Mauricio. Tampoco están enfermos —contestó la niña.

Una misma idea los atormentaba. Aquel juramento. Ahora, a la luz del día, les parecía absurdo haber cedido a la voluntad de Daniel. Rodeado de tinieblas, teniendo a sus pies como un reflejo del infierno la roja lumbre del farol, y tras él su

sombra contorsionada, el brujo del pueblo los dominó. Pero ahora pensaban, ¿quién era él sino un embaucador y un charlatán?



—¡Juren! —exigió el vagabundo, con voz terrible.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡AH, QUE DESEOS TENGO
DE COMER NARANJAS!



¡OH! ¿QUE' VEN
MIS OJOS?!

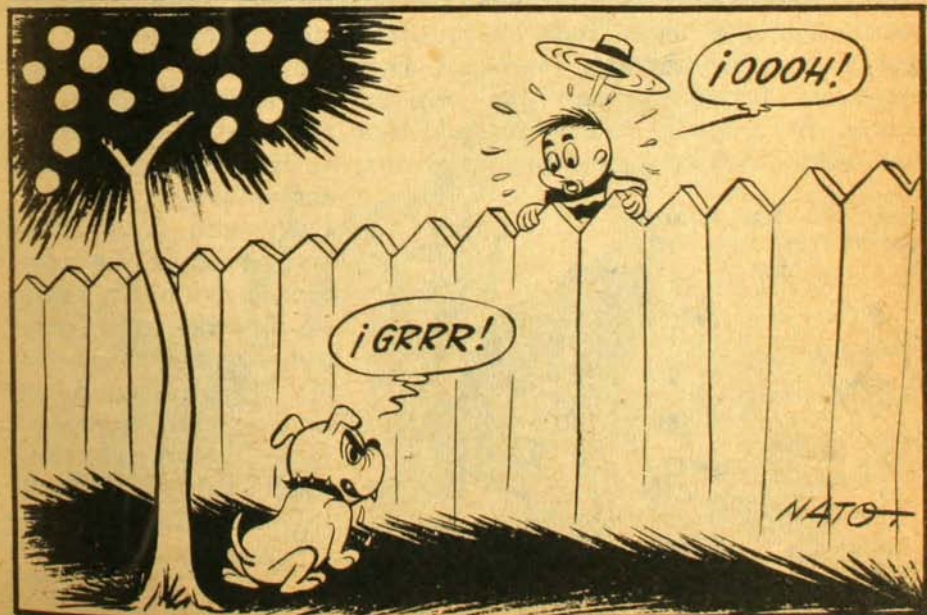


ESTAN MUY
ALTAS, PERO...



...CON UN POCO DE
TRABAJO LAS TENDRÉ
AL ALCANCE!





El dragón de Flandes

CAPITULO X.—El caballero del mar.

Tristán, el Hijo del Lobo, aceptó una misión difícil: salvar al país de Flandes. Cuando llegó a esta tierra torturada, contempló un paisaje de inmensa desolación. Las ruinas de los castillos se veían por doquier. El agua inundaba toda la comarca y sobre ella flotaban los árboles desarraigados. El doncel construyó una balsa e intentó denodadamente llegar hasta los muros de una ciudadela.

Desde la selva cercana, extraños hombrecillos le observaban. Luego se alejaron, indiferentes, pero uno de ellos permaneció al acecho. Su pequeño cuerpo sostenía una cabeza desmesurada. Su rostro denotaba cierta belleza y sus ojos verdes fosforecían intensamente.

De pronto, aquel extraño ser pareció adoptar una decisión. En su mano destelló un agudo puñal y la soga que servía de atadura a una embarcación quedó cortada. Luego, silenciosamente, impulsó el esquife, lanzándolo a la corriente.

Uno de los enanos permaneció al acecho.



El joven héroe vió aquella barca mecida

por las aguas y abandonó su balsa, para alcanzarla. Nadó con poderosas brazadas y minutos después se tendía sobre cubierta.

—Estoy protegido por un duende benigno o por un hada gentil —sonrió Tristán.

No necesitó guiar la embarcación, que, llevada por la corriente, penetró en el inundado puente del castillo. Ante la ferrada puerta, el doncel sopló tres veces su cuerno de caza.

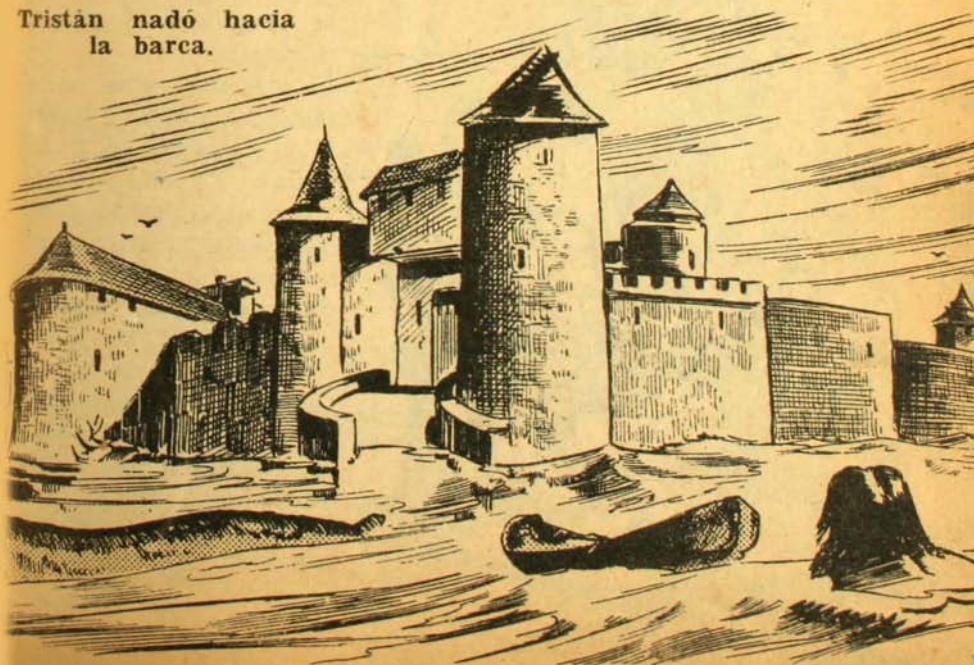
El sonido rasó las aguas, pasó sobre los árboles que flotaban como retorcidos saurios y se perdió en el bosque.

Tristán se impacientaba. Llevó de nuevo el cuerno a sus labios, disponiéndose a llamar otra vez, cuando percibió estridor de cerrojos que se descorrían. La pesada puerta giró sobre sus goznes y dió paso a un caballero que portaba sus arreos de guerra.

Tristán nadó hacia la barca.



Impulsó el esquife hacia la corriente.





La embarcación penetró al inundado puente.



El guerrero pasó erguido y rígido.

Un temblor convulsivo agitaba al caballo, pero el jinete se mantenía erguido y rígido como una estatua.

Pasó delante de Tristán sin tornar la cabeza y sin demostrar que lo había visto.

—¿Es ciego, tal vez? — se preguntó el doncel, intrigado.

El guerrero guió su balgadura por el puente y se sumergió en las aguas. El caballo, aterrorizado, intentó resistir, pero la mano que sostenía las bridas era de hierro y las espuelas dominadoras se clavaron en los ijares.

Cuando Tristán se lanzó al agua para alcanzar la barca, sus labios percibieron un gusto salobre. Dedujo entonces que la inundación



El jinete se dirigió
hacia el mar.

provenía del mar. Se estremeció al comprender que aquel jinete no tardaría en sumergirse por completo, pues no avanzaba sobre tierras inundadas, sino hacia el profundo lecho del océano. Sus ojos, dilatados de asombro, vieron cómo el guerrero impávido y el caballo poseído de terror desaparecían en las negras aguas.

(CONTINUARA)

Y se sumergió en las
negras aguas.



Concurso Semanal



Formar con estas letras el nombre de algo que al ladrón le causa terror. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 192: Adriana, Alondra, Alameda, Ardilla.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD: Horacio Alvarez, Peñablanca; Pilar Barquero, Santiago; David

González, Valparaiso. UN PREMIO DE \$ 20: Pedro Arancibia, Linares; Ana Luisa García, Santiago; Sergio Aguilera, Peñablanca; Víctor Venegas, Santiago; Ana Vergara, Santiago; Julia Sánchez Viña del Mar; Victoria Silva, Santiago; Enrique Tapia, Villa Alemana; María Carmen Díaz, Temuco; Teresa Astete, Concepción. UNA CARPETA ESQUELAS: Jaime Caro, Santiago; María Isabel Emilfork, Concepción; María Arcos, Vallenar; Ximena Correa, Santiago; Matilde Ibáñez, Quilpué; Oriana Eliz, Valparaiso; Ana Jiménez, Rancagua; Gerardo Osorio, Quillota; Carmen Barra, Los Andes; Marianela, Alderete, Valparaiso. UN LIBRO: Elena Young, Viña del Mar; Igor Peredo, Talca; Ruth Varas, Los Andes; Adolfo Alcántara, Buin; Isabel Mateluna, Santiago; Victoria Lobos, Ila-pel; Betty Yansen, Chillán; Sergio Parra, Santiago; Teresa Jara, Chiguayante; María Henríquez, Temuco. UN VITALMIN: Fernando Chávez, Cartagena; Patricia Conley, Viña del Mar; José Martínez, Valparaiso; Alicia Núñez, Los Andes; Rosa Allendes, Santiago; July Honorato, Valparaiso.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 194

¡ ATENCION !

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita



3. Cumpliendo la ley marina, fué el último en abandonar el barco. Abrió profundas brechas en el casco, y el ballenero se hundió con su secreto cargamento de armas y explosivos. Juanita se entristeció al ver el naufragio. Catalán, pálido, murmuró: “—¡Mil cangrejos! No quedaba otro camino. Adiós, viejo barco”.



4. La chalupa se distanció rápidamente para que la vorágine del naufragio no la atrajera al abismo. Sólo llevaban un par de remos, y se turnaban para surcar las aguas. “—¿Cómo nos guiaremos?”, balbució el marinero Antonio, terriblemente asustado. “—Por las estrellas —repuso Catalán—. Así nos orientaremos.”

(CONTINUARA)



¡BUENO, YA ME CANSE
DE JUGAR!



¡ME VOY A CASA!



¡CHAO, VOLVERE
MÁS TARDE!



¡YA DEBE DE ESTAR
LISTO EL ALMUERZO!



TENGO QUE APURARME
PARA IR A LA MATINEE



¡AH! POR LO QUE VEO,
PAPA NO HA VUELTO
TODAVÍA!

NATO-

Simbad

TESORO DE LA TORTUGA

N.º 195



ELENA
BOIRIER

\$ 5 -



Juan y Juanita



CAPITULO VI.—EL TORMENTO DE LA SED.



1. El ballenero capitaneado por Manuel Catalán fué hundido en alta mar. Durante una tempestad perdió la brújula y más tarde el combustible se agotó. El capitán y sus acompañantes se trasladaron a un bote. De pronto el marinero Antonio gritó: “—¡La llave del barril se abrió y el agua se ha perdido!”



2. Peseído de ira, Catalán cogió a Antonio. “—¡No, capitán! — chilló el marinero, mirando el crispado puño que lo amenazaba—. Yo no tengo la culpa.” El capitán se contuvo: “—Debiste examinar el barril. Por tu descuido, sufriremos sed. Lo siento por estos pobres niños. En fin, nosotros somos hombres”.

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV

— 27-V-1953 —

N.º 195

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 230
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

MARCO POLO

CAPITULO V.—Bargu el usurpador.

Marco Polo salvó al tártaro Sobilán de morir ahogado en una ciénaga. El bandolero de las montañas le ofreció entonces su alianza para derrotar a Bargu. Aborrecía al sarraceno, pero no reveló el motivo de su odio.

—Está bien, Sobilán —dijo Marco Polo—. Guarda tu secreto.

Aun vaciló el tártaro. Luego murmuró sombríamente:

—Yo reinaba en Bokdar. Tenía poder y riqueza. Era obedecido y temido, y Salmi, la bella y dominadora Salmi, compartía mi fortuna. Pero entre mis hombres yo alimentaba a un reptil in-

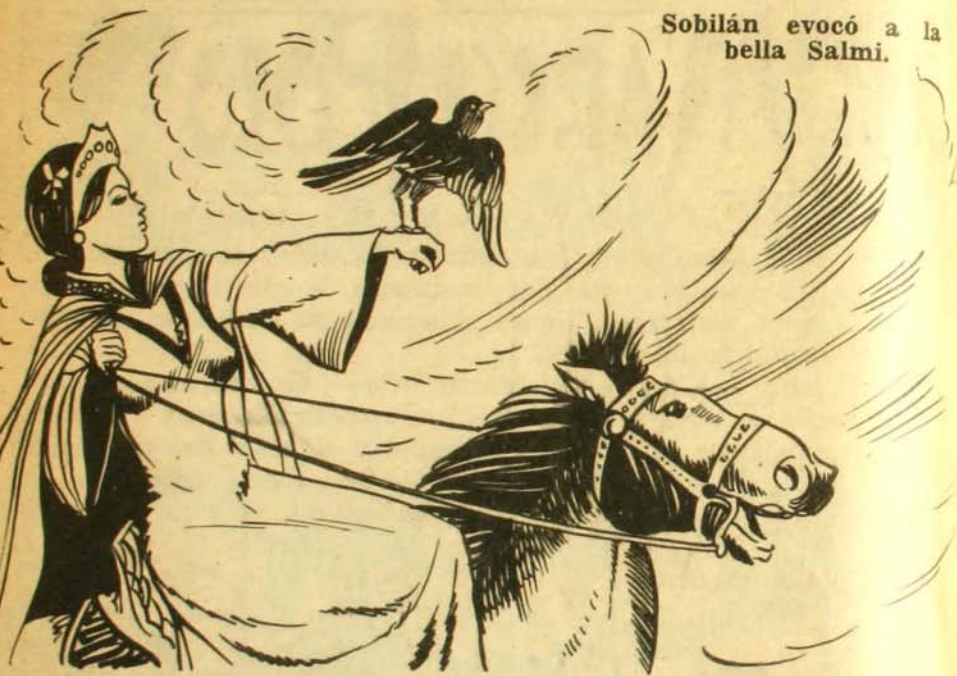
El tártaro vacilaba aún.



mundo, a un traidor: Zardan. El conspiró contra mí y labró mi ruina. Espiaba mis pasos, conoció mis costumbres y hasta pienso que penetró en mi cerebro. Luego sembró la discordia y convirtió a mis aliados en enemigos. Cuando su amo, Bargu, se apoderó de Bokdar y de cuanto me pertenecía, me encontré solo frente a la trailla de perros rabiosos y huí a la montaña. En todo este tiempo he respirado venganza y odio.

Guardó silencio, un silencio terrible. Sus hombres, los feroces

Sobilán evocó a la
bella Salmi.

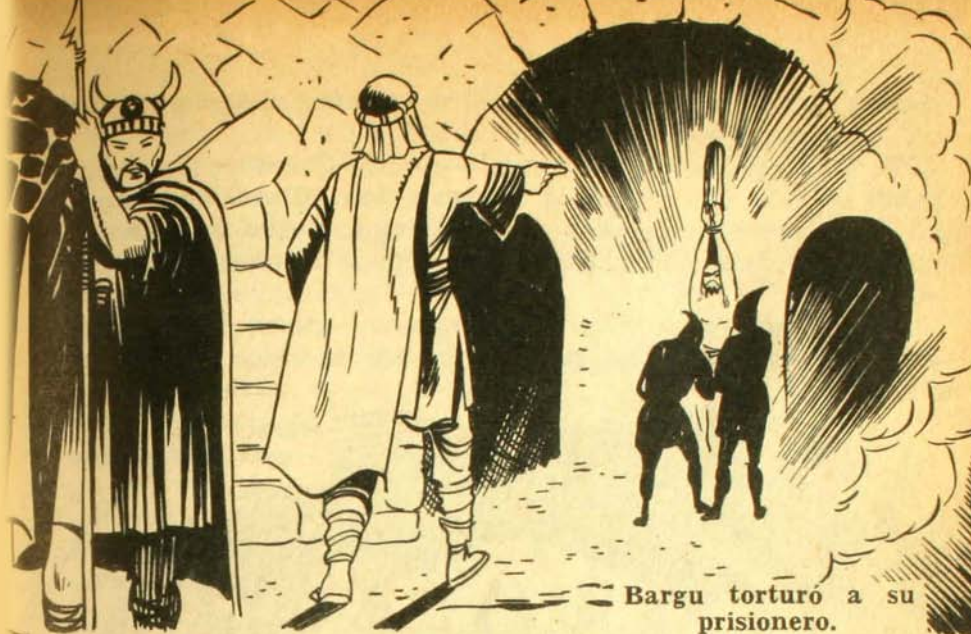


bandoleros, desviaban la mirada para no ver el relampaguear de su pupila.

—Bargu y sus esbirros me torturaron para obligarme a confesar dónde ocultaba mis tesoros. No cedí y pude fugarme.

Marco Polo observaba aquel semblante agudizado por el rencor. La venda negra que cruzaba el ojo derecho acentuaba su aspecto siniestro. Los labios se veían contraídos.

—Te seguiré, Marco Polo, para vengarme de Bargu —añadió—. Tal vez ya tengo reunidos los hombres que necesito. Mi banda no es numerosa, pero posee la fuerza de un huracán. Además, tú eres invencible.



Bargu torturó a su prisionero.

El viajero veneciano sonrió. Sabía que en la Tartaria era conocido bajo un nombre singular: "El demonio blanco". El rey Kublai Khan le confiaba las misiones más difíciles. Confiaba en su astucia y en su valor.

Habían llegado a la caverna que servía de guarida a la banda. Allí guardaban un verdadero arsenal: espadas, arcos, ballestas, *bogaranes* (cuchillos de dos filos) y escudos de cuero de búfalo, con extrañas y terroríficas pinturas.

Marco Polo deliberó con sus aliados. El tártaro Sobilán hablaba impetuosamente. La idea de que por fin se vengaría del usurpador, hacía temblar su cuerpo alto y anguloso. La visión de su palacio rescatado, sus tierras libres del tirano y, sobre todo, el recuerdo de Salmi lo trastornaban.

—Calma, Sobilán —aconsejó Marco Polo, al observar la

—Te seguiré, Marco Polo, para vengarme de Bargu.



intensa agitación del tártaro—. Si no puedes contener tu violencia, es mejor que esperes aquí mi señal.

—Te acompañaré, maese Marco —replicó Sobilán—, y nunca te habrá seguido un compañero más cauteloso ni más calmado.

El joven recordó a su fiel criado Bengucio, que lo siguió, quejumbroso, en sus viajes, hasta que no pudo resistir a la nostalgia de Venecia.

“A cada paso oía un “¡Ay!” de Bengucio —pensó Marco Polo—. Sobilán no abrirá los labios, pero yo oiré de todos modos sus ruidos.”

Marco Polo deliberó con sus aliados.



Sacudió la cabeza, dudando si serían preferibles las agudas quejas o el sofocado grito de odio.

—Vamos, Sobilán —invitó—. Nos presentaremos como trovadores o bufones. ¿Te reconocerán?

—No. Han pasado muchos años. Antes era corpulento y arrogante. Ahora soy sólo una armazón de huesos duros. Estoy convertido en mi propio fantasma, y, además... , este ojo. Su afilada mano rozó la venda negra.

—Cuando Bargu me torturó...

No terminó la frase, pero se comprendía perfectamente. El cruel

sarraceno lo había cegado. El veneciano dudaba. ¿Era prudente llevar consigo a aquel hombre sediento de venganza? La mirada de Sobilán se fijó en él, y expresó fríamente: "Reprimiré mi odio. Nadie podrá leer el mensaje de muerte que llevo en mi corazón. El propio Bargu verá mis manos tranquilas aunque quieran estrangularlo". Marco Polo y Sobilán se pusieron en camino. Cruzaban la selva cuando de pronto retendió la tierra. Un elefante furioso se abalanzó contra ellos. Sus bramidos atronaban el espacio.



Se pusieron en camino.

Ambos hombres se detuvieron. ¿Cómo podían defenderse? Un elefante enloquecido es un enemigo formidable. A su paso huyen las bestias feroces y los cazadores más intrépidos. Los nativos tiemblan porque sus viviendas quedan devastadas y la muerte pasa cabalgando sobre el gran cuerpo gris.

(CONTINUARA)

Vieron venir un elefante enfurecido.





LOS FANTASMAS

CAPITULO VI.



1. Juan de la Selva, su ayudante el malayo Gori, el viejo Bepo y la joven Cintia lograron huir del templo del Iguadú. Antes de alejarse, Gori abrió una puerta, dando libertad a los tigres que aún no habían sido amaestrados por la secta de encapuchados. Los rugidos de las fieras atronaron el espacio.



2. La manada de tigres invadió el templo. Poseídos de terror, huían los fantasmas del Iguadú. El primero que cayó bajo una de las terribles zarpas fué el viejo de raza blanca, el jefe de la sanguinaria secta. Antes de morir ordenó a sus fanáticos: "—¡Manten a los traidores! ¡Clamo venganza! ¡Venganza!"

DEL IGUADU

JUSTICIA EN LA SELVA



3. Aquel grito de odio quedó vibrando en la selva y su eco fatídico resonaba en los oídos de los fugitivos. Apresuraron la marcha, y Cintia gimió: "—¡No puedo dar un paso más!" Juan de la Selva la alzó en sus brazos y prosiguió la fuga. De pronto se detuvo. Un encapuchado le amenazaba con su arco.



4. Con la rapidez del rayo, Gori lanzó una rama y quebró el arco del último fantasma sobreviviente. El viejo Bepo se lanzó entonces a las negras piernas y derribó al africano. Este se debatió furiosamente para librarse de su adversario y emprendió la fuga. "—No lograremos alcanzarle", suspiró Bepo.

LOS FANTASMAS



5. En efecto, el hombre-tigre no dejó huellas al desaparecer. —Sigamos —balbuceó la niña—. Ya puedo caminar.” Dominando su cansancio, avanzó. El joven malayo Gori, al verla vacilar, ofreció: —Yo la llevaré, amita blanca”. Reanudaron la marcha, sin advertir que el vengativo encapuchado les espiaba.



6. Se deslizaba con tal cautela entre la vegetación, que no producía rumor alguno y el ramaje casi no se agitaba a su paso. Los exploradores conocían perfectamente la región y proseguían la fuga. Cintia, desfallecida, era llevada en brazos por Juan de la Selva y a veces por el malayo Gori.

DEL IGUADU



7. El fantasma del Iguadú, con un alarido de venganza, se precipitó al pantano cruzado por los cazadores. Gori no podía defenderse porque llevaba a Cintia en sus brazos. Juan de la Selva saltó hacia atrás y en ese instante el encapuchado se hundió en la ciénaga. El joven no alcanzó a cogerlo.



8. —No conocía los caminos ocultos del pantano”, comentó Gori. El viejo Bepo añadió: —Así desaparece el último fantasma”. Llegaron al límite de la selva. Tras ellos, en alguna aldea lejana, resonaba el son de los tam-tams, anunciando el triunfo de los justicieros y la derrota de los hombres-tigres.

En el próximo número “LA ESMERALDA DE KALI”.



EL ANILLO encantado

Un mercader dió trescientas rupias a su hijo Marvio para que se trasladara a otro país y probara allí fortuna en el comercio. El hijo obedeció, y a las pocas horas de haberse puesto en camino, llegó junto a un grupo de hombres que reñían por un perro que uno de ellos quería matar.

—Por favor, no maten al perro —indicó el joven—. Les daré cien rupias por él.

La oferta fué aceptada en seguida y el doncel recibió el perro, con el cual continuó su camino. Poco después tropezó con unos hombres que se disponían a matar un gato.

—No lo maten —les pidió—. Les daré cien rupias por él.

La proposición fué aceptada en seguida y el joven recibió el gato a cambio de su oro. Siguió adelante con los dos animales hasta llegar a un grupo de personas que se preparaban para matar a una serpiente.

—No maten a esa serpiente —suplicó el hijo del comerciante—. Les daré cien rupias por ella.

Desde luego, los campesinos no se hicieron repetir la oferta, y el doncel se vió dueño de tres animales, con los cuales no sabía qué hacer. Como no le quedaba ni un céntimo, resolvió volver a casa de su padre, quien, al ver cómo había gastado su hijo el dinero que le entregara, exclamó:

—¡Loco, más que loco! Ve a vivir a un establo para que te arrepientas de lo que has hecho. Nunca más entrarás en mi casa.

Marvio no protestó. Su lecho era la hierba cortada para el ganado y sus compañeros eran el perro, el gato y la serpiente, que tan caros había comprado.

Un día la serpiente dijo a su amo:

—Soy la hija del Rey de las serpientes. Un día que salí de la tierra a respirar el aire puro, fuí cogida por aquellos hombres que querían matarme, y tú me salvaste. Ojalá conocieras a mi padre.

—¿Dónde vive? —preguntó el hijo del mercader—. Me gustaría verle.

—Podríamos ir los dos —replicó la serpiente—. En el fondo de la montaña que se ve allá a lo lejos, hay un pozo sagrado. Saltando dentro de él, se llega al país de mi padre. ¡Si vamos te premiaré! . . . Oyeme bien. Si te pregunta qué deseas como recompensa por haberme salvado, dile que quisieras el anillo mágico y el tazón y la cuchara encantados. Con esas dos cosas no necesitarías nunca nada, pues el anillo, con sólo pedírselo, entrega un palacio; y el tazón y la cuchara dan tanta comida como se desee. Acompañado por sus tres amigos, Marvio fué al pozo, y saltó dentro.

El joven y la serpiente llegaron a su destino y los mensajeros del reino anunciaron al Rey su llegada.

Al oír esto, el Rey se dirigió al encuentro de su hija y de Marvio, a quien saludó, ofreciéndole cuanto contenía el palacio. El hijo del comerciante agradeció las finezas del rey y pasó varios días en su compañía. Al marcharse llevaba el anillo mágico y el tazón encantado.

Cuando salió del pozo sintió una gran alegría al encontrar a su perro y a su gato. Juntos, los tres pasearon por la orilla del río y, al llegar a un paraje muy hermoso, el joven decidió comprobar la eficacia del anillo. Lo cogió fuertemente y le pidió un palacio. Al momento apareció éste, con una maravillosa princesa de cabellos de oro. Marvio habló entonces al tazón e inmediatamente aparecieron fuentes de la más deliciosa merienda. Enamorado de la princesa, el hijo del comerciante se casó con ella, y durante varios años fueron muy felices.

Sin embargo, un día, mientras la princesa se peinaba, el viento llevó dos de sus cabellos. Dió la casualidad que los



Apareció no sólo un palacio, sino también una bella princesa.

vió un príncipe, quedando al momento enamorado de la mujer que tenía aquellos cabellos. No la había visto nunca, pero se imaginaba que debía ser muy hermosa.

El príncipe se encerró en sus habitaciones y no quiso salir de ellas para comer ni beber; tampoco quiso dormir, y el Rajá, su padre, intranquilo por lo que le ocurría, decidió pedir ayuda a su tía, que era una maga muy famosa.

La vieja consintió en ayudarle, asegurando que descubriría el motivo de la tristeza de su hijo. Cuando se enteró de lo que le sucedía al príncipe, se transformó en una abeja, y después de oler los cabellos de oro, voló río arriba, siguiendo el rastro hasta llegar al palacio de la hermosísima princesa. Allí se transformó en una noble dama y se presentó a la princesa, diciendo:

—Soy tu tía; me marché de aquí cuando tú acababas de nacer, y por eso no me reconoces.

Después de esto, abrazó y besó a la hermosa joven, quien quedó convencida de que aquella mujer era en realidad su tía.

Al cabo de tres días, la bruja empezó a hablar del anillo mágico, aconsejando a la princesa que se lo pidiera a su marido, ya que éste estaba siempre de caza y podría perderlo. La princesa siguió la indicación de la que ella creía su tía y pidió el anillo, que su marido le entregó al momento. La hechicera se apoderó de él, y, transformándose en abeja, voló hasta el palacio del príncipe, a quien dijo:

—Levántate y no llores más. La mujer de quien te has enamorado aparecerá ante ti tan pronto como quieras.

Y al decir esto, entregó el anillo que quitara a la princesa.

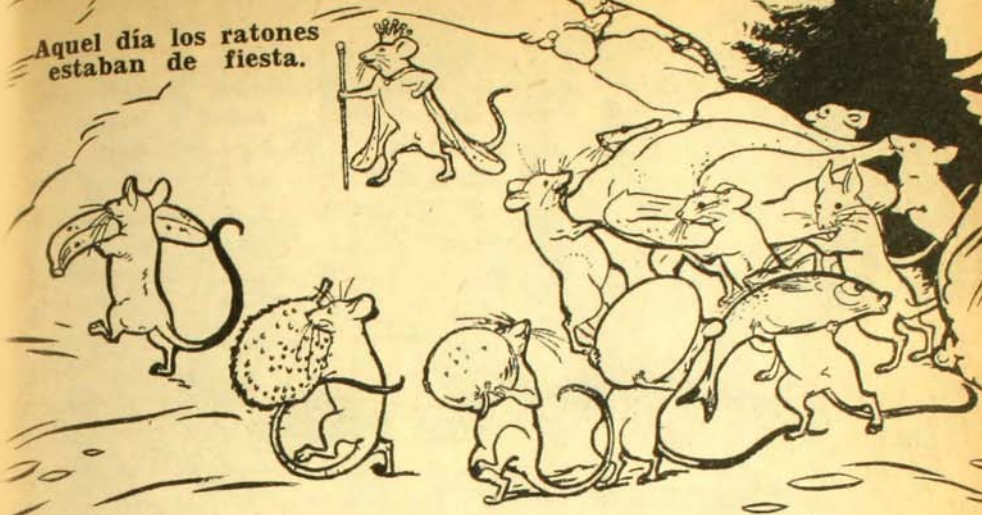
Loco de alegría, el príncipe cogió el anillo y le pidió que trajese ante él a la princesa. Sonó un trueno, y el palacio, con su bellísima ocupante, descendió en el jardín.

El joven entró en la mansión y, cayendo de rodillas ante la princesa de los cabellos de oro, le pidió que consintiese en ser su esposa. La princesa se negó y fué encerrada en una torre.

Entretanto, Marvivo, que había vuelto de caza, quedó muy sorprendido y desesperado al ver que su palacio y su esposa habían desaparecido.

Loco de dolor, se sentó a la orilla del río, decidido a aguardar allí la llegada de la muerte. El gato y el perro, que al ver desaparecer la casa, se habían ocultado, se acercaron a su dueño y le dijeron:

Aquel día los ratones
estaban de fiesta.



—Tu dolor es grande, nuestro amo, pero si nos das un mes de plazo, te prometemos remediar el mal.

—Perfectamente —aceptó el príncipe.

El gato y el perro partieron a toda velocidad, y al cabo de unos días de viaje, llegaron al palacio del Rajá.

—Espérame aquí fuera —dijo el gato al perro—, que yo entraré a ver si encuentro a la princesa.

El perro asintió y el gato saltó la alta tapia que rodeaba los jardines del palacio. En pocos momentos llegó junto a la princesa de los cabellos de oro, quien, al verle, lo abrazó llorosa.

—¿No hay modo de huir de aquí? —gimió desesperada.

—Sí —contestó el gato—. Decidme dónde está el anillo y con él os sacaré de aquí.

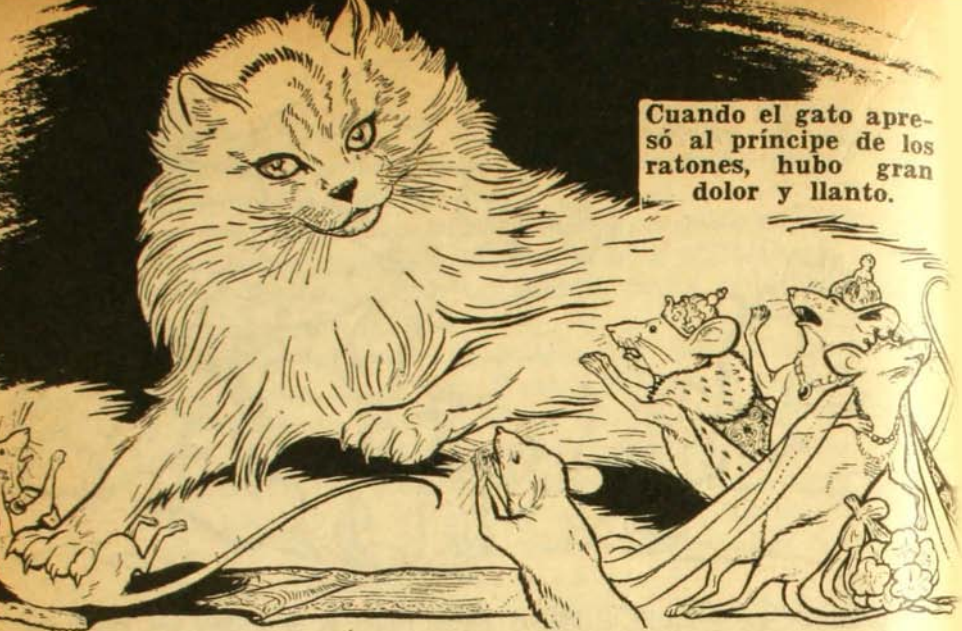
—El anillo lo guarda la hechicera en la boca.

—Perfectamente, esta noche misma lo recuperaré.

Después de saludar a su ama con una cortés reverencia, el gato bajó a los sótanos del palacio y, cuando hubo descubierto un nido de ratones, se tumbó junto a él, fingiendo estar muerto.

Casualmente, aquella noche se celebraba el casamiento del hijo del rey de los ratones con la hija de la reina de las ratitas, y por aquel agujero debía salir la comitiva. Cuando el gato vió la procesión de ratitas y ratones, puso en práctica el plan que había formado, y cogiendo al príncipe de los ratones, lo agarró fuertemente, sin oír sus protestas.

—¡Por favor, suéltame, suéltame! —chilló el aterrorizado ratón.



Quando el gato apresó al príncipe de los ratones, hubo gran dolor y llanto.

—Por favor, soltadle, señor Gato —suplicó la comitiva—. Hoy es su noche de bodas.

—Si queréis que lo suelte es necesario que hagáis algo por mí —contestó el gato—. Deseo que me traigáis el anillo que la hechicera tiene en la boca.

—Yo os lo traeré —dijo un ratón blanco, que parecía más listo que sus compañeros—. Conozco el cuarto de la hechicera, y, además, la vi cuando se tragaba el anillo.

El ratoncito blanco corrió a la habitación de la maga, a la cual llegó por mil intrincados pasadizos subterráneos, y después de asegurarse de que estaba dormida, saltó sobre la cama y metiendo la cola dentro de la boca de la anciana, la hizo toser y expulsar el anillo, que rodó por el suelo, con alegre sonido.

Sin perder un segundo, el ratoncito galopó por los caminos subterráneos hasta llegar al sitio donde aguardaba el gato, a quien entregó el anillo. El gato cumplió su promesa y dejó ir al príncipe de los ratones, que fué a reunirse con su novia, que le aguardaba sollozando junto con su madre.

El gato se reunió con el perro y le dijo que ya tenía el anillo. —Entonces —replicó el perro—, lo mejor será que te montes en mi lomo, pues yo corro mucho más que tú.

Tres días corrió sin descansar el perro, y, al fin, se dejó caer a los pies de su amo, a quien el gato entregó el anillo, cuyo mágico poder hizo reaparecer a la princesa de los cabellos de oro.

El patito audaz

SUMEN: CUI-CUI SE CUENTRA CON EL ZORRO, Y, SIN RECONOCER MALVADO, LO SIGUE SU GUARIDA.



TENGO HAMBRE, AMIGO.



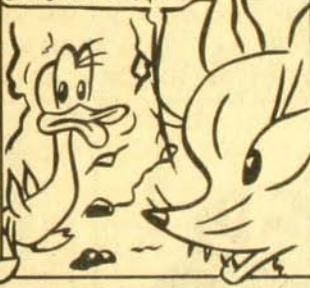
EL ZORRO TAMBIEN TIENE HAMBRE. ¡POBRE INOCENTE PATITO!



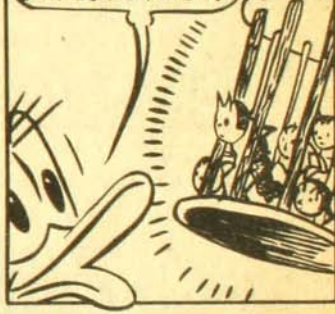
¿AHÍ TIENES GUSANITOS DE LUZ. SON RICOS.



LOS TENGO EN EL FAROL PARA QUE ALUMBREN. NO PARA QUE TE LOS COMAS. ESPERAME AQUI.



MIENTRAS EL ANDA AFUERA, ME COMERÉ UNA LUCIERNAGA.



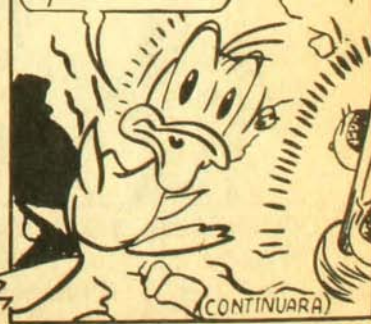
NO SEAS MALD. TOTAL MORIRAS PRONTO.



¿MORIR YO? SI NO SABES QUE ESTAS EN LA CASA DEL ZORRO?



¿EL ZORRO? ¡HAY MAMITA!



(CONTINUARA)

El tesoro de

CAPITULO VI.

TRALLA DE ORO

LA TORTUGA



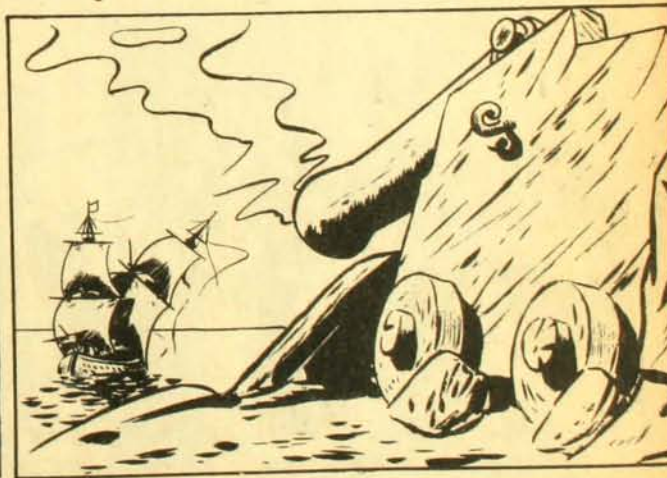
1. Mario Bernis, el corsario más audaz de las Antillas, declaró al gobernador de Jamaica, Enrique Margun, que el tesoro de la isla Tortuga le pertenecía. “—¡Icen la bandera de Inglaterra!”, rugió Margun, al ver ondear al viento la negra enseña de los piratas. “—¡Dejen ahí esos cofres, malditos perillanes!”



2. Los hombres, que habían obedecido la orden del corsario Bernis, dejaron caer los arcones, pero más tarde, cuando se formó entre ingleses y filibusteros una batahola infernal, volvieron a cogerlos y huyeron con ellos. Se inició después un nutrido fuego de artillería. “—El galeón nos ataca”, observó el corsario.

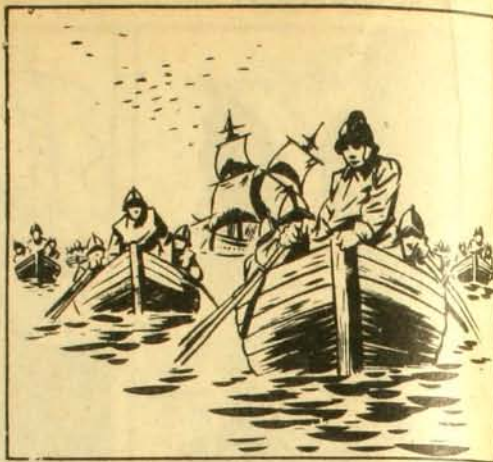


3. En efecto, Enrique Margun había dispuesto el embarque de su tripulación y los sesenta cañones rugían. “—¡No ahorren pólvora! —gritaba el gobernador—. Barran de la isla a esos apestosos piratas.” Desde la roca donde estaba emplazado su cañón, los bucaneros disparaban balas y maldiciones.



4. De pronto, el fuego se suspendió. Intrigado por aquel súbito silencio, Margun ordenó aproar la nave hacia la costa. “—Ya deben estar ardiendo en el infierno esos rufianes”, murmuró el gobernador. Se equivocaba. Una bala partió en dos el palo mayor y el velamen se desplomó con un sonoro crujido.

El tesoro de



5. "—¡A tierra! —aulló Margun, blandiendo furiosamente su espada—. No aceptaré el desafío de esa carroña." Inmediatamente lanzaron los botes al agua y la tropa desembarcó. "—¡Por los huesos de mi calavera! —gruñó el "Holandés"—. ¿Cómo rechazamos a esos jumentos? Se terminaron las balas."



6. Mario Bernis sólo vaciló un instante. Mientras sus hombres miraban perplejos a sus enemigos que se acercaban cada vez más, el corsario señaló: "—Tenemos metralla... de oro". Abrió un arca repleta de guineas y doblones. "—Carguen los cañones —ordenó—. Si quieren oro, lo tendrán."

LA TORTUGA



7. Ya los hombres de Margun habían desembarcado y escalaban las rocas. "—¡Por el oro de la corona!", les animaba el gobernador de Jamaica. Mientras tanto los doblones, ducados y florines llenaban la ávida boca del cañón y un pirata aplicó fuego: Estalló la pólvora y la andanada aventó a los ingleses.



8. En seguida los bucaneros se lanzaron al asalto y pronto quedaron dueños de la isla, del tesoro y del galeón. En aquella nave, que cambió los colores del rey por la insignia pirata, regresaron los filibusteros. Sentados sobre los cofres de oro, comentaban la reciente aventura y soñaban con la próxima.

En el próximo número: "MUNDO SECRETO".

La Caverna de los Piratas



CAPITULO VIII.—Visitas mal recibidas.

Mauricio Maré, cada vez más enfurecido, repetía:

—He sido un idiota, un cretino, un estúpido.

—No gruñas más —indicó Juan Belmar—. Y no olvides que nosotros también nos dejamos engañar por el brujo. Todas las palabras que digas, nos caen a Lidia y a mí.

Confuso, el joven murmuró:

—Yo no he querido...

—Cambiemos de tema o perderemos la calma.

—Sigamos discutiendo, pero con tranquilidad —propuso Lidia—. Sin insultos colectivos.

—Muy bien, hermanita. El Drácula de la caverna nos obligó a jurar que no penetraríamos otra vez al túnel secreto y que guardaríamos silencio sobre nuestro descubrimiento. La verdad es que ese juramento nos tiene atados.

—En cierta forma —rebató Mauricio—. No bajaremos otra vez al pozo, pero...

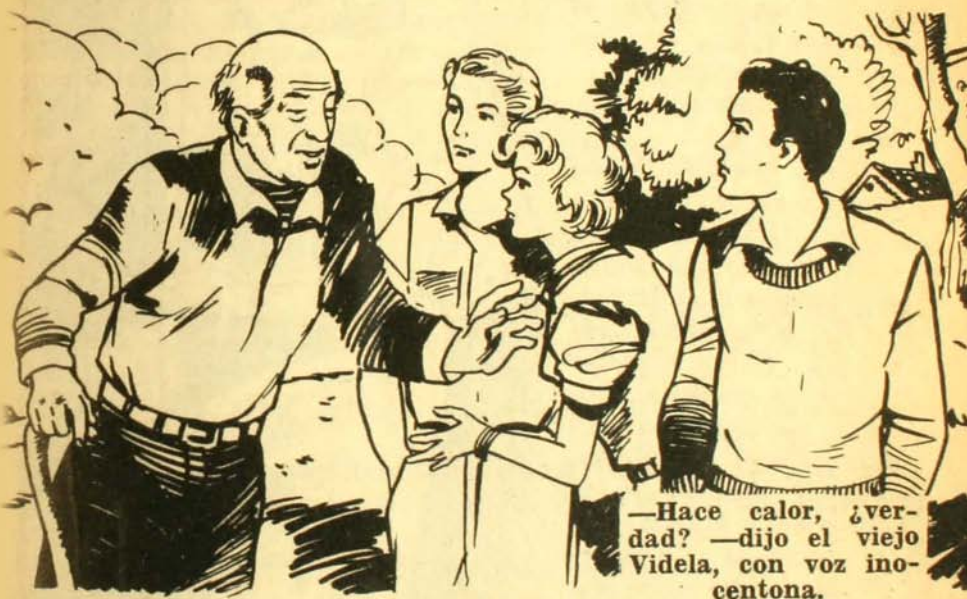
Sus ojos relucieron y la misma llama que los iluminó pareció

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él. Se instala en un castillo edificado sobre una alta roca, acompañada de su hermano Juan, de la institutriz Miss Agata y de sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye, luego de hacer señales con una linterna. Más tarde Luisa Sharp propone al capitán Belmar que emplee de jardinero a su nieto Adrián. Días después llega al castillo el joven Mauricio Maré, quien está interesado en descubrir los secretos de la vieja mansión. Una tarde baja a un pozo a fin de descubrir un oculto sendero. Lidia, Mauricio y Juan avanzan por un túnel y encuentran allí un siniestro personaje, el "brujo" Daniel, quien les obliga a jurar que renunciarán a seguir sus exploraciones.

extenderse a las pupilas de Lidia y a los ojos oscuros y pensativos de Juan.

—Somos los dueños del castillo —señaló el joven Belmar—, y podemos empezar las exploraciones desde otro ángulo. Y, por último, Daniel es un extraño y ningún derecho tiene a vagabundear por nuestras galerías subterráneas. Si fuera todavía el fantasma de Sharp o de la aparecida Francisca... , pero no es más que un ser viviente, que se pasa de vivo.

—Estoy pensando... ¿Qué hacía ese hombre ahí? —musitó Mauricio—. ¿Por qué se oculta debajo de la tierra? ¿Por qué desea que su refugio permanezca secreto? ¿Recuerdan la caverna que no pudimos explorar porque la marea subía? Creo que está comunicada con el túnel.



—Hace calor, ¿verdad? —dijo el viejo Videla, con voz ino-centona.

—Es posible —asintió Juan—. ¿Y quién o quiénes tienen su escondite en esa caverna? La sombra de los antiguos piratas anda rondando por aquí. Sospecho que se trata de contrabandistas.

—¡Exacto! —aplaudió Mauricio—. Yo pienso lo mismo.

Guardaron silencio. De pronto el joven visitante sugirió:

—Indaguemos dónde vive ese hombre. Iremos a verlo.

Lidia y su hermano le miraron asombrados.

—¿Meternos en la boca del lobo? No es mala idea —contestó Juan.

—En esa visita descubriremos algún indicio. Observaremos con cuidado su vivienda.

—¿Y crees que nos recibirá con los brazos abiertos? Lo más probable es que nos corree, si no con un trabuco de pirata, con una carabina o con una vulgar tranca.

—Si nos rechaza, es prueba segura de que esconde contrabando. Lidia murmuró, vacilante:

—Tal vez somos demasiado severos con Daniel... Es, quizás, un charlatán que se rodea de misterio para impresionar a la gente crédula... Pero supongo que no es un delincuente... Dicen que no cobra por sus curaciones, cuando atiende a los animales enfermos, o a las personas a quienes receta yerbas medicinales...

—Oiga, defensora de Drácula —expresó Juan—, ¿viene o no con nosotros?

—Sí.

—Entonces vaya a lavarse y a peinarse, porque está llena de tela-

—Buenos días, señora Angélica —saludó Lidia.



rañas y polvo. Nuestro paseo por los sótanos ha sido un desastre. No me extrañaría tener los bolsillos llenos de murciélagos.

Lidia se dirigió al baño. Sus pasos eran leves y rápidos. Pasaba ante una puerta entreabierta cuando de pronto se detuvo. La institutriz Daniela Bernard estaba inclinada sobre un escritorio. Sus manos marfileñas, que Lidia había visto siempre quietas o lentas, se movían ahora ágiles y rápidas. Papeles y libros eran examinados vertiginosamente. La gobernanta presintió que era observada y, sin alzar la cabeza, ordenó el escritorio, con sus habituales ademanes de calma. Tan súbito fué aquel cambio, que la niña dudó de lo que había visto. Aquellas manos calmadas y pálidas, ¿se agitaron realmente en un movimiento ávido y ansioso, aunque accionando con una habilidad calculada?

—¿Qué busca, Madame? —preguntó con acritud—. Esos papeles pertenecen a mi papá.

—Lo sé, querida niña. Pero buscaba uno de mis certificados. Quería sacar una copia para mi archivo personal.

La explicación parecía natural. Pero la sospecha no se alejaba de la mente de Lidia.

Sin responder, abandonó la habitación. Decidió que esa tarde guardaría bajo llave toda la documentación y libros privados del capitán Hugo Belmar.

Minutos después caminaba escoltada por Mauricio y Juan. Descendieron casi corriendo el sendero de piedra y saludaron a un anciano que vivía en los alrededores.

—Buenos días, señor Videla —sonrió Lidia—. ¿Puede decirnos dónde vive Daniel?

El bastón cayó de las temblonas manos del viejo. Mauricio se apresuró a recogerlo y, como el vecino tardara en responder, repitió la pregunta:

Extendiendo su bastón en dirección al bosquecillo de pinos, Videla carraspeó:

—Hace calor, ¿verdad, muchachos? ¿Verdad, señorita Lidia? El sol cree que todavía estamos en primavera y caliente que es un gusto. Si quieren un lugar agradable para su paseo, vayan a ese bosque. Hay sombrita.

Y les abandonó, con su vacilante andar de viejo, dejándoles atónitos.

—¿Será sordo? —preguntó Lidia.

—Oyó muy bien nuestra pregunta, que le sobresaltó. Su movi-

miento brusco hizo caer el bastón. Sencillamente no quiso contestar y temo que todos harán lo mismo. Toda la gente de aquí le tiene miedo a Daniel.

—Si nadie quiere darnos noticias, tendremos que guiarnos solos.

—No —dijo Lidia—. Perderíamos mucho tiempo. Déjenme ensayar. En esa casa vive la señora Angélica. Es una viejecita amable y risueña.

Acercándose a la ventana, junto a la cual tejía la vecina, la saludó:

—Buenos días, señora Angélica. Estoy paseando con mi hermano y un amigo. Quisiéramos ir a un lugar que sea bonito. Usted que conoce tan bien esta región, déme un consejo.

—El bosque, señorita. Es muy lindo.

—¿Pero no es peligroso? ¿No vive allí Daniel?

—No, niña. El vive en una caverna, en la costa, cerca del castillo. Desde aquí se divisa, ¿ves? Allá. Bajo ese manchón de docas. En esta forma, Lidia logró informarse. Cuando se alejaron, Mauricio y Juan le estrecharon solemnemente la mano, diciendo:

—Eres un genio.

Era difícil llegar a la guarida de Daniel. No había camino y los tramos de roca eran escabrosos. A veces conducían al acantilado bajo el cual rugía el mar y era preciso buscar otros senderos. En ocasiones se detenían sobre profundas gargantas donde el agua formaba riachuelos flanqueados de sal y de moluscos.

Avanzaron sobre rocas musgosas y, escalaban un arrecife, cuando Juan resbaló. Mauricio lo sostuvo con firmeza, cogido de una arista. Por fin ambos jóvenes asentaron pie en una roca firme. Lidia, pálida, inquirió:

—Juan, ¿estás bien?

—Con un rasguño en la rodilla y un siete en el pantalón —respondió el adolescente—. No te aflijas, aun tienes hermano, ciudadana. Pregunta más bien por el valiente Mauricio. Se hirió la mano.

—No seas exagerado, Juan. ¿Sigamos? Yo cuidaré a Lidia.

—Yo también. Entre un manco y un cojo, irá segura.

De pronto, a través de un largo corredor, formado por dos altas rocas, percibieron el rumor de una voz apagada y tímida. La escucharon, tensos, sin comprender las palabras. Instantes después sobrevino el silencio.

Se disponían a continuar su exploración, cuando de súbito apareció Daniel.

Juan Belmar fué el primero en reaccionar.

—Le buscábamos — declaró, irguiéndose en toda su estatura. Instintivamente adoptaba una actitud desafiante, aunque deseaba aparecer cortés. A fin de cuentas se trataba de una visita. Recordándolo, agregó—: Venimos a visitarlo.

Ceñudo y hosco, el hombre preguntó:

—¿A qué debo el honor?

—Usted nos hizo una visita en nuestro castillo y, según las reglas de cortesía, debemos devolvérsela. Esperamos que nos reciba en su casa.

Recalcó las palabras "nuestro castillo", a fin de hacer comprender a Daniel que en la mañana había invadido un recinto que no le pertenecía, una propiedad privada.

El extraño personaje les examinó, bajo sus negras y pobladas cejas. Con las manos hundidas en los bolsillos, permaneció indeciso.

Lidia esperaba oírle rugir:

—¡Fuera de aquí o los lanzaré al mar para que olviden su maldita curiosidad!

O tal vez emitiría un silbido y las rocas se llenarían de feroces contrabandistas.

Juan se irguió desafiante ante el vagabundo.



(CONTINUARA)

Ponchito



¡Y SON FRESCAS,
HACE POCO QUE
PASO POR AQUÍ!



¡LAS SEGUIRE
CON MUCHO
CUIDADO!



¡A LO MEJOR
ES UNA
LIEBRE!



¡OOOOH!
¡OOOH!



El dragón de Flandes

CAPITULO XI.-Batalla después de la cena.

Tristán, el Hijo del Lobo, llegó ante una ciudadela de Flandes y vió salir a un jinete que guió su cabalgadura hacia el mar, desapareciendo con ella en las negras aguas.

Incapaz de comprender

aquel gesto suicida, el doncel contemplaba el oleaje, cuando de pronto un agudo grito resonó en el silencio.


Tristán alzó los ojos y vió una multitud estacionada en las murallas. Minutos antes la ciudad parecía desierta. Ahora, sus troneras y muros estaban atestados

El doncel contempló el oleaje.

de hombres, mujeres y niños. La angustia y el terror se reflejaban en sus ojos. Los cuerpos famélicos se doblegaban y las manos descarnadas se crispaban o temblaban implorantes.

Tristán avanzó, cruzando la puerta. Los guardias le rodearon, incrédulos. Desde que Flandes gemía bajo el terror, desde que el océano invadió la tierra para traer hambre y desgracia, nadie había llegado a la ciudadela.





En los muros distinguió una multitud.

—¿Quién eres? ¿Qué buscas? — preguntó el capitán, abriendo con dificultad sus labios secos. — Soy Tristán, el Hijo del Lobo, y deseo saber qué sucede en Flandes. Exijo el nombre de aquel que tiene sumido al país en la desolación. Quiero saber contra quién debo desenvainar mi espada.

Una intensa palidez cubrió el rostro del capitán. Intentó hablar, pero el horrible nombre no surgió de su garganta oprimida. Tristán le observó un instante y luego se encaminó hacia el castillo. Cruzó aposentos desiertos, desembocando en un gran comedor. En la mesa veíanse los restos de la cena. Los perros devoraban las sobras que habían caído al suelo.

Los barones jugaban al ajedrez, mientras las damas les contemplaban. Un juglar pulsaba el laúd, cantando trovas de amor o relatando heroicas gestas.

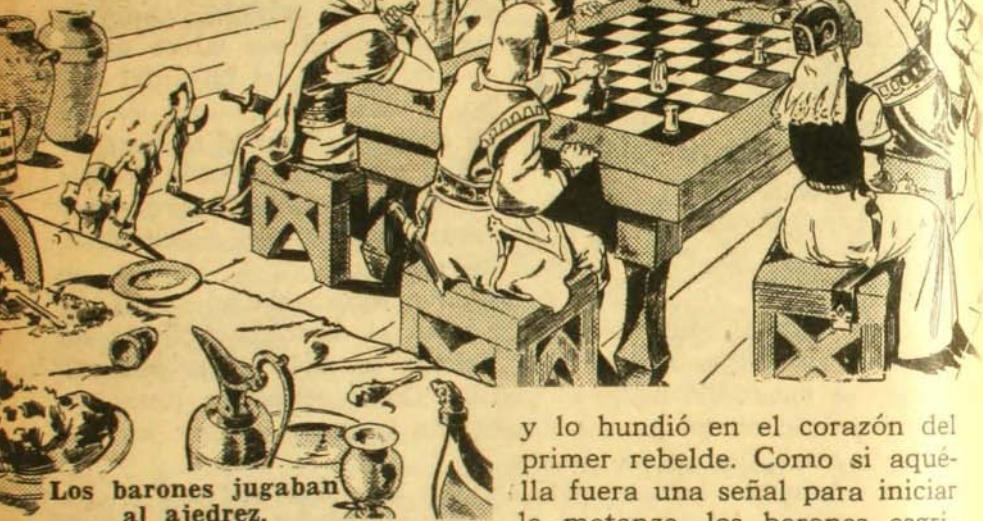
—¿Quién es el amo de este castillo? — preguntó el doncel, con voz vibrante.

Instantáneamente se irguieron todos y le miraron como si vieran un fantasma. Nadie alcanzó a responder, porque un grupo de arqueros irrumpió en la sala, gritando: —¡Los plebeyos se han rebelado! ¡Exigen pan!

Los guardias rodearon incrédulos a Tristán.



—El conde Arcadio atenderá sus demandas —replicó un hombre corpulento, de rostro ancho y adiposo. Desenvainó su puñal



Los barones jugaban al ajedrez.

y lo hundió en el corazón del primer rebelde. Como si aquella fuera una señal para iniciar la matanza, los barones esgrimieron sus armas y se aprestaron a lanzarse contra la turba. Pero entre ellos y los desventurados hambrientos relampagueó la espada de Tristán, el Hijo del Lobo.

—¡Atrás, felones y cobardes!

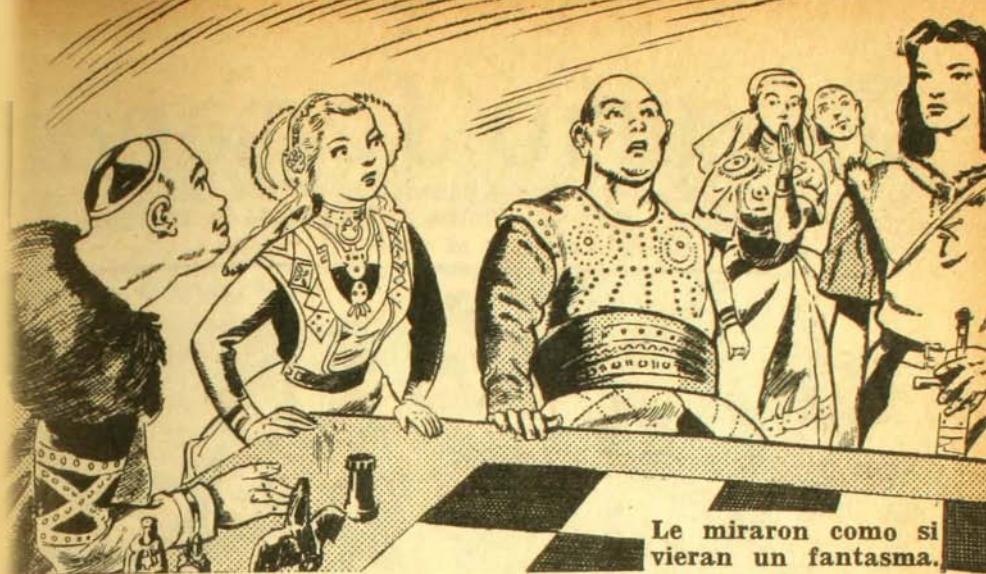
Su mirada era también un relámpago y los barones retrocedieron. Luego, recapacitando, embistieron al audaz mancebo que les desafiaba y que había protegido la fuga de los siervos.

Tristán, de un ágil salto, traspuso la mesa del festín. La jauría, detenida al otro lado, se desplegó, impaciente y furiosa. Ninguno de aquellos caballeros feudales, que durante la cena se habían llenado de grasa y vino, podía trasponer de un salto la mesa.

Con una risa triunfante y burlesca, Tristán les retó:

—Desprendeos del suelo, barones. ¿No sabéis saltar?

Cada vez más enfurecidos, los contendores se dividieron en dos grupos que buscaron cada extremo de la mesa, para pasar.

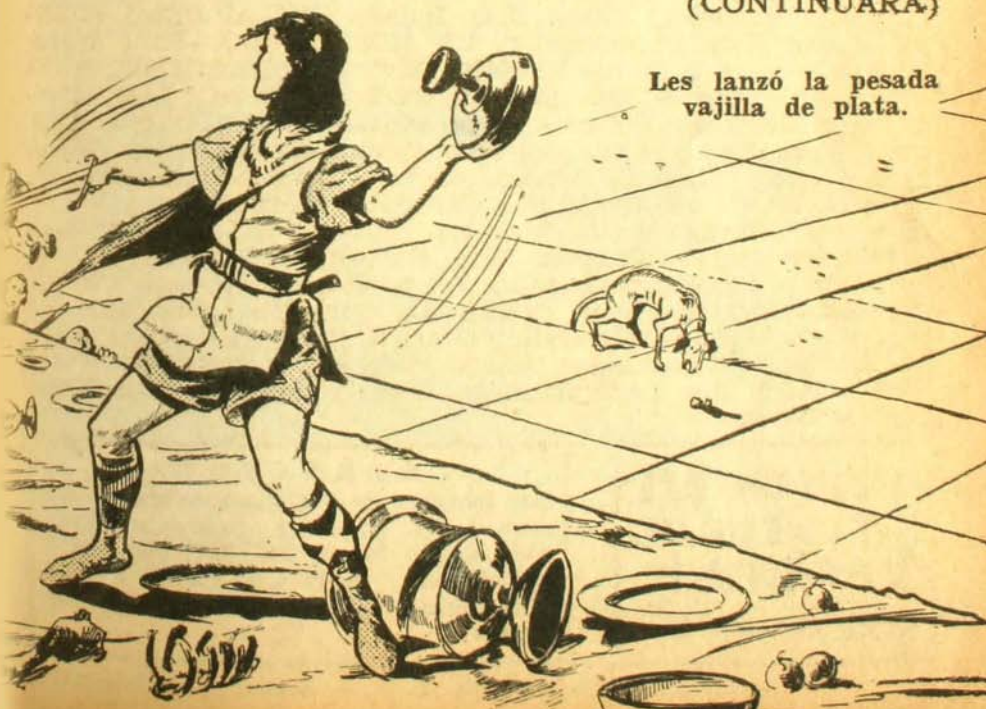


Le miraron como si vieran un fantasma.

La mirada de Tristán estudió la gran lámpara de hierro. Luego saltó sobre la mesa. Desde allí se defendió, aplicando rudos cintarazos a sus enemigos y lanzándoles a la cabeza la pesada vajilla de plata y los huesos roídos.

(CONTINUARA)

Les lanzó la pesada vajilla de plata.



Concurso Semanal

Forma con estas figuras y letras el nombre de una conocida frase. Envía tu respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.



SOLUCION AL CONCURSO N.º 193.—La instrucción es la mejor riqueza.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".—Brígida Sánchez, Santiago; Ana Loreto Ramírez, Viña del Mar; Aníbal Cánepa, Santiago. UNA ARMONICA.—Adriana Recart, Viña del Mar; Wellington Ortiz, Angol. UN LAPIZ AUTOMATICO.—Horacio Alvarez, Peñablanca; Eliana Díaz, Bulnes. UN LAPICERO FUENTE.—Lilian Wright, Concepción. UN JUEGO LUDO.—Raúl Acevedo, San Vicente T. T. UN PREMIO DE \$ 20.—Liliana León, Santa Cruz; Miguel Abarca, Santiago; Miguel Beher, Sewell; Luis Alberto Torres, Santiago; Bohemia Pérez, Santiago; Edith Becerra, Lautaro; Berta Ponce, Valparaíso; Juan Covarrubias, Santiago; Mario Ortiz, Santiago; Roberto Abarca, Santiago. UN LIBRO.—Zafira Villanueva, La Unión; Sergio Vila, Santiago; Gloria Lemus, Valparaíso; Lucrecia Echeverría, Santiago; Andrés Yuri, Santiago; Sara Durán, Temuco; Wáshington Melo, Chillán; Tatiana Kelly, Santiago; Berta Scheing, Valparaíso; Alicia Moreno, Santiago. UN VITALMIN.—Edgardo Flores, Concepción; Perpetuo Labra, San Javier; Anita María Urzúa, Talca; Graciela Espinoza, Linares; Carlos Rodríguez, Casablanca; Marta Martínez, Concepción; Marta Bustos, Talca; Elsa Testa, Santiago; Oscar Hidalgo, Valdivia; Ociel Candia, Temuco.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 195

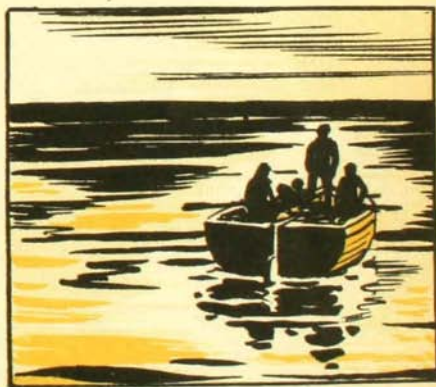
¡ ATENCION !

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita



3. Observó con tristeza a los niños, que dormían en la proa. El sol ya se había ocultado y las tinieblas invadieron el océano. En el nublado cielo no aparecieron las estrellas. Catalán no podría orientarse. Al despuntar el nuevo día, los niños despertaron, y Juanita suplicó: “—Déme agua, por favor, capitán”.



4. El marino reveló a la niña la trágica verdad. Juanita se resignó; pero al transcurrir las horas su sed aumentaba, hasta convertirse en un tormento. “—Cuando llegue la noche refrescará el tiempo y quizás llueva —la consolaba el contra maestre—. O tal vez divisemos antes un barco, una isla o la costa.”

(CONTINUARA)

¡TOMA, ANDA A COMPRAR CANELA!



¡CANELA, CANELA, ESO ME RECUERDA ALGO!



¿QUE SERÁ? ¿QUE SERÁ?



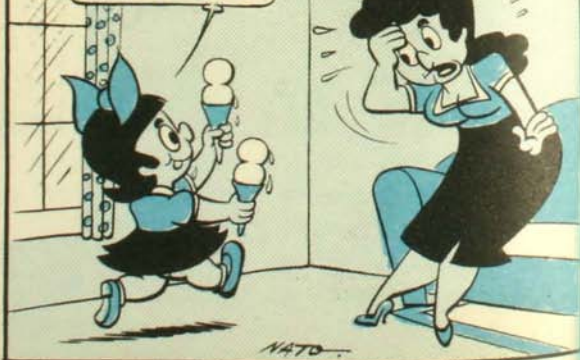
¡AH! ¡YA SE DE QUE SE TRATA!



¡POR SUERTE ME ACORDE A TIEMPO!



¡ME DIJERON QUE ERAN PURA CANELA!



Sinbad

N.º 196

MARCO POLO

\$ 5.-



LA
ZORIBEL



Juan y Juanita



CAPITULO VII.—ANTE UN NUEVO PELIGRO.



1. Navegando sin rumbo surcaba el mar la embarcación tripulada por el capitán Manuel Catalán, su contraamaestre, el marinero Antonio y Juan y Juanita. El agua que llevaban se derramó y la sed torturaba a los navegantes. “—¡Miren! ¡Un barco!”, anunció de pronto Juanita, y todos creyeron que deliraba.



2. Pero no se trataba de un espejismo causado por la fiebre. En lontananza se avistaba una barca pesquera. Los náufragos hicieron desesperadas señas. “—No nos ven —dijo Catalán—. Es preciso acercarnos. Remen. ¡Más rápido!” Antonio jadeaba de cansancio. El contraamaestre lo reemplazó.

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV

3-VI-1953

N.º 196

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 230
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

MARCO POLO

CAPITULO VI.—*La gratitud de un elefante.*

Marco Polo y Sobilán se dirigían a Bokdar, cuando un elefante enfurecido se lanzó contra ellos. Era un ejemplar blanco y el veneciano pensó que agradaría al Gran Khan tenerlo en sus reales establos. Poseía elefantes y yeguas blancas, que eran muy estimados.

—¡Nacigai!

Sobilán invocaba al dios padre de los tártaros. Cuando vió venir aquella gigantesca mole, que se veía gris a causa de la penumbra,

Marco Polo huyó velozmente.



pensó tal vez defenderse. Pero al comprobar que era un elefante blanco, se sintió dominado por un supersticioso temor. Había pertenecido al ejército de los Oriat, casta de guerreros de Kublai Khan, los más nobles y valientes. Aprendió a respetar las yeguas blancas, cuya leche sólo era bebida por la familia real y por los Oriat. Los elefantes eran también sagrados. Al advertir que Sobilán permanecía inmóvil, esperando con indiferencia la muerte, Marco Polo gritó:

—¡Huye, Sobilán! ¡Apártate, por San Marcos!

En seguida atrajo hacia sí la atención del paquidermo y se distanció a toda velocidad. Sus largas piernas saltaban sobre mato-



Los colmillos rozaron el esbelto cuerpo.



El aventurero se suspendió sobre el abismo.

rrales, árboles caídos y entrecruzadas raíces. Tras él oía el furioso galopar del elefante. La trompa, que se contraía como una gruesa serpiente, casi alcanzó el esbelto cuerpo del fugitivo y los agudos colmillos le rozaron.

En ese preciso instante, Marco Polo se cogió de una liana y se suspendió sobre un profundo barranco. El elefante siguió su ciega carrera y se despeñó entre ramas quebradas y rodar de piedras. Luego quedó inerte, bramando de dolor.

—¡Pobre bestia! —murmuró el veneciano—. Trataré de auxiliarla.

—Mesire Marco Polo, recuerda que está enloquecido de furor —sugirió el tártaro—. El sufrimiento aumenta su ira. Te arriesgas a morir bajo el pesado azote de su trompa o traspasado por un colmillo.

—Sin embargo, no puedo abandonarlo —insistió el aventurero, y con gran agilidad bajó a la hondanada.

El elefante se despeñó.



Yacía bramando de dolor.



pata, comprobando que sólo restaba una ligera molestia. Avanzó unos pasos, mientras abanicaba el aire con sus inmensas orejas. Su trompetear alegre estremeció a la selva. En actitud alerta y desconfiada, Sobilán lo observaba.

Marco Polo curó al paquidermo.



Una enorme espina había penetrado en la pata delantera del paquidermo, produciendo un intenso dolor cada vez que intentaba levantarse. El joven la extrajo y luego aplicó sobre la herida un líquido curativo. El animal se mantuvo quieto. Luego oyó la voz de Marco Polo:

—¡Vamos! ¡Levántate, valiente!

Obedeció, resoplando. Apoyó con cautela su

—No temas. No se enfurecerá de nuevo — afirmó el viajero.

Reemprendían la marcha cuando advirtieron que el elefante caminaba detrás de ellos. Balanceaba la trompa con inocente alegría y sus ojillos relucían bondadosamente.

—Extraordinario. Quiere acompañarnos — declaró Marco Polo.

—Preferiría que volviera a sus bosques — sugirió Sobilán.

—¿Por qué? Nos servirá de cabalgadura. Arri-

ba, Sobilán. Aprovechemos la buena voluntad de este amigo selvático. Trepó de un salto al lomo de la bestia y tendió su mano para izar al tártaro. Este no vaciló más y su alto y huesudo cuerpo quedó instalado en la ancha grupa.

—Viajamos como príncipes, aunque no somos más que trovadores ambulantes —sonrió Marco Polo—. Por supuesto que no llegaremos en tan regia montura hasta el palacio de Bokdar.

Su sonora risa ahuyentó la sombra de odio que había oscurecido el semblante del tártaro. Olvidó al infame Bargú, que habitaba en su palacio, atesoraba su oro y mantenía prisionera a la bella Salmi. Y escuchó apaciblemente una canción que Marco Polo ha-

bía aprendido de los gondoleros de Venecia. Cruzaron sin fatiga la extensa jungla. Al caer la noche, se extendió la sombra, plena de emboscadas. Marco Polo presintió un peligro cercano. El elefante blanco se agitaba, inquieto. Sobilán, sombrío, guardaba silencio. El joven pensó que pronto, quizás, deberían invocar a sus protectores celestiales: San Marcos y Nacigai.

(CONTINUARA)



—¡Levántate, valiente! —animó el joven.

El agradecido elefante les llevó a través de la selva.





LA ESMERALDA

CAPITULO I.—



1. Los minaretes dorados del palacio real fulguraban con el sol. —Los dioses bendicen a nuestro maharajá —decían los habitantes de Vijna—. Hoy es un gran día para él.” Y los buenos nativos se alegraban porque su príncipe era feliz e invocaban a todas las divinidades, Rama, Visnú, Krisna, para que lo protegieran.



2. El maharajá había logrado obtener una valiosa esmeralda que pertenecía a la diosa Kali. Convocó a su primer ministro y le dijo: —Quiero enviar esta joya a la reina Victoria de Inglaterra. Buscad un mensajero leal”. Fué elegido el apuesto capitán Gavani, que siempre había realizado misiones temerarias.

DE KALI



RASTRO DE SANGRE



3. El capitán de lanceros se dispuso a cumplir la voluntad del maharajá. En un pequeño cofre de oro llevaba la preciosa esmeralda. Le escoltaban dos soldados. Al cuarto día de viaje acamparon en el territorio de Katmana. El sofocante calor de la selva impedía dormir a Gavani, que encendió un cigarrillo.



4. A través del humo vió dos siervos, que transportaban un palanquín cerrado. De pronto la cortina se descorrió y un rostro bellissimo se alzó hacia él. —Sahib —murmuró la desconocida—. Le ruego que me guíe hacia el camino que conduce a Delhi. Perdí mi escolta al ser asaltada por unos bandoleros.”



LA ESMERALDA



5. "—Me llamo Ruana", añadió la hermosa hindú. De los ojos oscuros se desprendía una luz dominadora, aunque las suaves pupilas evocaban las de una gacela desamparada. Gavani, hechizado, no pudo negarse. "—La acompañaré, princesa. Vaya tranquila." Ella sonrió, murmurando: "—Gracias, sahib".



6. Gavani saltó a la silla de su caballo y se dirigió hacia el camino señalado por la bella Ruana. A la luz de la luna se destacaba la gallarda silueta del capitán de lanceros, mientras, en la penumbra del palanquín, Ruana sonreía misteriosamente. Al separarse, repitió con su voz melodiosa: "—Gracias, sahib".

DE KALI



7. Cuando Gavani emprendió el regreso, ya despuntaba la aurora. Como un relámpago atravesó la selva y pasó luego bajo la densa sombra de altos roquedales. Pensaba en la misteriosa viajera. ¿A qué iba a Delhi, capital de la India? Tal vez acudía a desposarse con algún poderoso príncipe.



8. Las cavilaciones de Gavani fueron interrumpidas por una visión atroz. Al descabalar frente al campamento, advirtió que sus hombres habían sido cobardemente asesinados por la espalda. Una silenciosa ira dominó al capitán hindú. ¿Quiénes eran los culpables de ese crimen?

(CONTINUARA)



Había una vez, no recuerdo cuándo, en un lugar que no sé cómo se llama, una pareja de dragones. Tenían un genio endemoniado y se pasaban la vida riñendo. Aletazos van y aletazos vienen, mordiscos de mil dientes, porque cada uno de ellos tenía quinientos; rugidos que se oían a diez leguas a la redonda y chorros de fuego, que les dejaban chamuscados y maltrechos. Pero nunca se corrían aquellos dragones y seguían peleando.

De esta terrible pareja nació un dragoncito. Sus padres tuvieron aquel día la batalla más fenomenal y ambos quedaron muertos. Así fué cómo el dragoncito se halló huérfano el mismo día de su nacimiento.

Pasaron los años y el dragoncito creció, hasta ser enorme. Como no había otros dragones en la comarca, éste no conocía sus fuerzas, ni su poder. Se sentía horriblemente desdichado y lloraba de continuo.

Un día abandonó su refugio y, andando, andando, llegó a un sitio que, aunque despoblado, era cruzado a veces por los hombres. Se alimentaba de los frutos que caían de los árboles y lloraba porque no le gustaban.

Una noche vió llegar a un león que llevaba entre sus dientes a un cordero. El felino se detuvo a devorar su presa y, terminado el festín, se alejó.

—¡Ah! —exclamó el dragoncito—. Ese debe ser un manjar delicioso. Veré si puedo conseguir algo igual.

Lanzóse a la búsqueda y poco después halló una piedra que tenía, por rara casualidad, la forma de un cordero.

—¡Por fin! —dijo el dragón, y abriendo la boca, dió un mordisco tremendo a la piedra, consiguiendo con ello solamente soltarse algunos dientes.

—¡Ay de mí! —gimió—. ¡Qué débil soy! Un animal mucho más pequeño que yo puede triturar entre sus dientes un manjar tan rico y yo no. Estoy condenado a alimentarme de frutos. ¡Uh, uh, uh!

Y lloraba desconsolado, formando con sus lágrimas un arroyo, que luego se transformó en río y después en torrente. Otro día vió a un monito haciendo cabriolas entre las altas ramas de un árbol y envidió su agilidad. Quiso imitarlo y, sin pensarlo más, se trepó a un árbol y se colgó de una gruesa rama. Dió un salto pretendiendo cogerse de otra rama distante y calculó mal la distancia. Entonces cayó pesadamente, dándose un contrasuelo tal, que se le saltaron otros cuantos dientes.

El príncipe Vencedor
partió en busca de
aventuras.



—Es inútil —se lamentó dolorido—, está visto que no sirvo para nada.

Poco después vió a una avecilla volando graciosamente. El también voló, para perseguirla. El pájaro viró con rapidez, y el dragón, que sólo había volado contadas veces y siempre en línea recta, no sabía que su enorme cuerpo no le permitía hacer la misma maniobra, quiso imitarlo, se le enredaron las alas, perdió su estabilidad y se yino al suelo desde gran altura.

De resultas del golpe perdió los doscientos dientes que le quedaban y, muy afligido, se internó de nuevo en la selva.

El príncipe Vencedor partió en busca de aventuras. Caballero en su caballo, iba cruzando campiñas, bosques y montes. Las pastoras, al verlo pasar, suspiraban tímidamente y las

princesas casi se caían de sus balcones por mirarlo hasta que se perdía de vista.

El príncipe iba a rescatar a tres princesas prisioneras. Descabalgó en el bosque, ante un correntoso río. ¿Cómo lograría pasarlo? Meditaba en esto, cuando vió aparecer un dragón espantable, el más enorme que sus ojos habían contemplado. Era valiente y desenvainó su espada.

Con gran asombro, oyó una voz que suplicaba:

—No me mates, príncipe. ¿Qué mal te he hecho yo? Soy débil, estoy indefenso. Ten piedad de mí.

Vencedor alzó sus ojos y observó sólo entonces que aquel dragón tenía un aspecto lastimoso. Es verdad que su cuerpo era descomunal y que tal vez su lengua lanzaba llamaradas y sus garras podían despanzurrar un ejército. Pero sus ojos estaban llenos de lágrimas y su gesto denotaba aflicción y temor.

—¿Por qué lloras? —preguntó cautelosamente, viendo que con cada lagrimón el río aumentaba de caudal.

—Porque soy muy desdichado —sollozó el dragón.

—¿Qué te sucede?

—Soy huerfanito. No conocí a mis padres y jamás he visto a otro dragón.

Vencedor comprendió al instante. Sintió lástima por aquel dragón que desconocía su terrible poder. Pero, si se lo daba a saber, ¿qué destino le esperaba frente al monstruo? Por lo tanto, decidió guiarlo poco a poco.

—¿Me seguirás si yo te convierto en un dragón a quien nadie podrá amenazar?

Los ojos del dragón le miraron incrédulos. En seguida la vocecilla tímida respondió:

—Te seguiría hasta el fin del mundo, valiente príncipe.

—Vamos, entonces.

El príncipe dejó su caballo y montó en el lomo del dragón. Remontaron el vuelo y, al llegar al linde del bosque, el dragón no quiso avanzar más.

—¿Por qué? —interrogó Vencedor.

—Porque en el valle y en las ciudades hay gente que me da miedo —gimoteó el tímido monstruo.

—Yo soy un poderoso guerrero y las gentes huyen de mí cuando me ven, pues me temen horribilmente —dijo el príncipe.

—Entonces me atrevo a ir —susurró el dragón.

En cuanto los moradores de las cercanías le vieron aparecer, pu-

sieron pies en polvorosa y en un abrir y cerrar de ojos no quedó uno solo a la vista.

“Es verdad que temen a mi amo”, pensó el dragoncito, sin imaginar que era él quien infundía terror.

Llegaron al castillo donde estaba prisionera la primera princesa.

Un tremendo gigante la custodiaba. En ese instante el ogro dormía.

—Dale un aletazo — insinuó Vencedor.

—¿Y si me lastimo? — protestó el dragón.

—Yo te curaré. En cambio, si no obedeces, te dejaré solo, a merced del primero que quiera darte una paliza.

Ante la terrible amenaza, el dragón se dispuso a obedecer. Las alas cayeron una y otra vez sobre el ogro, quien dió vueltas y más vueltas en el suelo, hundiéndose finalmente en un abismo. Sumamente orgulloso de su triunfo, el dragoncito dijo:

—Desde hoy me llamaré el dragón ZURRAGIGANTES.

La segunda princesa estaba cautiva en una torre muy alta y la vigilaba un dragón espantoso.

—Este sí que me da miedo — balbuceó nuestro dragoncito, al distinguirlo a través de una ventana.

—Es más pequeño que tú.

—Pero tiene más dientes. Yo perdí los míos.

—Anda, búscale pelea y, si lo derrotas, yo te pondré los dientes de él.

Aquella promesa decidió al dragoncito. Se trabó en feroz contienda y muy pronto el guardián de la princesa quedó fuera de combate. Vencedor le arrancó los dientes, para colocárselos a su amigo. Estaban todos buenos y eran filudos y estupendos. Sólo uno se quebró en la pelea.

—Desde hoy me llamaré el dragón MATADRAGONES.

Y con aquel nuevo nombre, nuestro héroe emprendió el vuelo



El gigante estaba dormido.



La segunda princesa era custodiada por un horrible dragón.

hacia el tercer castillo, donde estaba prisionera la princesa más bella. Era custodiada por una bruja que no era desdentada como las demás, sino que lucía un espléndido diente. Al verlo blanquear en el rostro verdoso, el príncipe discurrió un ardid para animar a su dragón:

—Ataca a esa bruja y tendrás el diente que te falta.

También el dragón había visto el hermoso colmillo y se sentía tentado de cogerlo para adornar sus propias mandíbulas. Pero vacilaba.

—Las brujas son unos bichos muy malos —declaró—. Puede lanzarme un maleficio y convertirme en lagartija.

—No temas. No tendrá tiempo de pronunciar ningún conjuro. Déjate caer sobre ella y... ¡zas!

Así ocurrió. El tremendo dragón se dejó caer sobre la bruja. Los malignos huesos se convirtieron en polvo y la piel verdosa y reseca se hizo humo.

—¿Y mi diente? —gritó el dragón, asustado.

—Aquí está —le dijo Vencedor—. Es un diente mágico y no se puede destruir. Pontelo... ¿Cómo te llamas ahora?

—El dragón **REVIENTABRUJAS**.

—Magnífico. Y ahora regresemos, dragón de tres nombres, con las bellas princesas rescatadas.

Alzaron el vuelo y el príncipe devolvió al rey las tres hijas. Es decir, devolvió sólo dos, porque se enamoró de la menor y se casó con ella.

En cuanto al dragón, vivió orgulloso de su fuerza y de su valor, que siempre usó en buenas acciones, y nunca más lloró.

El patito audaz



RESUMEN: NUESTRO PATITO QUEDA ESPANTADO AL DESCUBRIR QUE ESTÁ EN LA GUARIDA DEL ZORRO.



¡AY! TENGO UN SUSTO ESPANTOSO Y UN MIEDO TERRIBLE.



PERO TAL VEZ PUEDA ASUSTARLO, COMO A LA VACA.



AHI VIENE.



AQUI SE ACABÓ EL CUENTO DEL ZORRO.



¡QUEDAN LIBRES, LAS QUILLAS, POR HABERME VISADO.



¿CREES QUE UN DERRUMBE PUEDE MATARME?



AHORA TE COMERÉ, PATITO.



(CONCLUIRÁ)



1. Roberto Linen guiaba el auto a través de una furiosa tempestad. El viento azotaba los árboles y la lluvia torrencial inundaba los caminos. “—Allá se divisa un castillo —anunció Luis Baner—. Tiene un aspecto siniestro. Llamemos a su fatídica puerta, si Yara promete no desmayarse de espanto...”

3. Minutos después eran recibidos por el morador de la sombría mansión. Presentaba el aspecto menos sospechoso del mundo. Les condujo a una sala donde coleccionaba antigüedades y objetos de arte. “—No conozco a la niña a quien buscan —declaró—. Vivo en la más completa soledad y...”



2. Se volvió sonriente hacia Yara. Ella respondió: “—Tenemos que buscar a Mabel. Pasó sus vacaciones en esta región y en su última carta mencionaba ese castillo, donde vive el profesor Greg, que tiene fama de excéntrico”. Roberto indagó: “—¿Temes un secuestro? Yo también desconfío de Greg”.

4. “—¡Miente usted! —la voz de Yara le interrumpió—. Mabel estuvo aquí. Estas zapatillas le pertenecen.” Alzó ante los aterrados ojos del sabio la prueba acusadora y añadió: “—Mientras usted intentaba engañar a mis amigos, recorrí la sala y comprobé mis sospechas. No puede seguir negando”.



5. Con el rostro oculto entre sus manos, Greg gimió: “—No... Soy un científico, pero también soy un criminal... Convertí el castillo en laboratorio. Descubrí el super-rayo, que puede dar proporciones gigantescas a la más pequeña materia orgánica. Por ejemplo, una espiga creció a la altura de un álamo...”



6. “—También descubrí el sub-rayo —añadió el profesor—. Sus efectos son opuestos a los del super-rayo. Mabel era una joven muy inteligente y se entusiasmó con mis experimentos. Realicé en su presencia algunas pruebas con el sub-rayo, que reducía a un conejo a las dimensiones de un mosquito...”



7. “—Mabel se convirtió en mi ayudante y la invité a instalarse en el castillo. Un día la vi entrar en el laboratorio... Sabiendo los peligros que la amenazaban, me precipité a fin de protegerla. Bajé rápidamente la escalera, pero antes de llegar a la puerta, me cegó el resplandor de una luz azul.”



8. “—Tras pasé por fin el umbral y encontré el laboratorio desierto. Las ropas de Mabel yacían en el suelo. De ella no había señales y tuve miedo de comprender...” “—¿Quiere decir que Mabel sufrió los efectos reductores del sub-rayo?”, preguntó Roberto, con voz tensa de ansiedad y terror.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO IX.—El "brujo" atemoriza a Daniela.

Mauricio Maré, Juan y Lidia Belmar habían decidido visitar al misterioso y excéntrico Daniel, que tenía fama de brujo y "meico" en la provincia de Coquimbo. Los jóvenes sospechaban que era contrabandista y que existía alguna extraña alianza entre él y Luisa Sharp, descendiente del pirata inglés que en 1680 devastó La Serena.

Escalaron las ásperas rocas, desafiando el riesgo de caer al mar. De pronto surgió ante ellos la figura de Daniel. Sus desgredados cabellos y sus harapientas vestiduras se agitaban al viento.

Al saber que se trataba de una visita de cortesía, desapareció su hurañez. La expresión hostil fué reemplazada por una semisonrisa, matizada de ironía.

—Quieren conocer mi covacha —silabeó—, a la que nadie se

atreve a acercarse. No los defraudaré, muchachos. Vengan.

Avanzó por un estrecho sendero y penetró en una caverna, cuya entrada estaba casi cubierta por una cortina de vegetación. Sus visitantes le siguieron. La penumbra era densa. En los primeros

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él. Se instala en un castillo edificado sobre una alta roca, acompañada de su hermano Juan, de la institutriz Miss Agata y de sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye, luego de hacer señales con una linterna. Más tarde Luisa Sharp propone al capitán Belmar que emplee de jardinero a su nieto Adrián. Días después llega al castillo el joven Mauricio Maré, quien está interesado en descubrir los secretos de la vieja mansión. Una tarde baja a un pozo a fin de descubrir un oculto sendero. Lidia, Mauricio y Juan avanzan por un túnel y encuentran allí un siniestro personaje, el "brujo" Daniel, quien les obliga a jurar que renunciarán a seguir sus exploraciones. Más tarde, los jóvenes deciden visitarlo.

instantes nada distinguieron, pero luego se delinearon los contornos de un lecho, una mesa coja, una silla de paja y útiles de cocina. En un rincón había dos cajones superpuestos, que tal vez eran usados como despensa por el solitario. En una cavidad formada por piedras ennegrecidas de humo, rojeaban las últimas brasas de un fuego.

De aquella gruta debió surgir la voz tímida y vacilante que había oído minutos antes. Pero allí sólo estaba Daniel y el lugar no ofrecía ningún posible escondite, a menos que en la roca se abriera una puerta secreta. O quizás Daniel tenía pacto con los espíritus malignos, que le hablaban con sus voces susurrantes.

—Perdonen la pobreza de mi vivienda.

Ofreció a Lidia la única silla, e indicó dos rocas a Mauricio y a Juan. El tomó asiento en su humilde camastro e inició la conversación, como si estuvieran en un salón social:

—¿Se acostumbran en la región? La vida en el castillo debe ser agradable.

—Sí —contestó Lidia, porque su hermano y Mauricio parecían abstraídos.

—¿Quién puede hacer señales en la noche? ¿Y para qué?

—dijo Daniel.



—Desde la terraza se domina sin duda toda la costa, el espléndido paisaje a la luz del día, y las luces de las casas en la noche.

—No solamente las luces de las casas. Hemos visto hacer señales con un farol —declaró la niña, audazmente.

Advirtió que Mauricio y Juan abandonaban su aire ausente y miraban al vagabundo. Ella también escudriñó el curtido semblante, pero sólo descubrió una cortés curiosidad.

—¿Es verdad? ¿Quién puede hacer señales y para qué?

—Somos forasteros y no conocemos las costumbres de nuestros vecinos. Usted les conoce mejor y podría tal vez responder a esa pregunta.

—Nunca se termina de conocer a las personas —dijo Daniel, filosóficamente—. Podemos vivir cien años con alguien y de pronto, al mirar sus ojos, comprender que estamos frente a un desconocido.

Con esta observación, dió por terminado aquel tema. Levantándose, extrajo de uno de los cajones un paquete cuidadosamente envuelto. Desplegó el papel, descubriendo una caja de finas galletas guardadas en platina. Las ofreció a sus visitantes, que no se atrevieron a rehusar. En silencio saborearon las galletas, que eran frescas y exquisitas.

—¿Hay muchas cavernas como ésta? —preguntó el joven Belmar.

—Supongo que sí.

—Buen escondrijo para contrabandistas.

La frente de Daniel se contrajo.

—Si hubiera contrabandistas. Pero no los hay. Así como no hay piratas.

Se levantó, esperando que sus visitantes se marcharan. Confusos, Mauricio y Juan salieron. Lidia les siguió, ruborizada. Se despidieron del vagabundo y, cuando ya iban a prudente distancia, Lidia reprochó a su hermano:

—Fuiste muy descortés, Juanito.

—Lo reconozco, Lidia, pero ya me sentía nervioso con esa visita que pretendía ser de etiqueta. Sólo faltaron las reverencias, jugar a la canasta o decir "Rico tu té, linda".

Mauricio prorrumpió en una alegre carcajada. Luego concilió:

—No te aflijas. Ya terminó la visita y, en resumen, nada hemos descubierto. Daniel no oculta contrabando y ni siquiera tiene una respetable caverna de brujo, con murciélagos secos y lechuzas

mironas. En una palabra: nos ha desilusionado. Vamos a consolarlos a casa de la viejita corsaria. Quizás ella nos revele algún misterio emocionante.

Se encaminaron hacia la antigua casona y Luisa Sharp les acogió con amabilidad.

—¿No han almorzado aún? —preguntó—. Siéntense.

La sopera estaba sobre la mesa y despedía un olor apetitoso. Luisa cortó el pan en gruesas rebanadas.

—No queremos darle molestias —protestó Lidia.

—Hijita, ustedes no me molestan y, si lo hicieren, los despediría sin contemplaciones. Vamos, sírvanse antes que se enfríe. ¿Cómo está mi nieto?

Adrián Montes trabajaba en el castillo, durante la época de vacaciones.

Lidia repuso:

—Está bien. ¿Por qué no va a verlo?

—No.

Aquella negación fué tan rotunda, que los dos jóvenes y la niña la miraron asombrados.

—¿Está disgustada con él?

—No. Pero no voy.

Nadie se atrevió a indagar más.

En ese instante, alguien se detuvo en la puerta. Había llegado



—¿No han almorzado aún? —preguntó Luisa Sharp.

con silencioso andar. Sus vestiduras negras y austeras parecieron obscurecer la luz del día.

—Madame Daniela —pronunció Lidia.

La institutriz demandó permiso para entrar, y a un gesto de la sorprendida Luisa Sharp, se acercó a la mesa.

—Estaba inquieta por su ausencia —explicó—. Lidia, Juan, deben informarme cuando salen y permanecerán fuera de casa más tiempo del debido. ¿Por qué almuerzan aquí?

—Porque yo los invité —replicó Luisa, amenazante.

—Perdone si la he ofendido. Esperaré que mis pupilos terminen de almorzar para acompañarlos de regreso al castillo.

—Le serviré a usted también —decidió la anciana.

La puerta se abrió de nuevo y una figura alta y desgreñada se dibujó en el vano.

—Daniel —susurró Lidia.

Mauricio, inclinándose hacia ella, murmuró sonriendo:

—Lidia, ¿está actuando como anunciadora de personajes?

La hosca mirada del vagabundo recorrió el círculo de visitantes y se detuvo en Daniela Bernard.

—Es la institutriz de los niños Belmar —indicó Luisa Sharp.

El hombre emitió un desapacible “¡Ah!”, y no concedió mayor importancia a la gobernanta.

—¿Siguen haciendo visitas de cortesía? —preguntó a los jóvenes. Ellos no tuvieron tiempo de contestar a la sarcástica interrogación. Luisa exclamó de súbito:

—¿Qué le sucede, señorita, por Dios?

Se dirigía a Daniela Bernard, cuyo rostro estaba cubierto por una mortal palidez. Sus blancas manos temblaban. Muy erguida, parecía reunir todas sus fuerzas para no caer desmayada.

La señora Sharp cogió la botella de vinagre, humedeció las sienes de Daniela y, a pesar de su débil resistencia, la obligó a aspirar el violento aroma. La sangre volvió a las pálidas mejillas y los descoloridos labios musitaron:

—Gracias... Perdóneme. Ha sido un desvanecimiento ligero. Nada de importancia...

—La llevaremos al castillo —ofreció Mauricio—. Disculpe, señora Sharp. Nos iremos sin probar su sabroso almuerzo.

El adolescente ofreció su brazo a la institutriz. Salían ya, cuando Juan observó:

—¿Y Daniel? ¿Dónde está? Ha desaparecido.

En el umbral apareció la figura alta y desgredada del vagabundo.



En efecto. Durante la confusión que se produjo por el desmayo de Daniela, el vagabundo se había esfumado. Lidia recordó la quemante mirada del brujo, detenida en las espantadas pupilas de Daniela Bernard. Era evidente que la presencia del estrafalario personaje había turbado a la institutriz. ¿Por qué? Esta pregunta giraba en la mente de Lidia. Recordó que también Adrián Montes produjo una intensa emoción a Daniela. Al verle aparecer de súbito, ella retrocedió y habría rodado al abismo si Mauricio no la hubiera sostenido. ¿Qué relación existía entre aquellas personas tan distintas?

—Madame, ¿conoce usted a...?

Se interrumpió al advertir que la institutriz, con un lamento ahogado, se afirmaba en el brazo de Mauricio. ¿Sentíase realmente enferma o se quejó para no responder a la pregunta de Lidia?

(CONTINUARA)

Ponchito

¡PONCHITO! ¡PONCHITOOO!
¿PODRÍAS HACERME UN
FAVOR?



HOY TENEMOS
EXÁMEN DE
HISTORIA...



... Y YO NO HE
ESTUDIADO NADA



DOR ESO QUIERO QUE TÚ
ME SOPLES CUANDO EL
PROFESOR ME HAGA
PREGUNTAS





El dragón de Flandes

Dió impulso a la pesada lámpara.



CAPITULO XII.—*El peligro viene del mar . . .*

Tristán, el Hijo del Lobo, llegó a una ciudadela sitiada por el mar. Observó que el conde Arcadio y sus barones saboreaban opíparas cenas, mientras el pueblo agonizaba de hambre. Un grupo de siervos compareció ante el verdugo para exponer sus quejas. Los tiranos se disponían a matar alevosamente a los rebeldes, pero Tristán se interpuso.

El rayo de su espada contuvo a los cobardes. De pie sobre la mesa del festín, dió impulso a la pesada lámpara de hierro. Cuando el balanceo adquirió su mayor velocidad, Tristán saltó y, sosteniéndose por un instante del enorme anillo,



Tristán saltó sobre el conde Arcadio.

jadle. No causéis su cólera.

El doncel retrocedió hasta la salida, manteniendo delante de sí aquel escudo de grasa y lágrimas. Lo entregó a la plebe, que aguardaba al pie de la escala, y ordenó:

—Guardad de rehén a ese cobarde.



cortó con un golpe de espada la atadura que lo suspendía.

Aquel gesto y sus consecuencias fueron instantáneos. La lámpara cayó, aprisionando como ratas a varios señores feudales. El doncel, con el mismo impulso, voló a través de la sala y enfrentó al cruel Arcadio.

—Oirás las quejas de tus vasallos y las atenderás —dició.

Su puñal picó el costado del conde, retenido así bajo amenaza, mientras los barones que no quedaron atrapados bajo la lámpara, se detenían indecisos.

—No le ataquéis o me matará —gimió Arcadio, y las lágrimas se mezclaron al sudor de sus mejillas—. De-



**Bogó en dirección a
la selva,**

contuso, el Hijo del Lobo sólo consiguió distinguir esta frase: "El mar... el peligro viene de allí..."

Comprendiendo que era inútil insistir y que si permanecía más tiempo en ese lugar, se arriesgaba a caer prisionero, el doncel se lanzó al mar.

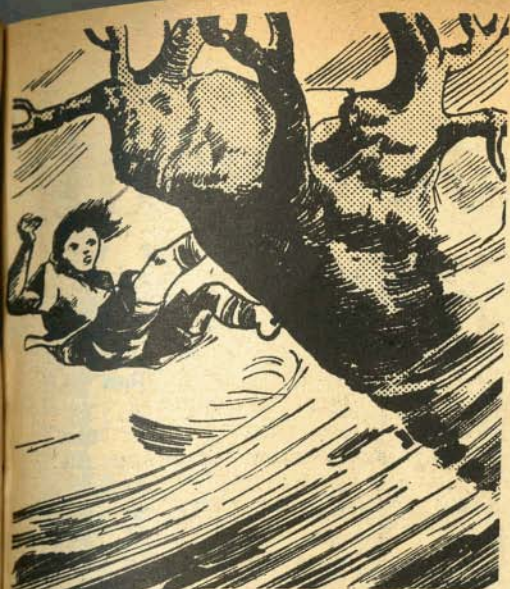
Usando como embarcación un árbol flotante, remó hacia la floresta. Distinguía la columna de humo que ya antes llamó su atención. Había moradores en la selva y tal vez ellos fueron más habladores que los habitantes del castillo y no temieran pronunciar el nombre maldecido.

Ocultos entre los árboles, extraños hombres le observaban. Eran pigmeos, y sólo vestían un delantal de cuero. Su cabello estaba recogido sobre el cráneo, formando un penacho.

Una ola sacudió con violencia el tronco sobre el cual navegaba

Extraños hombres le observaban.





Una ola sacudió con violencia el tronco.

eco de aquellas voces agudas se estrelló contra los muros de la ciudadela inundada. El temor pasó, como un ala negra, sobre los muros y almenas. El pueblo evocó al héroe adolescente que les había prometido regresar. ¿Qué significaban aquellos alaridos? Tal vez el valiente mancebo había caído en poder de los genios y tragos del bosque y entonces... ¡por el Santo Grial!, Dios se apiadara de su alma.

(CONTINUARA)

Tristán, y el joven, cayó a la embravecida corriente. Montañas de agua lo cubrieron. Los observadores pensaron que el doncel estaba en peligro de morir ahogado y uno tras otro se sumergieron en el mar.

Los pequeños y renegridos cuerpos se delineaban un instante en el aire y luego desaparecían entre las olas. Bajo las verdes ondas pasaban con el veloz avance de los peces. Aquel cardumen extraño rodeó al Hijo del Lobo y, arrebatándolo al mar, le condujo a tierra firme.

El esbelto cuerpo de Tristán se destacaba como el de un joven gigante entre enanos que, alzando sus brazos, prorrumpían en gritos de victoria. El



Uno tras otro se sumergieron en el mar.

Concurso Semanal



Como pueden ver, lectorcitos, "Simbad" es popular en la ciudad, en el campo y en cualquier parte; si no, que lo diga el letrerito. Sustituye los puntos por letras y envía tu respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 194.—
Policía.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Andrés Valdebenito, Chillán Viejo; Chantal Scoler, Santiago; Victor Parra, Santiago. UN PREMIO DE \$ 20.— Oscar Chancks, Santiago; Juan Rojas, Villa Alemana; Renato Cabello, Santiago; Pedro Oyarzo, Valparaíso; Alejandro Mege, Los Angeles; Luis Salas, Quillota; Olga Orellana, Curicó; Eliana Arias, Chillán, María Teresa Jofré, Temuco; Edith Beccera, Lautaro. UNA ARMONICA.— Alcides Zambrano, Chillán. UN LAPICERO FUENTE.— Miguel Nova, Concepción. UN LIBRO.— Aura Carriel, Santiago; Raúl Urrea, Máfil; Fernando Domínguez, Chillán; Gerardo Covarrubias, Santiago; Ruty Díaz, Los Angeles; Richard Ramírez, San Javier; Javier Contreras, Santiago; Patricio Agurto, Cauquenes; Ramón López, Lota; Patricia Jaluff, Santiago. UN VITALMIN.— Sergio Samur, Collipulli; Manuel Hernández, Lautaro; Norma Villouta, Chillán; Enrique Obregón, Concepción, Ricardo Freind, Santiago; María Eugenia Pinto, Santiago; María Magdalena Santa Cruz, Viña del Mar; Tegualda Parra, Concepción; Orlando Carreño, Victoria; María Luz Alarcón, Talcahuano. UNA CARPETA ESQUELAS.— Mario Lorenzini, Lontué; Marta Larrachea, Curicó; Eudaldo Rojas, Perquenco; Jorge Abarzúa, Temuco, y Luzmira Cataldo, Llay-Llay.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 196

Juan y Juanita



3. También el pequeño Juan empuñó los remos. Aquel esfuerzo no resultó vano. Los pescadores divisaron la barca y avanzaron a su encuentro. Cuando se reunieron, el capitán preguntó: “—¿Dónde estamos, amigo?” El pescador contestó: “—En la costa de Cerdeña. ¿De dónde vienen? ¿Qué les sucedió?”



4. En breves palabras, Manuel Catalán relató su odisea. Por cierto que no se refirió al cargamento de armas y explosivos que transportaba en su barco. El pescador, llamado Tino Careti, les acogió en su casa. De pronto resonaron formidables golpes en la puerta, y Careti, palideciendo, dijo: “—¡Ocultense!”

(CONTINUARA)



Simbad



N.º 197

UN MAGO DE CUARTA CLASE

\$ 5.-

ELENA POIRIER



Juan y Juanita



CAPITULO VIII.—EL VERDUGO.



1. Después del naufragio del barco ballenero, Juan y Juanita arribaron a Cerdeña. El pescador Tino Careti les acogió en su casa. De pronto resonaron violentos golpes en la puerta, y Careti, abriendo una trampa, indicó al capitán y a sus hombres que se escondieran. “—Los niños pueden quedarse”, indicó.



2. “—Finjan que duermen —añadió el pescador—. A ustedes no les harán daño.” Sin comprender la causa de aquella alarma, Juan y Juanita improvisaron un lecho en el suelo. Se abrió la puerta y penetró un oficial, con el revólver desenfundado. “—Sabemos que unos hombres desembarcaron en esta playa”, gruñó.

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 10-VI-1953 — N.º 197

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 230
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

MARCO POLO

CAPITULO VII.— *Los falsos trovadores.*

Marco Polo y el tártaro Sobilán se dirigían al palacio de Bokdar. Viajaban en un elefante blanco, a quien el veneciano curó de una herida.

Ambos aventureros presentían un peligro. La profunda respiración de la selva se había interrumpido. En la sombra, unos ojos acechaban, un cuerpo ágil se aprestaba a saltar sobre sus víctimas. Cuando la pantera cruzó el espacio, el elefante la esquivó. Con este brusco movimiento Sobilán perdió el equilibrio y la fiera cayó sobre él.

Marco Polo desenvainó su puñal para socorrer a su amigo, pero el elefante fué más rápido. Su poderosa trompa cogió al felino y lo estrelló contra un árbol, desmenuzándole el cráneo.

—Muy bien, valiente —murmuró el joven veneciano.

El paquidermo balanceó su cabeza, complacido.



La pantera acechaba a sus víctimas.

Era la segunda vez que su amo le llamaba valiente. Sobilán, más parco en palabras, se limitó a mirar con gratitud al noble animal. En seguida anunció con voz sombría:

—Estamos cerca del palacio de Bokdar.

Marco Polo despidió al elefante. El animal se resistía a marcharse, pero luego caminó con su pesado paso hacia la selva, y antes de desaparecer volvió su cabeza en un silencioso adiós.

Cuando Marco Polo y Sobilán llegaron a los muros de Bokdar, el centinela gritó:

—¿Quién va?

—Somos juglares y poetas —respondió Marco Polo en lengua



El felino cruzó el espacio.

tártara—. Quisiéramos tener el honor de divertir al poderoso Bargu, señor de este palacio y estos dominios.

Les permitieron la entrada a un extenso comedor. Cenaban allí más de cien guerreros. A Marco Polo no le impresionó aquella concurrencia. En el palacio del Gran Khan se reunían a comer, además de la familia imperial y de los dignatarios de la corte, los doce mil guerreros nobles que formaban la escolta personal del Khan y que se llaman *quesicam* o “caballeros adictos al Señor”. Y como si esto fuera poco, también treinta o cuarenta mil visitantes que acuden con regalos para el Gran Señor de la Tartaria.



Sobilán fué atacado por la fiera.

Las mesas eran escalonadas y Kublai Khan dominaba desde su altura a toda la multitud. La familia real, según su rango, quedaba más abajo que la cabeza o los hombros del emperador, y sus servidores ocupaban un nivel más bajo que el de sus gloriosos pies.

Al evocar aquel esplendor, Marco Polo encontró casi pobre el comedor de Bargu, aunque la vajilla era de oro bruñido y todos los comensales lucían espléndidas vestiduras.

Las trovas de Marco y las pruebas de malabarismo y magia de Sobilán deleitaron a los asistentes. Bargu se interesó por verlos de cerca y los llamó. Junto a él se erguía Salmi, la bella tártara. Ante ella el aventurero veneciano olvidó hacer comparaciones.

—¿De dónde vienen? preguntó Bargu—.



El elefante lanzó a la pantera contra un árbol.

¿Han pasado por Cambalig?

Se refería a la ciudad imperial.

—No, gran señor —replicó Marco Polo, inclinándose en una exagerada reverencia—. Venimos de muy lejos y necesitamos descanso.

El árabe no reconoció a sus enemigos y les ofreció hospedaje. Salmi permanecía en silencio, tan inmóvil, que parecía no respirar. Su mirada se detuvo apenas en los extranjeros, pero bastó aquella fugaz visión de las pupilas doradas para que Sobilán palidiera.

—¿Podemos retirarnos, insigne Bargu? —preguntó Marco Polo, temeroso de que Sobilán se traicionara.

El usurpador alzó su mano en un gesto condescendiente y los trovadores se retiraron. Por supuesto que no se tendieron a dormir.

Deslizándose cautelosamente en la sombra, observaron en qué lugares había centinelas y cuántos defensores tenía el palacio.

—¿Quién va? —preguntó el centinela.

—Te quedas aquí mientras voy en busca de tus hombres —dijo Marco Polo—. Mucha prudencia, Sobilán. Tú nos abrirás las puertas del palacio para invadirlo.

El joven pudo eludir a varios guardias, pero de pronto un centinela le impidió el paso:

—¿A dónde vas, juglar?

—Estoy desvelado y...



Marco Polo despidió al elefante.





—¿Podemos retirarnos, insigne Bargu?

—Regresa a tu lecho, si no quieres que con mi lanza te quite el insomnio.

No pudo usar ni su lanza ni sus manos. El arma fué arrebatada de su poder y al mismo tiempo un golpe lo abatió. Antes de hundirse en la inconsciencia, vió sonreír al falso trovador y, detrás de él, en la penumbra, distinguió el rostro misterioso de Salmi. Ella delataría a su agresor y, en un relámpago de su razón que ya se apagaba a causa del ataque, pensó que ella daría la voz de alarma.

Pero Marco Polo abandonó el palacio sin que Salmi lo denunciara y sin sospechar siquiera que lo había visto salir.

Un centinela le impidió el paso.



(CONCLUIRA)



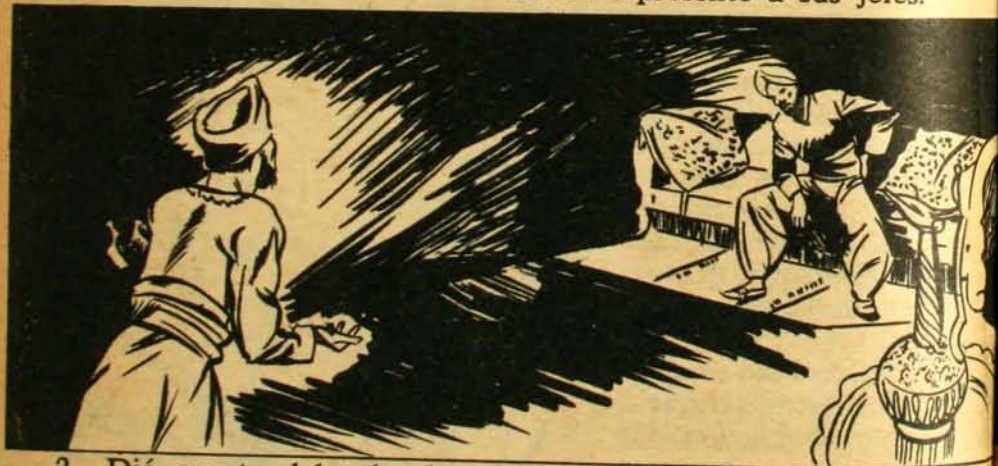
LA ESMERALDA DE KALI



CAPITULO II.—KALI, LA DIOSA DESTRUCTORA



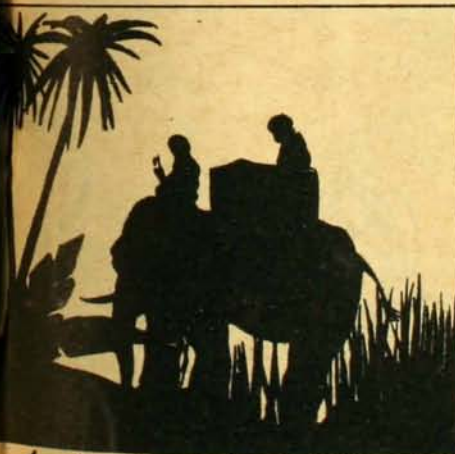
1. El capitán Gavani llevaba a Delhi, por orden del Maharajá, la esmeralda de Kali. En el territorio de Katmana conoció a la misteriosa Ruana, quien le rogó que la guiara hasta el camino principal. Cuando Gavani regresó al campamento, descubrió que sus hombres habían sido asesinados. Se presentó a sus jefes.



2. Dió cuenta del cobarde asalto y añadió: “—Los criminales robaron el cofre que contenía la esmeralda”. Al conocer esta noticia, el maharajá de Vijna se enfureció. Hizo comparecer ante él a su primer ministro Naguib y rugió: “—¡Destituye a Gavani y tú márchate con él, porque eres un traidor!”



3. “—Mi señor está cegado por la cólera —dijo el leal ministro—. El capitán Gavani es culpable por haber escoltado a una desconocida, mientras estaba de servicio, pero es un fiel súbdito de Vuestra Majestad. Dadnos un plazo para traerlos la joya perdida. Si fracasamos, diréis al verdugo que nos decapite.”



4. Al día siguiente, Naguib, sin más compañía que el *cornac*, conductor del elefante, se puso en camino. Recorrió comarcas infestadas de bandidos. Supo que Gavani estaba relegado en un lejano villorrio. Continuamente era detenido por la policía: “—Tus documentos —exigían—. ¿Quién eres?”



LA ESMERALDA DE KALI



5. "—El primer Ministro Naguib." Al oír aquel nombre, le miraban con asombro y respeto. "—Esta vigilancia es necesaria — explicaban luego—. Los bandidos aumentan más cada día y su audacia es inaudita." Por fin el viajero encontró a Gavani, quien le saludó con sincera amistad.



6. Naguib habló con franqueza: "—El maharajá desconfía de nosotros, porque usted fracasó. Piensa que somos cómplices en el robo de la joya". El capitán de lanceros suspiró: "—¡Si me dieran licencia, recuperaría la esmeralda y castigaría a los culpables!"



7. "—Aún tengo autoridad —pronunció Naguib—. Ordenaré al jefe de la guarnición que le permita acompañarme. Buscaremos juntos la piedra preciosa. ¿Tiene algún indicio?" Gavani respondió: "—Visitaremos al rajá de Katmana". Emprendieron viaje, y esa tarde el *cornac* cometió una imprudencia.



8. Bebió agua de una laguna, sin sospechar que estaba contaminada. Una fiebre devoradora consumió sus fuerzas. "—¡Sahib! ¡Me muero!" Gavani y Naguib no pudieron auxiliarlo y el pobre muchacho expiró, murmurando en su delirio: "—La esmeralda... trae mala suerte. Pertenece a Kali, la diosa destructora".

(CONTINUARA)

El mago de la cuarta clase

Aquella mañana de mayo de 1953, el profesor Harris, de la Escuela Inglesa de Bagdad, notificó a la policía que su automóvil había sido robado. Los hábiles sabuesos buscaron por todas partes a los ladrones, pero fracasaron por dos razones:

El automóvil no estaba en Bagdad. No estaba ni siquiera en el siglo veinte.

Menli, un niño de once años, era alumno de la cuarta clase, en la Escuela de Magia de Dismael, en los tiempos del Califa Omar.

Las lecciones le entraban por un oído y le salían por el otro. Esto no impedía que se jactara ante sus amigos:

—Yo sé mucho de magia.

Un día dijo al pequeño Radam:

—¿Ves esta página? La arranqué de un libro de magia. Puedo hacer aparecer una alfombra mágica.

—¿Verdad? —exclamó Radam, admirado—.

¿Es muy difícil?



—No. Basta pronunciar unas palabras encantadas que yo sé. Colocó el pergamino ante sus ojos, para leer el conjuro, y con una voz cavernosa, entonó:

—¡Abracadabra y Birlibirloque! Ordeno que aparezca una alfombra mágica. Lo ordeno por el sortilegio de las tres palabras del misterio...

Se detuvo, frunció las cejas y sus labios se movieron silenciosamente, para modular el encantamiento.

Se oyó un estruendo terrible y la luz de un rayo cegó a los muchachos. Cayeron al suelo, temblando, y cuando se atrevieron a abrir los ojos... ¡oh, asombro!

—¿Qué es eso? —murmuró el pequeño Radam.

—No sé —repuso el aprendiz de mago.

Miraban con inmenso estupor aquella cosa que había aparecido en el patio.

—Quizás es un animal —sugirió Radam.

—Lo dudo. No se mueve.

—Tiene ojos en la frente.

—Y cuatro ruedas en vez de piernas. ¿Por qué no lo tocas, Radam, para ver qué sucede?

—¿Y por qué no lo tocas tú? Es tuyo, no mío. ¿O tienes miedo? Los magos no deben sentir miedo. Menli reunió todo su valor y, manteniéndose lo más alejado posible, extendió el brazo y rozó con su índice a la Cosa.

—Es duro y helado —informó—. Por lo tanto, no es un animal.

—Los dragones son duros y fríos —observó Radam.

—Pero el conjuro que leí era de magia blanca y los dragones son hechos con magia negra. Pienso más bien que esto es una

Vieron aparecer un extraño monstruo.

carroza mágica. Tiene asientos y cojines. Mira, ésta parece una puerta. Haré que se abra.

Con los brazos cruzados y mirando fijamente la puerta, pronunció:
—¡Abrete, Sésamo!

Nada ocurrió.

—¿Y si dieras vuelta la manilla? —sugirió Radam, tímidamente. Su amigo le dirigió una mirada despreciativa. Los problemas mágicos no se solucionan con gestos comunes. ¡Qué simplón era aquel chico!

Sin embargo, dió vuelta a la manilla... ¡y la puerta se abrió! Menli, sin atreverse casi a respirar, se deslizó al interior de la carroza mágica y se sentó. Esperó, atemorizado, que la puerta se cerrara de un golpe, dejándole prisionero. Nada sucedió. Envalentonado, Menli gritó:

—¡Oh carroza mágica! Elévate sobre los techos de esta aburrida ciudad y llévame a un país encantado.

La carroza continuó inmóvil. Desilusionado, Menli puso sus codos sobre una rueda que había delante de él y...

—¡Papúúúú!

La bestia rugió. Menli salió disparado y cayó sobre Radam. Con el rostro hundido en la arena, ambos esperaron que el monstruo los devorara. Había despertado de su sueño.

Pero los minutos pasaban. ¿Es que la bestia se había dormido de nuevo? Se atrevieron a levantarse, y Menli, acariciando el helado flanco, susurró:

—Encantadora bestia, monstruito mío. Soy tu amo y te trataré cariñosamente.

Subió al asiento delantero y apoyó su mano en el círculo negro que había en el centro del volante. La bestia rugió estruendosamente y el pobre Radam brincó otra vez de espanto, y hubiera huído, pero su amigo lo detuvo:

—¿A dónde vas, camello? Soy yo quien hace rugir a la bestia y puedo hacerlo cuantas veces quiera, oprimiendo este botón mágico.

Los rugidos que siguieron causaron grandes risas a los niños. Radam, en su alborozo, movía tanto los pies, que presionó algo, quizás qué, y retumbó un rugido distinto, aterrador. Un olor a humo se esparció. ¡El dragón echaba fuego por las narices! O al menos, así les pareció a Menli y a Radam, que huyeron pativolando. Iban derecho a la puerta de salida, pero algo se interpuso en su camino, una figura ancha y blanda, contra la cual el

aprendiz de mago se estrelló de cabeza.

—¡OOOOH!

—¡OH!

La exclamación grande pertenecía al profesor Dismael. La pequeña al asustado Menli. El mago protestó:

—¿Qué significa este atropellamiento?

—¡Oh, maestro, sálveme del furor de la bestia!



—¿Será un dragón? —preguntó Radam.

—¿Será un dragón? —preguntó Radam.

—Ahora pronunciaste bien las palabras —dijo el mago—. Antes cometiste algún error y en vez de la alfombra, apareció esto. Es muy peligroso y estás obligado a hacerlo desaparecer. Sube, hazle rugir y refunfuñar, y cuando esté en el colmo del furor, di esta palabra...

Se inclinó al oído de Menli. El muchacho obedeció, resignado. Ocupó el asiento, cerró la puerta, apretó el disco negro hasta quedar sordo y buscó luego el otro botón. Entonces ocurrió algo terrible. Los ruidos aumentaron, se oyeron detonaciones, el humo formó nubes negras y el monstruo se puso en movimiento. Como un bólido atravesó la ciudad. Un mendigo que decía ser ciego lo vio venir y huyó, dejando regadas en la calle sus monedas de limosna.

—Aquí no hay más bestia que tú, descuidado muchacho.

De pronto vió a la Cosa.

—¿Y eso? —exclamó—. ¿Qué es? ¿De dónde vino?

—Yo..., yo lo invoqué, maestro —confesó Menli—. Quería una alfombra mágica y apareció eso. ¡No dejéis que me devore!

Dismael examinó el extraño monstruo.

—¿Cómo podría devorarte? —preguntó—. No tiene boca.

—Pero ruge y refunfuña.

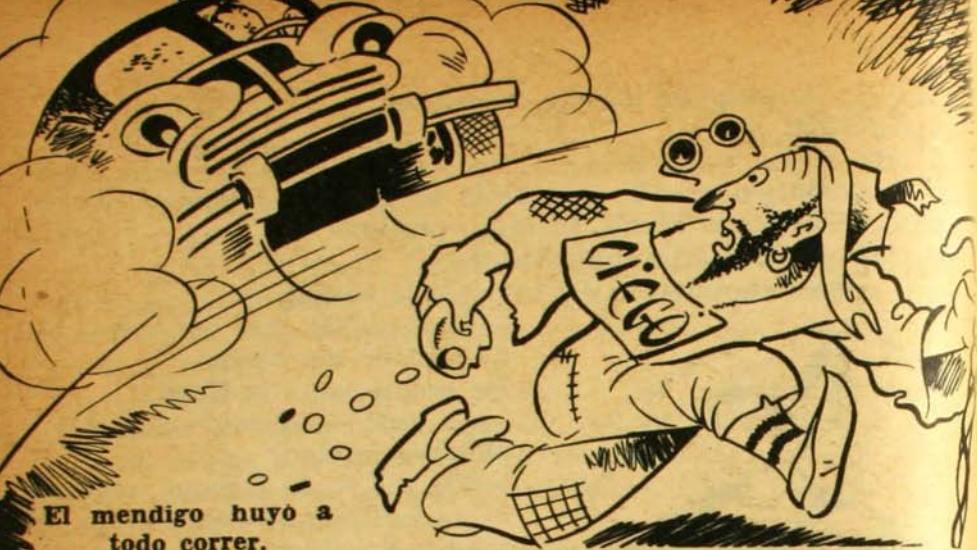
—¿Cómo lo hiciste aparecer?

—Con este encantamiento.

Mostró la hoja del libro de magia.

—Léelo otra vez —ordenó Dismael.

Menli obedeció. Al terminar en-



El mendigo huyó a todo correr.

En su terror, Menli recordó la palabra mágica y la pronunció. Inmediatamente el monstruo se desvaneció y Menli se encontró sentado en el suelo, algo magullado, pero feliz de haberse librado de la bestia rugidora.

En la tarde de aquel mismo día de mayo de 1953, el profesor Harris informó a la policía que su automóvil había reaparecido. Tenía la batería descargada y el estanque de bencina vacío, pero el motor estaba en buenas condiciones. Encontró una alfombra en el interior del coche. Como parecía vieja y sin valor, la había lanzado a la basura...

Correspondencia

Jaime Jara (Los Angeles), *Andrés Vaccaro* (San Bernardo), *Joel Betancourt* (Coronel), *Marina Nierad* (Talca). Transmitimos sus felicitaciones a nuestro dibujante Nato, y él nos dijo que se las daría a Ponchito y Pelusita para que se sientan orgullosos y felices.

Selma Miranda.— Buscaremos una serial detectivesca para complacerla. No disponemos de

espacio para publicar colaboraciones de nuestros lectores.

Roberto Goñi Doren (Los Angeles).— Lea la respuesta que damos a Selma Miranda.

Eladio Fuentes (Limache), *Aida Filippi* (Viña del Mar), *Luis Muñoz Gutiérrez* (Santiago).— Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por el cuento semanal.

El patito audaz

RESUMEN: CUI-CUI, EL PATITO AUDAZ, HUYE DE SU GRAN ENEMIGO EL ZORRO. DE PRONTO...



¡UNA TRAMPA! YO PASO VOLANDO.



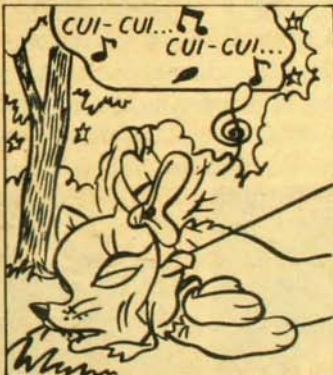
EL ZORRO QUEDA COGIDO.



STOY CANSADO PERO... VENCIO AL ZORRO



CUI-CUI... CUI-CUI...



¿QUIEN CANTARA CON VOZ TAN MELODIOSA?



ES CUI-CUI EL PATITO AUDAZ. VENCIO AL ZORRO IRE A DAR LA NOTICIA.



¡VIVA CUI-CUI, EL SALVADOR DEL GALLINERO!



ADIÓS LECTORCITOS DE "SIMBAD."





MUNDO

CAPITULO II.—

ANTE AL MISTERIO

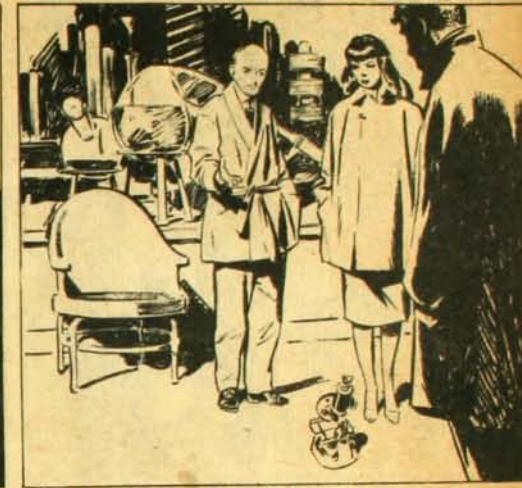
SECRETO



1. Roberto Linen, Luis Baner y Yara buscan a su compañera de aventuras, Mabel, quien ha desaparecido misteriosamente. El profesor Greg les confesó que la joven había entrado en su laboratorio. Suponía que, por un fatal error, maniobró un comando y se encontró dentro del radio de acción del sub-rayo.



2. El profesor Greg continuó su dramático relato: "—Exploré minuciosamente cada superficie del laboratorio. Fué inútil. Soy culpable de la tragedia y nunca sabremos qué le sucedió a Mabel. Si la maté... , o si la he lanzado a un mundo de luchas horribles, al mundo de monstruos llamados bacterias y protozoos..."



3. ¿Dónde estaba la alegre y rubia Mabel? Hundida en un mundo amenazador y desconocido. "—¿Cuánto tiempo hace que ella... desapareció?", murmuró Yara. "—Quince días. Durante la primera semana puse el microscopio en el suelo, con la esperanza de que Mabel subiera a la platina."



4. "—Observé en vano el lente, una y mil veces. Deduje que Mabel no estaba en el laboratorio y como no hay razón alguna para que lo abandonara voluntariamente, llegué a la conclusión de que había sido raptada." La sorprendente hipótesis no alcanzó a ser discutida. Luis exclamó: "—¡Vean esto!"



PROFESOR: TAL VEZ NUNCA
 LEA ESTE MENSAJE. TODO ES
 TAN EXTRAÑO. LO VI COLOCAR
 EL MICROSCOPIO Y NO PUDE
 SUBIR A LA PLATINA... ME
 QUEDA UNA ESPERANZA:
 UNA LIBÉLULA CAYÓ DENTRO
 DEL LABORATORIO. ME SUBIRE
 A ELLA Y ESPERO QUE UD.
 SIENTA EL DESEO DE EXAMI-
 NARLA BAJO EL MICROSCO.
 - ¡ADIOS!

5. Había hallado un libro, en cuyo margen se veían diminutas marcas negras, indescifrables a simple vista. "—Juraría que son letras. Quizás bajo el microscopio...", sugirió Luis. El profesor Greg se apresuró a colocar la página en el objetivo y leyó el mensaje más extraño que jamás se haya escrito.



6. "—El mensaje está escrito con polvo de carbón —dijo el sabio—. Recuerdo que vi a esa libélula. Al entrar yo, voló por la ventana." Roberto exclamó: "—¿Quiere decir que Mabel ha sido llevada por el insecto y se encuentra, quizás, en las orillas de un estanque, donde la libélula se posó?"



7. "—Exacto —respondió Greg—. Y sólo hay un camino para hallarla: someternos a la acción del sub-rayo. ¿Aceptan?" Los tres aceptaron sin vacilar. Greg añadió: "Partiremos al amanecer. La libélula no ha ido más allá de ese estanque. Mediré los efectos del sub-rayo para que actúen más tarde".



8. "—Así tendremos tiempo de llegar a la laguna." Al clarear el alba, Greg dijo: "—Es hora de iniciar nuestra expedición. Aunque el estanque es pequeño, tardaremos tres meses en explorarlo. ¿Vamos?" Situó a los jóvenes, accionó unos comandos y luego se reunió al grupo. Y el sub-rayo estalló, fulgurante.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO X.— *Extraña Fuga.*

Sostenida por Mauricio Maré, la institutriz Daniela Bernard se dirigía al castillo habitado por la familia Belmar. A retaguardia marchaba Juan, sumido en hondas reflexiones. Lidia iba adelante y, sin advertirlo, se distanció del grupo. Meditaba en el encuentro de la gobernanta con el vagabundo Daniel. ¿Por qué sufrió un desmayo al verlo?

De pronto Lidia comprobó que estaba sola. Daniela y los adolescentes habían quedado rezagados. Súbitamente un rumor de voces llegó a sus oídos. Avanzó con cautela y vió detrás de las elevadas rocas, dos siluetas. Aquel sitio era sombrío a causa de los arrecifes y la profusa vegetación, donde se mezclaban verdes follajes y oscuras algas.

El día nublado contribuía a aumentar la penumbra y, en el primer instante, Lidia no reconoció a Adrián Montes y a su primo Rogelio. Discutían acaloradamente y el matiz de voz de Adrián recordó a la niña aquella voz tenue que habían oído en la caverna de Daniel.

No distinguió las palabras. De pronto Rogelio alzó sus manos

RESUMEN: El capitán Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp, de quien Lidia sospecha que oculta un secreto. Se instala en un castillo edificado sobre una alta roca. La acompañan su hermano Juan, la institutriz Miss Agata y sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye. Luisa Sharp propone al capitán Belmar que emplee de jardinero a su nieto Adrián. Llega al castillo Mauricio Maré, quien baja a un pozo a fin de descubrir un oculto sendero. Lidia, Mauricio y Juan avanzan por un túnel y hallan allí al "brujo" Daniel, quien les obliga a jurar que renunciarán a seguir sus exploraciones. Más tarde, los jóvenes deciden visitarlo. En la caverna habitada por Daniel no ven nada sospechoso. Horas después el vagabundo aparece inesperadamente en la casa de Luisa Sharp. La institutriz Daniela Bernard se desmaya al verlo.

para golpear a Adrián. Este lo detuvo, aprisionando con fuerza los puños, y pronunció:

—No vuelvas a cruzarte en mi camino, Rogelio, y no insistas en que sea tu cómplice. Nunca más haré señales, ¿oyes? Nunca más. En su excitación había hablado en voz alta. Rogelio susurró algunas palabras temerosas, miró a su alrededor y Lidia retrocedió rápidamente, para quedar oculta. En seguida Rogelio prorrumpió en un juramento de rabia, y se alejó a grandes zancadas.

Lidia pensó reunirse con Adrián e interrogarlo. Sus vagas sospechas se confirmaban. El joven era un secuaz de los contrabandistas.

Pero cuando abandonó su refugio, Adrián había desaparecido sin dejar rastro.

Lidia vaciló. ¿Trataría de hallarlo, en el laberinto de rocas?

Entretanto se acercaban Juan, Mauricio y la institutriz.

—Lidia, ¿dónde estás?

—¿Por qué te adelan-

Lidia presenció la violenta discusión.



taste? —protestó Juan.
—Es peligroso —murmuró Daniela—. Me pareció oír otras voces. ¿Quiénes eran?

—Nadie, madame. En estas rocas hay ecos extraños.

Llegaron en silencio al "Nido de Águilas".

—Estoy muy fatigada —musitó la gobernanta, cuya palidez no se había atenuado. Sus manos temblaban aún.

—Me retiraré a mi dormitorio —añadió—. Necesito descansar. Mañana me levantaré tarde y desearía que no hicieran ruido.

—No turbaremos su sueño, madame. Descanse tranquila —prometió Mauricio.

Al día siguiente, Lidia bajó a la cocina. Era el recinto más pintoresco de la antigua mansión. Una de sus paredes estaba tallada en la roca. Las ventanas que daban al mar eran cuatro y tenían gruesos barrotes. Una gran chimenea con dosel de piedra imprimía a la cocina un aspecto arcaico.

Nicolás había llegado recién y venía calado



por la lluvia. Sacudió sus ropas e, invitado por Micaela, se sirvió desayuno. Al ver aparecer a su patroncita, se levantó para saludarla.

—Se levantó muy temprano, señorita —observó Micaela.

—Sí, Micaela. ¿Trajo todas las provisiones, Nicolás?

—Sí, niña. Me retardé porque los caminos están inundados por la lluvia. El viento ha volteado algunos árboles. Llegó el invierno, niña Lidia.

—Así es, Nico. Menos mal que no tiene que salir otra vez con el auto.

—No. Pero no me quejo, niña. Hay otros que sufren más con estos temporales. Vi a una pobre mujer, que caminaba por el barro, vacilando a cada paso. El agua se escurría por su impermeable. Detuve el coche y ofrecí llevarla a su casa, pero ella negó con la cabeza. No pude verle el rostro, porque el capuchón lo cubría por completo. Insistí, pero ella se alejó apresurada, combatida por el viento y la lluvia.

—Era una mujer mal educada —declaró Micaela—. ¿No te dió siquiera las gracias?

—No. ¡Ah!, traigo otra noticia de la ciudad. Dicen que una banda de contrabandistas opera en estas costas.

Lidia, que se disponía a ir al comedor, a fin de servirse el desayuno que Micaela le había preparado, se detuvo, con el corazón anhelante. ¿Contrabandistas? Pensó en Adrián Montes, en el vagabundo Daniel y en Luisa Sharp. Contrabandistas y piratas. Por fin se cristalizaban los anhelos de Mauricio, de su hermano y de ella misma: una aventura con piratas modernos. El temor, sin embargo, la dominaba. Una angustia latente que al principio no supo definir. Luego comprendió: Adrián era, tal vez, un delincuente, y ella temía comprobarlo.

—¡Jesús, María y José! —exclamó la cocinera, alarmada—. ¿Has dicho contrabandistas? ¿Vendrán a asaltar el castillo?

—¿Quién lo sabe? —dijo Nicolás, burlesco, el rostro inclinado sobre su humeante café. A través del vaho, sus ojos brillaban con picardía. La inquietud de Micaela regocijaba al viejo marinero. Lidia no intervino en esa conversación. Antes de retirarse, dijo: —Madame Daniela desea descansar hasta mediodía. No la despiertes, Micaela. No tomará desayuno.

A las diez de la mañana, más o menos, se reunieron los jóvenes habitantes del "Nido de Aguilas". Lidia comunicó a su hermano y a Mauricio los rumores sobre contrabando.

—No estábamos equivocados, entonces —afirmó Juan—. Daniel es contrabandista. Simuló enfadarse cuando mencioné esa palabra. Debemos seguir vigilándolo.

—Hoy no será posible seguir su pista —advirtió Mauricio—. Cae una lluvia torrencial.

A mediodía, Lidia llamó al dormitorio de la institutriz. Como no obtuviera contestación, abrió la puerta. Con profundo asombro contempló el lecho vacío. Daniela Bernard había desaparecido.

—¡Juan, Mauricio! —exclamó sin aliento, reuniéndose con los jóvenes que se preparaban a almorzar—. ¡Madame Bernard ha desaparecido!

—No es posible, debe estar en algún sitio, dentro del castillo. Con este tiempo infernal no se aventuraría a salir.

Estas palabras recordaron a Lidia el relato de Nicolás.

—Cuando Nico venía de regreso, vió a una mujer que iba en sentido contrario, es decir, alejándose del castillo. Tal vez era ella —dedujo Lidia.

Llamaron a Nicolás para interrogarlo.

—No pudiste verle el rostro, a causa del capuchón —indicó Juan—, pero dínos, ¿era alta?

El viejo asintió.

—¿Viste sus manos?

—Eran alargadas y blancas. No estaban enrojecidas por el frío. Eso me llamó la atención.

—¿No reconociste a Madame Daniela?

Ante la brusca pregunta, Nicolás se desconcertó. Luego dijo lentamente:

—¡Es verdad! Era ella. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Y por qué no quiso regresar cuando le ofrecí el auto?

Micaela, al conocer la extraña fuga de la institutriz, murmuró:

—Ayer venía muy rara. Cuando fuí a la casa de la señora Sharp, a buscar unos huevos, supe que un hombre horrible, el brujo Daniel, la había mirado y que ella se desmayó. Seguro que le hizo "mal de ojo".

La ingenua Micaela se persignó.

—Mujer, ¿cómo puedes creer esas tonterías? —gruñó Nicolás.

—¿Qué haremos? —preguntó Lidia, indecisa.

—Esperar que se calme la tempestad —respondió Mauricio—. Luego indagaremos dónde está la fugitiva.

De pronto Lidia se apartó de ellos y corrió al escritorio de su padre, el capitán Hugo Belmar. Abrió la caja de fondos y revisó los papeles allí guardados.

—Están todos —suspiró.

—¿Qué significa esto?
—inquirió Juan, que la había seguido.

Luego apareció Mauricio, que dirigió una mirada interrogadora a la niña. Ella refirió entonces que una vez había sorprendido a la institutriz registrando el escritorio de Belmar.

—Pensé que había robado algunos documentos y que ése era el motivo de su desaparecimiento.

—Tal hipótesis queda descartada, porque los papeles están intactos. Entonces, ¿por qué hu-yó?

Se miraron, desconcertados. Por supuesto no admitían que Daniel pudiera haberle hecho "mal de ojo", como decía la cándida Micaela y como creerían todas las comadres de los alrededores, pero era posible que aquella fuga estuviera relacionada con la mirada que el vagabundo fijó en la institutriz y que, aunque parecía indiferente, ejerció sobre ella un terrible poder.

(CONTINUARA)

Lidia se detuvo al oír la palabra "contrabandistas".



Ponchito

¡HOY TIENES QUE PINTAR
EL ROPERO, PONCHITO!



¡BUENO, ABUELITA, LO
VOY A DEJAR COMO
NUEVO!



¡AQUÍ TIENES TODO
LO NECESARIO!



¡PONLE DOS MANOS,
PARA QUE QUEDE
BUENO!



RATO DESPUES

¡ABUELITAAA!
¡YA ESTA
LISTO!

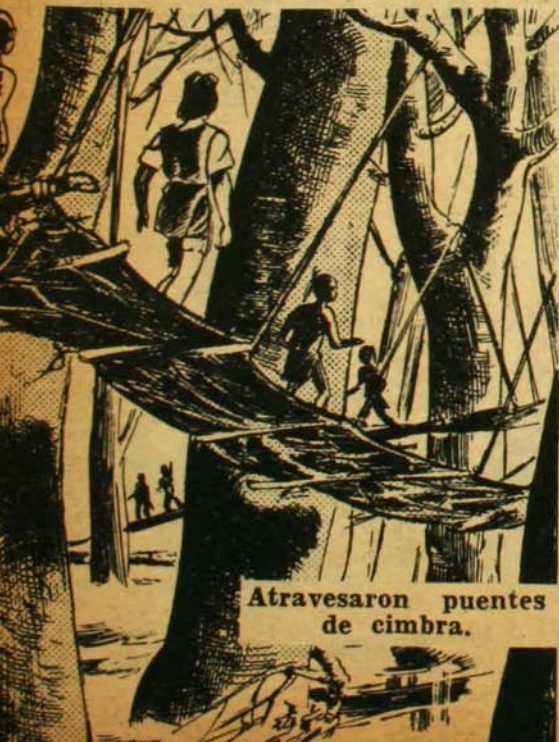
¿QUE HAS
HECHO?...

¡PERO... ¿NO ME DIJO QUE LE
PUSIERA DOS MANOS?

El dragón de Flandes

CAPITULO XIII. — *La invasión.*

Tristán, el Hijo del Lobo, fué salvado por unos extraños hombrecillos. El furioso oleaje del mar tal vez lo hubiera arrastrado



Atravesaron puentes
de cimbra.

sin la ayuda de los pigmeos. Estos le guiaron al interior de la selva. Cruzando puentes suspendidos entre los árboles llegaron a una especie de ciudad formada por viviendas que parecían colmenas. Mujeres y niños rodearon con asombro a aquel joven gigante. Acalladas risas surgían de sus gargantas, pero ninguna palabra era modulada.

—¿No hablan? —preguntó el mancebo.

Nadie respondió. Las mujeres le ofrecieron fuentes

El pigmeo le ofreció una rústica viola.



Su idea, al nadar hacia el bosque, había sido interrogar a sus moradores. En la ciudadela gobernada por el conde Arcadio todos se negaron a revelar cuál era la amenaza que mantenía a Flandes bajo el terror. Los pequeños hombres de la floresta no hablaban y el velo del mis-

Tristán entonó una canción.

con pescado seco. Tristán sació su hambre y luego bebió agua fresca. Un pigmeo le entregó, después de la cena, una rústica viola. El joven pulsó las cuerdas y entonó una canción de su país, Armorique. En el silencio de la foresta inundada, la voz del trovador se extendió cautivante.

El estupor se reflejó en el rostro de los oyentes. Nunca habían oído cantar y esa melodía les conturbaba. Algunas mujeres no pudieron dominar su emoción y lloraban. Cuando Tristán terminó, continuaron mirándole, deslumbrados.

—¿No saben hablar? — insistió él.



La emoción dominaba a los oyentes.



Con gran paciencia explicó a sus aliados que deseaba construir balsas gigantes. Aquél era un trabajo de titanes, pero poco a poco se realizó. Centenares de enanos halaban las cuerdas formadas

Tristán explicó sus planes.




terio continuaría sin descorrerse.

Mediante gestos, el jefe de los pigmeos indicó a Tristán que deseaban complacerlo y que obedecerían todas sus órdenes. Entonces el héroe decidió organizar una flota que marcharía primero contra la ciudadela y luego enfilaría hacia el mar, en busca de la respuesta que Tristán necesitaba.

por lianas y atraían un árbol tras otro, atándolos con firmeza.

Día y noche la multitud reunía troncos, tejía cuerdas y desbrozaba ramas. Y las balsas monumentales quedaron terminadas. Sobre ellas avanzaron los pigmeos, como un ejército de hormigas luchadoras. Empuñaron pértigas y desplazaron las primitivas embarcaciones, enrumbando hacia el castillo. La primera orden de Tristán, el Hijo del Lobo, era cumplida. Arcadio y sus secuaces serían vencidos por la invasión. Pero



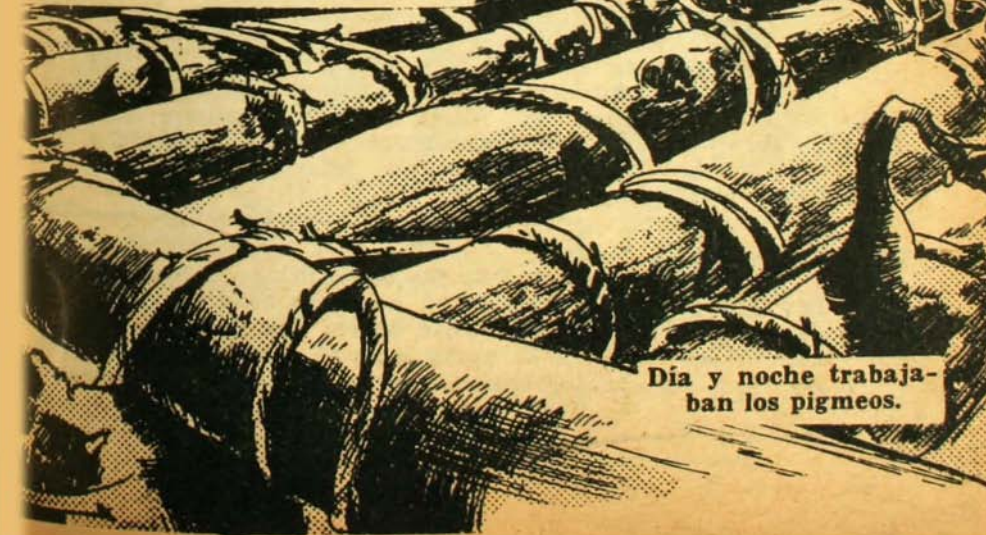
**Aquél era un trabajo
de titanes.**

la segunda hazaña, adentrarse en el mar, en el misterio aterrador y quizás en la muerte, era más difícil y Tristán ignoraba si sería obedecido.

Mientras las balsas surcaban el agua, el héroe meditaba. ¿Cuándo enfrentaría a su desconocido enemigo?

—¡Alerta, alerta! —oyó gritar a los centinelas de la ciudadela—. ¡Somos atacados!

(CONTINUARA)



**Día y noche trabaja-
ban los pigmeos.**

Concurso Semanal

1. C... e
2. H... a
3. A... o
4. N... a
5. C... e
6. H... i
7. I... a
8. T... o
9. O... r



Reemplaza los puntos por letras y leerás: 1, lecho de río; 2, para cortar leña; 3, noticia; 4, negación; 5, ave palmípeda; 6, país situado en las Antillas; 7, país milenario; 8, ignorante, tonto; 9, nombre masculino.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 195.— *El perdón es la mejor venganza.*

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION, TRIMESTRAL A "SIMBAD".** Carmen Paniagua, Los Andes; Hernán Vives, Ocoa; Arturo Gallo, Llay-Llay. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Eric Müller, Viña del Mar; Laura Cotroneo, Viña del Mar; Sa-

muel Valenzuela, Curicó; Lily Ana Lagos, Puente Alto; Martín Núñez, Rancagua; Julio Wohl, Quilpué; Magaly Matus, Molina; Carmen Ortiz, Santiago; María Villalón, Villa Alemana; Alimena Aldunate, Valparaíso. **UN LAPICERO FUENTE.**— Silvia Alburquerque, Talca; Juan Espinoza, Santiago. **UN LAPIZ AUTOMATICO.**— Agustín Vargas, Santiago; Osvaldo Villanueva, Villa Alemana; Clara Robles, Valparaíso; Luisa Méndez, Santiago; Oriana Eliz Briones, Valparaíso. **UN LIBRO.**— José Sarzosa, San Bernardo; Santiago Díaz, Valparaíso; Carmen Cánepa, Santiago; Manuel Maripán, San Bernardo; Luis Urzúa, Talca; José Guerra, Quillota; María Delia Flores, Viña del Mar; Gloria Kitsteiner, Valparaíso; Eliana Amor, Valparaíso; Lillian Leigh, San Bernardo. **UN VITALMIN.**— Mario Ortiz, Santiago; María Elvira González, Santiago; Héctor Germán Uribe, Santiago; Alicia Moreno, Santiago; Roberto Medina, Valparaíso; Oscar Mora, Quilicura; Miriam Ramírez, Rancagua; Patricia Montero, Villa Alemana; Mónica Campos, Peñablanca; Juana Quinteros, Rancagua.

**SCUPON DEL
CONCURSO
SEMANTAL**

SIMBAD N.º 197

¡ ATENCION !

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.



Juan y Juanita



3. “—Estuvieron aquí; pero se fueron, porque no quise darles hospedaje”, contestó Careti. “—¿Y esos niños? —añadió el soldado. Casi de inmediato formuló otra pregunta—: ¿No tiene sótano tu casa? Quizás allí escondiste a los extranjeros, que, sin duda, son espías. Contesta, animal.”



4. Al oír la pregunta del oficial, el marinero Antonio rezó entre dientes: “—Que no nos descubra ese energúmeno”. Arriba, el soldado acababa de descubrir la entrada de la trampa. “—¿A dónde conduce? —interrogó—. Supongo que no escondes allí tus malolientes pescados. ¡Levanta la tapa, traidor!”

(CONTINUARA)



Simbad

LA CAVERNA
DE LOS PIRATAS

N.º 198



5.-

ELENA
POIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO IX.—PERSEGUIDORES CAEN A LA TRAMPA



1. El capitán Manuel Catalán, su contra maestre y el marinero Antonio se sentían como ratas en una trampa. “—Pronto bajará ese soldadote de plomo —gruñó Antonio—. Estamos perdidos.” En efecto, el capitán de la patrulla costera ordenó al pescador Tino Careti: “—Llévanos al sótano. Quiero registrarlo.”



2. Con paso lento, Careti bajó los escalones. Tras él descendieron los militares. “Estamos en un país ocupado —pensaba Juan—. El capitán Catalán y sus hombres serán fusilados. En el barco ballenero transportaban armas para las fuerzas de resistencia. Tal vez aquí les reconozcan y entonces...”

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 17-VI-1953 — N.º 198

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

MARCO POLO

CAPITULO VIII Y FINAL.—Triunfal regreso.

Marco Polo y el tártaro Sobilán penetraron en el palacio de Bokdar. Simulaban ser trovadores y no despertaron las sospechas del tirano Bargu, quien mediante la traición y la intriga se había apoderado del palacio, riquezas y dominios que pertenecían a Sobilán y mantenía prisionera a la altiva Salmi.

Luego de recorrer la fortaleza, para saber cuántos hombres la defendían y cuáles eran sus puntos débiles, Marco Polo se evadió. Un centinela que pretendió impedirle el paso cayó fulminado por el puño del veneciano. Silencioso como una sombra y veloz como el viento, Marco Polo alcanzó la selva. Allí encontró al elefante blanco. La fiel bestia presintió quizás que el joven le necesitaba. Lanzó un bramido de alegría al verlo y esperó que montara.

El viajero se dirigió a las cavernas donde le aguardaban los hombres de Sobilán.

—Esta noche asaltaremos

El fiel elefante se aproximó a Marco Polo.



El joven se dirigió a las cavernas.



el palacio —anunció—. Vuestro jefe, Sobilán, abrirá las puertas.

Los bandoleros reunieron sus cabalgaduras y sus armas y se pusieron en camino.

Cuando el tártaro divisó a sus hombres, abatió a los vigías y bajó el puente. En esta faena le descubrieron otros guardias, que intentaron derribarlo. Pero Sobilán se defendió, y uno tras otro cayeron los atacantes. Y sin dar tiempo

a los demás centinelas a acudir, bajó el puente. Retembló la madera bajo los cascos de los caballos y los vengadores invadieron el patio. El elefante blanco marchaba a vanguardia, llevando a su audaz jinete.

La fenomenal batalla pobló el aire de gritos, maldiciones y rugidos. El entrecocar de las armas se mezclaba al jadeo de los combatientes. Marco Polo se dejó caer sobre el tártaro Zardam. Sobilán se ocupó del usurpador Bargu. Al término de dos horas, el palacio estaba en poder de los justicieros. Los tártaros y mo-

Los bandoleros se preparan a partir.



goles, reunidos en el patio, aclamaron al capitán que les había conducido a la victoria. Ya no seguirían siendo bandoleros, sino que recobraban sus tierras y a su verdadero jefe. Bargu sería llevado a Cambalig, para ser juzgado por el Gran Khan, contra quien se había rebelado.

—Usen su libertad para ser hombres honrados y siervos fieles de Kublai Khan —dijo Marco Polo.

Salmi recibió en la sala a los vencedores. Prisionera de Bargu, creyó que nunca más vería a Sobilán. Pero ahora, con su regreso, ella dejaba de ser cautiva, para convertirse en la reina de Bokdar.

El tártaro saludó a Salmi, diciendo:

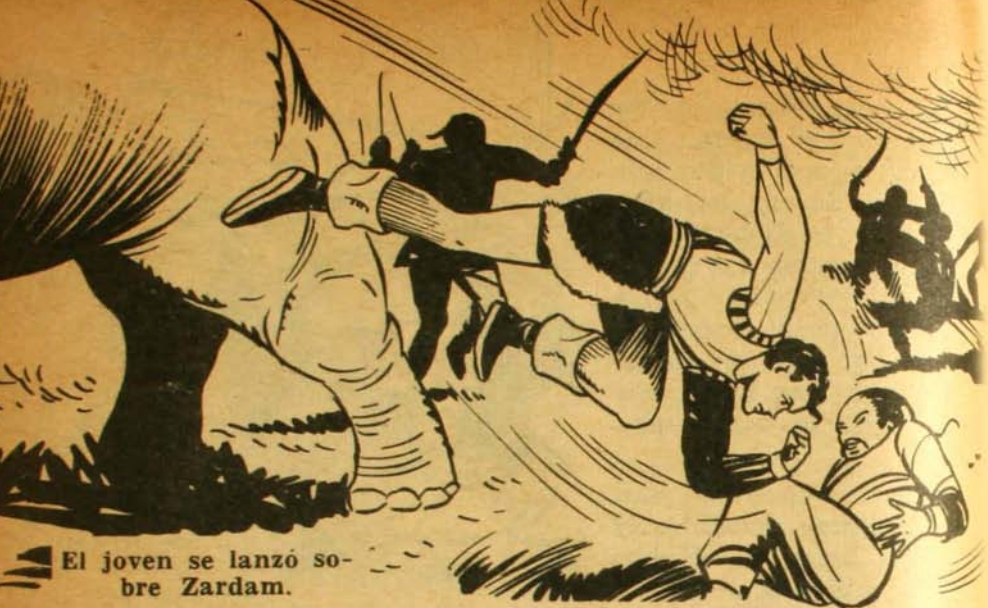
—El deseo de venganza es un veneno amargo que yo he llevado mucho tiempo en mi corazón. No creo que vuelva a ser el mismo hombre de antes.

Los vengadores con Marco Polo a la cabeza cruzaron el puente.



Sobilán derribó a los centinelas.





El joven se lanzó sobre Zardam.

—No permitas que Bargu siga humillándote en el recuerdo — pronunció Salmi—. A mí no logró doblegarme y no acepto que tú, Sobilán, seas más débil que yo. Si esto sucediera, abandonaría este palacio para no regresar.

Por primera vez Marco Polo vió que una sonrisa iluminaba el ascético rostro del tártaro. Y comprendió que aquel hombre que

La victoria fué completa.



vivió en el destierro más amargo ya no era un ser mutilado ni rencoreso, sino un hombre posesionado de su poder, de su libertad y del amor de Salmi, la bella y altiva tártara.

Y Marco Polo regresó a la corte de Kublai Khan. Mientras cruzaba montes y estepas, evocaba a la princesa Kukachin. Ella lo esperaba, quizás con la misma fidelidad con que Salmi esperó a Sobilán.

F I N



Tal vez la princesa Kukachin le esperaba

Correspondencia

Pablo Repetto (Santiago).— En su casa son cinco hermanos que se ríen en coro de las divertidas historietas que publica "Simbad", y se emocionan con sus estupendas seriales. Nos alegra mucho saber que tenemos tan simpáticos lectores.

Haron Cohen (Valparaíso), *Leonel Tabilo* (Coquimbo), *Julio Díaz Castillo* (Santiago), *Hugo Peppi* (San Felipe), *Benita Pinto* (La Cisterna), *M. Davagnino* (Quilpué).— Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por la pequeña gran revista "Simbad".

Daniel Rubens (Santiago).— Trataremos de complacerla.

Teresa Rojas Madrid (Santiago).— Dice que "Simbad" debería ser leído por los cinco continentes. Otros niños piensan que también debe ser leído en los siete mares, por donde "Simbad" sabe navegar triunfalmente.

Julio Aros (Valdivia).— Agradezco sus gentiles felicitaciones. En efecto, muchos de nuestros personajes se convierten en ídolos de los niños.

Manuel Urrea Muñoz (Temuco).— Procuraremos complacerle, publicando un episodio de "Tarzán", el célebre personaje de Edgar Rice Bourroughs.



LA ESMERALDA

CAPITULO

DE KALI

LA CELADA



1. Gavani, capitán de lanceros, y el ministro Naguib estaban decididos a descubrir a los criminales que robaron la esmeralda de Kali. Su *cornac* bebió en un pozo de la selva y murió al contraer una fiebre maligna. Gavani contrató otro guía en una aldea cercana. El nuevo *cornac* era taciturno y sombrío.



3. Gavani registró la maleza, hallando a un lloroso niño, que balbuceó: "—Tengo miedo del tigre que mató a mi mamá". El capitán de lanceros encaminó al niño hacia su aldea, pero ésta veíase desierta. "—¿Dónde están todos?", indagó, y el pequeño hindú repuso: "—Huyeron del sanguinario tigre".



2. El viaje recomenzó, al paso lento del elefante. "—¿Sospechas de alguien? —preguntó Naguib—. ¿Encontraremos en Kamana al culpable?" Gavani se limitó a asentir en silencio. De pronto ambos viajeros percibieron un lamento. Se detuvieron, cautelosos, y el primer ministro preguntó: "—¿Quién gime?"



4. En un campamento improvisado se habían instalado todos los moradores de la aldea. Cuando Gavani llegó con el niño, reconocieron a éste. "—Déjalo con nosotros, sahib. Lo protegeremos del tigre. ¡Si alguien pudiera cazarlo! El rajá de Katmana ha prometido cien mil rupias a quien lo mate."



LA ESMERALDA



5. Gavani, pensativo, reflexionó que aquélla era una espléndida oportunidad para introducirse en el palacio del rajá. “—Yo puedo organizar la caza”, declaró. Naguib aprobó esta idea. Pero los nativos vacilaban: “—Es un tigre feroz y astuto. Evita las trampas y mata al que intenta capturarlo”.



6. El audaz capitán no renunció a su proyecto. Separó en un grupo a las mujeres y a los niños y en otro a los hombres. Luego se dirigió a éstos: “—Los que estén dispuestos a seguirme, avancen. Prometo que cazaré al tigre asesino. Y entonces vuestras familias no vivirán aterrorizadas”.

DE KALI



7. Aun permanecían indecisos los nativos. Conocían a aquel felino sagaz que siempre lograba huir, dejando a su paso la muerte y la desolación. Pero al fin acataron las órdenes del capitán Gavani. Dos cabritillos fueron atados a un árbol, para servir de cebo. “—Y ahora, ocúltense”, indicó Gavani.



8. Reteniendo el aliento, con sus tensas manos en el puñal o en el fusil, aguardaron que apareciera la temible bestia. Los nativos temblaban. ¿Quién moriría en aquella celada? Gavani, tranquilo, amartilló su arma. Unas pisadas sigilosas se percibieron en el silencio, y apareció un enorme tigre.

(CONTINUARA)



El velo maravilloso

Sarina vivía con su abuelita y su hermana mayor Liriana, que era ciega.

—Es la doncella más bella del pueblo, pero vivirá siempre sola —suspiraba Sarina.

En realidad, ningún joven la cortejaba. Los forasteros que ignoraban su ceguera, se acercaban a ella deslumbrados por su belleza, pero cuando sabían que esos ojos maravillosos no tenían luz, se alejaban para no volver.

—Abuelita, ¿qué podemos hacer por Liriana?

—preguntaba Sarina.

—Tengamos paciencia, hijita —respondía la buena anciana—. Tal

vez un día las hadas se compadezcan de ella.

—¿Las hadas? ¿Dónde viven, abuelita?

—Nadie lo sabe. Pero se encuentran en todas partes. En el bosque, meciéndose en los rayos de la luna. En el lago, flotando sobre él como nubes de oro. En el río, por donde bogan en embarcaciones invisibles.

—¿Qué es preciso hacer para hablar con ellas?

—Esperar que ellas quieran presentarse. Naturalmente que sólo hablan con las niñas buenas.

Sarina decidió ser tan buena, que las hadas se sintieran inclinadas a dirigirlle la palabra y a prometer que la ayudarían.

Todos los días iba al colegio y sabía sus lecciones. Ayudaba a sus compañeras y compartía con ellas sus conocimientos. Una tarde, cuando atravesaban el bosque, de regreso a sus hogares, las alumnas se dedicaron a cazar mariposas, arañas, saltamontes y otros insectos. Sarina caminaba pensativa y de pronto oyó una

gran algarabía. Todas las muchachas se habían reunido, para comparar sus insectarios y alzaban triunfantes sus cajas y estuches llenos de bichitos.

—Déjenlos libres —suplicó Sarina.

Sus ojos se inundaron de lágrimas al presenciar el sufrimiento de los prisioneros. Las niñas, al agitarlos en sus cajas con tapas de cristal, los hacían danzar en lamentable confusión. Las mariposas sentían desgajárseles las alitas; una arañita notaba que iba a quebrársele una pata y un grillo sufría la torcedura de una de sus antenas.

—No atormentéis a esos pobres animalitos —agregó Sarina—.

¿Qué daño os han hecho? ¿No tenéis piedad?

Avergonzadas, las niñas inclinaron la cabeza y sus manos abrieron en silencio las prisiones de cristal. Los insectos recobraron su libertad y, unos volando, los otros deslizándose entre el césped y las hojas, desaparecieron.

Al día siguiente era feriado y Sarina se dirigió al bosque para recoger fresas. Cuando colmó su canasto de la roja y dulce fruta, se sentó a descansar. El rumor del follaje, unido al murmullo del río y a la tenue voz del viento, formaban una canción que adormeció a la niña.

Una bandada de mariposas se acercó a la pequeña durmiente. A la luz del sol formaron una aleteante corona sobre la cabeza de Sarina. En aquella danza parecían deliberar. A veces una araña se descolgaba por su fino hilo

—¿Las hadas? ¿Dónde viven, abuelita?

—preguntó Sarina.





Una mariposa se detuvo en el hombro de la niña.

y formaba parte en el consejo. Los grillos, situados en la hendida corteza del árbol, también dejaron oír su cricri. Las hormigas agitaron sus antenas.

Por fin la silenciosa asamblea se disolvió y una mariposa quedó encargada, de transmitir sus acuerdos a la niña. Sarina despertó y cuando emprendía su camino de regreso a la cabaña, una mariposa se detuvo en su hombro. Y una vocecilla muy tenue le habló:

—Queremos premiarte por tu bondad, Sarina. La reina de las hadas, Imperia, necesita un velo. No debe ser tejido

por las hadas, sino por una doncella mortal o por seres que vivan en el mundo de los humanos. Es decir, que nosotros los insectos podemos tejerlo con tu ayuda. En cambio, las hadas cumplirán cualquier deseo tuyo. Sabemos que tu hermana es ciega. Recobrará la vista.

Sarina se estremeció de alegría.

—Eres muy buena —susurró.

—No. Es tu propia bondad la que nos induce a ayudarte. ¿Puedes venir todas las tardes, media hora antes que se oculte el sol, a este mismo lugar? Nos reuniremos todos a trabajar.

Los propios insectos buscaron el material. Cuando Sarina enrolló esos hilos en los carretes, sus manos temblaban. Jamás había contemplado nada semejante. Por cierto que ningún tejedor hubiera podido proporcionarlos. Los extrajeron de la luz del sol, que, según la hora del día, tienen distinto color: dorado, violeta, azul, púrpura. También había hilos de agua y hebras verdes que

eran venas de las hojas. Las flores proporcionaron una seda fragante. Y los enanos hilaron ovillos que tenían el brillo de las piedras preciosas.

Cuando el sol desaparecía en el horizonte, Sarina y sus amigas tejedoras cesaban en su labor. La niña sabía hacer encaje, porque su abuelita le enseñó. También sabía hilar y coser con finísimas puntadas. Pero las que se encargaban del tejido más delicado eran las arañas.

Al término de la semana, el velo maravilloso estaba terminado. Sarina lo contemplaba extasiada. Estaba segura de que a Imperia también le agradaría.

Su amiga mariposa le susurró al oído:

—Espera aquí. Avisaré a la reina de las hadas.

Transcurrió media hora. Sosteniendo el velo en sus manos, Sarina aguardaba que apareciera el hada.

De pronto, un rayo de luz azul se tendió desde el más alto roble hasta el suelo alfombrado de musgo. Por aquella escalera transparente descendió la reina de las hadas.

—¿Me llamabas, Sarina? —preguntó.

La niña tardó en responder. Estaba tan emocionada, que las palabras se negaban a brotar de sus labios. Por fin pudo murmurar:

—Sí... Quisiera ofrecerte este velo...

El hada se inclinó. Sarina cerró los ojos deslumbrada. Aquel rostro perfecto parecía ser de plata suave y cálida.

—¿Tú hiciste este encaje?



—Las mariposas, las arañitas, los grillos y todas las pequeñas criaturas del bosque me ayudaron —contestó Sarina.

—Es precisamente el velo que yo necesito —observó Imperia—. Así como los hombres necesitan a veces el don maravilloso de las hadas, nosotras tenemos que poseer objetos creados por las criaturas humanas. Nuestras varitas de virtud son forjadas muchas veces por un humilde orfebre.

—Este velo es vuestro —ofreció la niña.

—¿Y qué deseas en cambio?

—Una merced para mi hermana. Es ciega y sería feliz si pudiera ver. Es muy bella, pero ningún doncel la pretende, a causa de su desgracia.

—Vuelve a tu hogar, Sarina. Tu deseo se cumplirá.

Las blancas manos del hada se tendieron y Sarina depositó en ellas el velo.

En seguida retornó a la cabaña. Vió luz encendida en la ventana y distinguió la esbelta silueta de su hermana. La abuela acariciaba sus cabellos.

Sarina entró ansiosa y sus ojos encontraron la mirada de su hermana.

—¿Puedes ver? —exclamó.

—Sí. Oh Sarina, soy tan feliz.

Ambas se abrazaron, llorando de alegría.

En ese instante, alguien llamó a la puerta. La anciana acudió a abrir y vieron en el umbral a un apuesto doncel.

—Perdonad que venga de noche —dijo el desconocido—. Pero debo regresar a la capital, obedeciendo a un llamado de mi padre. Estaba recorriendo el país y hace una semana que me detuve en este pueblo. He visto a Liriana y le suplico, señora, que me conceda su mano. Sé que es ciega, pero trataré de darle felicidad. Yo soy...

—Liriana ya no es ciega —exclamó la abuelita.

Entonces él sonrió.

—¿Aceptaría, entonces, venir conmigo al baile que hay esta noche en el pueblo? Así puede conocerme y decidirá si me acepta. Perdonen mi apresuramiento, pero, como ya he dicho, debo partir dentro de unas horas.

Y, desde la entrega del velo maravilloso a la reina de las hadas, ocurrieron otros prodigios. Liriana se sintió prendada del desconocido, éste partió dejándole un anillo de oro y, tres días después, volvió en una carroza real... , porque era el hijo del rey.

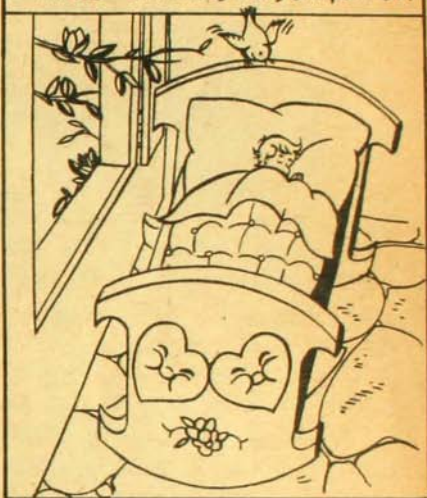
PUN TITO



¡QUÉ FELICIDAD SI
HUBIERAMOS UN HIJO,
AUNQUE FUERA CHIQUITITO!



Y NACIÓ UN NIÑO, MUY, CHIQUITICO.



TANTO, QUE LO LLAMARON PUNTITO.



¿VAS A TRABAJAR, PAPA? YO
TE AYUDARE.



(CONTINUARA)



1. El profesor Greg, Roberto Linen, Luis Baner y Yara se sometieron a la acción del subrayo y luego corrieron velozmente hacia la laguna donde suponían que se encontraba Mabel. De pronto creció la hierba ante ellos y los arbustos obscurecieron el cielo. Comprendieron que el subrayo los reducía.



2. Greg murmuró: “—Tuvimos el tiempo justo para llegar antes que el subrayo nos convirtiera en seres microscópicos. No es la hierba la que crece. Somos nosotros que disminuimos”. Avanzaron por aquella foresta extraña, donde las mariposas eran monstruos de alas gigantescas. Yara palideció de temor.



3. “—Ningún ser humano puede vernos”, murmuró. Inclínándose sobre ella, Luis contestó: “—Pero nosotros veremos ahora a Mabel y podremos rescatarla”. Se vistieron con filamentos vegetales y continuaron su expedición. ¿Cuánto tiempo tardaban en caminar un milímetro? Horas o días.



4. De pronto se detuvieron, petrificados de espanto. Un insecto enorme avanzaba hacia el estanque. ¿Les descubriría? Yara cerró los ojos. En cambio, el profesor Greg los abrió extasiado. Ningún microscopio podía ofrecerle una visión tan perfecta como aquella. Un grito de Yara lo distrajo de su examen.



5. Una libélula monstruosa había aparecido y se aprestaba a lanzarse sobre los exploradores, cuando un mosquito se atravesó en su camino. Con rapidez el insecto mayor, llamado también caballito del diablo, apresó al mosquito. Los hombres y la niña llegaron a la laguna. Yara se lanzó al agua para nadar.



6. La niña nadaba hacia un nenúfar cuando una horrible araña acuática surgió de entre las hojas flotantes. Alzó su cabeza armada de un dardo y lo dirigió hacia Yara. La joven se sumergió, huyendo de aquel peligro. Pero cuando intentó volver a la superficie, cientos de hilos la retuvieron.



7. No pudo desprenderse de la mortal red, y después unas patas velludas la arrastraron hacia el abismo. Los jóvenes exploradores y el sabio, ignorantes de aquel drama, esperaban que la niña resurgiera. Cuando Yara recobró la conciencia, comprobó, asombrada, que podía respirar. Se balanceaba en un hilo.



8. Estaba debajo de una especie de campana, recubierta de moho. De pronto vió con horror a la araña que, en el agua del fondo, extendía sus ocho patas. Decidió huir. No era un simple insecto atrapado en la telaraña, sino un ser con inteligencia humana. Quizás lograra evadirse.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO XI.—Señales diabólicas.

—No comprendo la fuga de madame Daniela —exclamó Juan Belmar.

Su amigo Maurició Maré también estaba perplejo. Lidia Belmar aventuró:

—Su huída se relaciona con el brujo Daniel. No pretendo que la haya hechizado, pero sospecho que él es el causante de esta misteriosa fuga.

—La razón que la impulsó a huir tiene que haber sido muy poderosa —indicó Maurició—. No vaciló en abandonar el castillo, a pesar de la tempestad. Seguía lloviendo y el viento gemía en las rocas y en los muros del antiguo edificio.

—Registremos bien la casa —propuso Juan—. Quizás madame Daniela está en alguna parte, ha sufrido un desmayo o simplemente medita en algún rincón tranquilo. Muchas veces la he visto abstraída.

Aunque sus esperanzas de hallarla eran muy débiles, todos se dedicaron a la búsqueda. Los llamados en alta voz y los pasos precipitados resonaron en la vetusta mansión.

—Es inútil. No está —dijo Lidia—. Vamos a buscarla afuera.

RESUMEN: El capitán Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp, de quien Lidia sospecha que oculta un secreto. Se instala en un castillo edificado sobre una alta roca. La acompañan su hermano Juan, la institutriz Miss Agata y sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye. Luisa Sharp propone al capitán Belmar que emplee de jardinero a su nieto Adrián. Llega al castillo Maurició Maré, quien baja a un pozo a fin de descubrir un oculto sendero. Lidia, Maurició y Juan avanzan por un túnel y hallan allí al "brujo" Daniel, quien les obliga a jurar que renunciarán a seguir sus exploraciones. Más tarde, los jóvenes deciden visitarlo. En la caverna habitada por Daniel no ven nada sospechoso. Horas después el vagabundo aparece inesperadamente en la casa de Luisa Sharp. La institutriz Daniela Bernard se desmaya al verlo. Al día siguiente se fuga del castillo.

—¿Dónde?

—En casa de Luisa Sharp.

Ninguno podía permanecer inactivo, sin tratar de dilucidar aquel misterio. Colocándose sus capas impermeables y las botas, salieron a pesar de las protestas de Micaela.

—Este parece “acabo de mundo” —gemía—. El tiempo está muy malo. Se van a resfriar.

—No te preocupes, Micaela —respondió Lidia—. Regresa r e m o s pronto.

Caminaron rápidamente bajo la lluvia, escrutando el paisaje inundado. Luisa Sharp les abrió la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó, asombrada por aquella visita intempestiva.

—Buscamos a madame Daniela.

—Yo no la tengo escondida.

Luisa Sharp les desconcertaba casi siempre. Nunca sabían cuándo hablaba en serio y cuándo empleaba la ironía. Sus ojos azules y lípidos brillaban en-

Buscaron a la institutriz por todo el castillo.



tre incisivos y burlescos.

Comprendiendo que allí no encontrarían noticia alguna de la institutriz, los jóvenes se despidieron. Al verles reaparecer, Micaela suspiró, aliviada.

—Almuercen —sugirió—. La sopa está caliente y les hará entrar en calor. Deben estar congelados.

Luego de almorzar, ambos adolescentes y la niña se dirigieron a las habitaciones de la gobernanta, a fin de buscar algún indicio. Lidia observó que en la chimenea había restos de cartas quemadas.

—¡Miren!

Mauricio acababa de descubrir un sobre en el escritorio. Escrito con fina letra, leíase un nombre: "Señor Belmar".

—¡Abrello! —instó Mauricio a Juan—. Tú eres el señor Belmar. Tal vez esté allí la explicación.

Juan rasgó el sobre y leyó:

Señor: Motivos imperiosos me obligan a partir. Lamento irme así, pero

Micaela descubrió un sobre cerca de la puerta.



no tengo otra alternativa. Créame que, a pesar de esto, he sido leal y honrada. Espero que algún día pueda justificarme ante Ud.

DANIELA BERNARD.

—Esta carta no era para mí, sino para mi papá —declaró el joven Belmar.

—Sí, pero está bien que la hayas abierto —contestó Mauricio—. Así hemos sabido que tu institutriz partió voluntariamente y que no se trata de un accidente. Creo que debemos telegrafiar al capitán Belmar, comunicándole el desaparecimiento de madame Daniela.

Una semana más tarde, Micaela, que se levantaba a las seis de la mañana, distinguió cerca de la puerta un sobre cerrado.

—¿Quién traería esta carta? —murmuró, intrigada—. Estoy segura de que ayer en la noche no estaba ahí.

Esperó que se levantaran sus jóvenes patronos y les entregó la misteriosa misiva.

Juan la leyó. Decía brevemente:

No se inquieten por mí. No me busquen. Nada grave ha sucedido. Les recuerdo con tristeza y nostalgia, pero no puedo regresar.

DANIELA.

—¿Cómo llegó aquí esta carta, Micaela? —interrogó Juan.

—No me lo explico, niño Juan. Alguien la deslizó por debajo de la puerta. Supongo que anoche.

Este nuevo enigma tampoco pudo ser descifrado.

Una noche los habitantes del castillo terminaban de comer cuando oyeron un vocerío en la playa.

—Parecen cantos —dijo Lidia.

—Yo más bien diría que son gritos —rebatía su hermano—. Algo sucede.

Las voces se elevaron y, a pesar de la distancia, revelaban una gran agitación. Un gran número de personas se había reunido en aquella costa habitualmente desierta. Sin duda, había ocurrido algún suceso insólito.

—Vamos a ver —decidió Mauricio Maré.

—Yo les acompañaré, con mi escopeta, por si acaso —dijo el prudente Nicolás.

—¿De qué se trata, Nicolás? —inquirió Lidia.

—No sé, niña. Pero he visto un desfile de gente que lleva lin-

ternas y faroles. Creo que cantaban. Seguramente venían de una fiesta. Pero de pronto sus voces cambiaron y les oí gritar. Las luces se dispersaron en desorden. Tal vez hubo un accidente. Si es así, podemos ofrecerles auxilio.

—Vamos pronto.

Premunidos de linternas, se alejaron, mientras Micaela gemía:

—Siempre buscando el peligro. ¿Por qué no se quedarán tranquilos?

Los jóvenes y el viejo marinero bajaron por la pendiente rocosa que servía de cimientó al castillo. Avanzaron después sobre la arena y se reunieron con el grupo de gente, que mostraba una efervescencia violenta. En la penumbra, algunos parecían huir, mientras otros les perseguían.

—¿Qué sucede?

Nadie respondió. Hombres y mujeres lucían sus galas domingueras. Pero sus rostros no delataban alegría. Era evidente que regresaban de una fiesta, y que de pronto el pánico les salió al camino.

—Aquel es Rogelio —murmuró Lidia, entre la confusión.

Pero el primo de Adrián Montes desapareció antes de que ella pudiera interrogarlo.

Nicolás consiguió atrapar a una de las sombras y gruñó:

—No te soltaré hasta que me digas a qué se debe tanto alboroto.

—Veníamos de celebrar un matrimonio, cuando oímos un gran estruendo en la montaña y vimos salir huyendo a muchos hombres. Parecían brotados de las rocas y arrancaban en todas direcciones.

—¿Hubo un derrumbe?

—Así parece. Y descubrimos una cueva de contrabandistas. ¿Me puede soltar ahora?

Nicolás dejó libre a su prisionero parlanchín y lo siguió. Tras él caminaban Lidia, Juan y Mauricio, sin perderle paso. Llegaron ante una roca gigantesca. Los rayos de las linternas la iluminaban a intervalos, mostrando con su blanquecina luz la piedra dividida. Los líquenes y algas se entremezclaban, formando vetas verdes y yodadas.

—¿Esa es la caverna de los piratas? —susurró Lidia.

—Sí —informó el vecino. Aunque la mano enérgica de Nicolás ya no apretaba su cuello, se sentía obligado a seguir dando noticias.

—¿A qué se debió el derrumbe?

—Eso no sé decirlo. Pero el diablo anduvo metido en esto.

—¿Qué quiere decir?

—Yo lo vi haciendo señales con una linterna.

—¿Al diablo? —preguntó Nicolás, con la voz retozante de risa. Un tanto cohibido, el informante corrigió:

—No era él, pero sí alguien muy parecido: el "brujo" Daniel. Mecía un farol y escudriñaba el mar.

Mauricio lanzó una exclamación de triunfo. Daniel era el jefe de los contrabandistas. Su fama de brujo le mantenía aislado y así podía dedicarse tranquilamente al contrabando.

Lidia susurró:

—Y nosotros sospechábamos de Luisa Sharp. Es descendiente de bucaneros. Pero no es ella, sino Daniel quien ejerce la piratería. Al final descubrimos que sólo es una anciana inofensiva.

Al oír el nombre de Luisa Sharp, el que estaba dando noticias huyó como si lo persiguiera el demonio.

(CONTINUARA)



Premunidos de linternas, bajaron por la pendiente.

Ponchito

¡HOY ME DEDICARE' A
SEMBRAR EL HUERTO!



¿QUE ESTARA
HACIENDO MI
ABUELITA?



HACE RATO QUE LA
VEO PASEÁNDOSE
PARA ALLÁ Y
PARA ACA



¡UF, QUE CANSADA ESTOY!
¡YA NO PUEDO MÁS!



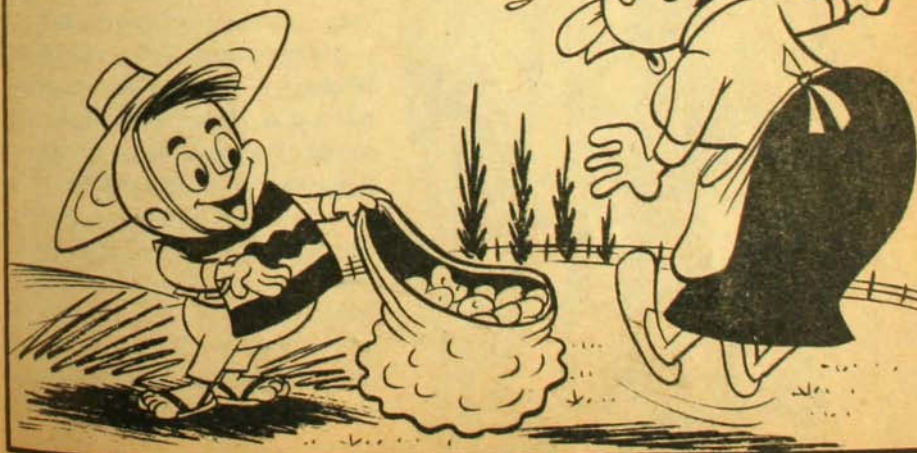
¡QUE SUERTE! POR
FIN TERMINE DE
SEMBRAR LAS PAPAS



¡ABUELITAAAA!
¡ABUELITAAA!



¡MIRE, RECOGÍ TODA LAS
PAPITAS QUE SE LE
CAYERON!



El dragón de Flandes

CAPITULO XV. —
La amenaza del mar.

Tristán, el Hijo del Lobo, y su flota de pigmeos, asaltaron la ciudadela gobernada por el tirano Arcadio. Aunque pequeños, los atacantes eran aguerridos.




Treparon, ágiles como lagartos.



Treparon a las murallas, usando las pértigas que les habían servido para impulsar las balsas. Ágiles como lagartos, se escurrieron al interior de la fortaleza. Arcadio bramaba: —¡Defended el castillo! Matad a esa ralea capitaneada por el insolente mancebo que me entregó prisionero a la plebe. No le perdono esa inaudita ofensa. ¡Matadle, menguados!

Sus insultos no lograron animar a los barones, y no impidieron que los invasores se apoderaran de la



Tristán dió alimentos al hambreado pueblo.

—Os he preguntado el nombre de aquel a quien debo derrotar. El temor sella vuestros labios. Pero exijo la respuesta. ¿Quién es?

—¡Oh, héroe, huyamos! ¿Veis el mar? Sigue avanzando, y nos sepultará, porque esa es la voluntad de él.

—¿De quién? Supongo que no aludes al conde Arcadio —observó el joven, escrutando el rostro del hombre que había hablado—. Arcadio no es un rival, sino una alimaña que se aparta con el pie.

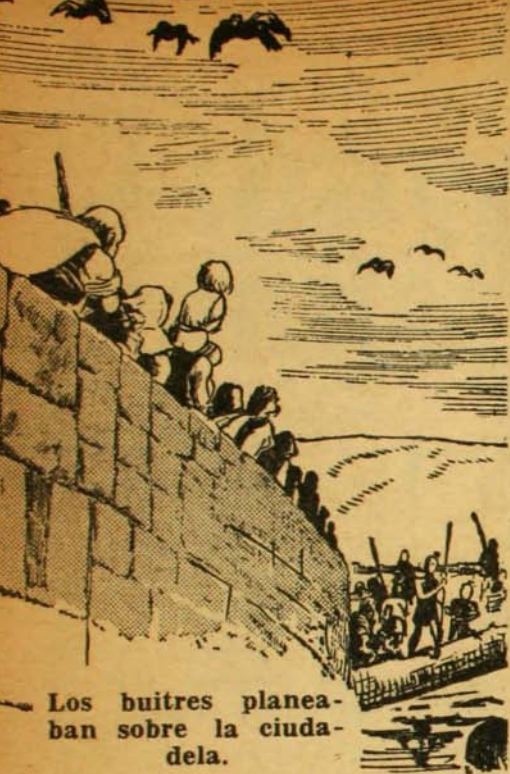
ciudadela. Tristán abrió las bodegas, y entregó al pueblo hambriento las provisiones al macedas. Transfigurados de alegría, los vasallos desfilaban ante la puerta que había sido arrancada de sus goznes. Cuando el júbilo y la agitación se calmaron, Tristán anunció:

—Ahora, quiero interrogaros.

Un profundo silencio acogió sus palabras.



La marea seguía subiendo inexorablemente.



Los buitres planeaban sobre la ciudadela.

—No me refiero a él, que ahogaba su temor con festines. Hablo de...

Se interrumpió, mortalmente pálido. Una bandada de buitres planeaba sobre el castillo.

—Ellos saben cuando la muerte ronda cerca. Y vienen del mar.

La mano crispada se extendía sobre las negras aguas, cuyo nivel seguía subiendo inexorablemente.

“El peligro viene del mar”.

El Hijo del Lobo recordó esa aterrorizada frase.

El pánico se infiltró entre los sitiados, y el ansia de fuga los llevó hacia las balsas.

—Vine a libertarles —dijo Tristán—. Confíen en mí. Pero nadie le oía. Sólo deseaban huir.

Tristán les condujo hasta una aldea llamada Arnhem, y decidió regresar a la ciudadela desierta.

—No vayas —le suplicaban todos—. Allí sólo reina la muerte.

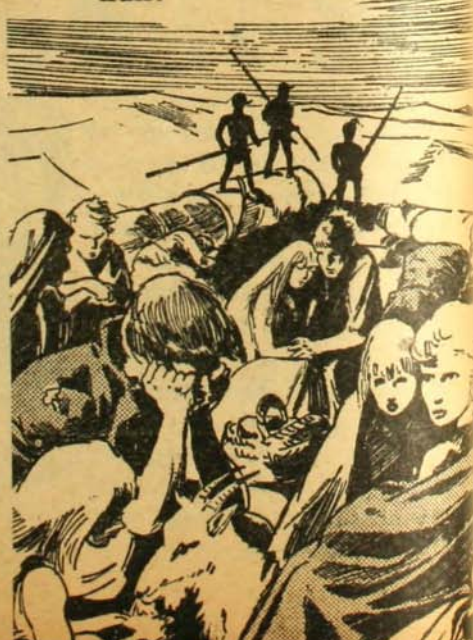
—Si la muerte y la ruina son los dominios de vuestro opresor, allí le encontraré —contestó el doncel, sonriendo.

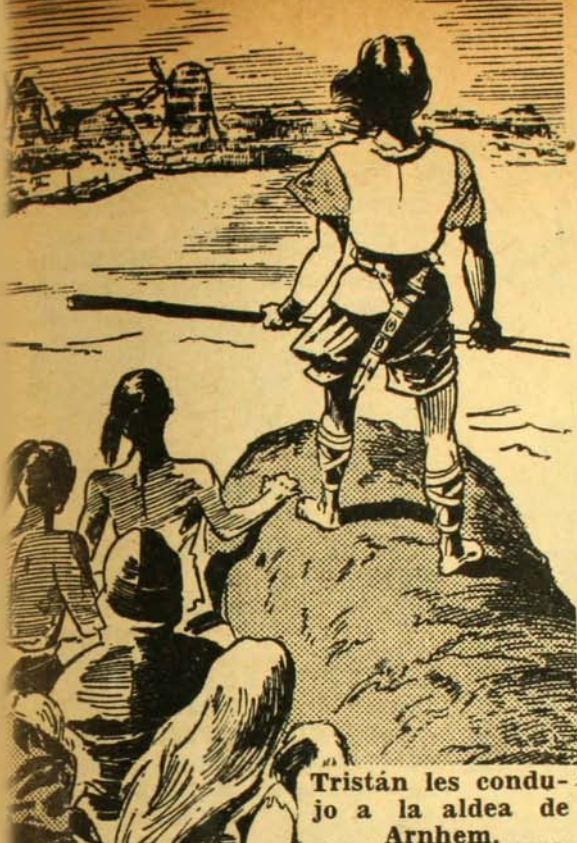
Aquellos a quienes él rescató, vieron que sus labios traslucían un burlesco desafío.

—¿Qué piensas hacer, héroe?

—Volver al castillo, vestir

**Aterrorizados,
sólo deseaban
huir.**





Tristán les condujo a la aldea de Arnhem.

arreos de guerra, y llamar a grandes voces al terror de Flandes, sea quien fuere, hombre de corazón seco y ambición desmedida, gigante cruel o duende maligno. Quien sea, lo venceré. Y volvió a sonreír. El protegido del mago Merlín, el que dobló en sus brazos al poderoso Tiempo y destruyó los maleficios de Viviana, la hechicera del lago, ¿podría retroceder esta vez?

El jefe de los pigmeos agitó la cabeza en gesto negativo. No sabía hablar, pero gimió. Los demás enanos corearon ese lamento.

“No vayas”, parecían decir, igual que los libertados siervos de Arcadio.

Pero Tristán, el Hijo del Lobo, saltó a una balsa, y con alegre gesto hendió el agua con su pértiga.

El pigmeo, abrumado, inclinó la frente. ¿Cómo detener al doncel? Ellos debían protegerlo. Era como el joven rey Pendragón, a quien todos los duendes del bosque estaban obligados a custodiar.

(CONTINUARA)



El Hijo del Lobo sonreía.

Concurso Semanal



Forma con estas letras el nombre de un país sudamericano. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón. **SOLUCION AL CONCURSO N.º 196.**— "Simbad" es el mejor regalo que puede llevar a su familia.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD"**. Eduardo Villegas, Quillota; Elena Vergara, Santiago; Héctor Montecinos, Santa Cruz. **UNA ARMONICA**. Ricardo Yates, Santiago; Alejandro Lara, Talca. **UN LAPICERO FUENTE**. Iluminada Muza, Marchigüe. **UN LAPIZ AUTOMATICO**. María Dolores Sepúlveda, Lontué; Elsa Meneses, Rancagua; Lucila Torres, Santiago; Mar-

cos Gueren, La Calera. **UN PREMIO DE \$ 20**. Oro Ventura, Santiago; Lucy Viedma, Talca; Elba Gutiérrez, Valparaíso; Juan Ramsay, San Felipe; Hernán Pérez, Curicó; Ana Villarroel, Graneros; Sonia Llanos, Santiago; Benjamin Olivares, Santiago; Juan Méndez, Santiago; Cristina Franco, Santiago. **UN VITALMIN**. Manuela Oyarzo, Valparaíso; Waldo Plaza, Santiago; Pedro 2.º Cartes, Rancagua; Carmen Sotela, Valparaíso; Angélica Campos, Peñablanca; Sonia Carrasco, Santiago; Nicolás Castillo, Santiago; Luis Salas, Quillota; Brigita Sánchez, Santiago; Rosa Maldonado, Llay-Llay. **UN LIBRO**. Gladys Ampuero, Melipilla; Eliana Chalmovic, Santiago; Eduvigis Varas, San Felipe; Adela Bustamante, Curicó; Clara Rebolledo, Molina; Francia Vallet, Santiago; Elena Repetto, Santiago; Miriam Zambrano, Santiago; María Ruiz Tagle, La Serena; Luis Sepúlveda, Illapel.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 198

¡ ATENCION !

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita

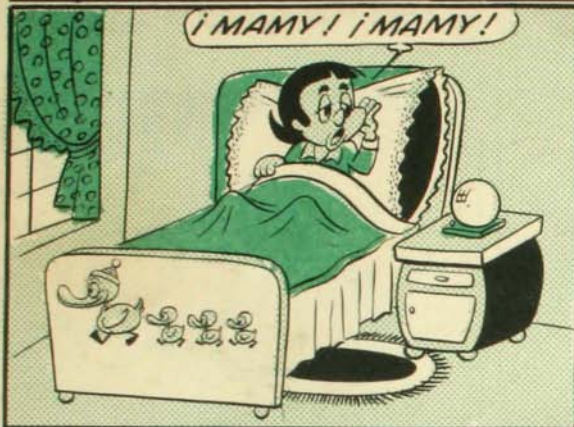


3. Al borde de la trampa quedó un soldado de guardia. Juan, que fingía dormir en el suelo, alzó con cuidado la manta y se arrastró silenciosamente en dirección al centinela. Juanita contuvo la respiración, mirando aterrada la espalda del hombre y rezando para que no se diera vuelta.



4. El niño se levantó de pronto y con todas sus fuerzas empujó al soldado. Este cayó rodando al sótano. El estruendo de la caída aumentó cuando el guardia arrolló a los que habían bajado delante de él. "—Ahora huyamos", susurró Juan, y cogiendo la mano de Juanita, abandonó la casa. ¿Dónde hallarían refugio?

(CONTINUARA)



SIMBAD

N.º 199

EL PRINCE Y EL MENDIGO

\$ 5.-





Juan y Juanita



CAPITULO X.—FUGITIVOS



1. En Cerdeña, Juan y Juanita se vieron amenazados por una patrulla costera. En la casa del pescador Careti estaban ocultos el capitán Manuel Catalán y sus hombres. Cuando Juan lanzó a un centinela rodando por la escalera del sótano, se formó una terrible confusión, que Catalán aprovechó para escapar.



2. Juan y Juanita vieron huir a sus amigos y, antes de que alcanzaran a reunirse con ellos, aparecieron los soldados que capitaneaba el cruel Vitorio Sicali. “—¡Nos han engañado! —rugía—. Esos hombres eran espías. También el pescador huyó. En cuanto a esos niños de tan inocente aspecto... ¡he de cogerlos!”

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 24-VI-1953 — N.º 199

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

CAPITULO I.—*El palacio y la covacha.*

En la antigua ciudad de Londres, en el año 1537, nació un niño de familia por diosera y de nombre Tom Canty. A la misma hora, la reina Juana Seymour daba al reino un heredero que sería más tarde Eduardo VI de Inglaterra.

Mientras el príncipe de Gales, Eduardo Tudor, yacía arropado en sedas y rasos y cuidado por grandes lores y excelsas damas, Tom Canty sólo era recibido con gruñidos y maldiciones.

Inglaterra celebró con festines, danzas y fogatas el nacimiento del príncipe.



El príncipe y el mendigo

En el barrio de mendigos donde nació Tomás, su llegada al mundo causó desagrado, y Juan Canty, su padre, gruñía:

—Otro gusano que alimentar. Si no resulta despierto, lo curtiré a palos.

Transcurrió el tiempo y Tom pedía limosna, obligado por su pa-



El padre Andrés enseñó a leer al pequeño mendigo.

dre, que era un ladrón, y su abuela, mendiga de nacimiento. Eran verdaderos demonios que cuando se emborrachaban las emprendían a golpes con cualquiera que se les pusiera delante.

En el infecto callejón donde vivían las familias de mendigos había un anciano sacerdote, el padre Andrés, quien se afanaba inútilmente por conducir aquella redada de rufianes hacia un camino mejor.

—Quiero aprender a leer y a escribir, padre —le suplicó un día el pequeño Tom.

Y el santo hombre le enseñó no sólo a leer y a escribir, sino también un poco de latín.

Tom era un soñador y esto le impedía sentirse desdichado. Cuando volvía a casa con las manos vacías, sabía que su padre lo

maldeciría y lo zurraría y que cuando él hubiera terminado, la bruja de su abuela repetiría toda la escena, con mayor energía y chillidos. Sabía también que en el silencio de la noche su hambrienta madre se deslizaría furtivamente hasta él con cualquier mendrugo miserable que hubiera podido guardarle. Pero era feliz porque soñaba con



—Retírate, rapaz pordiosero.

hadas y duendes, castillos de leyenda y pomposos reyes. A veces decía a sus amigos que él era un príncipe encantado. Si su padre le sorprendía en esos momentos de inspiración, curtíale las espaldas a palos y dejábale sin comer.

—Soy un príncipe. Soy un príncipe. Y tanto lo repitió que sus amigos terminaron casi por creerlo y le rendían homenaje.

El los reunía para decidir los asuntos de su imaginario reino y luego se largaba con sus andrajos, obtenía mendigando unas cuantas monedas, devoraba su mendrugo, recibía sus sopapinas e insultos de costumbre y luego se tumbaba en la paja que le servía de lecho y reanudaba sus sueños de grandeza.

Tom engullía la espléndida cena.



—He de ver al príncipe —resolvió un día—. Es un niño de mi edad.

Y llegó hasta las doradas verjas del palacio real.

—Retírate, rapaz pordiosero —ordenó un guarda.

El niño, en vez de obedecer, miraba deslumbrado a un apuesto muchacho, cuyas ropas eran todas de seda y raso y resplandecían de joyas.

—¿Cómo te atreves a tratar así a un pobre niño, aunque sea el más humilde vasallo de mi padre? —exclamó Eduardo Tudor—. Abre la verja y déjale pasar.

Presentaron los soldados las alabardas y el pequeño príncipe de la pobreza, cubierto de andrajos, estrechó la mano al príncipe verdadero.

—Pareces cansado y hambriento —dijo Eduardo—. Ven conmigo.

Le condujo a su gabinete, y por su mandato trajeron un yantar exquisito.

Tom engullía los alimentos, respondiendo a las preguntas del príncipe.

—¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas?

—Vivo en Offal Court y me llamo Tom Canty. Mi padre me maltrata, me da palizas.

—A ti, tan débil y pequeño —protestó el príncipe—. Esta misma tarde le haré encerrar en la Torre.

—Olvidalo, señor. Y tú, ¿qué edad tienes? —preguntó con des-

parpajo el niño mendigo.

—Quince años. Mi hermana Isabel, catorce, y tengo otra hermana grande que se llama María y que es muy regañona. Pero háblame de ti. ¿Tienes amigos?

—Sí. Vamos al teatro de títeres. Luchamos como los espadachines, pero con garrote. Nadamos en los canales del río y

El príncipe y el mendigo se situaron ante un espejo.



cada cual hace saltar el agua y se sumerge y grita. Danzamos en el barro y hacemos tortas para divertirnos.

—¡Si yo pudiera vestirme con un traje igual al tuyo, descalzarme y chapotear en el barro una vez tan sólo! —suspiró Eduardo.

—Y si yo pudiera vestirme como tú, señor, nada más que una vez...

—Quita tus guñapos —ordenó el príncipe—, y ponte mis galas, muchacho.

Pocos minutos más tarde el joven príncipe de Gales se había vestido con los andrajos de Tom y el mendigo se ataviaba con las vistosas plumas de la majestad. Ambos se situaron ante un espejo y hete aquí que, como por milagro, no pareció que hubieran hecho cambio alguno.

—¡Qué prodigio! —murmuró el príncipe—. Eres semejante a mí. Tienes el mismo cabello, los mismos ojos, la misma voz y el mismo rostro que yo. Espera...

Antes de salir guardó un pesado objeto que estaba sobre su mesa. Cruzó la puerta y, con su raída vestimenta, corrió por los jardines, en dirección a la verja custodiada por los guardias reales.

—¡Abrid, abrid! —exigió.

El soldado que había maltratado a Tom obedeció inmediatamente, y al cruzar el príncipe la puerta, le dió un fuerte sopapo, que lo mandó dando vueltas a la carretera. Eduardo se levantó del lodo y se abalanzó furioso contra el centinela, exclamando:

—Soy el príncipe de Gales y mi persona es sagrada. Te haré colgar de una soga.

—Largo de aquí, granuja mentecato —replicó el alabardero, golpeando de nuevo al príncipe.

La turba rugía de risa y, burlándose, gritaba:

—¡Paso a Su Alteza Real! ¡Paso al Príncipe de Gales!

(CONTINUARA)



LA ESMERALDA DE KALI

CAPITULO IV.

DE KALI

ESTIA INVENCIBLE



1. Gavani, capitán de lanceros, estaba decidido a descubrir quién había robado la esmeralda de Kali. Acompañado del primer ministro Naguib, atravesaba el territorio de Katmana, y llegó a una aldea desierta. Los habitantes habían huído, aterrorizados por un tigre. El joven hindú organizó la cacería de la fiera.



2. La bestia avanzó con sigilo, atraída por el cebo. De pronto la frágil red de ramas tendida sobre la trampa se quebró y el felino cayó al foso, rugiendo ferozmente. "—Nadie se mueva", indicó el capitán Gavani. La selva se estremecía con los atronadores rugidos. Los nativos temblaban, gimiendo: "—¡Protégenos, Krisna!"



3. Presentían que el tigre no se dejaría vencer. Muchas veces habían intentado cazarlo y siempre el terrible carnicero se escabulló, luego de matar al cazador. Gavani amartilló su fusil. "—Manténganse alerta", advirtió. Los hombres balbucearon: "—Sahib, ten cuidado. Ese tigre no muere. Huyamos".



4. Por cierto que el valiente capitán rechazó esa idea. De pronto su despreocupada sonrisa desapareció al ver que el tigre abandonaba el foso, salvando la distancia y la altura en un salto increíble. El pánico se posesionó de los cazadores. Imploraban a Siva, el dios de la muerte, que se apiadara de ellos.



LA SMERALDA

DE KALI



5. El nativo más cercano cayó bajo las zarpas asesinas. Nadie se atrevió a intervenir. Ante los ojos aterrorizados de los hindúes, el tigre se transformaba en Siva, cuyos tres ojos lanzan rayos exterminadores y cuyos seis brazos sólo saben matar. El felino lanzó un rugido de victoria y desafío.



6. Sólo un hombre respondió a aquel desafío. Gavani apuntó cuidadosamente, mientras los cazadores y rastreadores permanecían petrificados. Gavani, que profesaba el hinduismo, era también supersticioso. Como un relámpago cruzó por su mente el nombre de Kali. Temió la maldición de la diosa.



7. Esa idea, sin embargo, no hizo temblar su pulso y la bala hirió al tigre. Este, que por primera vez era alcanzado por un disparo, lanzó un rugido al sentir el quemante dolor y saltó a una alta rama. “—¡Persigámosle antes que huya!”, gritó el capitán Gavani, y fué obedecido.



8. Siguieron el rastro de sangre y el cornac marchó adelante, desapareciendo en la espesura. “—Ese tigre mató a su madre y quiere vengarla”, informó uno de los ojeadores. En ese instante resonó un grito estridente. “—Deténganse —ordenó Gavani—. Avanzaré solo. No quiero perder más hombres.”

(CONTINUARA)



Las ratitas

TITI Y TATI

Eran dos ratitas, llamadas Titi y Tati, que vivían en una casita.
Titi fué a la feria y Tati fué a la feria.

Las dos, pues, fueron a la feria.

Titi compró una espiga de trigo y Tati compró una espiga de trigo.

Las dos, pues, compraron una espiga de trigo.

Titi hizo un budín y Tati hizo un budín.

Las dos, pues, hicieron un budín.

Y Tati puso el budín en la olla para hervirlo.

Pero cuando Titi fué a poner el suyo, se le cayó la olla encima y murió quemada.

Ante aquella desgracia, Tati prorrumpió en llanto. Una silla de tres patas la vió y dijo:

—¿Por qué lloras, Tati?

—Se ha muerto Titi. Por eso lloro.

—Entonces —dijo la silla—, voy a saltar.

Y se puso a saltar. La vió la escoba desde un rincón y dijo:

—¿Por qué saltas, silla?

—Titi ha muerto y Tati llora. Por eso salto.

—Entonces —dijo la escoba—, barraré.

Y se puso a barrer. Y la puerta dijo:

—¿Por qué barres, escoba?

—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta. Por eso barro.

—Entonces —dijo la puerta— golpearé.

Y se puso a dar golpes. Y la ventana dijo:

—¿Por qué das golpes, puerta?

—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta y la escoba barre

Por eso golpeo.

—Entonces —dijo la ventana—, rechinaré.

Y se puso a rechinar. Había fuera de la casa un banco viejo, y

cuando oyó rechinar a la ventana dijo:

—¿Por qué rechinas, ventana?

—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta y la escoba barre y la puerta golpea. Por eso rechino.

—Entonces —dijo el banco viejo—, daré vueltas a la casa. Y se puso a dar vueltas a la casa. Y un frondoso nogal que crecía al lado de la casa, lo vió y dijo:

—¿Por qué das vueltas a la casa, banco?

—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta y la escoba barre y la puerta golpea y la ventana rechina. Por eso doy vueltas a la casa.

—Entonces —dijo el nogal— me desprenderé de las hojas. Y empezó a desprenderse de todas sus verdes hojas. Y había en una rama un pajarito que, cuando el nogal se desprendía de todas sus hojas, dijo:

—¿Por qué te desprendes de todas tus hojas, nogal?

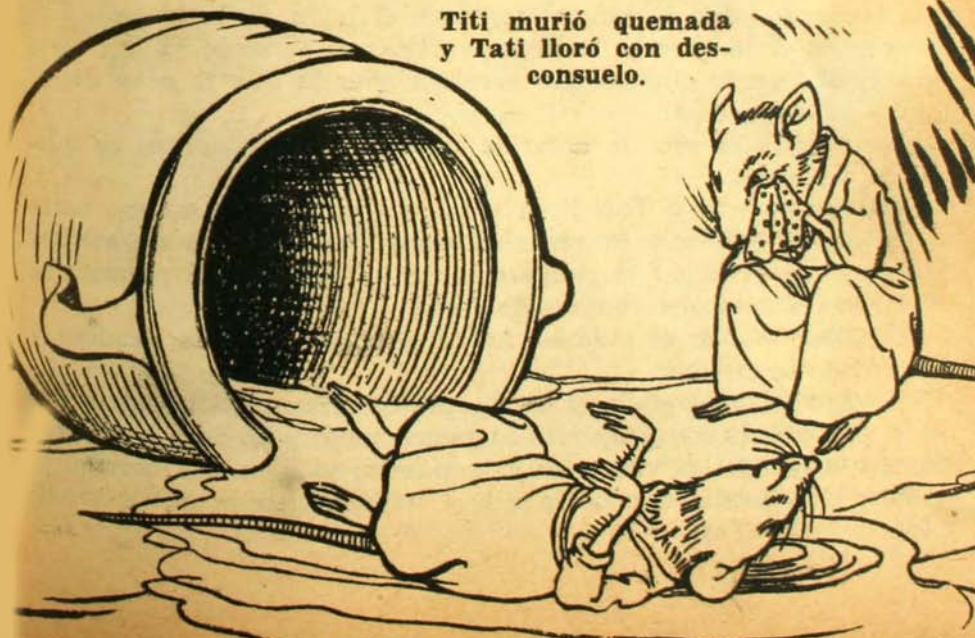
—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta y la escoba barre y la puerta golpea y la ventana rechina y el banco da vueltas a la casa. Por eso me desprendo de mis hojas.

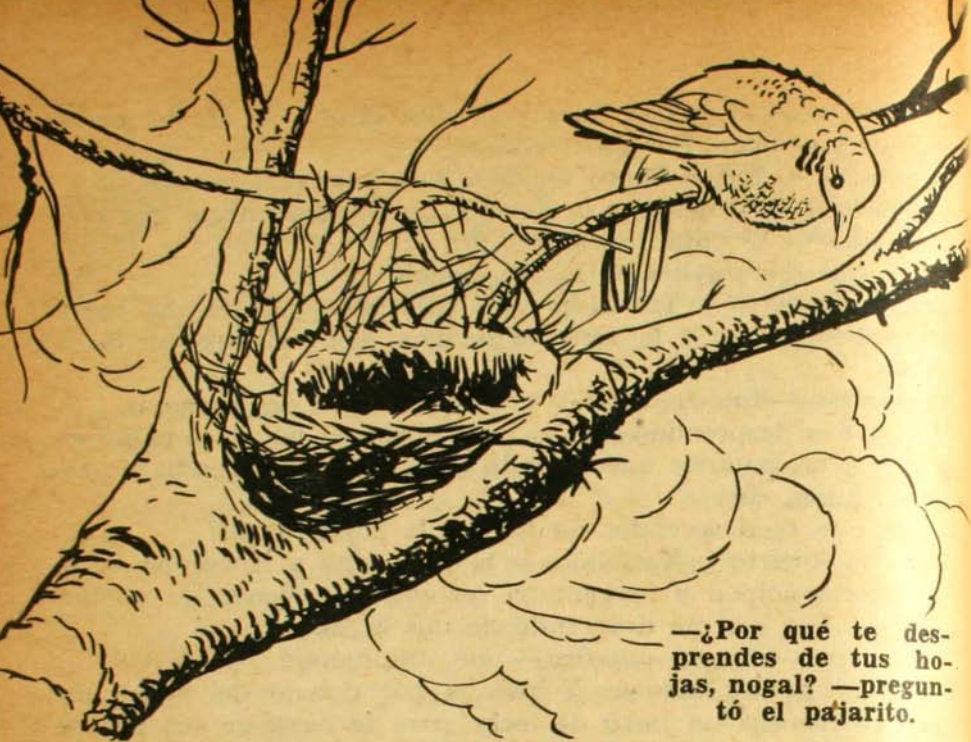
—Entonces —dijo el pajarito— me desplumaré. Y empezó a desplumarse. Y pasaba por debajo del árbol una niña que llevaba un jarro de leche para la cena de sus hermanitos, y al ver que el pajarito se desplumaba, dijo:

—¿Por qué te desplumas, pajarito?

—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta y la escoba barre

**Titi murió quemada
y Tati lloró con des-
consuelo.**





—¿Por qué te desprendes de tus hojas, nogal? —preguntó el pajarito.

y la puerta golpea y la ventana rechina y el banco da vueltas a la casa y el nogal se desprende de las hojas. Por eso me desplumo.

—Entonces —dijo la niña— romperé el jarro de la leche.

Y rompió el jarro y la leche se vertió por el suelo. Y un viejo que estaba en lo alto de una escalera, viendo que la niña derramaba la leche, dijo:

—Niña, ¿qué es eso de botar la leche? Tus hermanitos se quedarán sin cenar.

—Titi ha muerto y Tati llora y la silla salta y la escoba barre y la puerta golpea y la ventana rechina y el banco da vueltas a la casa y el nogal se desprende de las hojas y el pajarito se despluma. Por eso he botado la leche.

—Entonces —dijo el viejo—, habré de caerme de la escalera y romperme la crisma.

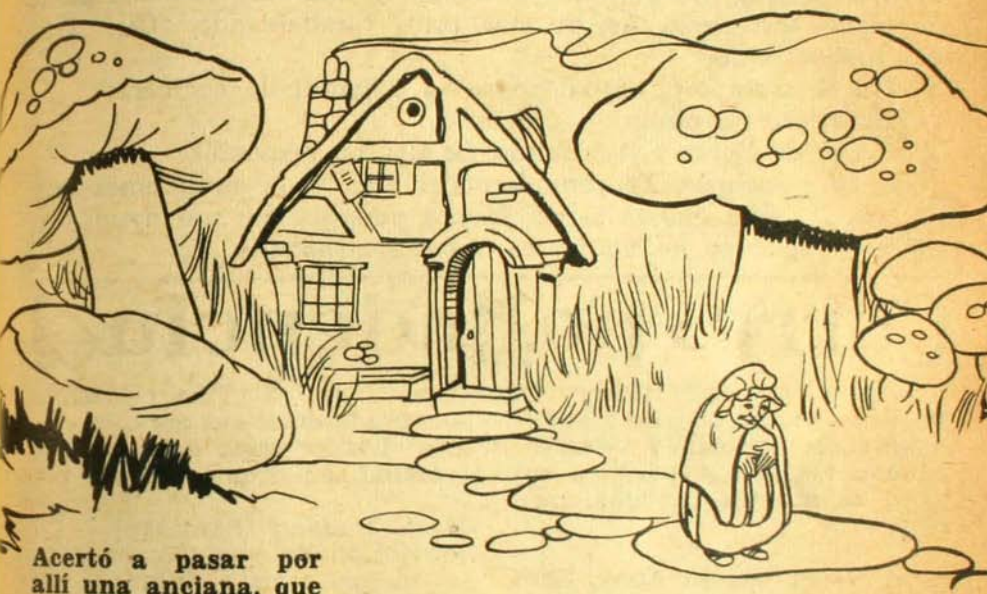
Y se cayó de la escalera y se rompió la crisma. El nogal se derribó con un crujido y aplastó al banco viejo y la casa, y al caer la casa, cayeron las ventanas y la puerta, y la puerta derribó la escoba y la escoba derribó la silla y bajo las ruinas quedó sepultada la ratita Tati.

Por suerte no se murió y continuó llorando.

Acertó a pasar por allí una anciana que era un hada, y al presenciar aquel desastre, preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

Asomándose por debajo de una teja rota, la llorosa Tati explicó: —Titi ha muerto y por eso la silla saltaba, la escoba barría, la puerta golpeaba, la ventana rechinaba, el banco daba vueltas a la casa, el nogal se desprendía de sus hojas, el pajarito se desplumaba, la niña rompió el jarro de la leche y el viejo se cayó de la escalera y se rompió la crisma.



Acertó a pasar por allí una anciana, que era un hada.

—¡Qué terribles consecuencias ha traído la muerte de Titi! —exclamó el hada.

Tan compungida estaba, que unió sus manos y con este gesto cayó al suelo su nudoso bastón, que era en realidad una varita de virtud.

Entonces, con aquel golpe mágico, la escalera se enderezó, afirmándose en el guindo, tal como estaba antes del descalabro. El viejo, como si nunca se hubiera roto la crisma, siguió cosechando frutas en su canastito. El nogal también se levantó y las hojas volvieron a formarle un frondoso ramaje.

El jarro se compuso, llenándose de espumosa leche. El pajarito recobró sus plumas, alegrándose mucho de ello, porque sentía frío.

El banco se levantó, sin haber sufrido mucho, y dijo:

—No doy más vueltas a la casa, porque no hay casa.

Pero también la casa se reconstruyó. Sin embargo, el banco siguió quieto.

La ventana ya no rechinó y la puerta dejó de golpear.

La escoba, cansada, no continuó barriendo, y la silla de tres patas murmuró:

—Si salto más, me quebraré otra pata y una silla con dos patas no puede sostenerse. Así no más, estoy tambaleando. ¿Qué sería con menos patas?

Y Titi se incorporó, sacudiéndose su delantal de cocinera.

—¿Está listo mi budín? —preguntó.

Tati dejó de llorar y, brincando de alegría, respondió:

—No te preocupes. Te convidaré del mío. Y le enviaremos una porción al hada que te salvó. Menos mal que no nos ayudó un gigante. Entonces mi budín no hubiera alcanzado.

Correspondencia

Rolando Arancibia (Viña del Mar).— Felicita no sólo a la Directora de "Simbad" y a sus colaboradores, sino a todos los lectores de nuestra pequeña gran revista.

Pedro Vinet (Santa Ana), *Sara Contreras* (Santiago), *Ricardo Ortega* (Los Andes).— Agradecemos sus entusiastas felicitaciones.

Aurea Jesús (Cauquenes).— La serial que usted recuerda con tanta añoranza, "Perseguido", fué escrita e ilustrada por el mismo personal que hoy trabaja en "Simbad". Por lo tanto, puede estar segura de que las seriales que publicamos le agrada-rán siempre.

Oscar Ramírez (Viña del Mar).— Agradecemos sus gentiles elogios. Los premios del concurso semanal se dan por sorteo.

María Haddad (Santiago).— Su convicción de que "Simbad" es la mejor revista infantil del mundo nos halaga.

Clara Puchen (Chillán).— Retribuyo sus cariñosos saludos, querida lectorcita.

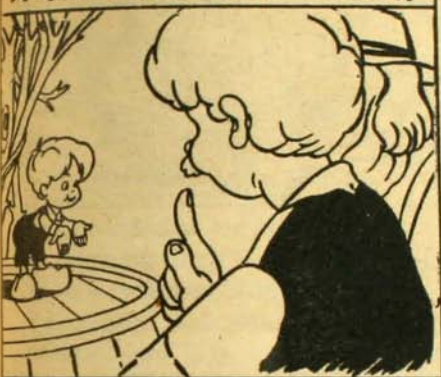
Estela Carrasco (Cuenca, Argentina).— Agradezco sus felicitaciones por las maravillosas lecturas de "Simbad" y sus deseos de que el triunfo de nuestra pequeña gran revista sea cada día mayor.

ROXANE.



PUNTITO

EL CAMPESINO NABO Y LA CAMPESINA CEREZA TUVIERON UN HIJO A QUIEN LLAMARON PUNTITO. EL NIÑO OFRECIÓ A SU PADRE AYUDARLO EN LAS FAENAS DEL CAMPO. -YO GUIARÉ EL CABALLO- DECLARÓ.

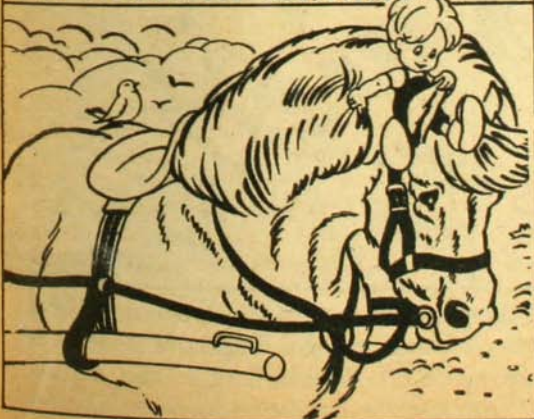


MAMÁ CEREZA PREGUNTÓ ASOMBRADA:

-¿ES CIERTO QUE GUIARÁS EL CABALLO?
¡PERO SI ERES TAN PEQUENITO, HIJO MÍO!



-ME SENTARÉ EN LA OREJA Y LE DIRE: ¡ARRE, ARRE!- CONTESTÓ PUNTITO Y MUY UFANO SE INSTALÓ EN SU PUESTO. "QUE JINETE TAN RARO - PENSÓ EL CABALLO -. PERO ME GUSTA SU VOCECITA Y LE OBEDECERÉ."



MAMÁ CEREZA DESPIDIÓ A PUNTITO QUE SALÍA A GANAR SU MIGA DE PAN.





MUNDO

CAPITULO IV.—PELIGRO BAJO EL AGUA Y BAJO LA TIERRA



1. Los exploradores más audaces de la historia se habían internado en el mundo desconocido de los insectos. Yara, prisionera de una araña acuática, se aprestaba a huir, cuando apareció otro arácnido y ambos se trabaron en mortal combate. La niña pasó sobre el cuerpo de su derrotada guardiana.



2. Advirtió que del cieno se desprendían grandes huevos verdes que subían a la superficie. “—Ahora puedo fugarme”, dedujo Yara, que empezaba a sentirse asfixiada. Nadó hacia uno de los huevos flotantes, que tenían el tamaño de un torpedo, y se abrazó a él. Ascendió rápidamente.

SECRETO



EL AGUA Y BAJO LA TIERRA



3. De pronto chocaron contra una gruesa lámina extendida sobre el agua. Yara comprendió que aquella era una hoja de nenúfar. ¿Cuánto tiempo debería nadar debajo de ella, para alcanzar el borde? Afortunadamente surgió pronto al aire libre y se reunió con sus compañeros, a quienes relató su aventura.



4. Yara se había salvado gracias a las semillas de plantas acuáticas que ascienden para brotar sobre el agua. “—Estamos indefensos —caviló Roberto—. No tenemos armas para enfrentar a los monstruos que nos atacan.” Luis Baner propuso: “—Hay muchas avispa muertas. Su aguijón puede servirnos”.



5. La idea era excelente. El grupo se proveyó de agujijones que usarían como lanzas. Reemprendieron la marcha para seguir buscando a Mabel. De pronto el suelo faltó bajo los pies de Luis y el rubio joven cayó en un foso. Cogiéndose de unas raíces intentó salir, pero un monstruo le obstruía el paso.



6. Un cárao fijaba en él sus ojos feroces. Extendió sus patas, de oscuros artejos, e hizo rodar una pera, a fin de cubrir el orificio. Impedía así la fuga de su pequeña presa. Luis vio que de pronto el cielo azul desaparecía y quedó prisionero en el túnel, con un terrible presentimiento.



7. Su instinto le anunciaba que no estaba solo. Cuando sus ojos se habituaron a la obscuridad, distinguió una enorme cabeza ornada de largas antenas. El monstruo subterráneo avanzó y Luis observó sus garras, su cuerpo acorazado por las duras alas de los coleópteros. Se aprestó a la defensa.



8. La lanza se estrelló contra el escudo quitinoso. Entonces el joven huyó, internándose en el túnel. Tras él oía los pasos de su perseguidor. Luis llegó al final de la galería. Su lanza tocó la tierra sólida. "—Es imposible huir —murmuró—. Si pudiera volver a mi estatura normal, podría pisotear a este insecto."
(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO XII.—

¿Quiénes son los contrabandistas?

Los tres jóvenes moradores del castillo y el fiel Nicolás observaban la amplia caverna que había quedado en descubierto después del derrumbe.

—No veo ningún fardo —señaló Lidia Belmar.

—Hay otra caverna —dijo alguien en la penumbra—. Allá está la bajada.

Se divisaban unos tramos de fierro, seguramente usados por los contrabandistas para bajar a su guarida.

—¿Vamos? —invitó Mauricio, y Juan no vaciló en seguirlo.

Casi todos se habían dispersado, persiguiendo en la obscuridad a los contrabandistas fugitivos, o regresando prudentemente a sus casas para no verse implicados en aquel suceso que más tarde sería investigado por los carabineros.

En la segunda gruta, los exploradores encontraron cajones y fardos. El alud había derribado un muro interior, y, a través de la brecha, se vislumbraba una caverna que los jóvenes reconocieron.

—La covacha de Daniel. . . —murmuró Mauricio.

—Exacto, el lugar de nuestra visita de cumplido —completó Juan.

Emprendieron el camino de regreso, y aquella noche tardaron en conciliar el sueño, desvelados por el insólito acontecimiento.

RESUMEN: Lidia y Juan Belmar habitan un antiguo castillo, al cual denominan "Nido de Águilas". En la región conocen a extraños personajes: Luisa Sharp, descendiente del pirata inglés; Daniel, un curandero, a quien todos temen; la institutriz Daniela Belmar, que un día desaparece; Adrián Montes, nieto de Luisa Sharp, que a veces inspira confianza a Lidia, pero que en otras ocasiones despierta sus sospechas. Una noche, hay un derrumbe en los roquedales cercanos al castillo y queda en descubierto una caverna de contrabandistas.

Juan y Mauricio bajaron a la caverna de los piratas.



Al día siguiente, procuraron tranquilizar a Micaela, que decía:

—Debemos irnos, antes que los bandidos nos maten. ¡Ay, Señor, por qué no estará aquí el capitán Belmar!

—No tengas miedo, Micaela —respondió Juan—. Los contrabandistas no asaltan casas. Están muy ocupados con sus fraudes.

—Pero también se les puede ocurrir ocuparse de cortarnos el cuello —insistía ella—. Vámonos.

—Tranquilízate —dijo Lidia—. Nada sucederá. Continuaron hablando con ella para calmarla. Por fin Micaela regresó a su cocina, ya convencida de que no había peligro.

—¡Victoria! —exclamó el joven Maré—. Ya Micaela no volverá a llorar.

Pero apenas había pronunciado estas palabras, resurgió la cocinera más asustada que nunca.

—¿Qué pasó? —indagó Juan—. ¿Destapaste una olla y encontraste un contrabandista adentro?

—Se... señor... ¡Ahí!... ¡Ay!...

—Cálmate —aconsejó Lidia, cogiendo del brazo a la temblorosa Micaela.

—Los... ¡los carabineros! Han venido. Están ahí afuera.

—¿La policía? Anda a abrir la puerta y hazles pasar. ¿Qué temas? Me parece que no tienes la conciencia tranquila.

Y riendo, Juan acudió a recibir a los representantes de la ley. Eran dos. El oficial saludó, llevando la mano a la visera.

—Perdone que lo molestemos, señor Belmar. Pero usted puede proporcionarme un dato que nos ayudará en nuestras pesquisas.

—Estoy a sus órdenes.

—Gracias. Se trata de unas señales luminosas que, según nuestros informes, han sido hechas desde la terraza de este castillo.

Juan miró con asombro al oficial.

—¿Señales desde nuestra terraza? No comprendo. ¿Quién ha hecho esa denuncia?

—Un tal Rogelio, a quien tenemos detenido.

Rogelio era el primo de Adrián Montes.

Juan Belmar declaró que ignoraba esas señales y que no podía suponer quién era el autor de ellas. Los carabineros se retiraron y Lidia decidió interrogar a Adrián.

El joven estaba cavando el jardín y no alzó la cabeza, ni enfrentó la mirada de la niña cuando ella se refirió a la acusación de Rogelio.

—Adrián, ¿por qué no hablas?

—¿Qué quiere saber, señorita?

Los ojos azules la miraron desafiantes. La mano manchada de tierra lanzó hacia atrás, en un gesto brusco, el cabello rubio que cubría la frente contraída.

—¿Qué quiere saber, señorita? —repitió, acentuando su hostilidad—. Sospecha que soy contrabandista. ¿Por qué no me entrega a las autoridades?

—Eres injusto, Adrián. Sabes que soy tu amiga. Si puedo ayudarte...

—¿Ayudarme a qué? ¿A huir?

—¡Adrián!

Observó indignada al adolescente. El vaciló, sus labios se entreabrieron, como si deseara disculparse, pero luego, hundiendo la pala en la tierra, volvió a su trabajo sin decir palabra.

Lidia, herida por aquella actitud incomprensible, se alejó.

El capitán Hugo Belmar regresó inesperadamente, con una licencia de seis días. Sus hijos le recibieron con bulliciosa alegría. Micaela respiró aliviada, pensando que la sola presencia del capitán pondría en fuga a todos los contrabandistas de Coquimbo. Por cierto que los jóvenes Belmar y Mauricio aturdieron al marino con el relato de sus aventuras. Hablaban sin descanso y tan agitados, que a veces el pasivo oyente les interrumpía:

—No griten. Calma, niños. No accionen tanto que me marean. Hablen sentados y tranquilos, sin saltar, sin atropellarse, sin dejarme sordo con sus exclamaciones. Por fin se impuso de todos los acontecimientos ocurridos durante su ausencia.

—¿Qué planes tiene, papá? —inquirió Juan.

—Mira, chiquillo, lo primero que haremos, es dar un paseo. En estos meses de navegación, he añorado a mis hijos y muchas veces imaginé que les acompañaba en una caminata feliz por la costa y el campo de mi patria. Quiero realizar ese sueño. Después pensaremos en enigmas y misterios y en la manera de solucionarlos. Ahora no deseo ser detective, sino un padre orgu-



—Perdone que lo molestemos, señor Belmar.

20%

DE DESCUENTO

sobre cualquiera sus-
cripción anual.

Sólo por \$ 208.—neto.

podrá recibir en su ca-
sa la revista SIMBAD

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual
de

NOMBRE

CIUDAD CALLE

CASILLA

dijo Hugo Belmar—. El tiempo está muy cambiante.

—¡Capitán!

Luisa Sharp apareció con un haz de leña.

—¿Ha regresado, señor?

—Sólo por una semana, señora Sharp. ¿Qué novedades me cuenta?

—Usted seguramente ya las conoce. Vengan a mi casa. Es hora de almorzar.

En la casa de Luisa, que a veces era acogedora y en otras ocasiones causaba aprensión a sus visitantes, almorzaron el marino y los jóvenes.

Luisa, yendo y viniendo con los platos, decía:

—Se formó un escándalo porque descubrieron la caverna de los contrabandistas. La gente es exagerada.

lloso que sale a lucirse con sus hijos y con el buen amigo de ellos, Mauricio.

La idea fué aprobada y media hora más tarde Lidia bajaba la escalera vestida con un traje nuevo.

Mauricio y Juan lanzaron un silbido de admiración. Hugo Belmar sonrió:

—Te ves preciosa, hija mía.

El sol iluminaba la blanca playa. Sobre las rocas brillaban las algas como redes doradas. En el bosque de pinos las aves trinaban y un adormecedor susurro de insectos se extendía por el follaje.

—Agradable calor —

—Los carabineros son más exagerados —murmuró Juan, burlesco—. Sospecharon de mí.

—¿De usted? Eso es una tontería. Daniel les habló claro.

—¿Daniel? ¿Está preso?

—¿Cómo se le ocurre? —protestó la señora Sharp—. Fué él quien descubrió a los contrabandistas.

Muchas noticias desconcertantes habían oído los hermanos Belmar y Mauricio Maré, pero aquélla era la más absurda.


—¿El descubrió a los contrabandistas? ¿El los denunció y los entregó a la justicia? —exclamó Juan.

—¿Por qué habla como si Daniel fuera un Judas que traicionó a sus compañeros?

La indignación de Luisa parecía sincera. Pero ninguno de sus oyentes podía creer en ella. Imaginaron que gritaba, ofendida:

—¿Pretenden insinuar que mi antepasado Bartolomé Sharp arrasó La Serena? ¿Pero quién inventó esa calumnia?

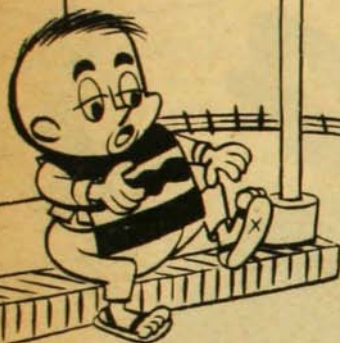
(CONTINUARA)



—Te ves preciosa, hija mía —dijo el capitán Belmar a Lidia.

Ponchito

¡CARAMBA, YA COMENZÓ OTRA VEZ!



CAMINARE UN POCO PARA QUE SE ME PASE



¡AAAH, YA SE' LO QUE ME PUEDO PONER!



LE DARE BASTANTE CUERDA...



...Y LO AMARRO BIEN FIRME



¡NIÑO TONTO! ¿POR QUÉ ANDAS CON ESE DESPERTADOR EN LA PIERNA?



¡PORQUE A CADA RATO SE ME QUEDA DORMIDA, ABUELITA!



El dragón de Flandes

CAPITULO XVI.- El dragón invencible.

Tristán, el Hijo del Lobo, decidió regresar a la ciudadela sitiada por el mar. Todos sus habitantes huyeron, aterrizados por un verdugo cuyo nombre no se atrevían a pronunciar.

—¿Quién es? ¿Quién? —había insistido Tristán, pero nadie le respondió. Ni los fugitivos, consumidos por el espanto, ni el pueblo de pigmeos, que, aunque no hablaba porque carecía de voz, pudo indicar por gestos cuál era el enemigo.



Comprendiendo que no obtendría noticia alguna, el doncel bogó solo hacia el castillo desierto. Cruzó ante otras fortalezas sumergidas. La fatídica bandera amarilla flameaba en las torres, anunciando epidemia, hambre y miseria. A veces, en las almenas o torreones vislumbraba rostros desfigurados por el terror.

Una voz desfallecida o alarmada preguntaba:

—¿Quién va?

—Tristán, el Hijo del Lobo. Derrotaré a vuestro opresor. Decidme su nombre.



Por las almenas asomaban rostros desfigurados por el terror.

Las cabezas temerosas, desaparecían, y el silencio se extendía nuevamente.

—Nadie responde. Oh Mago Merlín, mi protector, sólo tú, con tus ojos que penetran el misterio, sabrías decirme quién es y dónde se oculta mi enemigo.

Continuó bogando en el silencio y la soledad. La voz de un centinela interrumpió la

calma. Había avistado al solitario navegante, y daba el alerta. El puente levadizo fué bajado, y Tristán penetró en aquel castillo. Los únicos sobrevivientes eran cinco o seis guardias y un noble, el conde Lardino. Acogió al joven héroe, y, al saber cuál era su misión, declaró, con un gesto abrumado:

—Es inútil. Nadie podrá vencerlo. Y yo soy el culpable de la ruina de Flandes.

—Explicaos —demandó Tristán.

—Estudié magia, llevado por mi ambición. Deseaba ser poderoso y ocupar el trono de Flandes. Podía crear monstruos y me perfeccioné en esos avatares. Y un

día surgió de mi maligno poder el... el dragón de Flandes.

—¿Es a él a quien temen todos?

—Sí. Vive en el mar y domina las aguas. Yo alimenté su crueldad y declaré al país que el dragón exigía víctimas. El rey legítimo fué conducido al mar por sus atemorizados vasallos. Nobles y doncellas fueron también sacrificadas. El dragón insaciable re-



—Yo soy el culpable de la ruina de Flandes.



Lardino podía crear monstruos con su magia.

Tristán recordó a Viviana, la hechicera del lago.



quería más víctimas, y el océano inundó la tierra. Los héroes que osaban desafiar al dragón eran exterminados por sus garras o su aliento envenenado. Creí que había llegado la hora de mi triunfo, y pregoné por todo Flandes que si era elegido rey, cesarían la desolación y la muerte. Nadie se opuso, nadie... pero... Pasó por su frente la mano trémula. Su mirada se tornó más sombría, al añadir:

—El dragón no volvió al círculo infernal de donde yo lo extraje, y continuó devorando al pueblo de Flandes. Yo, su creador, no soy capaz de contenerlo ni de destruirlo. También, como todos, estoy acorralado en mi castillo, y mi escolta y mi servidumbre se reducen a los guardias que habéis visto.

Hundió el rostro en sus manos, y luego agregó:

—También yo tiemblo.

Tristán recordó a Viviana, la hechicera del lago. Ella, como Lardino, abusó de su magia y fué egoísta y cruel. Su castigo hubiera sido perder la belleza y convertirse en una mujer decrepita, roída por la vejez. Tristán la salvó de ese horrible destino. ¿Podría librar ahora al ambicioso conde, amenazado por su propio monstruo y atormentado por los semordimientos?

—Sólo me queda una esperanza —dijo Lardino.

—¿Cuál es esa esperanza? —le preguntó Tristán.

—El caballero del mar. Si él no mata al dragón, nadie podrá hacerlo.

Tristán regresó a su balsa. Al llegar a la ciudadela de Arcadio, vió en el puente al caballero del mar. Por las crines de su caballo se escurría el agua salada del mar. El héroe se había quitado el yelmo. Su mirada expresaba desaliento.

—He fracasado —pronunció antes de caer.

El Hijo del Lobo contempló el cuerpo inerte, y dijo con voz solemne:

—Yo no fracasaré.



—He fracasado.



—Yo no fracasaré.

(CONTINUARA)

Concurso Semanal



El dibujo representa una conocida frase popular. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 197.— 1, cauce; 2, hacha; 3, aviso; 4, nunca; 5, cisne; 6, Haití; 7, India; 8, terco; 9, Oscar.

PREMIADOS CON: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".— Tegualda Echiburú, Quillota; Roberto Medina, Valparaíso; Antonio Rojas, Santiago; Gladys Maygret, Curicó; Gerardo Osorio, Quillota; Sergio Flores, San Bernardo. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Anita Rodríguez, Talca; Mónica Azócar, Santiago; Verónica Cosoy, Santiago; María Cordero, Santiago; Carlos Adolfo García, Santiago; Eugenio Ossa, Santiago; Víctor López, Curicó; Jorge Tapia, Villa Alemana; Marcelo Muñoz, Valparaíso; María Elena García, Santiago. **UN LAPICERO FUENTE.**— Ana María Conte, Viña del Mar; Tusnilda Maldonado, Los Andes; Marcial Avendaño, Molina. **UN LAPIZ AUTOMATICO.**— Waldo Plaza, Santiago; María Eugenia Villegas, Quillota; Fernando López, Santiago. **UN JUEGO LUDO.**— Manuel Maripán, San Bernardo; Luis Alberto Torres, Santiago; Ernesto Hengstenberg, Viña del Mar; Gloria Kistteiner, Valparaíso; Alfredo Mac Hale, Santiago; Guillermo Toledo, Santiago. **UN VITALMIN.**— Pedro Ramón Bórquez, Quilpué; Ximena Chicago, Santiago; Luis Abasolo, Santiago; Jaime Mella, Santiago; Jorge Eduardo Lira, Santiago; Silvia Mora, Santiago; Clymené Aldunate, Valparaíso; Alicia Escudero, La Calera; Jorge Schoder, Santiago; María Inés Carod, Santiago. **UN LIBRO.**— Carmen Bordalín, Santiago; Pedro Forbeck, Santiago; Gloria Wittig, Quilpué; Gladys Cuevas, Santiago; Carlos Foulloux, Santiago; Eduardo Federici, Valparaíso; Carmen Paniagua, Los Andes; Berta Ribó, Santiago; Oscar Raúl Rojo, Santiago; Consuelo Muñoz, Curicó; Humberto Pozo, Iquique.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 198



Juan y Juanita



3. Los niños "de tan inocente aspecto" vieron crisparse las manos asesinas de Sicali y comprendieron que debían alejarse lo más rápidamente posible. Eligiendo caminos apartados, llegaron al puerto. "—Escondámonos en ese barco —propuso Juan a su hermana—. Vamos."



4. "—¿Y si nos descubren?", murmuró la niña, temerosa. Juan replicó: "—No será la primera vez que descubran "pavos" a bordo. Y ellos, por lo menos, no nos matarán, como el capitán Cien-truenos. La pasarela no está vigilada. Ven, Juanita." Y ambos se deslizaron veloces por el solitario puente.

(CONTINUARA)

¿DE QUÉ TRATA ESE LIBRO, PELUSITA?



¡DE LA ELECTRICIDAD, SEÑORITA!



¿Y HAS APRENDIDO MUCHO?



¡CLARO, YA LO ESTUDIÉ ENTERO!



A VER, ¿PARA QUÉ SIRVE LA ELECTRICIDAD?



¡PARA RACIONARLA, SEÑORITA!



Simbad

EL OSO ALADO

\$ 5.-



200



Juan y Juanita



CAPITULO XI.—ENTRE LOBOS DE MAR



1. Huyendo del cruel capitán Vitorio Sicali, Juan y Juanita subieron clandestinamente a bordo del "Primavera". "—¡Alguien viene!", susurró Juanita. Apenas tuvieron tiempo de esconderse y pasó un marinero. Cantaba entre dientes una canción y de su pipa surgían nubes de humo. "—Ya pasó", anunció Juan.



2. Esperaron que la silueta del lobo de mar desapareciera por completo y luego se dirigieron a una escotilla. "—Con cuidado, Juanita", advirtió el niño, mientras bajaban en la obscuridad. Súbitamente resbaló por la escalera y perdió el conocimiento al golpearse la cabeza en los peldaños.

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 1.º-VII-1953 — N.º 200

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

CAPITULO II.— *Aparece Miles Hendon.*

El príncipe Eduardo, desesperado con las burlas de la muchedumbre, seguía diciendo que él era hijo del rey Enrique VIII.

—¡Oíd, cerdos! —gritó un truhán—, ¿Por qué no caéis de rodillas ante la regia presencia y los reales andrajos de Su Gracia?

La ralea le persiguió por las calles. Manos plebeyas le maltrataron y hasta los perros intervinieron, mordiendo al príncipe y desgarrando aún más sus harapos.

—Aquí te pillé, granuja fanfarrón —gruñó Juan



El príncipe y el mendigo

Canty, apareciendo entre la turba y creyendo él también que el muchacho vestido de andrajos era su hijo—. Otra vez con tus estupideces. Yo te enseñaré a creerte príncipe.

Los ojos azules que se alzaron hacia él reflejaban la esperanza.

—Ah, ¿eres tú su padre? —exclamó el príncipe—. Entonces ve por tu hijo a palacio y devuélveme al sitio que me corresponde.

—Sé que te corresponde una soberana paliza —replicó el borracho.

—Llévame al rey, mi padre, y él te enriquecerá. Ayúdame y sálvame. Soy el príncipe de Gales.

—Está loco —exclamó Juan Canty—, pero loco o no, tu abuela y yo no te dejaremos hueso sano.

Con una zafia carcajada, alzó con una de sus manazas al heredero del trono de Inglaterra y desapareció con él en su miserable vivienda.



—Aquí te pillé, granuja fanfarrón —gruñó Juan Canty.

al suelo y la dejó sin aliento. Juan rió a carcajadas y luego invitó:

—¿Qué esperamos, madre, para sacudir el polvo a Su Alteza? Y entre el rufián y la vieja golpearon al príncipe. Aquélla fué la primera noche que pasó Eduardo Tudor sobre un haz de paja maloliente, percibiendo el llanto de la madre y la respiración atemorizada de las niñas, Nan y Bet.

Al día siguiente, se halló nuevamente entre la multitud burlesca y cruel. De pronto se abrió paso un joven alto. Su justillo y calzón eran de rica tela, pero descolorida por el uso y su encaje de oro estaba deslucido. Traía ajada la gorguera y la pluma de su chambergo estaba quebrada. Al costado ostentaba un largo estoque.

A la incierta luz de una vela de sebo, Eduardo distinguió a dos niñas harapientas y a una mujer de triste expresión. Las hermanas y la madre de Tom Canty. En otro rincón vió a una bruja de revueltas greñas.

—Repíte quién eres —exigió el bellaco Juan Canty.

—Soy Eduardo, príncipe de Gales y no otra persona.

La altiva respuesta clavó los pies de la bruja

—¡Atrás todos! —gritó Miles Hendon—. Sea príncipe o no ese niño, no debéis maltratarlo. Animo, muchacho. Eres valiente y tienes en Miles Hendon un amigo. La gente comenzó a gritar:

—Otro príncipe disfrazado.

La turba se cerró sobre el guerrero, que se replegó contra una tapia y empezó a repartir cintarazos a diestro y siniestro.

Había hecho ya muchas víctimas, cuando resonó el clarín y una tropa de jinetes cargó sobre la chusma. El intrépido Miles cogió al príncipe en brazos y huyó hacia su humilde morada.

Apenas llegaron allí, cuando, desde la torre, se oyó la voz de un heraldo que anunciaba:

—EL REY HA MUERTO.

Eduardo se dejó caer sobre la única silla que había en el aposento y gimió:

—Mi padre ha muerto.

—Pobre niño, está loco algo que comer.

Se afaná el joven y cuando la merienda estuvo dispuesta, invitó al niño. Se disponía a coger otra silla para sentarse, cuando el príncipe dijo indignado:

—¡Vive Dios! ¿Vas a sentarte en presencia del rey?

Miles, asombrado, se levantó sin protestar y situándose detrás del



Miles Hendon repartió cintarazos entre la apestosa ralea.

El príncipe mendigo nombró a Miles par del reino.



rey, se preparó a servirle de la manera más cortesana de que era capaz. El rey dijo entonces:

—Te nombraré par de mi reino y tendrás el privilegio de sentarte ante el rey de Inglaterra. Dame tu espada.

El príncipe dió a Miles el espaldarazo, tal como lo había visto hacer a su padre cuando ennoblecía a uno de sus súbditos.

—Gracias, Sire —dijo Miles—. Ahora, si le place a Su Majestad, puede dormir en mi pobre lecho. Yo velaré su sueño.

El príncipe, adolorido de cuerpo y de alma, se durmió profundamente. Miles meditaba:

“Heme convertido en par del reino de los sueños y de las sombras. Pero no puedo reírme, porque esto no es una farsa para él. Y no seré yo quién lo desilusione o lo ofenda.”

Veamos entretanto lo que acontecía a Tom Canty.

Juana Grey se arrodilló, abrumada.



Transcurrió una hora y como el príncipe no regresaba, Tom se sentó en un sillón y se quedó dormido. Cuando despertó había en la estancia dos consejeros reales y seis pajes que le saludaron con grandes reverencias.

—Se burlan de mí —balbuceó Tom.

Luego un paje anunció:

—La princesa Juana Grey. Apareció una hermosa dama que, al ver el rostro demudado de Tom, preguntó inquieta:

—¿Qué te aqueja, mi señor?

El mendigo vestido de príncipe gimió:

—¡Ah! Ten piedad de mí. No soy señor, sino el pobre Tom Canty. Te ruego que me dejes ver al príncipe, para que me devuel-

va mis andrajos. ¿Por qué habré venido aquí para que me quiten la vida?

Cayó de rodillas, suplicando, y la doncella retrocedió horrorizada.

—¡Oh, mi señor! ¿De rodillas? ¿Y ante mí?

También se arrodilló, abrumada, y luego huyó con espanto.

Otra vez los cortesanos rodearon al supuesto rey, para conducirlo a su alcoba. Tom quiso alcanzar una copa de agua, pero antes que la cogiera, un servidor vestido de seda y terciopelo se la ofreció en una salvilla de oro. Cuando intentó quitarse las zapatillas, otro criado, asimismo ataviado de raso, se arrodilló y le evitó el trabajo.

Me sorprende que no se empeñen también en respirar por mí —pensaba el niño, al ver que los criados no le dejaban servirse por sí mismo.

—¡Déjenme solo! —gritó por fin Tomás Canty.

Todos salieron de la regia estancia y el cautivo se puso a llorar con desesperación.

El rumor de su llanto se esparció por el palacio y un espantado susurro voló de lacayo en lacayo, de caballero en



Los cortesanos rodearon al rey.

dama: “¡El príncipe está loco!”

Hasta que un oficial de la guardia real proclamó:

—¡En nombre del rey! Nadie preste oídos a esa falsa y necia calumnia, bajo pena de muerte, ni hable de ella ni la repita. ¡En nombre del rey!

Y todos los labios quedaron sellados.

Más tarde el pobre Tom compareció temblando ante Enrique VIII, quien le dijo:

—¿Cómo estás, milord Eduardo, príncipe mío?

Y al advertir el temor del niño, le atrajo hacia sí, consolándole con paternas palabras.

(CONTINUARA)



LA ESMERALDA DE KALI

CAPITULO V. TEMPLO DE KALI



1. Gavani, capitán de lanceros del maharajá de Vijna, deseaba penetrar en el palacio de Katmana, a fin de descubrir a los criminales que robaron la esmeralda de Kali. Un tigre aterrizó a las aldeas nativas y decidió darle caza. En aquella lucha entre el hombre y la bestia, venció Gavani.

3. A su paso, los nativos les aclamaban. La noticia de que habían exterminado al tigre, se esparció por las aldeas y ciudades. Sus habitantes invocaban la protección de los dioses para los dos valientes. Gavani pensó: "—Necesitamos ese amparo, porque tal vez Kali nos ha maldecido".



2. Al avanzar, los cazadores descubrieron el cuerpo sin vida del cornac. "—Fue muy imprudente —murmuró Naguib, consternado—. Quiso vengar la muerte de su madre y sucumbió él también bajo las garras del tigre." Los dos amigos cambiaron el elefante por caballos y continuaron su ruta.

4. Por fin se hallaron en presencia del rajá de Katmana, quien dijo: "—Prometí cien mil rupias a quien matara al tigre. Son vuestras, capitán Gavani". El oficial, inclinándose, declaró: "—Las cedo a los parias, para aliviar su pobreza". El rajá observó: "—Eres generoso. Ordenaré festejos en tu honor".



LA ESMERALDA



5. Al día siguiente, las festividades anunciadas reunieron una gran multitud. Las danzarinas recorrían las calles, y los hombres, fanáticos adoradores de Kali, gritaban el nombre de la diosa destructora. Un faquir, que permanecía inmóvil, como si oyera voces que no eran terrenales, se levantó frenético.



6. "—¡Los sacrílegos, los profanadores de Kali!", aulló. El caballo que conducía la litera del rajá se espantó y casi volcó el carruaje con el soberano y sus dos huéspedes. "—¿Qué dices, santo hombre?", preguntó el rajá, y el faquir denunció: "—¡Esos hombres han venido a robar la esmeralda de Kali!"



DE KALI



7. "—¿Es verdad eso?", inquirió el rajá. El capitán de lanceros repuso: "—No hemos venido a robar, sino a recuperar la esmeralda. Condúcenos al templo, Katmana". Habló con audacia y fué obedecido. El rajá condujo su carruaje al templo y avanzaron entre una multitud hostil que gritaba: "—¡A muerte!"



8. "—¡Mueran los profanadores!" El eco de los aullidos y maldiciones se apagó cuando el rajá y sus acompañantes penetraron en el templo. En el interior reinaba un profundo silencio. Gigantescas estatuas se perfilaban en la penumbra. Y de pronto los guardias cayeron sobre Gavani.

(CONTINUARA)



Erase que se era un oso que adoraba el salmón en lata. Nada le gustaba más. Ni la miel silvestre.

Muchas veces quiso apoderarse de un tarro en la despensa de las viviendas cercanas, pero las dueñas de casa lo corrían a escobazos.

—Me emplearé en la fábrica de conservas —decidió un día.

En la fábrica necesitaban tantos operarios, que contrataban a cualquiera.

—¡Por fin podré hartarme de salmón! —suspiró el oso. Pero al todos trabajaban con tal rapidez, que no había tiempo de comer. Si el oso se detenía un segundo en su faena de enlatar, se le formaba una montaña de pescados y el capataz se acercaba gruñendo:

—¡Más rápido, señor Oso! —decía, moviendo su cabeza con desaprobación.

Y él, ante el peligro de que lo despidieran, trabajaba como un relámpago, echando salmones a las latas, sin siquiera aspirar el sabroso olor.

El overol le molestaba para moverse y la corbata casi lo ahogaba. Y los zapatos le oprimían tanto las patas que en cada hora que pasaba parecían ponerse más chicos.

Cuando regresó a su caverna, estaba tan cansado, que apenas

...pudo desvestirse y sacarse los zapatos. La corbata no la alcanzó a desatar y se durmió profundamente.

Y soñó con un osito rosado que llegaba en una nube. En su pequeña zarpa sostenía una varita de virtud.

—¿Quién eres? —preguntó nuestro oso.

—Yo soy un osito-hada —respondió la aparición.

—Si no estuviera tan cansado, me reiría. No hay osos-hadas y tú estás chiflado.

Aunque la respuesta era descortés, el osito fantástico añadió:

—No lo crees, pero aquí estoy.

Inclinándose, tocó con su varita los hombros del incrédulo.

—Quiero concederte un deseo.

—No creo que seas hada —insistió el oso—, pero supongamos

soñó con un osito rosado.



que es cierto y te pido tres cajones de salmón en conservas. ¿Es mucho pedir?

—No. Eres un oso bueno y mereces que cumpla tu deseo. Luego de decir esto, se desvaneció en el aire.

Al despertar, el oso se sintió descansado y alegre. Durante la noche, el nudo de la corbata se soltó, dejándole respirar. El overol no parecía tan almidonado y duro y los zapatos no le causaban muchas molestias, y eso que se los puso al revés.

Dió una mirada en torno suyo para ver si estaban los tres cajones de salmón prometidos por el osito-hada, pero no había ni señales de ellos.

—¡Bah! No hay osos-hadas —murmuró, disimulando su desilusión.

Tuvo un día feliz. Almorzó doce cajas de salmón y, aunque no era la cantidad que él hubiera querido devorar, se sintió dichoso. Esa tarde advirtió un extraño malestar en los hombros.

“¿Lumbago?”, pensó, y antes de acostarse, se frotó la espalda con un apestoso aceite que un charlatán le vendió diciéndole que era linimento.

Soñó otra vez que venía el osito-hada. Lo vió arrugar la naricilla y oyó que preguntaba:

—¿De qué es ese horrible olor?

—Linimento, que me puse en los hombros.

—Eso nunca ha sido linimento, sino aceite para estufas. Déjame limpiarte.

Con un puñado de pasto secó el aceite.

—¿Qué pasa con tus hombros? —indagó después.

—Creo que tengo lumbago o reumatismo en el lomo.

—No te preocupes de tus hombros. Van muy bien.

Y dichas estas palabras, desapareció.

El oso amaneció aún mejor que el día anterior. Se encaminó al trabajo, sintiéndose más liviano que nunca, tan liviano que no tocaba el suelo. Cuando se dió cuenta de esto, exclamó:

—¡Es imposible!

Pero en realidad estaba volando y percibió en sus hombros el movimiento de sus alas. Eran invisibles, pero lo importante es que lo llevaban a través del espacio.

“¡Alas! —pensaba maravillado—. ¿Qué haré con ellas? ¿Cuándo se ha oído hablar de un oso alado? Yo quería cajones de salmón no alas.”



El oso voló hacia el mar.

Aterrizó para meditar. De pronto apareció el osito-hada.

—Estoy soñando en pleno día —dijo el oso—. ¿Dónde están mis salmones?

Su protectora le contestó, con una risilla:

—Olvidé hablarte de tu radar.

—Dejemos el radar. ¿Dónde están mis salmones?

—El radar es importante. Lo tienes en la frente. Supongo que sabes lo que es el radar...

—Sí, por supuesto, pero mis salmones...

—Todo va bien.

Y el osito-hada se esfumó.

El oso suspiró tristemente:

—Tengo alas y radar. Soy un fenómeno. Y todo porque deseaba un poquito de salmón.

Recordó que sus alas y el radar eran invisibles y se consoló pen-

sando que nadie le miraría como a un fenómeno. Trabajó como de costumbre y en la tarde oyó que el capataz decía:

—Viene una carga de salmones, pero ignoro si llega hoy o mañana. No sé si mandar a los operarios a sus casas o retenerlos aquí por si llega el embarque.

—Yo puedo averiguar eso —declaró el oso.

Subió al techo para que nadie lo viera, y voló hacia el mar, accionando su radar. Vió la flota y distinguió hasta las escamas de los pescados. Calculó el tiempo que tardarían los barcos en llegar al puerto y regresó a informar al capataz. El dijo:

—No sé cómo puedes estar tan seguro de que recibiremos el embarque dentro de dos horas. Pero confío en ti y diré a los operarios que se queden a trabajar tiempo extra.

El hombre y el oso se sentaron a esperar, nerviosos. El capataz se mordía las uñas y el plantigrado se roía las garras.

—Si aciertas, te daré tres cajones de salmón cada vez que me informes —ofreció el hombre.

La carga llegó a la hora justa anunciada por el oso y el capataz gritó:

—¡Has ganado tu salmón, muchacho! Iré a buscar un camión para que lo lleven a tu casa. —No se moleste, jefe. Me los comeré a aquí mismo.

Y entre salmón y salmón, pensaba con gratitud en el osito-hada, que cumplió su promesa.

F I N

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

20%

Sólo por \$ 208.-neto.

podrá recibir en su casa la revista **SIMBAD**

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

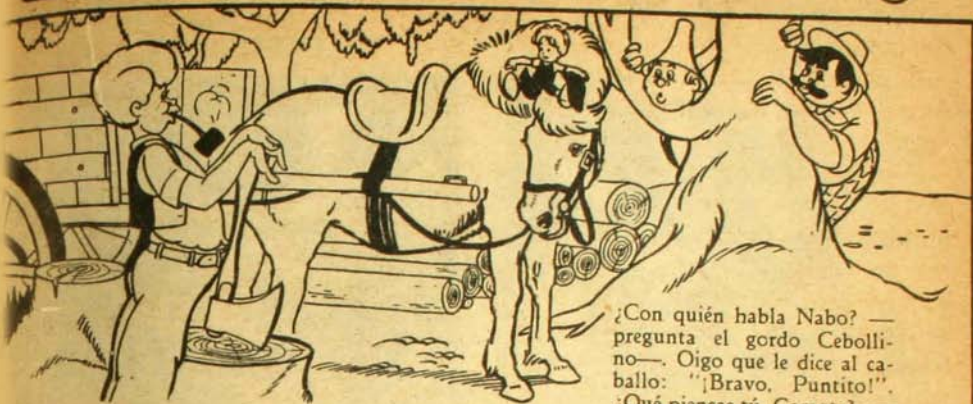
Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$
..... por una suscripción anual de

NOMBRE

CIUDAD CALLE

CASILLA

PUNTITO



El labrador Nabo se siente sumamente orgulloso de su hijo Puntito, que lo ayuda en las faenas del campo.

¿Con quién habla Nabo? — pregunta el gordo Cebollino—. Oigo que le dice al caballo: "¡Bravo, Puntito!". ¿Qué piensas tú, Camote? — Pero Camote está muy asombrado para contestar.



Te ganaste el almuerzo, hijo mío.



¿Has visto? ¿Y has oído? —dice Cebollino a su amigo Camote—. Ese niño, más pequeño que Pulgarcito, haría nuestra fortuna. Le pediré a Nabo que me lo venda.



¿Qué ocurrencia tan estúpida! —grita papá Nabo, indignado—. ¿Vender a mi hijo? ¡Ni por todo el oro del mundo! Cebollino, eres un cretino. Camote, eres un tontote.



Papá Nabo fuma, furioso, su pipa. Puntito sube a su hombro. Se le ha ocurrido una idea. ¿Adivinan ustedes cuál es?

(CONTINUARA)



MUNDO

CAPITULO IV.—SALVADO

SECRETO

POR UN SALTAMONTES



1. Luis Baner era perseguido por un grillo hortelano, insecto que vive en galerías practicadas debajo de la tierra. Cuando las antenas erizadas le rozaron la espalda, enfrentó a su enemigo, amenazándole con el aguijón de una avispa. El sub-rayo lo había convertido en un hombre microscópico, indefenso.



2. Sin esperanzas de vencer en aquella desigual batalla, intentó hundir la lanza en el cuerpo acorazado. Aquel insecto era duro como un crustáceo. "—Estoy perdido", murmuró Luis, pero en aquel instante se produjo un derrumbe de tierra. Sobre la cabeza del joven se abrió un forado.



3. Luis divisó la azulada luz del día y luego por aquella abertura penetró un objeto verde como una vaina de arvejas, que se balanceaba suavemente. Luis comprendió que aquella era su oportunidad para salvarse. El grillo, sorprendido, retrocedió, y entonces el joven se cogió del péndulo verde.



4. El apéndice, cuando Luis se aferró a él, se agitó con violencia y el joven temió quedar sepultado. Pero aquello ascendió a la superficie de la tierra y, con una sacudida más recia, se libró de su carga. Al caer Luis, resonaron alegres risas, lanzadas por Roberto, el profesor Greg y Yara.



MUNDO SECRETO



5. "—¿De qué se ríen?", protestó dolorido. "—Qué manera tan original de surgir de la tierra —sonrió Yara—. Mira quién te rescató." Luis vio a un saltamontes, cuya verde cola aún se agitaba frenéticamente. "—Quería depositar sus huevos, y tú lo interrumpiste", añadió Yara, riendo a carcajadas.



7. Un nuevo problema se presentó a los audaces exploradores del mundo de los insectos. ¿De qué se alimentarían? El profesor Greg dió la solución. "—Si quieren leche, en este árbol hay vacas." Los tres jóvenes le miraron asombrados: "—¿Vacas?". Greg repuso: "—Vengan. Siganme".



6. "—Gracias, saltamontes —dijo Luis, dando cariñosas palmadas al pacífico insecto, como si se tratara de un animalillo favorito—. No sabes de qué terrible peligro me salvaste." Cumplida su buena acción, el saltamontes remontó el vuelo y se perdió entre los árboles. Luis relató entonces su aventura subterránea.



8. Subieron, utilizando las asperezas de la planta. "—Extraña escala", observó Roberto. Llegaron al follaje y avanzaron por las enormes hojas. A veces tropezaban en la nervadura verde. Una intensa fragancia vegetal les envolvía. De pronto Yara exhaló un grito y Luis, de un salto, estuvo junto a ella, para protegerla.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO XIII. — El curandero se transforma en héroe.

Luisa Sharp invitó a almorzar a los moradores del castillo y mientras servía una comida a la chilena, defendía calurosamente al curandero Daniel.

—Denunció a los contrabandistas y creo que fué él quien provocó el derrumbe de la caverna.

Por cierto que los jóvenes Belmar y Mauricio Maré se resistían a admitir que aquel personaje siniestro y misterioso se convirtiera de la noche a la mañana en un héroe que ayudaba a la ley a castigar malhechores. Los tres evocaron al pirata Bartolomé Sharp, antepasado de Luisa, y pensaron que ella era muy capaz de defender al bucanero y jurar que cuanto se había dicho de su asalto a La Serena y de sus correrías por la costa de Coquimbo eran puras invenciones de los historiadores.

—Yo digo que... —empezó a decir con el cucharón en alto, en actitud amenazadora.

En ese instante resonaron dos recios golpes en la puerta.

—¿Quién será? —preguntó Luisa Sharp—. No espero a nadie. Acudió a abrir. En el umbral se destacó la silueta de un hombre alto, vestido con cierta elegancia. Su rostro rasurado mostraba, sin embargo, la sombra de una poblada barba. Entró sin ceremonia, saludando a los presentes como si les uniera una antigua amistad.

RESUMEN: Lidia y Juan Belmar habitan un antiguo castillo, al cual denominan "Nido de Águilas". En la región conocen a extraños personajes: Luisa Sharp, descendiente del pirata inglés; Daniel, un curandero, a quien todos temen; la institutriz Daniela Belma, que un día desaparece; Adrián Montes, nieto de Luisa Sharp, que a veces inspira confianza a Lidia, pero en en otras ocasiones despierta sus sospechas. Una noche hay un derrumbe en los roquedales cercanos al castillo y queda en descubierto una caverna de contrabandistas.

Todos le miraron desconcertados. ¿De dónde venía aquel desconocido? ¿Y por qué entraba en la casa como si le perteneciera.

—¿Y bien? ¿No me reconocen? —preguntó él, con una sonrisa burlesca—. ¿O no tengo derecho a lucir mi verdadero rostro?

Luisa balbuceó:


—Es usted... Daniel...

—El mismo. Terminada la misión que me propuse, puedo aparecer ahora tal como soy. Lidia Belmar, su hermano y Mauricio trataban de imaginarse a aquel hombre con la hirsuta barba del curandero.

—¿Qué significa esto? —exclamó el capitán Belmar—. ¿Ha estado usted representando una comedia?

—He dicho que cumplía una misión. Pasé mi juventud viajando. Abandoné a mi familia y me vi mezclado en una acusación de espionaje. Descubrí que el hombre interesado en inculparme, se dedicaba también al contraban-

—¿Y bien? ¿No me reconocen?



do. Pasé algunos amargos años en la cárcel y por fin salí en libertad, por falta de pruebas. Pero mi inocencia no se demostró y decidí rehabilitarme. Regresé a mi patria y supe que en la costa de Coquimbo actuaba una banda de contrabandistas, que la policía no había logrado capturar. Ofrecí mis servicios al comisario y me instalé en una caverna marina, como un vagabundo sin hogar. La caverna me servía de observatorio y al transcurrir el tiempo trabé conocimiento con algunos contrabandistas. Pero quería descubrir al jefe, y continué fingiéndome cómplice de la banda y apareciendo ante el pueblo como un curandero y mago, a quien los ingenuos pobladores de Coquimbo temían. Me buscaban, sin embargo, para que curase a sus animales y también a algunos enfermos. En mis andanzas aprendí a curar con yerbas. Pero antes de continuar, ¿me permiten sentarme?

Todos estaban tan ab-

—Fingí ser cómplice de la banda de contrabandistas.



sortos oyéndole, que no tuvieron la idea de ofrecerle una silla. Luisa Sharp, como dueña de casa, le invitó. Daniel se quitó el sombrero, el grueso abrigo y la bufanda de seda. Tomó asiento y reanudó su relato:

—A fin de no ser descubierto y también para conocer a mi familia, sin ser reconocido, viví en el antro del “brujo Daniel”. Antes de ser acusado de espía, había labrado una gran fortuna que tenía depositada en varios bancos de Europa. Esta precaución me salvó de quedar arruinado. Pensé examinar a mis familiares para deducir si merecían o no que les diera una herencia. Y a la primera que estudié silenciosamente, sin que ella lo sospechara siquiera, fué a Luisa Sharp.

—¿A mí? —gritó Luisa, asombrada—. ¿Yo soy pariente de usted? Parecía abrumada por aquella declaración, y los que presenciaban la escena sonrieron.

“Valiente parentesco, entre una pirata y un brujo”, pensó Mauricio, y se esforzó para no estallar en carcajadas.

—Soy el padre de Adrián —declaró Daniel.

Mauricio olvidó su silenciosa risa. Lidia se irguió, pálida de asombro. Juan no pudo reprimir una ruidosa exclamación. Luisa Sharp, con el rostro enrojecido, parecía cercana a sufrir un síncope.

—¿Usted, Daniel Montes?

—Sí, Luisa, y espero que perdone mi larga ausencia. Yo me casé con su hija y me la llevé inmediatamente a viajar. Más tarde le enviamos al niño, Adrián, y después no volvió a tener noticias nuestras.

—Exacto. Yo casi nunca le vi y si alguien me hubiera preguntado cómo era mi yerno, hubiera dicho que conocía mejor la cara de Bartolomé Sharp.

—Mi esposa murió en Berlín y seguí viajando, para olvidarla. Me sumí en la desesperación y no me preocupé de mi hijo, ni de mi hermana menor, que más tarde se casó con un miserable, el mismo que me inculpó de sus crímenes.

Guardó silencio un instante y luego prosiguió:

—Observaba las idas y venidas de los contrabandistas. Practiqué algunos forados para descubrir sus escondrijos. Ustedes recuerdan, jóvenes, que un día nos encontramos en las profundidades de la roca y que yo les prohibí seguir excursionando por los túneles. Era peligroso. Hubieran podido caer en manos de los con-

trabandistas, que, al verse descubiertos, no hubieran vacilado en ultimarlos.

Juan, Lidia y Mauricio sonrieron. En esa ocasión el "brujo" Daniel les atemorizó únicamente para protegerlos. Su presencia no podía ser más diabólica y amenazante. Sin embargo, su deseo era alejarlos del peligro.

—La parte más difícil de mi comedia fué atemorizar a mi hijo Adrián. Luisa confiaba en mí para hacerlo obedecer. Por ejemplo, cuando le obligó a ir al castillo para que descubriera sus secretos.

—¿Entonces es verdad que se introdujo en nuestra casa para espiarnos? —exclamó Lidia impetuosamente—. Lo había sospechado, pero me resistía a creerle tan desleal.

—No sea injusta con él, señorita Lidia. Adrián y yo acordamos... Vaciló antes de seguir.

—Debo confesar que mi querida viejita Luisa tiene ideas peregrinas. Por ejemplo, resucitar la fama y las hazañas de Bartolomé Sharp. Es decir, piensa en la audacia, en la aventura y la gloria bucanera, sin meditar en que las correrías de los piratas significan muerte y destrucción. Perdóneme, Luisa, que sólo ahora le hable con franqueza. Usted sabía que, huyendo de los piratas, Francisca Altamirano se lanzó al pozo del castillo. Sospeché que allí había un tesoro oculto y quiso buscarlo, pero sin ir usted misma, sino enviando a Adrián y valiéndose de mí. Porque aunque yo le inspiraba respeto, eso no le impedía pensar en mí como cómplice.

Luisa Sharp miró azorada a los circunstantes. Sus ojos de límpido azul se veían más infantiles que nunca. Parecía una niña sorprendida en una falta.

—Pero no hablemos más de estos descabellados sueños. Adrián creía también que yo era el jefe de la banda y, no me denunció por no hacer sufrir a su abuelita. Es extraño, pero Luisa Sharp no inspira miedo, sino una gran ternura a mi hijo. Sólo dos veces lo obligué a hacer señales con un farol, para guiar a los contrabandistas, con la esperanza de atraparlos. La última, esas señales brillaron en la terraza del castillo.

—Ahora me explico la visita de los carabineros —declaró Juan Belmar—. Sospechaban tal vez de mí, pero como soy un noble castellano, no me tomaron preso.



—Eso crees tú, “pollo” castellano —susurró Mauricio—. Si ellos hubieran estado seguros de que eras culpable, te hundían en un calabozo, por muchos castillos y pergaminos que tengas. —No interrumpas a Daniel —protestó Luisa, recobrando su voz autoritaria.

—¿Qué más puedo agregar? —terminó Daniel Montes—. Creo que les he relatado mi vida entera, mis errores, mis viajes y mi deseo de probar que no soy un espía ni un delincuente. —¿Consiguió demostrar su inocencia? —preguntó Lidia.

—Sí, el jefe de los contrabandistas fué capturado. Era, como yo sospechaba, Arnoldo Bernard.

—¿Bernard?

Los tres jóvenes pronunciaron aquel nombre al mismo tiempo.

—Sí —asintió Daniel—. Bernard, el esposo de mi hermana Daniela Bernard.

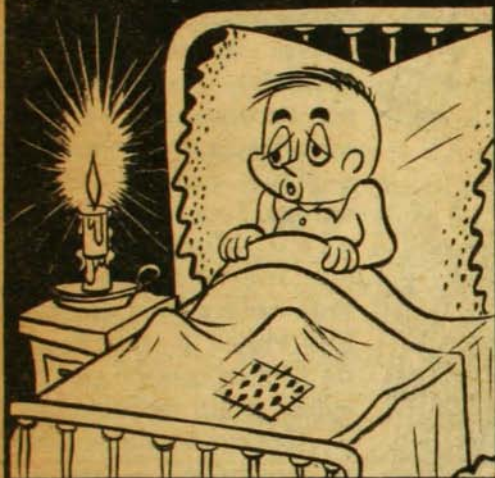
Aquella era otra noticia que causó el efecto de una explosión.

(CONTINUARA)

Adrián había hecho señales desde el castillo.

Ponchito

¡YA ES HORA QUE ME
LEVANTE!



TENGO QUE APURARME
PARA LLEGAR A TIEMPO



¡CORRE, CORRE,
CABALLITO, CORRE!



¡MÁS RÁPIDO, MÁS
RÁPIDO!



¡YA ESTAMOS CERCA DEL PUEBLO!



¡QUE BUENO, TODAVÍA NO ABREN EL NEGOCIO!



¡AHORA ESTOY SEGURO DE COMPRAR EL NÚMERO 200 DE SIMBAD, ANTES QUE SE AGOTE!



El dragón de Flandes

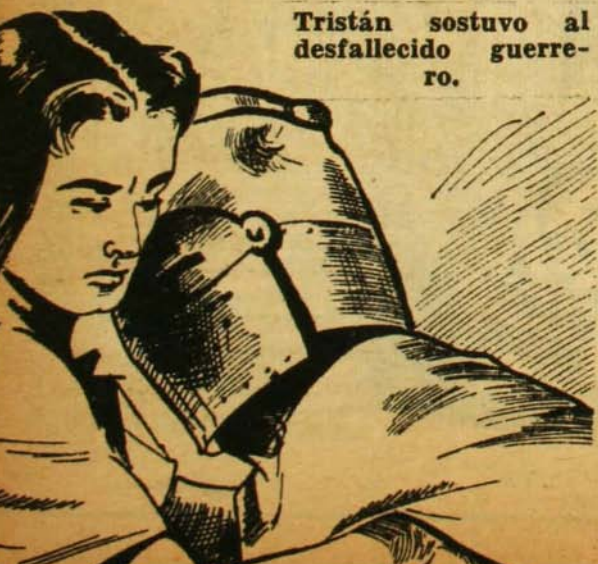
CAPITULO XVI.— *El vencedor.*

El conde Lardino confesó a Tristán que por su culpa Flandes yacía en ruinas. Decidido a exterminar al horrible dragón marino que aterrorizaba al país, el doncel se dirigió a la ciudadela de Arcadio. Allí encontró agonizante al último caballero que había luchado con el dragón. Al inclinarse sobre el inmóvil cuerpo, advirtió que aún respiraba.

Tristán sostuvo al
desfallecido guerre-
ro.

—El yelmo... Colocadme el yelmo y alcanzadme la espada... Quiero morir como un guerrero.

Tristán obedeció y sostuvo al desfallecido guerrero. Este susurró: —Vestíos en la sala de armas y partid en mi caballo... El conoce la ruta que conduce a la gruta del dragón... Dejad que mi cuerpo se deslice hacia el mar. El Hijo del Lobo cum-



plió su voluntad. Vistió las ropas señaladas por su antecesor y eligió un sólido yelmo y una gigantesca espada. Luego saltó sobre la montura. Las crines del caballo aún escurrían agua salobre. Y ambos, corcel y jinete, se sumergieron en el mar.

Los trovadores cantaron más tarde, por todos los confines, la hazaña de Tristán, el Hijo del Lobo. La espada fulgurante penetró en el corazón del monstruo, pero más que el acero, lo hirió la mirada implacable del héroe y después su extraña sonrisa. Estaba escrito que un doncel de corazón puro daría muerte al perverso monstruo. Cuando éste expiró, su sangre envenenada se mezcló a las olas, que se agitaron en una roja tempestad.

Después las aguas que inundaban la tierra se retiraron. El vencedor avanzó entonces y anunció a los sobrevivientes:

—¡Alegraos! Ya estáis libres. El dragón ha muerto.

La feliz noticia se esparció por doquier. Los hombres abandonaron sus refugios y caminaron por la tierra recuperada, con la mirada brillante de esperanza. Reconstruirían sus aldeas y ciudades. Tristán les interrogó:



Estaba preparado para combatir con el dragón.

—¿Y vuestro rey Lardino?

—El no es nuestro rey. No alcanzó a ser coronado. Ha muerto en su castillo, acosado por los remordimientos.

—El país necesita un gobernante —observó Tristán—. ¿No hay herederos del antiguo rey?

—Sí, el príncipe Galaad, que está prisionero en el castillo del usurpador. Iremos a rescatarlo.

El pueblo se armó de garrotes y se encaminó solemnemente a la fortaleza donde se hallaba cautivo el príncipe. Su-

ponían que los guardias de Lardino opondrían resistencia. Pero ninguno de ellos se interpuso y se inclinaron humildemente cuando Tristán pasó en dirección a los calabozos.

El doncel vió a través de los barrotes un hermoso rostro, orlado de cabellos rubios. Su mirada expresaba asombro ante aquella súbita invasión. Luego reflejó una orgullosa calma.

—¡Alegraos, pueblo de Flandes!



El pueblo, armado de garrotes, avanzó hacia el castillo.



—Estoy dispuesto a seguir —dijo— al mar, al cadalso o ante el cobarde Lardino.

—Sire —respondió Tristán—, vuestro pueblo viene a libertaros para que ascendáis al trono de Flandes. El país ya no está oprimido por el terror y reclama a su legítimo rey. Galaad escuchaba con atención. Solicitó mayo-

res noticias y luego declaró:

—Os ofrezco mi amistad. Quisiera que os quedarais en mi reino para nombraros príncipe de Flandes.

—Gracias, Majestad, pero debo regresar a Camelot para informar al rey Arturo sobre el resultado de mi misión. Galaad, el rey de quince años, logró, sin embargo, retener un tiempo a Tristán. El héroe presenció el resurgimiento del país, que volvía a ser próspero y alegre. La corte recobró su esplendor y el pueblo vivía feliz en fértiles campos o en las ciudades bulliciosas.

Cuando Tristán dispuso su regreso, los nobles se reunieron para rendirle homenaje. Los vasallos de Galaad adornaron las calles con gallardetes y guirnaldas.

Seguido por la gratitud de todo Flandes, el Hijo del Lobo emprendió su viaje a Camelot.

Los nobles se reunieron para rendir homenaje a Tristán.



El príncipe Galaad estaba prisionero.



Concurso Semanal



Ordena las letras del cartel de modo que puedas leer el título de una serial muy popular que estamos publicando. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 198.— Argentina.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".**— Lothar Orión, Santiago; Fernando Espina, Buin; Jaime Hernández, Talagante; Alejandro Mege, Los Angeles; Luis Johnson, Los Andes; Ismael Augusto Con-

treras, Parral. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Eugenio Desormeaux, Buin; Manuel Luise Schnapp, Santiago; Roberto Pedrero, Parral; Antonio Onetto, Santiago; José Armijo, Rengo; Elsa Domínguez, Santiago; Sonia Luco, Santiago; María Eugenia Vergara, Santiago; Eduardo Mora, Quilicura; Julio Castillo, Penco. **UNA PELOTA DE GOMA.**— Angel Goter, Santiago. **UNA CAJA LAPICES COLOR.**— Luis Aravena, Concepción; Juan Espinoza, Santiago. **CUATRO LAPICES NEGROS.**— Mario Gómez, Llay-Llay; Adolfo Bazurro, Los Angeles. **UN LAPICERO FUENTE.**— Marcial Avendaño, Molina; Eduardo Jaime González, Puerto Varas. **UN LAPIZ AUTOMATICO.**— Teresa Sepúlveda, Concepción; Hugo Donoso, Linares. **UN LIBRO.**— Sonia Ferruz, Puente Alto; Carlos Morán, Concepción; Eldo Avila, Parral; Rosa Reyes, Angol; Amanda Escobar, Santiago; Margarita Oyarzún, Valparaíso; Aníbal Herrera, Santiago; Silvia Ramos, Molina; Eugenia Castillo, Rancagua; Jorge Gutiérrez, Omué. **UN VITALMIN.**— Concepción Ollé, Linares; Julia Ortiz, Santiago; Eliana Núñez, Santiago; Piedad Crovetto, San Bernardo; Berta Reichard, Malloco; Nelson Rojas, Valparaíso; Alicia Fernández, Quillota; Hernán Toledo, Perquenco; Berta Vildósola, San Bernardo; Ana Bozzo, Santiago. **UNA PEINETA.**— Laura García, Curicó; Juan Luis Aguirre, Santiago; Natalio Lozano, Quillota; Nancy Méndez, Temuco; Osvaldo Montes, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 200



Juan y Juanita



3. Atraído por el estruendo de la caída, acudió un viejo marinero. "—¿Qué sucede aquí? ¿Quiénes son ustedes?", exclamó al descubrir a los dos niños. Juanita respondió, temblorosa: "—No somos ladrones, señor. Subimos al barco y mi hermano sufrió una caída... . Creo que está herido. Déle auxilio, señor."



4. "—No llores, niña —respondió el marinero, cogiendo en brazos al desmayado Juan—. Puedes tener confianza en el viejo Vicente. Vamos a la cocina. Daré un vaso de agua a tu hermano, que está sólo aturdido, y santo remedio." En ese instante se oyeron pasos y la puerta se abrió bruscamente.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 201



EL MONO MARAVILLOSO

\$ 5.-

ELENA



Juan y Juanita



CAPITULO XII.— RIÑA A BORDO



1. El viejo Vicente recogió a Juan, que había caído por la escotilla, y se preparaba a darle un vaso de agua cuando la puerta de la cocina se abrió bruscamente y en el umbral apareció otro marinero. “—¿Quiénes son esos niños, viejo? —preguntó—. ¿Unos nietos que te cayeron del cielo? Se lo diré al capitán.”



2. “—No dirás una palabra, Rata —rebató Vicente—. Estos niños son mis protegidos y...” No alcanzó a terminar, porque el Rata le lanzó un golpe. Llovieron las bofetadas. A pesar de sus años, Vicente era un luchador formidable. En el silencio, resonaban los secos golpes de puño y el jadear furioso.

Simbad

AÑO IV

8-VII-1953

N.º 201

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

CAPITULO III.—El siniestro ermitaño.

Miles Hendon, un noble empobrecido, salvó al príncipe de Gales de la furia de Juan Canty y de la turba plebeya y le condujo a su humilde vivienda.

Aunque no creía que su pequeño huésped era el rey de Inglaterra, le demostró respeto y accedió a lo que él llamaba sus locuras.

En realidad, nadie podía imaginarse la verdad. ¿Cómo era posible que el príncipe de Gales, ahora rey de Inglaterra por la



El príncipe y el mendigo

súbita muerte de Enrique VIII, anduviera vestido de harapos por la ciudad?

El rey dijo a Miles:

—Quítame estos andrajos, para acostarme.

El joven desnudó al niño, sin protestar ni proferir una palabra;

lo arrojó en su lecho y miró en torno del aposento, diciéndose
condolido:

“Me quita la cama otra vez... ¿Qué hago yo ahora?”

El reyecito observó su perplejidad y dijo soñoliento:

—Tú dormirás atravesado en la puerta y la guardarás.

Y se durmió tranquilamente.

“A fe mía que debería haber nacido rey —meditó Hendon, admirado—. Representa su papel a maravilla.”

Se durmió, con una sonrisa irónica y tierna. A la mañana siguiente salió a comprar un traje para el niño, con las pocas monedas que tenía. Y compró también aguja e hilo para hacer los

remiendos necesarios.

—Por cierto que enhebrar la aguja me va a costar Dios y ayuda. Pero daré unas puntadas magníficas que harán morir de envidia a todos los sastres de Londres.

No alcanzó a realizar esta idea. Juan Canty había decidido raptar al que creía su hijo. Para realizar su plan envió a un mensajero a casa de Miles Hendon, a decir al príncipe que su ami-



—¡Viva Fu-Fú, rey
de los Bobos!

go le esperaba en una plaza cercana.

Apenas llegó Eduardo Tudor a una desierta calleja, tres hombres se apoderaron de él y lo trasladaron a un viejo granero donde moraba una banda de malhechores y ladrones.

—¡Infames! —gritaba el príncipe—. Les haré ahorcar. Soy el rey de Inglaterra y mi persona es sagrada.

Un coro de carcajadas acogió estas palabras.

—¡El rey de los ratones! —gritaban los rufianes.

Hugo, un ladrón, tuvo la idea de envolver al rey en una manta roja que tenía más bichos que lana y le coronó con una sucia taza de barro.

—Ya está coronado y con manto de armiño nuestro rey —anunció con sorna, y la apestosa ralea rugió:

—¡Viva Fu-Fú I, Rey de los Bobos!

Luego cayeron de rodillas. Simulando aflicción y enjugándose los ojos con las mangas o los delantales andrajosos, imploraron:

—¡Sé benigno con nosotros, oh dulce rey! ¡No pisotees a estos gusanos que te adoran! ¡Compadécete de tus esclavos y consuélalos con un puntapié regio!

A los ojos del monarca acudieron lágrimas de vergüenza e indignación. ¿Por qué le inferían tan tremendo agravio? ¿En realidad serían todos los reyes tan aborrecidos por sus vasallos? Los vagabundos, cansados de burlarse y reír, se durmieron y, al amanecer, decidieron dispersarse para cometer sus habituales fechorías.

El príncipe fué confiado al malvado Hugo. Viendo que no se le presentaba la ocasión de robar, Hugo resolvió:

—Mendigaremos.

—¿Mendigar? Ese es tu oficio y bien te sienta. Pero yo no pediré limosna.

—¿Por qué no? —gritó

Hugo, asombrado—. ¿No has mendigado toda tu vida por las calles de Londres?

—¿Yo, idiota?

—No me insultes, hijo de perra.

El príncipe, indignado por esta ofensa, cogió un garrote para golpear a Hugo. El bandido agarró otro palo y ya iban a darse con ellos, cuando intervino una buena aldeana, que llevó a Eduardo lejos del truján.

El niño aprovechó el momento para huir hacia los bosques. Bajo el impulso de un terrible espanto, no amenguó su carrera hasta llegar a la espesura de la selva.



El rey y Hugo se desafiaron a garrote.

—Allá diviso una cabaña —murmuró el fatigado rey—. Voy a pedir amparo.

Un ermitaño abrió la puerta.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy el rey —respondió el niño con plácida sencillez.

—Bien venido —dijo el anciano—. Entra y quédate aquí hasta que llegue la muerte. Un rey que se viste de andrajos y abandona los esplendores de la corte, es digno de la santidad de esta ermita.

Guardó silencio un instante y luego preguntó:

—¿Si tú eres el rey, ha de haber muerto Enrique VIII?

—Así es, y yo soy su hijo Eduardo.

—¿Sabes que el rey nos dejó sin casa ni hogar en este mundo? Tu padre nos hizo daño.

—Tengo sed y hambre —murmuró el rey.

El ermitaño le sirvió abundante cena y le invitó a dormir sobre un angosto lecho. Una vez que le vió dormido cogió una soga y suavemente ató el cuerpo del niño hasta dejarle inmóvil. En seguida le amordazó con un pa-



—Entra y quédate hasta que llegue la muerte.

ñuelo. Buscó un cuchillo y empezó a afilarlo, musitando:

—Yo no soy más que un arcángel, pero si Enrique VIII no me hubiera despojado de mis bienes, hoy sería Papa. El rey nos hizo daño y su hijo morirá. Ha pasado ya la medianoche y es tiempo de que ejecute mi venganza.

Alzó el cuchillo y a la luz de un cirio la hoja brilló siniestramente.

Inclinándose sobre el rey, que había despertado, le preguntó:

—Hijo de Enrique VIII, ¿has rezado? ¿No? Entonces reza la oración de los moribundos.

Lanzó el niño un gemido de desesperación y asomaron lágrimas a sus ojos.

Pero el feroz ermitaño no se conmovió.

Acercábase ya el alba y de pronto resonaron voces cerca de la ermita. El cuchillo cayó de manos del anciano, que extendió apresuradamente una piel de cordero sobre Eduardo y se irguió tembloroso.

—¡Hola, abrid! Despertad en nombre de todos los diablos —decía una voz.

Este fué el sonido más grato que cuantas músicas sonaran jamás en los oídos del rey, porque era la voz de Miles Hendon.



El ermitaño afilaba su cuchillo.

(CONTINUARA)

Correspondencia

HUMBERTO ELGUETA. — La directora de la revista "Simbad" es Elvira Santa Cruz (Roxane), la misma que fué durante 30 años directora de la revista "El Peneca".

EGLANTINA FIGUEROA, BERNARDO SEPULVEDA, BENICIA CAMILLA. — Agradecemos sus felicitaciones por las seriales de esta pequeña gran revista, que tanto les entusiasma y deleita.

SYLVIA INES R. — Nos complace saber que en Molina los chicos y los grandes son admiradores de "Simbad", la mejor revista infantil de Chile.

ANA MARIA POLITZER, RAUL BOSSART, ELIANA RAMOS. — Daremos sus felicitaciones a

Nato y Elena Poirier por sus magníficos dibujos. Gracias por sus elogios.

ENRIQUE VIDAL DE LA CERDA, FRESIA ALVAREZ, ELSA PERALTA. — Nos enorgullecen los conceptos que expresan sobre nuestra pequeña gran revista. Aumentaremos los premios de los concursos y trataremos de hacer aún más interesante el contenido de esta revista.

ELSA PERALTA, MARIO ULLOA MARTINEZ, CARMEN MERLENE. — Estamos seguros de que leerán con agrado la nueva novela "El Príncipe y el Mendigo".

ROXANE.



LA ESMERALDA

CAPITULO VI.—EL ENCA



1. Gavani, capitán de lanceros, y su amigo Naguib se introdujeron en el palacio de Katman para recuperar la esmeralda de Kali. Un faquir leyó sus pensamientos y les denunció al rajá. Este les aprisionó en una cámara cerrada, cuyas paredes eran de hierro. “—Hace calor aquí —observó Gavani—. Sospecho que...”



2. Se interrumpió, mirando con fijeza a Naguib. “—Termina tu idea —sonrió el ministro—. Estamos en una cámara ardiente. Katman piensa reducirnos a cenizas.” El oficial de lanceros, encendiendo un cigarrillo, comentó burlonamente: “—¿Y la esmeralda? ¿Resistirá este calor infernal?”

DE KALI

TADOR DE SERPIENTES



3. Un guardia anunció en aquel instante al rajá que la esmeralda había desaparecido. “—¡Saquen a esos demonios de la cámara!” rugió Katman. Gavani reapareció tan tranquilo como si cruzara el umbral de una fresca sala del palacio. “—¿Dónde está la esmeralda?”, barbotó el rajá, impaciente.



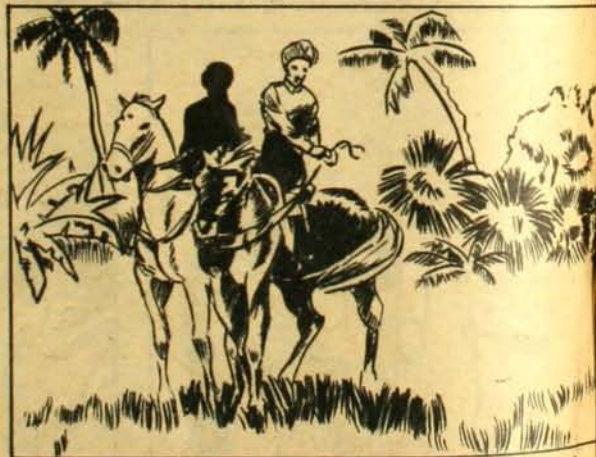
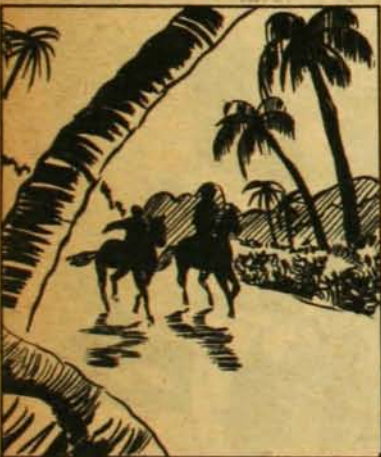
4. “—Sospeché que mis palabras serían oídas —contestó Gavani—. Pero se trataba de un ardid para salir a respirar un poco de aire. No tengo la esmeralda.” Katman reflexionó: “—Creo que no nos hemos explicado. No robé la joya, sino que se la arrebaté a un bandido, Omar. Ve tú a rescatarla de esas manos profanas”



LA ESMERALDA



5. El rajá añadió: "—Esa gema pertenece a la diosa y decidí no devolverla al maharajá. Hace siglos que permanecía perdida. Ahora no soporto la idea de que la tenga un sacrílego. Prefiero verla en poder de vuestro rey. Id a rescatarla". Gavani buscó, en primer lugar, al faquir que les denunció.



6. Un anciano le dijo que el faquir había abandonado la ciudad, acompañado de un creyente y de una hermosa doncella. Gavani evocó a Ruana. "Tal vez ella es cómplice de Omar", pensó. No confió sus sospechas a Naguib. Cabalgaron en dirección al Este y de pronto percibieron un doliente gemido.

DE KALI



7. A aquel ahogado lamento se mezclaron los sonos de una flauta. Gavani y Naguib descabalgaron y, apartando la cortina vegetal formada por las lianas y follaje, vieron a un encantador de serpientes. La música se tornaba cada vez más rápida y a su conjuro tres cobras emergieron de un cesto.



8. Las cabezas triangulares se balanceaban cerca de una niña atada a un árbol. Gavani reconoció a Ruana. Las notas de la flauta, cada vez más violentas, irritaban a las serpientes. Sus colmillos venenosos se clavarían en Ruana. El capitán de lanceros apuntó cuidadosamente para no errar el disparo.

(CONTINUARA)



La historia del *mono* maravilloso

En un país cercano a la India, reinaba un monarca sabio y poderoso. Su hijo, el príncipe Fuad, poseía una inteligencia tan estupenda que a los quince años sabía más que todos los sabios del reino.

Entonces el rey convocó a los sabios de otros países. Acudieron quinientos ancianos eruditos. El príncipe leyó los miles de libros traídos por ellos.

Cuando el joven cumplió diecinueve años, los quinientos sabios se presentaron ante el monarca e inclinaron la cabeza hasta el suelo. El más anciano dijo:

—Salam, señor. Ya nada tenemos que enseñar a tu hijo. En el último mes ha sido él quien nos ha dictado clases y ha solucionado problemas que nosotros no habíamos podido solucionar. Venimos a pedirte tu venia para abandonar el país y proclamar por el mundo la increíble inteligencia de tu hijo.

El rey accedió, y luego de cargarles de tesoros en pago de sus servicios, les despidió.

El príncipe Fuad abrazó a cada uno de sus profesores y los acompañó hasta los límites del reino.

El monarca reunió a todos sus ministros y les preguntó:

—¿Consideráis que el heredero del trono ya está preparado para gobernar?

Todos asintieron. El Gran Visir observó:

—La inteligencia del príncipe es asombrosa, pero hasta ahora sólo ha solucionado problemas planteados en los libros. Cuando se enfrenta con la realidad, ¿sabrá proceder con justicia y prudencia? Creo que debe viajar, conocer por experiencia propia todo aquello que sólo ha estudiado por teoría. Y estoy seguro de que aprenderá lecciones que ningún sabio podría darle.

—Tienes razón —aprobó el rey—. Hoy llegó un emisario de mi hermano, que gobierna un reino en el Himalaya. Desea conocer a mi hijo, cuya fama ha llegado hasta él. Se lo enviaré.

Se dispuso el viaje y una gran comitiva salió de la ciudad. La escolta iba armada, porque las montañas estaban infestadas de feroces bandidos que atacaban a los viajeros.

En efecto, apenas penetró la comitiva en el primer desfiladero, fué asaltada por una horda. Los guerreros y el príncipe combatieron valerosamente, pero cayeron derrotados por el número de sus enemigos.

A Fuad lo despojaron de su espada de oro y de sus joyas, dejándole por muerto. Cuando el joven recobró la conciencia, descubrió que sus servidores habían sido exterminados.

Como su atavío, su casco y turbante habían sido destrozados en la batalla, se vistió con el traje de uno de los bandoleros muertos y por entre riscos, bosques, precipicios y torrentes, se encaminó hacia el reino de su tío. Cuando llegó, aún no abrían las puertas y esperó junto con otros viajeros a que sonase la hora de entrada.

Parecía tan agotado el príncipe que un viejo leñador, que traía su carga de leña en un asno, le ofreció la mitad de su merienda: pan, dátiles y agua.

El príncipe Fuad agradeció la invitación y cuando hubo terminado de comer, dijo:

—No puedo retribuir tu caridad en este momento, pero en cuanto llegue al palacio de mi tío, haré que él premie tu bondadoso corazón.

—¿Eres acaso el príncipe Fuad? —balbuceó el leñador, conturbado.

—Sí.

—Entonces debes huir. Tu tío fué asesinado y el usurpador espera tu



El príncipe Fuad era muy estudioso.



Fuad penetró en la caverna secreta.

tos que intentan sublevarse. Tú puedes entrar al palacio.

—Está bien, pero antes quiero conocer a mi primo, abrazarle y llorar con él la muerte de su padre y tío mío.

Para no despertar sospechas, salió de la ciudad con un borriquillo, a fin de recoger leña en el bosque. Visitó a su primo, y al anochecer, regresó con una carga de ramas secas que vendió en el mercado.

Varias veces salió, y en uno de sus viajes descubrió la entrada a una caverna secreta. Empuñando su hacha de leñador, entró sin vacilar. Descubrió una gruta llena de tesoros y se sintió atraído por una espada nipona, junto a la cual había un pergamino que decía: "Vencerá quién me empuñe".

llegada para matarte. Luego reunirá un gran ejército y, ayudado por los bandidos del Himalaya, cruzará los montes e irá a atacar a tu padre, a fin de apoderarse también de su reino.

El príncipe se sintió muy abatido y el buen leñador añadió:

—No puedes huir, porque estás muy fatigado y débil. Ven a mi casa y repondrás tus fuerzas. Días más tarde, el buen hombre declaró:

—Quiero que sepas, ¡oh príncipe!, que el pueblo desea destronar al tirano. Tu primo, hijo del rey tu tío, se encuentra oculto lejos de aquí. Si viniera sería reconocido y asesinado. Ello le impide dirigir a sus súbditos en el asalto al

El príncipe dejó el hacha y cogió la espada. En ese instante apareció un gigante negro, que tronó:

—¿Cómo te has atrevido a entrar aquí, vil mortal? ¿No sabes que éste es el palacio de mi amo, el más poderoso de los genios? Prepárate a morir.

El negro levantó su pesado alfanje. Fuad alzó la espada, paró el golpe y luego dió muerte a su agresor.

Con aquella espada invencible derrotó al ejército del usurpador. El primo de Fuad ocupó el trono, con gran alegría del pueblo.

Antes de regresar a su país, el príncipe quiso recompensar al leñador, y cogiendo una bolsa llena de oro, se dirigió a la cabaña. El leñador acudió a su encuentro, diciéndole:

—Bien venido, señor. Te espera un hombre que vino a traerte el hacha que perdiste en el bosque.

Comprendiendo el peligro, Fuad buscó la empuñadura de la espada invencible. Pero no la llevaba al cinto, pues no creyó verse amenazado al ir a la cabaña del leñador.

El desconocido, al oírle llegar, se adelantó.

—¿Es tuya esta herramienta?

Fuad no sabía mentir y respondió afirmativamente.

—Entonces tú fuiste quién mató a mi criado y me robó mi espada, ¿verdad?

—Lo maté en defensa propia —contestó Fuad. El mago lanzó un grito y la choza del leñador pareció hundirse. El príncipe se encontró en la caverna secreta y oyó que el genio decía: —Mataste a mi criado



Eligió la espada invencible.

por defenderte. No te quitaré la vida, pero te convertiré en animal. Vertió sobre Fuad un filtro mágico. El joven cayó desvanecido y entre sueños se sintió transportado a través de los aires.

Al despertar se halló en un frondoso jardín y estaba convertido en mono. Desesperado, rompió a llorar. Una voz exclamó:

—¡Jamás había visto nada más extraordinario!

El príncipe-mono vió entonces a un rey árabe y se inclinó tres veces para saludarlo. El rey, cada vez más asombrado, lo cogió en brazos, llevándolo al interior del palacio.

—¿Dónde hallásteis ese mono? —le preguntó su Gran Visir.

—Mohamed —repuso el monarca—, le vi llorar y desesperarse como un ser humano. Luego me saludó con tres reverencias.

El príncipe encantado cogió de la mano al Gran Visir y le condujo a la mesa de ajedrez. Mohamed ganaba siempre en aquel juego, pero esta vez resultó derrotado por su antagonista. Con inmenso asombro, dijo al rey, que no estaba menos atónito:

—Majestad, sospecho que este mono no puede ser un verdadero animal, sino un hombre que sufre un maleficio.

Al oír esto, el príncipe-mono movió afirmativamente la cabeza y derramó abundantes lágrimas.

El visir propuso:

—Vuestra hija llega hoy. Ha estudiado con una poderosa maga y tal vez ella pueda romper el malvado sortilegio.

Cuando regresó la princesa Amida, y fué recibida por su padre, exclamó:

—¿Cómo es, padre mío, que me recibes acompañado de un hombre? Porque éste no es un mono, sino un príncipe encantado.

—Lo sé, hija mía —replicó el rey—. Te esperábamos para que trates de salvarlo de su cruel destino.

El príncipe se inclinó respetuosamente ante la bella princesa. Ella meditó un instante. Luego abandonó la estancia, para volver con un cántaro. Derramó agua sobre el mono y éste se transformó en príncipe.

Fuad se desposó con Amida y regresó a su país, donde el rey les acogió con alegría. Y como Fuad unió a su sabiduría los poderes mágicos de su esposa, jamás existió reino tan bien gobernado, ni tan feliz como el suyo.

 *Fin* 

PUNTITO



Puntito oyó que los campesinos Camote y Cebollino ofrecieron comprarlo y dijo a su padre: —Véndame, papá. Ese dinero nos hace falta. Yo regresaré.



Nabo siguió el consejo del pequeñín y recibió un gran billete. Cebollino se reía solo al pensar en sus futuras ganancias.



Partieron Cebollino y Camote, para exhibir en la feria a Puntito. —Lo anunciaré como Puntito, el hermano chico de Pulgarcito —decía el gordo.



Quiero ir arriba de tu sombrero —dijo Puntito. Cebollino accedió a ese deseo.



Me bajo despacito —murmuró Puntito y se descolgó del sombrero. Empezó después a bajar por el hombro. —Esto es como jugar a la montaña rusa —decía, feliz.



Y se deslizó, brazo abajo, mientras Cebollino, sin advertir que se le iba su fortuna, seguía sacando cuenta de los millones que ganaría en la feria.

(CONTINUARA)



MUNDO

CAPITULO V



1. El profesor Greg, acompañado de tres audaces exploradores, penetró en el misterioso mundo de los insectos. Cuando los jóvenes confesaron que tenían hambre, les condujo a una planta donde hallarían "vacas". Yara lanzó un grito al advertir que se hundía. "—No pise los estomas o pulmones de la hoja", advirtió Greg.



2. Luego aparecieron las anunciadas "vacas". "—Se llaman pulgones, y aunque su figura no es muy gallarda, su leche es excelente —explicó Greg—. Beban de la propia hoja, si les da recelo la vaquita verde." Los jóvenes obedecieron, absorbiendo el delicioso alimento. Luego se tendieron a dormir siesta.

SECRETO



TALLA CAMPAL



3. De pronto, un zumbido resonó en el silencio y un gran insecto cayó sobre la hoja, estremeciéndola. Los durmientes despertaron sobresaltados y al ver a la inmensa bestia de caparazón roja y negra, intentaron huir. Greg les detuvo con un grito: "—No teman. Es una vaquita de San Anton o chinjita. Es inofensiva".



4. Pero no era inofensiva para los pulgones, a los cuales atrapó, eligiendo los más verdes, como si se tratara de frutos. Por cierto que al final terminó devorándolos a todos y luego, satisfecha de su festín, se alejó volando. Greg añadió: "—La vaquita de San Antón protege a las plantas, limpiándolas de pulgones".



5. "—Pero nos dejó vacío el establo", protestó Luis Baner, con una alegre carcajada. El profesor le consoló diciendo: "—En todas las hojas hallaremos "vacas". Existen, además, otros alimentos que iremos descubriendo". Habían llegado a las hojas más altas y desde allí divisaron el castillo. ¿Cuándo regresarían a él?



6. Se sintieron nostálgicos. Para distraerlos, Greg empezó a hablar, locuaz como un charlatán de feria: "—Las hormigas domestican a los pulgones, para disponer de leche a cualquiera hora. Me imagino que hallaremos cerca algún hormiguero. En efecto, allí hay uno. ¿Vamos a visitarlo?"



7. Observaban a las hormigas que trasladaban sus huevos, cuando el valle retemblo. "—¿Qué es eso?", preguntó Yara, inquieta. Las hormigas demostraron también gran espanto y huyeron en desbandada. Greg, aterrado, explicó: "—Se acerca una invasión de hormigas rojas. Son voraces como tigres".



8. En el hormiguero, las guerreras se aprestaron a la defensa. Eran valientes y conocían la ferocidad de sus enemigos. Pero no pudieron evitar la destrucción del hormiguero, ni la muerte. Las termitas, tal como anunció Greg, eran implacables y las pacíficas hormigas negras fueron aniquiladas.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO XVI.— Más revelaciones.

Las declaraciones de Daniel Montes habían causado estupor a sus oyentes. Por un instante pensaron que era un mistificador. Tenía fama de curandero y brujo. Tal vez con un pase hipnótico les había sugestionado y aparecía como un caballero elegante y pulcro. Pero luego resurgiría su rostro de hirsutas greñas, barba poblada, ojos de mirada aviesa y cuerpo revestido de harapos. La transformación no se realizó. Daniel continuaba hablando calmadamente y en ningún instante reapareció el antiguo vagabundo, que sólo gruñía y que

hacía retroceder temerosamente a todos los que se cruzaban en su camino. Los ingenuos y crédulos habitantes de la costa recurrían a él en sus aflicciones, para sanar un animal abatido por el "mal de ojo" o para pedirle yerbas curativas. Pero le temían como al demonio y jamás se atrevieron a merodear por su caverna.

—En ese completo aislamiento pude espiar a los contrabandistas y seguir sus movimientos —explicaba Daniel.

—¿Usted causó el derrumbe de la roca? —preguntó Lidia.

—No; esa hazaña pertenece a Adrián.

Antes que refiriera en qué circunstancias se realizó aquel alud que dejó en descubierto la caverna de los modernos piratas, Juan,

RESUMEN: Lidia y Juan Belmar habitan un antiguo castillo, al cual denominan "Nido de Águilas". En la región conocen a extraños personajes: Luisa Sharp, descendiente del pirata inglés; Daniel, un curandero, a quien todos temen; la institutriz Daniela Belmar, que un día desaparece; Adrián Montes, nieto de Luisa Sharp, que a veces inspira confianza a Lidia, pero que en otras ocasiones despierta sus sospechas. Una noche hay un derrumbe en los roquedales cercanos al castillo y queda en descubierto una caverna de contrabandistas. Días más tarde, Daniel se presenta vestido con elegancia y declara ser Daniel Montes, padre de Adrián y poseedor de una gran fortuna.

que se hallaba sumido en hondas meditaciones, observó:

—¿Así que Madame Daniela es su hermana? Ahora me explico su terror al verle aparecer de improvisto.

—Se aterrorizó al verme, no sólo por mi aspecto patibulario, sino porque sabe que fué Arnoldo, su esposo, quien deshonoró mi nombre.

De súbito, Lidia se levantó, como si hubiera sentido la mordedura de una víbora.

—¿Arnoldo Bernard es un espía internacional? ¿Y Madame Daniela le secunda en sus delitos? Recuerdo que un día la sorprendí registrando los papeles de mi padre. Papacito, revise sus documentos. Vea si no le falta alguno que sea importante. El capitán la tranquilizó:

—Calma, pequeña. Todos mis papeles están perfectamente guardados. Los llevé en mi viaje y no quedó ninguno que comprometa la seguridad del país, o



—Escúchame, Adrián
—dijo Hugo Belmar,
pero el joven no le
permitió hablar.

proporcione a una nación extranjera un arma para atacarnos.

—Dejen hablar a Daniel —repitió Luisa Sharp, impaciente—. Con tantas interrupciones, no sabremos en qué termina todo esto. Daniel Montes dijo:

—Creo que ya nada me queda por explicar, mamá.

Quedaba sin dilucidar un punto muy importante para Mauricio Maré: el tesoro que, según las consejas del país, estaba oculto en el pozo del castillo. Pero éste era un descubrimiento que deseaba hacer él mismo y guardó silencio.

La familia Belmar regresó al castillo.

Adrián Montes, que ignoraba las últimas revelaciones, se presentó, solicitando hablar con el capitán. Este le recibió en su escritorio y le preguntó afablemente:

—¿Qué deseas, Adrián?

—Hablarle acerca de los contrabandistas.

Hugo Belmar consideró que debía revelar al muchacho las recientes aclaraciones sobre él y su familia. Intentó hablar, pero Adrián le interrumpió:

—Disculpe, capitán. Permítame hablar. Debo abandonar su casa, pero antes quiero darle explicaciones. No deseo que me juzgue desleal.

—Escúchame, Adrián, tú...

—Por favor, no me interrumpa, que luego será más difícil hablar. Vine aquí por mandato de mi abuelita, quien deseaba obligarme a espiar a los habitantes del castillo y merodear por sus estancias, a fin de descubrir el misterio que le rodea. Existe una leyenda acerca de un tesoro...

—La conozco, Adrián, pero déjame decirte...

—No, señor. Accedí al deseo de mi abuelita, porque no quiero disgustarla. Ha sido siempre una anciana valiente y abnegada. A ella le debo mi educación. Se ha sacrificado por mí y durante el año me trasladó a Santiago, para estudiar en la Universidad. En tres años más recibiré mi título de abogado. Por ningún motivo daría a mi abuelita motivos para que se enfureciera o tuviera desilusiones. Jamás la he desobedecido. Pero esta vez no he espiado, ni he buscado puertas secretas ni túneles desconocidos. Sin embargo, las circunstancias me harán aparecer como culpable. Hace algunos días cavaba la tierra para hacer plantaciones en un flanco del camino, y causé el derrumbe del cual tanto se ha hablado. Además, hice señales con una linterna, engañado por

el curandero Daniel.

—No pienses mal de él.

Es...

—No tema que lo insulte. No sé por qué, no odio a ese hombre, aunque tiene dominada a mi abuelita. El me dijo que esa señal era para guiar un barco, extraviado en la tempestad. No soy un ingenuo ni me falta voluntad. Pero ese hombre habla con tal seguridad, que se cree en sus palabras, aunque al reflexionar en ellas más tarde aparezcan absurdas.

—Ese hombre, querido Adrián, es tu padre.

Por un instante, los ojos azules de Adrián contemplaron a Belmar con una sombra de compasión, como si el joven creyera que el marino se había trastornado.

—Señor... —balbuceó, con voz alterada.

—Es verdad, Adrián. Llamaré a Lidia para que confirme mis palabras.

La niña acudió y, cuando su padre le dijo que Adrián dudaba de su declaración, confirmó:

—Eres hijo de Daniel Montes, al que hasta hoy en Coquimbo se conocía como un curandero. En realidad, es un hombre culto y que posee una gran fortuna.

Las dudas de Adrián se disiparon.

—¿Me permite ir a casa de mi abuelita, señor?

—Por cierto, muchacho. E invítala a cenar con nosotros esta noche.



Adrián cavaba la tierra para hacer nuevas plantaciones.

20%

DE DESCUENTO

sobre cualquiera sus-
cripción anual.

Sólo por \$ 208.- neto.

podrá recibir en su ca-
sa la revista **SIMBAD**

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual
de

NOMBRE

CIUDAD CALLE

CASILLA

Saludó, turbado, y minutos más tarde cruzaba a grandes pasos la distancia que lo separaba de su hogar. Allí transcurrió su infancia, protegido por la ruda ternura de Luisa Sharp, que en ningún instante olvidaba que era descendiente de un filibustero. Una sonrisa estremeada se dibujó en los labios de Adrián. Luego la inquietud se reflejó en sus pupilas azules, tan claras y luminosas como las de Luisa Sharp.

“¿Aceptaré ella el regreso de mi padre? —pensó—. En quince años, nada supo de él ni de mi madre. ¿Le habrá perdonado?”

No tardó en cruzar el umbral. Luisa Sharp le acogió con un grito: —¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Por qué abandonas el castillo en horas de trabajo?

—Tengo permiso, ñaña.

Aquel nombre, que solía darle cuando era un niño, conmovió el sólido corazón de Luisa. Sin embargo, refunfuñó:

—¿Qué te sucede? ¿Has oído las noticias sobre tu padre?

—Sí, y como usted se ha negado siempre a ir al “Nido de Águilas”, vine yo para saber qué piensa de esto, y si...

—Veo que tienes deseos de charlar. Pero yo no estoy para chacharas. Vuelve a tus tareas.

—Le traigo una invitación. El capitán Belmar quiere que cene con ellos esta noche.

—¿Está loco? Yo no me acercaría a ese castillo ni por todo el oro del mundo.

—¿Por qué no? ¿Tiene miedo de la “aparecida”?

Se refería a Francisca Altamirano, que, por huir de los piratas, se lanzó a un profundo pozo.

—¿Miedo, yo?

Adrián había acertado. Luisa Sharp no admitiría que tenía miedo de nada ni de nadie.

—Iré —contestó, desafiante.

El joven sonrió.

—La esperan, abuelita. No llegue tarde.

—¿Llegar tarde? Cada día estás más insolente, mocito. Por cierto que llegaré temprano, porque yo vigilaré la comida. Y yo serviré a la mesa. Luisa Sharp nunca ha probado un plato que ella misma no haya guisado ni acepta que la sirvan como a una momia que no puede levantarse de la mesa.

En efecto, aquella tarde, la buena Micaela, cocinera de los Belmar, se vió tan zarandeada, como si un temporal hubiera entrado en su cocina. Luisa Sharp dispuso todo, comprobó que cada plato estuviera sazonado a su gusto, impartió órdenes a diestro y siniestro.

Hugo Belmar intentó protestar.

—Es usted nuestra invitada, señora Sharp. ¿Cómo es posible que sirva?

Pero Luisa Sharp hizo su voluntad, y se hizo obedecer, como si fuese el propio Bartolomé Sharp dando órdenes en su barco pirata.



Luisa Sharp sirvió a la mesa, en el castillo de los Belmar.

(CONCLUIRA)

Ponchito

¡YA ES TARDE!
¡PARECE QUE VOY
ATRASADO!



¡PERO TENGO TANTA
FLOJERA QUE NO ME
PUEDO APURAR!

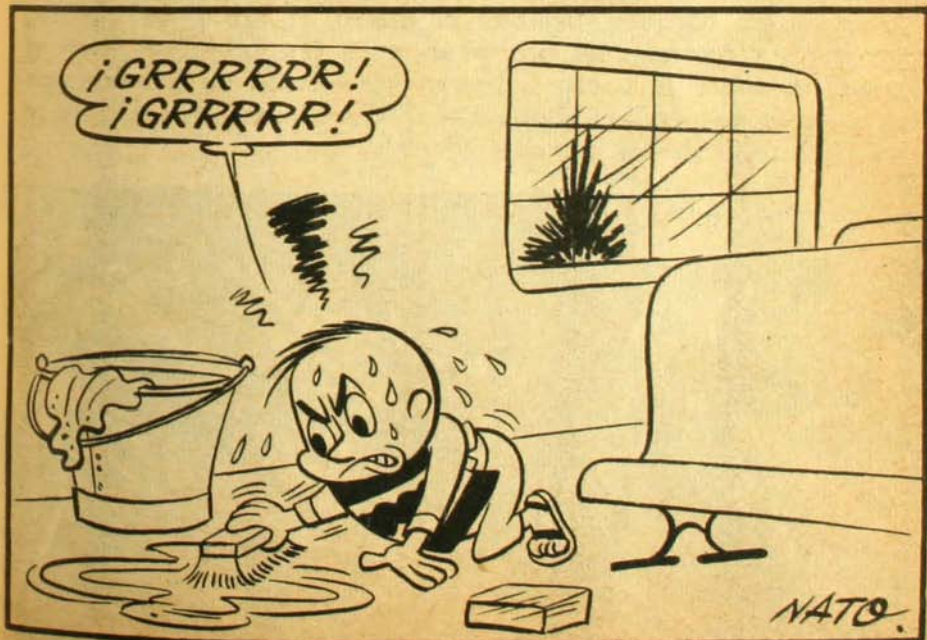


¡POR SUERTE HOY NO TENGO
CLASE DE GIMNASIA!



¡YO NO SERÍA CAPAZ
DE MOVER UN BRAZO!





La espada de Sigfrido



CAPITULO I.—*Voces misteriosas.*

El nibelungo Nimo caminaba por el bosque, seguido de la cabra Morela, cuando percibió un sonido metálico.

—¡Alguien golpea el yunque! ¡Alguien desobedece el mandato de nuestro rey! —chilló, saltando de rabia—. Ninguno de nosotros puede forjar metales hasta después del plenilunio.

Los nibelungos eran enanos que en las secretas cavernas y en el misterio de los bosques forjaban el hierro, el oro y las piedras preciosas. Los tesoros que ocultaban eran tan fabulosos, que al derramarlos sobre la tierra hubieran convertido su gris corteza en un campo más brillante que el sol, con el incendio del oro y el iris multicolor de las gemas.

Nimo percibió un sonido metálico.





El enano empezó a saltar de rabia.

—¡Qué insolencia! — seguía protestando Nimo—. Veré quién es el desobediente, para sacudirle las greñas.

Pero cuando atisbó entre los arbustos, no sorprendió a un nibelungo dando martillazos en el yunque, sino a un guerrero con la espada en alto.

—Es el héroe Sigmundo, con su espada invencible — murmuró Nimo.

El enemigo derrotado gemía:

—¡Piedad, Sigmundo! Seré tu esclavo si me perdonas la vida.

—Los traidores deben morir —sentenció el héroe.

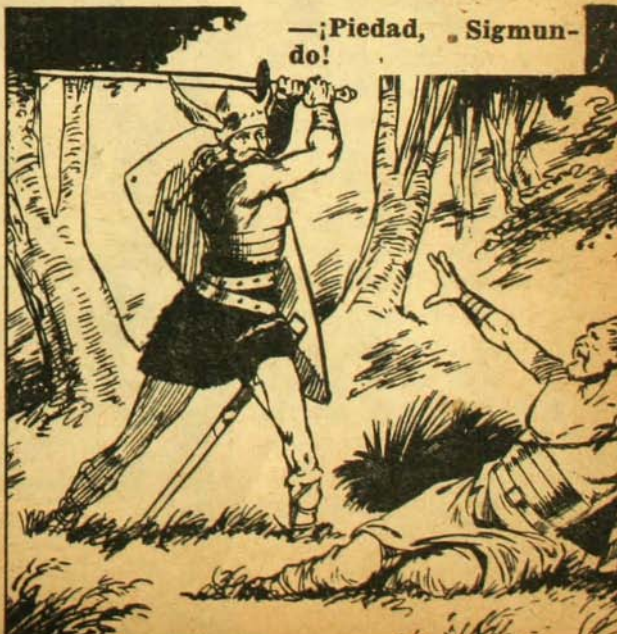
—Baja la espada, Sigmundo.

Aquella orden provenía de la nada. Y de la nada surgió un anciano de magra figura y con un solo ojo. Sigmundo replicó:

—Vete, anciano.

Con su espada quiso apartar el cayado del viejo y entonces el acero se partió en dos. El mago Odino pronunció: —Yo te di esa espada y ahora la destruyo.

El normando que yacía en tierra se levantó con sigilo para coger su arma y la hundió traídonamente en la espalda de Sigmundo. Luego huyó y su feroz risa estremeció la selva. El mago Odino se desva-



—¡Piedad, Sigmundo!



—Vete, anciano —dijo el héroe.

neció en el aire. Sigmundo balbuceó:

—Muero... lejos de mi esposa Hordia y de mi hijo Sigfrido..., ¿qué será de ellos?

En ese instante, a muchas millas de distancia, la rubia Hordia enseñaba los primeros pasos a su hijo. El niño reía con inocente alegría, sostenido por las blancas manos de la princesa. En el jardín del

castillo reinaba la paz y ningún presentimiento anunció a sus moradores que, lejos de allí, Sigmundo se desangraba, herido por un cobarde.

De pronto, un caballo blanco y resplandeciente apareció ante Hordia. Agitó sus crines y dió coces que hacían fulgurar sus cascos de plata. Hordia, atemorizada, alzó en brazos al pequeño Sigfrido. Y una voz dijo: —Hordia, sube al caballo con tu hijo. Sigmundo está en peligro y te necesita.

Los relinchos del corcel atrajeron a la servidumbre. Con los ojos dilatados de asombro los lacayos se preguntaban:

—¿De dónde surgió ese caballo?

El normando mató a traición a Sigmundo.





Sigfrido daba sus primeros pasos.

La impaciencia del animal era cada vez más intensa. Como un remolino blanco seguía coceando y sus relucientes cascos formaban vorágines de plata.

Hordia, pálida, indecisa, se aproximó. Instantáneamente el caballo se calmó. Dobló sus patas delanteras para facilitar la subida de la princesa y luego cruzó el espacio en un alado galope.

El pequeño Sigfrido gorjeaba de risa. Pero el semblante de su madre reflejaba la angustia y la incertidumbre.

(CONTINUARA)

ALERTA SIMBADINOS:
Próximamente, grandes premios para el concurso semanal; obsequios de la **CASA GARCIA.**



Apareció un caballo blanco y resplandeciente.

Concurso Semanal



Díganos a qué obra famosa pertenece este dibujo. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

Solución al Concurso N.º 199.— La cabra siempre tira al monte.

Premiados con: *UNA SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL A "SIMBAD"*.— Enriqueta Lillo, Molina; Antonio Sánchez, Sewell; Carlos A. García, Santiago; Waldo Enrique Inostroza, Curepto; Margarita Fuentes, Valparaíso; Magali Espinoza, Linares. *UN PREMIO*

DE \$ 20.— María Isabel Vega, Graneros; Mirta Alarcón, Santiago; Antonio Rojas, Santiago; María Rojas, Talca; Vladimir Kiststeiner, Valparaíso; Enriqueta Riveros, Valparaíso; Eduardo Román, Santiago; Nelson Muñoz, Curicó; Magaly Zúñiga, Santiago; María Antonieta Huerta, Valparaíso. *UNA ARMONICA.*— Carmen Paniagua, Los Andes; Felipe González, Valparaíso. *UN JUEGO LUDO.*— Luis Alberto Torres, Santiago; María González, Santiago. *UN LAPIZ AUTOMÁTICO.*— Patricio Agurto, Cauquenes; Rodolfo Semic, San Bernardo. *UN LIBRO.*— Jack Assael, Santiago; Mónica Briceño, Rancagua; Gabriela Urrutia, Chiguayante; Berta Canales, Los Andes; Franklin Carrasco, Valparaíso; Gladys Espinoza, Viña del Mar; Carlos Varela, Talcahuano; Luis Gajardo, Valparaíso; Anita Rodríguez, Talca; Eliana Federici, Valparaíso. *UN VITALMIN.*— Raúl Gottini, Valparaíso;

**CUPÓN DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 201

Antonio Onetto, Santiago; Patricia Brizuela, Viña del Mar; Cecilia Goiri, Lima; Sofía Méndez, Santiago; Edwin Leefhelm, Santiago; Lucila Torres, Santiago; Carmen Serrano, Rengo; Ricardo Pérez, Valparaíso; Mónica Azócar, Santiago. *UNA CARPETA ESQUELAS.*— Carlos Rebolledo, Santiago; María Angélica Villegas, Quillota; Rebeca León, Santiago; Sonia Ferruz, Puente Alto; Oriana Eliz, Valparaíso; Verónica Rowlinson, Santiago.

Juan y Juanita



3. Juanita presenciaba espantada la violenta escena. De pronto lanzó un grito de terror. “—¡Cuidado, Vicente!” Se oyó el sonido de un resorte y la hoja de la navaja surgió, con siniestro brillo. “—No juegues con eso —advirtió Vicente, con voz calmada—. Puede ser peligroso para ti, Rata.”



4. En ese instante, Juan recobró la conciencia. Ante su mirada vaga y mientras su mente se esforzaba por comprender, dos hombres se movieron con rapidez fulmínea. Una mano armada fué cogida por otra más poderosa y el que pretendía asesinar cayó herido. “—Le llamaban Rata porque era un miserable”, oyó decir.

(CONTINUARA)



Simbad

PUNTITO

N.º 202

\$ 5.-





Juan y Juanita



CAPITULO XIII.— FELICIDAD INTERRUMPIDA



1. Juan y Juanita, huyendo del cruel Vitorio Sicali, se refugiaron en un barco mercante. El marinero Vicente los defendió contra el "Rata". Este cayó, herido por su propio puñal. "—No se preocupen —dijo Vicente a los niños—. Viajarán escondidos en la cala. Ya no hay ningún miserable que los denuncie."



2. "—¿Qué rumbo llevamos?", preguntó Juan. El viejo lobo de mar, encendiendo su pipa, respondió: "—Al sur, muchacho. Los haré desembarcar en la costa meridional. Por cierto que no les dejaré abandonados, sino en el hogar de un amigo mío." Juan suspiró. ¿Cuándo podrían regresar a su tierra natal?

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO IV — 15-VII-1953 — N.º 202

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

CAPITULO IV — *Vida de vagabundo.*

Desde que Eduardo VI había cambiado de indumentaria con Tom Canty, su vida se trocó en amarguras y dolores. Entretanto, el mendigo Tom Canty vivía en el palacio real y aunque aseguraba que no era el príncipe, nadie le creía y le obligaban a representar el papel de rey. Cada grosería que cometía, la atribuían a pérdida de la memoria y trataban los cortesanos de ocultarla a sus vasallos. Dejamos al rey Eduardo



El príncipe y el mendigo

atado y amordazado en la cabaña del ermitaño loco, que se creía un arcángel y que odiaba a Enrique VIII, porque le dejó sin casa ni hogar. Afilaba su cuchillo para degollar al rey Eduardo, cuando sintió golpes en la puerta de la ermita.

—¿Está aquí mi muchacho? —preguntó Miles Hendon.

—¿Qué muchacho?

—Dejaos de mentiras, señor ermitaño. Cerca de este lugar he cogido a los bellacos que me lo robaron y les he obligado a confesar que lo siguieron hasta aquí. Además, he visto sus huellas. ¿Dónde está mi muchacho?

—¡Oh, mi buen señor! ¿Os referís al muchacho que vino esta noche? El arrapiezo ha ido a hacer un mandado y pronto volverá.

—Esa es una mentira —protestó Miles Hendon—, porque si vos lo habéis mandado, no os obedecería. Os habría tirado de esas viejas barbas si hubierais osado tal insolencia. El no obedece a ningún hombre.

—Pero yo no soy hombre —dijo el ermitaño—. Yo soy un arcángel.

Mientras tanto, el reyecito, en el otro aposento, temblaba de dolor y de esperanza, y procuraba gemir con todas sus fuerzas bajo la mordaza.

Pero Miles Hendon no escuchó el débil rumor y se dejó engañar por el ermitaño, que le condujo al camino.



Miles Hendon llamó a la puerta de la ermita.

Eduardo oyó las últimas palabras de su amigo, y después el galopar del caballo, que se alejaba de la ermita. Dominado por cruel congoja, el rey se sintió desfallecer. Luego dió un respingo y se puso a forcejear frenéticamente con sus ligaduras, hasta lograr sacudir la piel de cordero que le asfixiaba. De pronto oyó abrirse la puerta y el sonido le heló hasta los huesos, pues ya le parecía sentir el cuchillo en su garganta. El horror le hizo cerrar los ojos;

el horror le hizo abrir-
los de nuevo... y vió de-
lante a Juan Canty y al
malvado Hugo.

Habría exclamado:
"GRACIAS A DIOS!",
si hubiera tenido libres
las quijadas.

Uno o dos minutos más
tarde estaba desatado y
sus capturadores, co-
giéndole cada cual de
un brazo, se lo llevaron
a toda prisa a través del
bosque.

Una vez más el rey Fu-

Fú I anduvo con los vagabundos y los forajidos. Hugo le odiaba y buscaba la ocasión de molestarlo, simulando después perfecta inocencia. Diez veces pisó los pies al rey, como sin querer, y el rey, según convenía a su realeza, fingió despectivamente no advertirlo. Pero a la tercera vez que Hugo se permitió tal chanza, Eduardo lo derribó al suelo de un garrotazo, con gran júbilo de la tribu. El ladrón cogió otro garrote, pero su torpe esgrima de nada le servía frente a un brazo que había sido educado por los

primeros maestros de
Europa. El reyecito
desviaba la espesa llu-
via de golpes con tal fa-
cilidad, que los mendig-
os rugían de entusias-
mo. Y cuando sus ex-
pertos ojos descubrían
la oportunidad favora-
ble, caía un golpe como
un relámpago en la ca-
beza de Hugo, con lo
cual la tormenta de
aplausos y de risas
atronaba el aire.

Vencido Hugo, el héroe



—Dejaos de menti-
ras, señor ermitaño.

El ermitaño logró en-
gañar al joven caba-
llero.



fué subido en hombros de la alegre ralea y situado al lado del jefe, donde, con gran ceremonia, fué coronado rey de los gallos de pelea. El anterior título, menos importante, fué abolido y se dictó un decreto de destierro contra todo el que lo pronunciara, con lo cual desapareció de la historia el nombre de Fufú I.

Fracasaron todas las tentativas de los truhanes para obligar al príncipe a robar o mendigar. El primer día le



Hugo dejó caer el
lío en manos del rey.

obligaron a entrar en una cocina que no estaba vigilada. Pero no sólo salió con las manos vacías, sino que trató de despertar a los moradores de la casa. Tampoco quiso ayudar en los trabajos de calderero. Era intolerable para el cautivo aquella vida errante y sórdida. Sólo en sus sueños olvidaba sus pesares y volvía a verse en el trono, gobernando.

Al despertar crispaba los puños y juraba vengarse de Tom Canty. “¿Por qué no declara que él es el mendigo Canty y ordena que me busquen mis vasallos? —pensaba el reyecito—. Está fingiéndose rey y durmiendo en mi cama el muy facineroso.”

El rey seguía teniendo por compañero al ladrón Hugo. Este le dijo un día:

—Yo me fingiré enfermo, para inspirar compasión a ese hombre que viene ahí. Tú llora y pídele que socorra con un penique a tu pobre hermano.

Inmediatamente se lanzó a tierra, puso los ojos en blanco y se retorció con dolor fingido. El compasivo transeúnte se detuvo, murmurando:

—¡Pobrecillo, pobrecillo! Espera que voy a auxiliarte.

—Dadme un penique, noble señor, y sentiré alivio. Mi hermano os dirá cuánto sufro.

—¿Un penique? Tres te daré, desdichada criatura. Y tú, muchacho, ayúdame a llevar a tu pobre hermano a aquella casa.

—Yo no soy su hermano —dijo el rey.

—¡Oh! —gritó Hugo—. ¡Niega a su propio hermano, que está con un pie en el sepulcro!

—¿Cómo puedes ser tan cruel, rapaz?

—Y tú, buen hombre, ¿cómo puedes ser tan cándido que te dejas engañar por un mendigo ladrón?

Hugo comprendió que la comedia iba mal, y, olvidando sus tremendas dolencias, se levantó de un salto y huyó llevando de la mano al rey.

Fastidiado, Hugo con la^a testarudez del niño, decidió perder a Eduardo inculpándolo de un robo. Caminó con su víctima en dirección al pueblo vecino y vio venir a una mujer que llevaba en un cesto cierto lío grueso. Los ojos de Hugo relucieron de perverso placer al decirse:

“¡Por mi vida! Si puedo imputarle eso al rey de los gallos de pelea, estará perdido.”

Hugo se deslizó tras la mujer, le arrebató el lío y, envolviéndolo en una manta, se lo entregó al pasar al rey Eduardo. Inmediatamente después, el ladrón se perdió tras una esquina, y dijo a la mujer que era el harapiento niño quien le había robado el lío.

La aldeana cogió con una mano a Eduardo, asió con la otra el atado, y empezó a insultar al niño, que luchaba sin resultado por desasirse.

—Suéltame, necia criatura —decía el rey—. No he sido yo el que te ha despojado de tus mezquinos bienes.

La muchedumbre se agrupó, amenazando al rey y dirigiéndole insultos. Un herrero quería golpearlo con una barra de hierro, para darle una lección.

(CONTINUARA)



—Suéltame, necia
criatura —decía
Eduardo.



LA SMERPALDA

CAPITULO VII.—EL



1. Gavani, capitán de lanceros, sorprendió a un encantador de serpientes que, con los sonos de su flauta, enfurecía a tres cobras para que clavarán en la cautiva Ruana su venenoso colmillo. Antes de disparar contra los reptiles, asestó una bofetada al miserable, haciéndole rodar por tierra.



2. "—Agradece que no te hago tragar tu maldita flauta", dijo Gavani, pero el flautista no podía oírle porque yacía aturdido. "—Gracias, sahib", balbuceó Ruana. El joven hindú respondió fríamente: "—Cuando usted dice "gracias", alguien cae asesinado. ¿Recuerda a los hombres de mi escolta? Murieron por su culpa."

DE KALI

COMPLICE DE OMAR



3. Ella gimió: "—No sea injusto. Oiga primero mi historia, antes de condenarme. Soy princesa, pero mi madre se casó con un paria, y fui expulsada de mi palacio. Vivía de limosnas hasta que un día hallé a Omar. Me pidió que cruzara el territorio de Katmana. No supe que se trataba de un asalto.



4. "Cuando descubrí que había asesinado a los hombres de su escolta, decidí denunciarlo. Entonces el miserable me secuestró, internándose conmigo en la jungla. Encontró a un encantador de serpientes, y le dijo: "Te pago cien rupias para que tus serpientes venenosas den muerte a esta hija de un paria."

LA ESMERALDA



5. "El encantador de serpientes aceptó y con la música de su flauta enardeció a las cobras. Su mordedura es mortal. Usted me salvó, capitán Gavani." Ruana había terminado su dramático relato. El capitán de lanceros vacilaba entre creer y dudar. En cambio, Naguib desconfiaba abiertamente de la bella hindú.



6. "—¿Dónde está ahora Omar", preguntó Gavani. "—Va hacia Delhi. Podemos alcanzarlo —repuso la niña—. Yo les guiaré." Sin añadir otra palabra, el joven capitán la izó hasta su caballo. Naguib montó a su vez, con el ceño contraído. "—Aquí hay huellas", anunció Naguib, que escudriñaba la senda.

DE KALI



7. Cruzaron un desfiladero, veloces como el viento, y no tardaron en avistar dos siluetas. Una de ellas era corpulenta y la otra se perfilaba esbelta, de piel cobriza. "—¡Arriba las manos!", demandó Gavani, y los delincuentes obedecieron. Ruana tembló ante la terrible mirada de su antiguo verdugo.



8. "—Omar, entrégame la esmeralda de Kali —añadió Gavani—. No intentes negar que la has robado." En ese instante el cómplice del bandido alzó la cabeza, y Gavani, estupefacto, reconoció a su cornac. "—¡Eres tú, Kamuri! —exclamó—. Creía que habías muerto bajo las garras del tigre"...

(CONCLUIRA)



La princesa que fué a la guerra

Hace muchos, muchos años, vivía un príncipe que tenía tres hijas. Ya eran mayorcitas y rabiaban por casarse, pero no encontraban con quién.

En aquellos días estalló la hostilidad entre el rey del país y otro monarca vecino, por lo que el príncipe fué llamado a guerrear. Al príncipe le hizo tan poca gracia aquel llamado, que pasó tres días con sus tres noches encerrado en su habitación.

Su hija mayor le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste, papá?

—Porque el rey, nuestro señor, ha declarado la guerra al del país vecino y me convocó para que vaya a luchar en sus filas.

—¿Es por eso? ¡Yo creía que era porque no podías encontrarme un marido! —replicó la hija con sarcasmo.

Y así diciendo, salió de la habitación, dejando solo a su padre. Al cabo de un rato entró la segunda, y le preguntó:

—¿Qué pesar te aqueja, papá?

—Ya me lo preguntó tu hermana mayor y se ha burlado de mí cuando se lo he dicho.

—Pues yo no me burlaré; por el contrario, procuraré consolarte, si puedo.

—Verás. Nuestro rey ha declarado la guerra al país del vecino y quiere que yo vaya a ayudarle...

—¿Y por eso te entristeces? ¡Yo creí que era el dolor de perdernos cuando nos casemos!

Y salió de la habitación, dejando a su padre muy abatido. Minutos después entró la menor.

—¿Qué te ocurre, papá? —le preguntó cariñosamente.

—Ya me lo han preguntado tus dos hermanas y se burlaron de mí.

—Eso no lo haré yo jamás.

—Lo mismo dijeron ellas, y luego...

Finalmente refirió el príncipe a su hija lo que ocurría, añadiendo

que la causa de su preocupación era no saber dónde las iba a dejar durante todo el tiempo que durase su ausencia.

—No te atormentes por eso —dijo la princesa, que se llamaba Cinia—. Dame tu armadura y tu espada e iré a la guerra en tu lugar. Así podrás cuidar de mis hermanas.

El príncipe entregó a su hija la armadura; pero la espada se convirtió en un perro y siguió dócilmente a su ama, que emprendió el camino a la capital del reino al trote corto de su brioso corcel.

Al llegar junto a la puerta del palacio real, el centinela, a cuyo lado estaba el hijo del rey, dijo a este último:

—Ved el rostro de este jinete, Alteza; apuesto mi cabeza contra un vaso de vino a que no es hombre, sino mujer.

Cinia partió a la guerra.



El príncipe, seducido por la extraordinaria belleza del rostro que contemplaba, guió al guerrero hasta el trono de su padre.

—Me llamo Cinio —dijo el desconocido con dulce voz— y he venido a ofreceros mi brazo para defender mi país y vuestra corona.

Cuando el rey le dió las gracias por su ayuda, el desconocido salió. Entonces dijo el príncipe:

—No se llama Cinio, papá, sino Cinia. Estoy dispuesto a casarme con ella.

—Antes debes convencerte de que no te equivocas; llévala a la tienda de ahí enfrente, donde, como tú sabes, venden en un lado armas y utensilios guerreros, mientras que en la otra sólo

hay cintas, lazos y prendas femeninas. Si ves que contempla los trapos con más placer que las armas, será prueba de que no te equivocas, y, si ella corresponde a tu amor, no me opondré a vuestra boda.

Pero el perro de la princesa Cinia había oído estas palabras, y las repitió a su ama.

Y sucedió que al día siguiente, cuando él príncipe la invitó a que le acompañara a comprar algunas armas, ella entró en la tienda, dirigióse a la armería y adquirió una espada, mientras el príncipe hacía lo propio.

Y cuando, al salir, éste le dijo, señalando el otro escaparate:

—¿Vamos a dar una ojeada a esos preciosos trajes y telas?

Ella respondió enarcando el ceño:

Las mujeres acudían a comprar agujas.



—Parece mentira que le agraden a Vuestra Alteza esas cosas. Creedme, no os comprendo; pero si queréis verlas, id solo. Yo prefiero buscar un sitio donde probar mi espada.

Cuando el rey supo esto, dijo a su hijo:

—Es un hombre. Ya te lo dije.

—No, papá. Es una mujer y me casaré con ella.

El rey le aconsejó entonces:

—Invita al guerrero desconocido a comer. Pondremos tres platos a base de pimienta y sal, y beberemos vino y cerveza de los más fuertes que encontremos. También habrá en la mesa dulces, tortas y vinos suaves. Si prefiere los dulces, es que se trata de una mujer.

El perro, que también

esta vez había oído todo, fué a contárselo a la princesa, y ésta, cuando aceptó la invitación del rey y se sentó a la mesa, comió de los platos más picantes y salados, y bebió largos tragos de cerveza y vino áspero y fuerte.

—Es un hombre —afirmó el rey cuando se hubo marchado su huésped.

—¡Es una mujer! —exclamó el príncipe—. La espiaré hasta vencerme.



El príncipe raptó a Cinia.

El perro lo oyó, se lo dijo a su ama, y ésta montó de un salto en su caballo y partió al galope seguida de su perro.

Cuando el rey se enteró de lo sucedido se echó a reír, y dijo:

—Tendrás que buscarla si quieres casarte con ella.

Entonces el príncipe cambió sus ricas vestiduras por el traje de un buhonero, y con unos paquetes de agujas se dirigió a la ciudad en que vivía Cinia, junto con su padre y hermanas.

Infinidad de mujeres acudieron a comprar agujas; entre ellas vió a Cinia, y cuando la joven, ya vestida de mujer, le compró una docena de agujas y se dispuso a pagarle, él respondió:

—No, no quiero dinero, sino maíz.

Cuando la princesa quiso vaciarle el maíz en un saquito que llevaba a un costado, él hizo un movimiento inesperado y la mayor parte del grano cayó al suelo.

Dispúsose la princesa a ayudarle, pero él dijo:

—No, no. Los recogeré yo solo, grano a grano, como castigo a mi torpeza.

Así lo hizo, muy lentamente, con el objeto de descubrir la habitación que en el palacio ocupaba Cinia. Cuando vió que ésta se retiraba subió silenciosamente, trepando hasta su ventana, entró en el dormitorio, la envolvió en una manta mágica, que tenía la virtud de hacer dormir a las personas sobre las cuales se echaba, y, descendiendo tan sigilosamente como había subido, la montó en su caballo, que esperaba a poca distancia del palacio, y se la llevó al galope al suyo.

Cuando se hallaban en las inmediaciones de su propia casa, el príncipe desenvolvió la manta que cubría a Cinia.

En aquel momento cantaban los gallos del gallinero real, y la princesa, que se había despertado, exclamó:

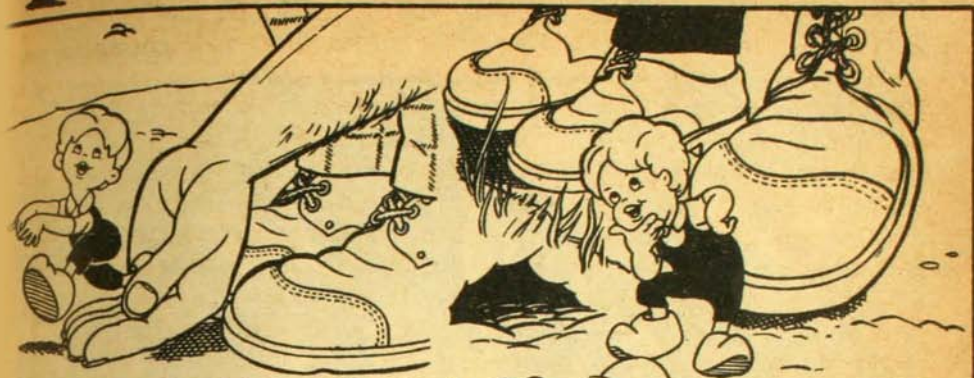
—¡Qué bonito es el quiquiriquí de esos gallos! ¡Me recuerdan a los gallos del rey, mi señor!

—No te equivocas —respondió el príncipe—. Son, en efecto, los gallos del rey, y éste que ves es su palacio, y yo su propio hijo que te ha robado de tu propia cama. Igual que tú me has engañado en otras ocasiones, te he engañado yo a ti ahora.

Y así diciendo la condujo a presencia del rey, su padre. Días después celebráronse las bodas con gran esplendor, y los esposos vivieron felices hasta que murieron de viejos.

Fin

PUNTITO



Puntito se cansó de bajar por el hombro de Cebollino y dijo al hombre:
—Bájame.

"Me escaparé ante sus propias narices", decidió nuestro amiguito.

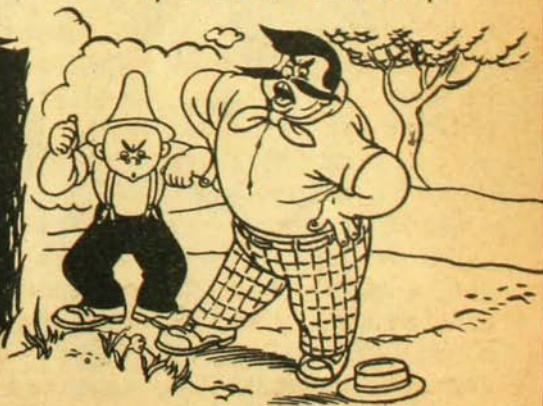


—Adiós, señores, y nunca más
compreñ niños!

¡Qué rabia tuvieron Cebollino
y Camote cuando Puntito des-
apareció en una cueva de topo!



—¡Qué oscura es esta caverna! El señor
topo debería comprar una lámpara, o
siquiera una vela.



Y la fuga de Puntito puso punto final a
los ambiciosos sueños de Cebollino y Ca-
mote.

(CONTINUARA)



1. El profesor Greg y sus jóvenes acompañantes, reducidos por el sub-rayo a una estatura microscópica, habían presenciado una batalla campal entre una colonia de hormigas negras y un ejército de hormigas rojas. Yara, indignada, empezó a lanzar piedras a las invasoras. “—¡No, niña!”, gritó Greg.



2. Pero ya era demasiado tarde. Las termitas, que robaban los huevos de sus víctimas, para esclavizar a las hormigas que de ellos nacerían, descubrieron a los exploradores y se lanzaron en su persecución. “—¡Huyamos! —indicó Greg—. ¡Rápido! Las hormigas son implacables y voraces. ¡Corran!”



3. No necesitaba animar a los jóvenes. Ellos volaban, dejándole atrás. Ya casi no tenían fuerzas para seguir huyendo, cuando llegaron al borde de un riachuelo. Cruzaron a nado, mientras sus perseguidores se detenían. “—¡Ah! —suspiró Greg—. Estamos salvados. Para otra vez, Yara, no sea tan pendenciera.”



4. “—Me indigné al pensar que las hormiguitas eran esclavas aún antes de nacer —contestó la niña, confusa—. Perdóneme, profesor.” Greg respondió: “—Admiro su valentía, niña. Ese peligro ya pasó, pero veo venir otro. Creo que lloverá. Busquemos refugio. Una sola gota puede sepultarnos en la tierra.”



5. No tardó en caer la lluvia y cada gota estallaba en el suelo como una bomba. Los exploradores se guarecieron debajo de un hongo. El agua resonaba con estruendo. De pronto Yara lanzó un grito de terror. Algo cayó cerca de ella y se agitó a sus pies. Temblando de terror se refugió en los brazos de Luis.



7. Seguía lloviendo y torrentes de agua se deslizaban a los pies de Greg y de los jóvenes, formando un mar tumultuoso, cuyo nivel subía rápidamente. Los exploradores se vieron obligados a escalar el tallo del hongo. Luis y Roberto se vieron obligados a Yara. Por fin cesó de llover.



6. Después cayó un verdadero alud de serpientes, que rodaban desde el sombrero de la callampa. El cuerpo de los anélidos se contraía convulsivamente, la negra cabeza se hundía en la tierra, y luego aquellas lombrices desaparecían en la tierra. Yara, con un gran esfuerzo, dominó su espanto.



8. El nivel del agua bajó y los exploradores pudieron continuar su ruta. Sobre ellos, las hojas sostenían pesadas gotas de lluvia, que de pronto rodaban. Por evitar una de ellas, Luis retrocedió y fué absorbido por una gota que estaba suspendida en una hoja. ¿Cómo huir de aquella extraña prisión?

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas



CAPITULO XV y FINAL.—El pirata olvidado.

Lidia Belmar estaba sumida en hondas meditaciones. Como entre sueños veía pasar una y otra vez a Luisa Sharp, sirviendo humeantes platos en el antiguo comedor del castillo. Oía el rumor de las voces de su padre, de Juan y Mauricio. A veces la voz tímida de Adrián se mezclaba en la conversación. El capitán Belmar había insistido en que el joven participara en la cena de aquella noche.

Las evocaciones de Lidia eran tan intensas, que le impedían situarse en el presente. Su mente excursionaba por el pasado, o se proyectaba hacia el futuro. ¿Cómo terminaría aquella aventura?

Rogelio, el primo de Adrián Montes, continuaba detenido. Era cómplice de los contrabandistas, pero se comprobó que sólo hacía señales luminosas y que jamás participó en los robos y fraudes. Sería internado en un reformatorio de menores, donde recibiría una educación que daría término a su vida de vagancia.

De pronto interrogó a Luisa Sharp:

—Señora, usted una vez nos escribió diciendo que había hallado un portadocumentos dentro del cual había un mensaje y un billete de 500 pesos. El mensaje estaba firmado "El viajero y su hija". Supuso que era de mi papá y estaba equivocada. Nosotros no...

—Ya lo sé, niña —interrumpió Luisa—. Ese portadocumentos y el dinero los había dejado mi yerno Daniel. Deseaba socorrerme, sin que se supiera que la ayuda provenía de él, y aprovechó el paso de ustedes para atribuirles esa espléndida propina. Los ojos grises de Mauricio Maré centellearon con ironía al decir:

—Queda solucionado un problema. Pero aún hay muchos sin dilucidar.

Estaba decidido a descubrir el más importante secreto del fortín colonial: el tesoro, que, según las consejas del país, se hallaba oculto desde que Francisca Altamirano huyó de los piratas de Sharp.

La cena llegaba a su fin, y Lidia casi no había pronunciado palabra.

—¿Qué le sucede a la castellana? —inquirió Mauricio—. Está silenciosa y mustia.

La azul mirada de Adrián escrutó con ansiedad el hermoso rostro de la niña. Ella, turbada, explicó:

—Estaba pensando en el tesoro. ¿Existirá realmente?

En aquel instante, Micaela apareció con un frasco de mermelada de damascos.

Toda la tarde se había sentido desplazada por Luisa Sharp y deseaba tomar su desquite. Luisa ordenó servir un postre de

manzanas asadas, pero Micaela se presentó con su frasco, y, colocándolo desafiante en la mesa, dijo:

—Sirva, niña Lidia. Es la mermelada que usted prefiere.

Lidia, sonriendo, desprendió el papel amarrado sobre la tapa y en el cual Micaela había escrito con su gruesa letra: "Damasco". Y de pronto lanzó una exclamación de asombro:

—¿Qué ocurre, Lidia? Todos formularon la pregunta. La jovencita extendió la página, y balbuceó:

—Es... una página del diario de Francisca Altamirano...

El cofre contenía joyas de incalculable valor.



Los jóvenes se precipitaron a leerla, volcando, de paso, la sal y derramando la mermelada.

—¡Calma! —gritó el capitán Belmar, muy agitado—. No sean imprudentes, siéntense y yo les leeré ese pergamino.

Uniendo el fragmento de la primera página hallada, con aquel trozo, podía leerse el siguiente relato:

“30 de noviembre de 1680.

Yo, Francisca Altamirano, dejo este mensaje.

He visto la ciudad incendiada y a los piratas dedicados al pillaje. Decidí huir hacia mi castillo. Bajo la piedra circular, contando cinco pasos desde la marca que hay en el brocal del pozo que está en el patio, se encuentra la piedra que gira. Allí escondí mi tesoro. Huí del peligro. Sharp no sólo codicia el cofre de mis joyas, sino que pretende raptarme, llevándome en su maldito barco. Me esconderé en la sala secreta. Mi fiel Juan de Dios me llevará víveres. En las noches podré salir a respirar aire, cuando todos duerman y nadie me espíe.”

—¡Todo explicado! —gritó Mauricio—.

Quiere decir que...

Se interrumpió, mirando a Luisa Sharp. Ella dijo plácidamente:

—Hable con toda confianza, joven. Admito que ese tesoro pertenece a los dueños del castillo. Si Bartolomé no le pudo echar mano, yo tampoco lo tocaré.

Al día siguiente, Mauricio y los jóvenes Belmar se dispusieron a bajar al pozo.

—No se me ocurrió que el escondrijo estaba “debajo” de la piedra circular. Ahora encontraremos el cofre.

Por cierto que esta vez debieron usar cuerdas. Cuando Mauricio apa-

20%

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

Sólo por \$ 208.-neto,

podrá recibir en su casa la revista **SIMBAD**

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual

de

NOMBRE

CIUDAD

CASILLA

CALLE



reció con el cofre, se produjo un silencio lleno de expectación.

—¿Qué esperamos? — exclamó Juan.

Luego añadió, con su habitual ironía:

—No me extrañaría encontrar el cofre lleno de damascos. Micaela escribió justamente sobre la palabra "tesoro" su famoso nombre "damascos".

Las joyas que contenía el cofre eran de incalculable valor material e histórico.

Mauricio Belmar comentó, sonriendo:

—Las usará la castellana Lidia el día de su boda.

El capitán Hugo Belmar, que examinaba extasiado las alhajas, levantó la cabeza, mirando asombrado a la rubia niña. No había cruzado por su cerebro la idea de que Lidia había dejado la edad infantil y era una adolescente.

—No vacilé en huir, a pesar de la lluvia torrencial.

—No digas tonterías, Mauricio —dijo severamente.

Lidia, aunque su rostro ardía de rubor, señaló:

—¿Acaso no me permitirías tener un príncipe consorte, papá?

—Yo sé el nombre del príncipe —añadió Juan—. Empieza por A.

—Eres un traidor —protestó Mauricio—. ¿Por qué no dices con M?



Luisa Sharp ya no evocaba a su antepasado pirata.

sacrificarme, hasta sentir que he sido perdonada. Nunca obedecí a Arnaldo cuando quiso mezclarme en sus actividades de espía, pero tampoco le denuncié y por esto soy culpable. Aquella tarde que Lidia me sorprendió registrando el escritorio, buscaba documentos para esconderlos, porque sabía que Arnaldo intentaría penetrar en el castillo para apoderarse de ellos. Tal vez no soy digna de que me crean, pero estoy diciendo la verdad.

—Le creo, madame Daniela, y lamento que haya sido tan des-

Procuraba hablar con despreocupación, pero su mirada era grave y reflejaba una sombra de tristeza. Hugo Belmar comprendió entonces que su hija había crecido.

—Quién hubiera dicho que entraría en mi familia un descendiente del pirata Sharp —sonrió—. Me resigno, Lidia, mi rubia corsaria. En ese momento, Micaela anunció una visita.

—Es... es madame Daniela —dijo, confusa. La institutriz saludó, cohibida. Sus blancas manos se entrecruzaban, nerviosas.

—Vengo a dar explicaciones —murmuró—. Cuando reconocí a mi hermano, decidí huir. No vacilé en salir, a pesar de la lluvia torrencial. Me dirigí a Santiago y ofrecí mis servicios en un hospital. Quiero

venturada —dijo el oficial de marina—. Es absurdo que intente expiar delitos que no ha cometido. Le ofrezco...

—Gracias, capitán, es usted muy noble y generoso, pero ya he elegido mi camino.

Saludó con una silenciosa inclinación de cabeza y se alejó.

La captura de los contrabandistas proporcionó tema para animados comentarios durante largo tiempo.

Años más tarde, aquel suceso quedó olvidado. Sólo en las vacaciones algunos lugareños lo recordaban, cuando la familia Belmar llegaba al "Nido de Aguilas". Mauricio Maré volvía también, con la esperanza de hacer nuevos descubrimientos.

—Mauricio cree que los cofres de tesoros están sembrados en la playa —decía Juan.

Luisa Sharp vivía feliz en su granja, y casi nunca evocaba a su antepasado Bartolomé Sharp. Su nuevo ídolo era Luisa Belmar y sentía su viejo corazón henchido de orgullo al pensar que su nieto Adrián se casaría con la bella niña.

—¿Qué les regalará, abuelita? —le preguntaba el incorregible Juan—. ¿Un barco tripulado por piratas con una pata de palo y un parche negro en el ojo?

—Aún tengo fuerzas para repartir escobazos, jovencito —amenazaba Luisa Sharp—. Váyase antes que pierda la paciencia.

Micaela ya tenía pensado el regalo: una despensa llena de mermelada de damascos.

FIN

Correspondencia

TERESA RIFFO, YOLY RUFFO, CARMEN GARRIDO. — Lamentamos no tener más espacio para responder a sus cariñosas cartitas, pero han de advertir ustedes que llenamos la revista con cuentos y seriales a fin de que tengan ustedes mayor lectura.

RUFINO FIGUEROA, CLARA RETAMAL, MARIA TERESA MATAMALA, SUSANA BERNAL.

—Muy agradecidos de sus elogios y del deseo que manifiestan de que "Simbad" sea una re-

vista grande en tamaño, ya que lo es en gracia e interés.

OSCAR RAMIREZ, FERNANDO ALVAREZ, GIMENA RAMIREZ GRANDI. — En efecto, "Simbad" está adquiriendo gran popularidad, de lo cual están ustedes tan contentos como su directora.

GLADYS GOEDE GASS Y OSCAR RAMIREZ dicen que "Simbad" es el mejor regalo para ellos y sus hermanos.

ROXANE.

Ponchito

¡QUE LINDAS FLORES
HAY AQUÍ!



¡JUNTARE' UN RAMO
BIEN BONITO...



... Y SE LO LLEVARE' A
LA PROFESORA...



... PARA QUEDAR
BIEN CON ELLA!





La espada de Sigfrido



CAPITULO II.—La wal- kiria.

El héroe Sigemundo fué herido a traición por un miserable normando, y moría abandonado en el bosque. Los únicos testigos del drama habían sido el nibelungo Nimo y la cabra Morla.

A muchas millas de distancia, la reina Hordia presintió la tragedia. Un caballo blanco surgió inesperadamente, y una voz misteriosa la invitó a subir so-

—Mi amado señor,
¿quién te hirió? —
sollozó Hordia.



La servidumbre quedó
consternada.



bre el corcel. Cuando ella obedeció, el caballo remontó los aires, ante la consternación de la servidumbre.

No tardó la reina en hallarse junto a Sigemundo.

—Mi amado señor —sollozó—
¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te
hirió?

—Viéndote, muero feliz, Hordia. Temí cerrar los ojos para siempre, sin haber contemplado por última vez tu cabello dorado.

—Ha llegado mi última hora —murmuró Sigmundo.



—No debes abandonarnos, señor —gimió la desconsolada Hordia—. Os conduciré al castillo, para curar tus heridas.

—Es inútil. Ha llegado mi última hora. Esta es mi espada, Hordia. La deajo en herencia a mi hijo. Sólo puede ser esgrimida por un héroe, y Sigfrido será el héroe más glorioso de Germania y nadie podrá vencerlo. Tómala, Hordia, y guárdala para nuestro hijo.

El pequeño Sigfrido temblaba de terror, ceñido por el brazo de su padre. Advirtió que la fuerza de aquel brazo se debilitaba, y de pronto cayó inerte. El llanto de su madre le reveló que Sigmundo había muerto, y que él quedaba en la orfandad. Se sintió desamparado, y el dolor se desbordó de su corazón. Pero no alcanzó a llorar, porque en ese instante ocurrió algo prodigioso y extraño. Cabalgando a tra-

—Esta es la herencia que deajo a mi hijo.





Apareció una walkiria, doncella guerrera.

vés del aire, apareció una doncella guerrera, una walkiria, que venía en busca de Sigemundo. Las walkirias conducían al walhala a los héroes muertos en combate.

Dominando su terror, Hordia suplicó:

—¡No lo llevéis! Os lo suplico.

Los ojos impasibles de la walkiria la miraron con



La walkiria llevo consigo al héroe muerto.

frialdad. Sus labios azules, como el acero, se entreabrieron y pronunciaron un nombre:

—Sigemundo.

Aquella era la voz del destino y señalaba a Sigemundo el camino hacia el walhala, de donde nadie regresaba. La doncella guerrera cruzó el cuerpo del héroe sobre el arzón de la mon-

tura, y luego se elevó con él. Los cascos del caballo marcaron el paso en un rayo de sol, cabalgando sobre aquel camino de oro impalpable, hasta desaparecer. Impulsada por la desesperación, Hordia alzó sus brazos, clamando: —¡Mi amado señor, no me dejes! Déjame ir contigo.

Y, de pronto, dotada de alas, ascendió, siguiendo el mismo camino de Sigemundo y también se esfumó en la distancia.

Sigfrido quedó solo. Ardientes lágrimas inundaron su rostro. La congoja anudaba su voz y ni siquiera pudo nombrar a sus padres. Una avecilla se posó en su hombro y la suave y emplumada cabeza enjugó sus lágrimas. Percibió el canto consolador y luego otra cabeza se aproximó a él. Reconoció al caballo blanco y advirtió la muda ternura de sus ojos. No estaba solo ni desamparado

Nimo, emboscado, le observaba, ceñudo y meditativo. Había reconocido al dios Wotan bajo el disfraz de mago Odino. Sólo él pudo quebrar la Balmunga, la espada invencible. La codicia se agitó en el pequeño corazón de Nimo. Si pudiera forjar de nuevo la espada, sería poderoso. Pero el verdadero dueño de la Balmunga estaba allí, era ese niño. Y Nimo lo miró con odio.

(CONTINUARA)



Hordia siguió a Sig-
mundo.



Sigfrido quedó solo y
abandonado.

Concurso Semanal



S. Q...R.S C.NS.R-
 V.R ..N .M.G. H.N-
 R.L. C..ND. .ST. PR.-
 S.NT. .L.G..L. .N L.
 ..S.NC.. Y .Y.D.L. .N
 L. N.C.S.D.D

Reemplaza los puntos por letras y podrás leer un consejo de buen vivir. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 200.—
 Juan y Juanita.

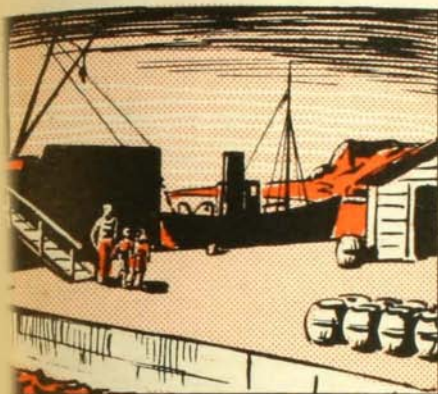
Premiados con: *UN TANQUE ANTIAEREO, GRAN PREMIO CASA GARCIA.*— Héctor Silva, Santiago. *UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".*— Reinaldo Cancino, Lota Alto; Silvia Elena Cicali, Valparaíso; Luis Fernando Arancibia, Valparaíso; Berta Inés Canales, Los Andes; Manuel Ferrada, Nipas; José F. Donoso, Viña del Mar. *UNA PELOTA DE GOMA.*— Rubén Enrique Rivera, Santiago. *UN PREMIO DE \$ 20.*— Raquel Rodríguez, Concepción; Cecilia Zamora, Santiago; Justo Fernando del Prado, Lanco; Gabriela Bornsheuer, Osorno; Gloria Echeverría, Osorno; José Teillery, Talagante; Hernán Orchard, Santiago; Miriam Stephen, Viña del Mar; Sergio Raggio, Santiago; Arturo Mauro, Rancagua. *UNA REGLA COLEGIAL.*— Héctor Gómez, Santa Cruz; Luisa Lema, Temuco; Elisa Zapata, Buin. *UN LIBRO.*— María Fajardo, Santiago; Zulema Henríquez, Concepción; María Elisa Oyarzo, Valparaíso; Jorge Aravena, Lautaro; Hugo Escobar, Melipilla; Hernán Correa, San Felipe; María Angélica Santa Cruz, Santiago; Lilliana León, Santa Cruz; Margarita Sotomayor, Linares; Magdalena Vera, Santiago. *UN VITALMIN.*— Silvia Sáez, Lota; Silvia Patricia Kamann, Curicó; Sergio Ramos, Santiago; Víctor Aguirre, Angol; Engelbert Sigheitmaier, Los Andes; Eduardo Estay, Santiago; Carlos Cifuentes, San Javier; Luis Ulloa, Concepción; Filomena Andrade, Pitrufquén; Patricia Saint Laurence, Santiago. *UNA CARPETA ESQUELAS.*— Silvia Mora, Santiago; Luz Vergara, Temuco; Valentina Larrain, Santiago; María Teresa Jofré, Temuco; Carlos Varela, Talcahuano; José Leonardo Pérez, Parral.

CUPON DEL
 CONCURSO
 Semanal

SIMBAD N.º 202

¡ALERTAS, SIMBADINOS!: Próximamente grandes premios para el concurso semanal; obsequios de la CASA GARCIA.

Juan y Juanita



3. Dos días más tarde, anclaban en un pequeño puerto. Ambos niños y su protector bajaron sin ser vistos. Minutos después se internaban en la campiña. Juanita aspiró el aire fragante, y Juan recogió de paso algunas moras silvestres que endulzaron su boca. —Ahí está la casa de mi amigo”, anunció Vicente.



4. Pedro Morgano y su familia acogieron cariñosamente a los pequeños fugitivos. El buen Vicente dejó dinero para pagar el hospedaje y se despidió emocionado, como un abuelo que se separa de sus nietecitos. La paz de aquella familia fué interrumpida un día por la amenaza de la guerra.

(CONTINUARA)



SUPERAD

N.º 203

5.—



ELENA
FORNER.

MUNDO SECRETO



Juan y Juanita



CAPITULO XIV.— EL BOMBARDEO



1. Juan y Juanita se refugiaron en el hogar de los Morgano, humilde familia de labradores. Una noche Juan despertó sobresaltado al oír el estruendo de un bombardeo. “—¡Juanita, despierta! —murmuró—. Huyamos.” El pequeño Tino dijo: “—Iremos con ustedes. Mi papá y mi mamá no están.”



2. En efecto, los esposos Morgano habían ido a ofrecer provisiones al Ejército de la Resistencia. Tino y su hermanita Neta siguieron a Juan y Juanita, lanzándose a campo traviesa. Al oír el rugido de un avión, Juan gritó: “—¡Al suelo todos!” Luego estalló una formidable explosión.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO IV

— 22-VII-1953 —

N.º 203

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

CAPITULO V.— *¡Yo soy el rey!*

Acusado el rey Eduardo de haber robado un lío con un cerdito nuevo a una aldeana, era amenazado por un herrero cuando una espada centelleó en el aire y cayó de plano sobre el brazo del hombre, mientras una voz irónica decía con calma:

—Vamos a ver, buenas almas, procedamos con suavidad.

El herrero, al ver la alta estatura de su contrincante, retrocedió gruñendo. La mujer soltó la mano del niño. La turba guardó



El príncipe y el mendigo

prudente silencio. El reyecito gritó entonces:

—Mucho has tardado, Sir Miles, pero ya estás aquí. ¡Hazme pedazos a toda esa canalla!

Miles Hendon no pudo contener una sonrisa. Inclinandose, murmuró al oído del rey:

—Paso a paso, príncipe. Habla con cautela..., aunque mejor será que no hables. Supongo que tendremos que ir a la cárcel porque la mujer te acusa de robo.

En efecto, ya llegaba un alguacil, quien se aprestaba a poner manos en el hombro del rey cuando Hendon le dijo:

—Despacio, buen amigo. Retira la mano, porque el niño irá pacíficamente.

Echó a andar el alguacil, con la mujer y su lío. Miles y Eduardo fueron en pos de ellos, seguidos por la muchedumbre.

Cada vez que el rey intentaba rebelarse, Miles le decía en voz baja:



—¡Hazme pedazos a esa canalla! —ordenó el rey.

—Reflexiona, señor, que esas leyes se cumplen por orden del rey y como te acusan de haberlas infringido, el alguacil tiene razón, en apariencia.

El juez tomó declaración a la mujer, mientras el rey permanecía impertérrito y despreciativo.

—¿Cuánto crees que vale ese cerdito? —preguntó el juez a la mujer.

—Tres chelines y seis peniques, señor.

Miles Hendon palideció

de terror. El juez ordenó despejar la sala y cerrar las puertas. Luego dijo a la aldeana:

—¿Sabes que si se roba una cosa que valga más de trece peniques y medio, dice la ley que el ladrón debe ser ahorcado?

Se estremeció el rey, pero supo dominarse y guardar silencio. La mujer, en cambio, temblando de espanto, gritó:

—¡Oh Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Santo cielo! Por nada del mundo querría que ahorcaran al pobrecito niño. ¿Qué puedo hacer?

El magistrado sugirió:

—Sin duda se puede revisar el valor, porque aún no ha sido escrito.

—Entonces decid que el cerdo vale ocho peniques, y Dios os bendiga por haberme salvado de un terrible remordimiento.

En su júbilo, Miles Hendon olvidó todo decoro y sorprendió al rey y ofendió su dignidad, rodeándole con sus brazos y estrechándole con fuerza contra su pecho.

El juez leyó a Eduardo Tudor un auto muy prudente y bondadoso y le permitió que se retirara.

Ambos amigos partieron en dirección a Londres. Allí se encontra-

ron con un gentío que vitoreaba sin cesar al rey Eduardo.

El príncipe verdadero sintió entonces una intensa furia y, apartándose de Miles Hendon, corrió hacia las rejas del palacio real.

Mientras el rey vagaba por su reino, pobremamente vestido, mal alimentado, tan pronto burlado por vagabundos como en compañía de ladrones, el fingido rey Tom Canty pasaba por aventuras muy diferentes.

Olvidió sus temores, ce-

só su cortedad y cada día adquiría una presencia más confiada y digna. Empezó a agradarle que le llevaran por las noches al lecho con toda pompa y le vistieran por la mañana con esmero. Placiales oír las trompetas y las distintas voces que gritaban: "¡PASO AL REY!"

Llegó por fin el día de la coronación. El falso rey debía salir del palacio real en dirección a la abadía de Westminster, donde el arzobispo le coronaría como rey Eduardo VI de Inglaterra.

La magnífica abadía estaba llena de príncipes, duques y pares del reino, y de nobles princesas con el traje constelado de diamantes.



—El niño irá pacíficamente.—dijo Miles.

Al son de una marcha triunfal, apareció Tom Canty, vestido con largo manto de brocado. Subió el niño al trono y se efectuaron las solemnes ceremonias. En vez de estar gozoso, Tom sentía su corazón lleno de remordimientos y una intensa desesperación le dominaba.

Por fin se acercó el acto final. El arzobispo de Canterbury levantó de su almohadón la corona de Inglaterra y la suspendió sobre la cabeza temblorosa del fingido rey. En el mismo instante,

una radiación del arco iris pareció recorrer el espacio, porque todos los nobles alzaron sus propias coronas.

En aquel emocionante momento, una aparición sorprendente penetró en escena, una aparición por nadie observada en la absorta multitud, hasta que se presentó de repente en la gran nave central. Era un niño vestido de andrajos. Levantó la mano con solemnidad y pronunció:

—¡Os prohibo poner la corona de Inglaterra en esa cabeza condenada!
¡Yo soy el rey!

Varias manos indignadas cayeron sobre el niño, pero en el mismo instante Tom, con sus regias vestiduras, avanzó vivamente un paso y exclamó con vibrante voz:

—¡Soltadle y deteneos!
¡Es el rey!



El que robaba una cosa que valiera más de trece peniques y medio era ahorcado.

Una especie de temor, de asombro, circuló por la asamblea. Todos se levantaron de sus asientos, se miraron como si dudaran de estar despiertos o soñando, y luego fijaron sus desconcertados ojos en el rey y el mendigo.

El rostro de Tom se veía iluminado de alegría. Por fin aparecía el verdadero rey y él volvería a ser el humilde niño de Offal Court. Vería de nuevo a sus rubias hermanas Nan y Bet y a su madre, a quien añoraba con desesperación. Muchas noches la almohada regia se humedeció con sus lágrimas, porque recordaba su hogar. No temía hallarse otra vez con su temible padre, ni con su abuela, aquella bruja de voz chillona y destemplada que lo golpeaba y maldecía.

El Lord Protector contemplaba abismado la radiante sonrisa del rey y la mirada grave del niño mendigo. Y para terminar con aquella escena absurda, exclamó:

—No oigáis a Su Majestad, pues su dolencia le ha vuelto a atacar. Prended a ese vagabundo!

El fingido rey dió una patada en el suelo y repitió:

—¡Es el rey! No oséis poner sobre él vuestras manos.

(CONCLUIRA)



Los nobles prepararon al rey para la coronación.



—¡Os prohibo poner la corona de Inglaterra en esa cabeza condenada!



LA ESMERALDA DE KALI

CAPITULO VIII Y FINAL

DE KALI

LA MANO DE LA DIOSA.



1. Gavani y su amigo Naguib perseguían a Omar, que había robado la esmeralda de Kali. Cuando capturaron al bandido, descubrieron que su cómplice era el cornac Kamuri. Este confesó: "—Pensaba reunirme con mi jefe Omar cuando me agregué a la partida de caza. El tigre mató a un indígena y yo huí".



2. "Todos creyeron que el que había muerto bajo las garras del tigre era yo y mi fuga no despertó sospechas. Por fin llegué a la guarida de Omar y su banda. Les dije que usted, capitán Gavani, se dirigía a Katmana para recuperar la esmeralda. Entonces decidimos adelantarnos y culparlo a usted del robo."



3. "Nos introdujimos en el templo, internándonos por un túnel secreto —continuó Kamuri su relato—. Abatimos al centinela y a un sacerdote guardián, y nadie más se interpuso en nuestro camino. Omar susurró: "La esmeralda es nuestra y ahora nadie la arrebatará de mis manos. Kamuri, trepa a la estatua de Kali".



4. "Yo vacilé. Miré a los demás cómplices de Omar y todos retrocedieron. Eramos renegados, pero un temor supersticioso nos dominaba. Kali es la diosa de la destrucción y la muerte. Su maldición nos perseguiría. Sin embargo, la ambición fué más poderosa que el miedo y avancé hacia la mano gigantesca."



LA ESMERALDA DE KALI



5. "Cuando tuve la esmeralda en mi poder, bajé de un salto. Después huimos hacia la selva. Allí, me disfracé de faquir. Explicué mi plan a Omar: "Acusaré del robo al capitán Gavani y a Nanguib. Serán sentenciados a muerte y la esmeralda de Kali será olvidada. Entonces..."



7. Gavani, pensativo, reflexionó: "Kali decidirá. La diosa dispondrá si la esmeralda vuelve a ella, o si rueda de mano en mano causando la muerte". El maharajá recibió a sus dos enviados y dijo: "—Perdonen que haya desconfiado de ustedes. Por lo demás, he decidido elegir otra joya para la reina de Inglaterra".



6. "La esmeralda es tan valiosa, que nos hubiera convertido en reyes..., pero fracasamos..." Los culpables fueron conducidos a Katmana y allí el rajá dió la gema a Gavani, diciendo: "—Entregala al maharajá de Vijna. No quiero que sea motivo de discordia entre nosotros. De todos modos, Kali decidirá".



"—Conozco toda vuestra aventura —añadió el maharajá—. La madre de Ruana murió durante su fuga por la selva, y su hija, la princesa, recobrará su rango, con una condición: que sea tu esposa, capitán Gavani." Días más tarde, Gavani viajó con la esmeralda a Katmana, para devolverla a la diosa.

Los tres sastres

Había una vez una princesa muy orgullosa que proponía un acertijo a todo el que la pretendía, y al que no lo acertaba le despedía entre desprecios y burlas. La noticia se había extendido por todas partes, y se decía que el que tuviera la suerte de resolver el acertijo se casaría con la princesa. Sucedió por entonces que tres sastres llegaron a la ciudad donde habitaba la princesa Altiva, y los dos más viejos, al saber la historia, se sintieron seguros de salir triunfantes de la prueba, ya que eran maestros en toda clase de truhanerías y enredos. El tercer sastre era muy joven y un poco holgazán; no conocía su oficio, hacía hilvanes torcidos y perdía la aguja a cada rato. Pero no por eso se sentía menos seguro de su ingenio y de salir airoso en el asunto. Los otros dos se esforzaban en persuadirle de que se quedara en casa, pero él era obstinado y juró que iría. Luego se dirigió al palacio como si todo el mundo le perteneciese.

El primer sastre se llamaba Tijero; el segundo, Hilván, y el tercero, Dedalillo.

Los tres sastres se presentaron a la princesa Altiva y le dijeron que estaban dispuestos a resolver su acertijo, ya que eran los únicos capaces, porque tenían una inteligencia tan fina que podían enhebrar con ella una aguja.

—Entonces —dijo la hija del rey—, he aquí el acertijo: Sobre mi cabeza tengo un pelo de dos colores. ¿Cuáles son éstos?

—Si eso es todo —dijo Tijero—, allá va la solución: es negro y blanco como el paño que llamamos pimienta y sal.

—¡Te equivocaste! —exclamó la princesa—; vamos a ver el segundo.

—No es blanco y negro, sino pardo y rojo como la levita de los días de fiesta de mi padre —contestó Hilván.

—¡Tampoco acertaste! —gritó la princesa—. Veamos el tercero, que parece muy seguro de sí mismo.

El tercer sastre avanzó y, saludando a Altiva con gran galanura, dijo:

—Mi futura novia tiene en la cabeza un cabello de plata y oro, y éstos son los dos colores.

En cuanto Altiva oyó esto, palideció y estuvo a punto de desmayarse de espanto, pues el sastre había adivinado el acertijo que ella creía que nadie podría resolver. Pero cuando se repuso, dijo:

—No es todo lo que tienes que hacer; en el establo hay un oso con el que debes pasar la noche, y si estás cuando llegue la mañana, me casaré contigo.

Dedalillo aceptó prontamente y la princesa se creyó completamente salvada, ya que el oso no había perdonado todavía a nadie. Tan pronto como llegó la noche, Dedalillo fué conducido al sitio en que estaba el oso, y en cuanto éste le vió entrar se lanzó furioso sobre él.

—¡Poco a poco! —le gritó el sastre—. ¡Yo te enseñaré buenos modales!

Y sacando del bolsillo algunas nueces las cascó con los dientes como si tal cosa. Cuando el oso vió esto, sintió deseos de comer

nueces, y entonces el **El primer sastre se llamaba Tijero.**

sastre le dió un puñado, pero no de nueces, sino de piedras. El oso se las metió en el hocico, pero, naturalmente, no pudo cascarlas, aunque apretó con todas sus fuerzas.

—¿Qué es lo que me pasa? —dijo—. ¡Mira que no poder cascar unas pocas nueces! ¿Quieres hacerlo por mí?

—¡Valiente oso! —exclamó Dedalillo—. ¡Con un hocico tan grande y no poder partir una nuez tan pequeña!

—Déjame intentarlo otra vez —dijo el oso. Y volvió a morder las



piedras con todas sus fuerzas, pero sin mejor resultado. Cuando el animal se cansó de darle a las muelas, el sastre sacó un violín y empezó a tocar un baile muy vivo que obligó al oso a bailar sin ganas.

Pasado un rato se detuvo un momento y preguntó al doncel si era fácil tocar el violín.

—Mucho más fácil que ser sastre —respondió Dedalillo, que en realidad más sabía rascar las cuerdas de un violín que hacer puntadas derechas.

Por un momento el oso vaciló entre el deseo de tocar el violín o el de aprender a coser, pues luego de conocer a Dedalillo, el oso estaba seguro de que nadie era más hábil ni sagaz que un sastre.

—No me disgustaría ser sastre —murmuró, pensativo.

—No tendrías clientes, porque todos saldrían huyendo en cuanto vieran quién era el sastre —observó Dedalillo—. Además, la aguja te pincharía las zarpas.

El oso era un poquito cobarde, y quizás más de un poquito.

—Entonces, dime, ¿tampoco puedo aprender a tocar el violín? ¿Es también difícil y peligroso? —dijo tristemente.

—Un niño lo aprendería —contestó Dedalillo—; no tienes más

que colocar los dedos de la mano izquierda sobre las cuerdas y manejar el arco con la mano derecha, y luego todo marcha solo. ¡Tirulí, tirulá! ¡Tirulí, tirulá!

—¡Oh! —exclamó el oso—. ¡Si sólo hay que hacer eso, no tardaré en aprenderlo y luego podré bailar siempre que se me antoje! ¿Qué te parece la idea? ¿Quieres enseñarme?

—Con todo mi corazón, pero antes déjame verte las uñas, pues me parece que las tienes demasiado largas y tendré



Saludó a la princesa con gran galanura.

que cortártelas un poco. Había allí, por casualidad, en un rincón, un tornillo de carpintero, y el oso metió en él sus zarpas, y el sastre se las sujetó fuertemente.

—Espera que voy a buscar las tijeras —le dijo, y, dejando al oso gruñendo, se tumbó en un montón de paja y se quedó dormido.

Por la mañana la princesa bajó al establo, pero cuando entró, lo primero que vió fué al sastre tan campante y vivo como un pez en el agua.

Altiava se lamentó mucho, pero no le sirvió de nada, ya que había dado públicamente palabra de matrimonio y no podía volverse atrás. El rey su padre

pidió entonces un coche, y la princesa subió en él con Dedalillo para dirigirse a la iglesia a casarse.

Cuando Hilván y Tijero vieron que Dedalillo había triunfado, se pusieron verdes de envidia.

—¡Esto es injusto! —gritaba Tijero—. Ese boquiabierto, que siempre perdía la aguja y se enredaba en el hilo, me quitó la novia.

—La princesa Altiava era mi novia —le discutió el otro sastre, arrancándose los cabellos como si fueran hilvanes inútiles—. ¡Ay, ya no puedo ser príncipe! Y yo que pensaba coser sentado en el trono, con una aguja de oro y un dedal de plata. ¡Ay, ay!

—La hija del rey debió ser mi esposa —reflexionó Tijero—. Pero ya que la he perdido, por culpa de Dedalillo, quiero vengarme. Oí decir que engañó al oso. Si vamos a soltarlo, el animal correrá a alcanzarlo y nuestro rival será castigado como se merece.

Los envidiosos entraron en el establo y soltaron al oso, al que le



El oso bailó sin ganancias.

faltó tiempo para echar a correr detrás del carruaje que llevaba a los novios. La princesa oyó los gruñidos del animal, y se asustó tanto, que gritó a su prometido:

—¡Oh, qué desgracia! ¡El oso viene detrás de nosotros dispuesto a hacerte pedazos!

Altiva se había prendado del inteligente sastrecillo convertido en príncipe y la idea de perderlo llenó de congoja su corazón. Echándole los brazos al cuello, no lo dejaba moverse para mirar hacia atrás, y menos para defenderse.

Dedalillo no podía ni siquiera hablar, pues, además de los brazos de la princesa, la emoción le apretaba la garganta.

—Altiva... , Altivita... —pudo por fin balbucear—. Déjame libre para hablar con ese oso malcriado.

En seguida se asomó a la ventana de la carroza. El oso venía trotando tan cerca, que pudo gritarle casi al oído:

—¡Alto! Quiero hablar contigo.

El oso y el carruaje se detuvieron al mismo tiempo. Dedalillo añadió:

—Cuando era un simple sastre, te vencí. Ahora que soy un príncipe, ¿imaginas mi poder? Eres aún un oso muy joven y no creo que quieras morir. Y eso es lo que te sucederá si sigues molestando a Mi Alteza.

El oso reflexionó un momento, y, acto seguido, volvió el rabo y se perdió de vista.

El sastre siguió hasta la iglesia con la princesa, y después fueron felices, comieron perdices, y a mí no me dieron, porque no quisieron.

Y si Dedalillo había sido una calamidad como sastre, como príncipe y rey tuvo un gran éxito.

Fin 

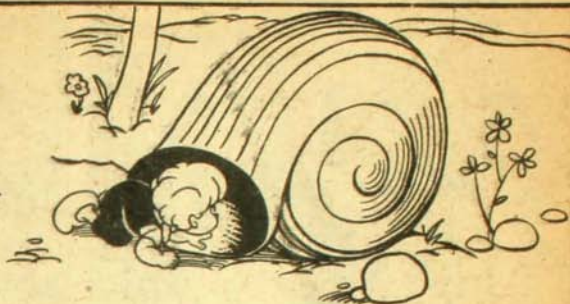
EN EL NUMERO 207 DE "SIMBAD" hallará la clave para ganar los MAGNIFICOS PREMIOS QUE "SIMBAD" repartirá en su QUINTO ANIVERSARIO.

"SIMBAD" celebra, en el número 209, sus CINCO AÑOS DE EXITO. MILES DE PESOS EN PREMIOS.

PUNTITO



Puntito había huido de Cebollino y de Camote, que pensaban ganar mucho dinero exhibiéndolo como el niño más pequeño del mundo.

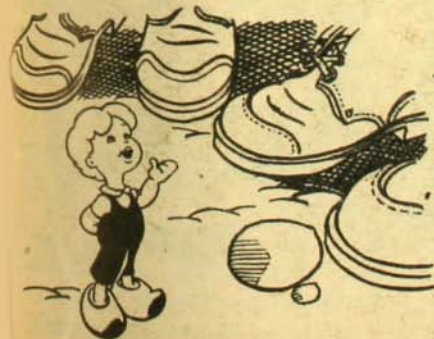


Era muy tarde y decidió pasar la noche en casa de un caracol. De pronto oyó voces.



Dos hombres muy mal encarados planeaban un robo: —Oye, Ganzúa —decía uno, y el otro contestaba: —Oigo, Angelote.

—Creo que es muy difícil entrar en la casa del señor cura.



—¿Quién habló? —exclamaron los rateros, asombrados.

—Es lo más fácil del mundo —gritó Puntito.

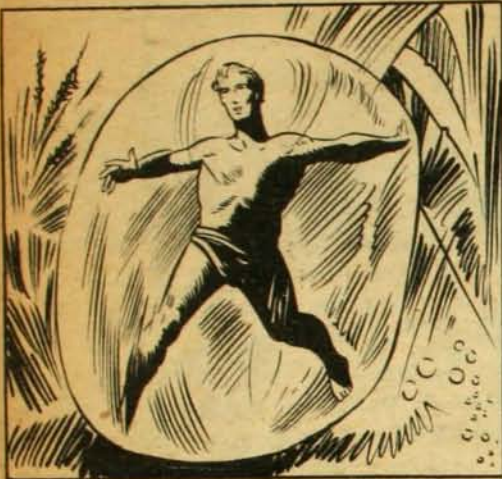
(CONTINUARA)



MUNDO SECRETO



CAPITULO VIII CUESTRADOS.



1. Luis Baner, joven microscópico, se vió aprisionado dentro de una gota de lluvia suspendida de una hoja. Luchó desesperadamente por traspasar la pared líquida, mientras sus amigos presenciaban aterrados sus vanos esfuerzos. "—Si nos acercamos, seremos también aspirados por la gota", indicó el profesor Greg.



2. La falta de aire empezó a sofocar a Luis dentro de su prisión. Al ver que caía desvanecido, Roberto gritó: "—¡Lancemos piedras! ¡Rápido, antes que Luis muera asfixiado!" Todos obedecieron, presurosos. Cada proyectil era absorbido por la gota de agua, que principió a alargarse con el peso. Y por fin se desprendió.



3. La gota se deshizo contra la tierra y Luis quedó inerte. Roberto logró reanimarlo. Después continuaron su ruta. De pronto, se vieron rodeados por nubes de burbujas. "—Es la niebla —explicó el doctor Greg—. Así se ve bajo el microscopio. Muy interesante, ¿verdad?"



4. "—Y nosotros, ¿qué tal nos veremos bajo el microscopio?", exclamó Roberto, riendo. Escalaban una montaña de arena y de pronto una violenta ráfaga les derribó. Un zumbido ensordecedor vibró en el aire y un estridente grito del profesor estremeció a los jóvenes. ¡Una avispa le había raptado!



MUNDO

SECRETO



5. Otras avispas acudieron para coger con sus patas a Yara, Luis y Roberto. La niña, temblorosa de espanto, cerró los ojos para no ver la enorme cabeza, los ojos facetados, compuestos de ocelos amenazantes, las garras blandas y envolventes. Vencida por el terror, se desmayó. Sus amigos también desfallecían.



7. Al volverse, vió al profesor Greg. Luego, en la penumbra, distinguió a Yara, a Luis y... ¡a Mabel! Era ella, sin duda. Rubia y más bella que nunca. Le sonreía con ternura, y Roberto la estrechó en sus brazos. "—¡Salgamos de aquí! —ordenó Greg, con vehemencia—. Huyamos pronto o estamos perdidos."



6. Cuando Roberto pudo ordenar sus pensamientos y calmar los latidos de su corazón, vió que el monstruo cruzaba el estanque, llevándole hacia la otra ribera. "¿Cómo encontraré después a mis compañeros si continúo viviendo?", pensó, desesperado. La avispa le depositó bruscamente en un agujero y alguien le sostuvo.



8. Había tal ansiedad en su voz, que nadie discutió. Con gran esfuerzo ascendieron por aquella cavidad abierta en el tronco del abeto. Luego vieron cómo las avispas tapiaban con una masa grisácea el orificio por el cual acababan de salir y comprendieron por qué Greg estaba tan impaciente por huir.

(CONTINUARA)



CAPITULO I.—El tatuaje azul.

La caravana avanzaba lentamente por el desierto. Las temblorosas patas de los camellos se hundían en la arena y sus huellas desaparecían, borradas por el viento. El sol inflamaba el aire.

Jamás había crecido en aquella región un verde tallo, ni se deslizó por ella una vena de agua. Sólo había dunas y ásperas rocas. En primer término, iba Mohamed, el jefe de la familia. Le seguían once camellos, seis ovejas y tres cabras. A retaguardia marchaba Fátima, la esposa de Mohamed, y su hija Aicha.

—Mamá, ¿cuándo regresará mi hermano Ruadi? —preguntó Aicha, pensativa.

Fátima palideció. Hacía dos meses que su hijo fué secuestrado por una banda de tuaregs, los terribles bandidos del desierto. Aicha ignoraba aquella tragedia y vivía aguardando el regreso de su hermano.

—¿Dónde está, mamá? —insistió.

—No sé, hija mía. Tu padre le mandó al Yemen, la tierra fértil.

—¿Ruadi no se convertirá en un haderi? —interrogó la niña, inquieta.

Los haderis son los árabes sedentarios, es decir, que se establecen en ciudades y aldeas. Se diferencian de los nómades o beduinos, que llevan una existencia errante. A la pequeña árabe le aterraba la idea de encerrarse en una casa. Para los beduinos, su hogar es la tienda, y sus muebles son la silla del caballo y el odre de agua. Aicha tenía alma nómade y protestó con rebeldía:

—No le permitan que sea un haderi. ¿Cómo podría respirar sin

tener el cielo sobre mi cabeza y cómo podría dormirme sin contar las estrellas?

—Aicha, alcanza a tu padre. No tengo deseos de hablar —dijo Fátima, con voz dura.

La niña alzó hacia ella su rostro asombrado. Era muy bella. Sobre su morena piel se destacaban dos tatuajes azules: una pequeña estrella entre las cejas y una línea vertical en el mentón. Aquellas señales persistieron a través de los años y Fátima deseó muchas veces hacerlas desaparecer. Pero ese tatuaje era imborrable.

—Perdóname, hija —murmuró la madre, avergonzada de su brusquedad—. Estoy nerviosa y siento deseos de llorar cuando nombras a Ruadi.

—Perdóname tú, mamá. No quise apenarte.

La pequeña mano oprimió con ternura la diestra de Fátima, que debió recurrir a todo su valor para no prorrumpir en desesperado llanto.

Aicha guardó silencio. Caminaba con infantil agilidad y las ajorcas de plata que rodeaban su tobillo derecho resonaban con claro sonido.

Sus labios no pronunciaron palabra alguna, pero el problema seguía preocupándola. Y meditaba:

“Mi mamá, a quien quiero con adoración, se disgustó conmigo porque mencioné a Ruadi. ¿Qué le habrá sucedido? Está ausente hace demasiado tiempo. Espero que no le habrá ocurrido alguna desgracia.”

—Los ojos que Alá me dió son para ver
—contestó Aicha, con sencillez.



Tembló aterrorizada ante esa idea. Dos de sus hermanos habían muerto. El más pequeño, víctima de una fiebre. El mediano cayó herido cuando los tuaregs atacaron a Mohamed, robándole camellos y ganado.

“Mi padre me guarda rencor porque mis hermanos murieron y yo sigo viviendo. Ellos eran hombres y yo soy sólo una niña”, seguía reflexionando Aicha.

En efecto, Mohamed culpaba injustamente a Aicha. Se mostraba severo y cruel con ella. La desesperación que roía su alma ante la pérdida de sus tres hijos le incitaba a castigar a Aicha y a hostilizarla. Sólo la mirada suplicante de su mujer lograba contenerlo.

Se avecinaba la noche y la familia plantó las tiendas. Aicha y su madre ejecutaron todo el trabajo, mientras Mohamed gruñía:

Mohamed extrajo la espina que lastimaba al camello.



—¿Por qué tardan tanto? Las mujeres son tan inútiles como los huesos de los dátiles.

Sentado a la puerta de su tienda, fumaba nerviosamente. Aicha, terminada ya la faena, se deslizó suavemente, sentándose frente a su padre y sugirió:

—El hueso del dátil no es tan bueno como la pulpa. Sin embargo, si lo trituras entre dos piedras, puedes sacar un poco de aceite. Y si lo encuentras en el camino y lo miras con atención, puedes saber a qué clase de palma pertenece y de qué oasis vienen los viajeros que pasaron antes que tú.

Esta respuesta sorprendió a Mohamed.

—¿Quién te enseñó eso?

—Lo aprendí yo sola, viendo lo que haces cuando encuentras un hueso de fruta en el camino.

—Tú marchas siempre detrás de la caravana, entre el polvo que levantan los animales, mientras yo voy adelante, para servir de guía —dijo Mohamed—. No puedes haber distinguido mis movimientos.

—Los ojos que Alá me dió son para ver —contestó Aicha, con sencillez.

—Y los tuyos no son sólo hermosos, sino sagaces —terminó el beduino, con paternal orgullo.

Aquél era el primer elogio que Aicha recibía de su padre y se sintió transportada de alegría.

Desde aquella vez, Mohamed se mostró menos rudo.

20%

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

Sólo por \$ 208.—neto,

podrá recibir en su casa la revista **SIMBAD**

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual

de

NOMBRE

CIUDAD CALLE

CASILLA

Un día que, como de costumbre, Fátima y Aicha cerraban la marcha de la caravana, la niña avanzó con rapidez, examinando la columna de animales y se detuvo junto a un camello que ante unos ojos menos observadores hubiera parecido igual a los demás. Luego alcanzó a su padre, diciéndole:

—Hay un camello que tiene una espina en el pie.

Mohamed ni siquiera volvió la cabeza. Una sonrisa incrédula vagó por sus labios.

—¿Cuál? —se limitó a preguntar.

—¡Macudi! —repuso Aicha, sin vacilar.

La noticia de que Macudi estaba herido no podía dejar indiferente a Mohamed. Era su camello más valioso. Detuvo la marcha y examinó a la bestia, descubriendo una espina clavada en la pata delantera. La extrajo, mientras el camello observaba la ope-



La niña ayudaba a su madre, sin descuidar los deberes impuestos por su padre.

ración con sus ojos tranquilos, de inmensa pupila protegida por pestañas largas y rígidas.

—¿Cómo adivinaste que tenía una espina incrustada? —indagó después Mohamed.

—No lo adiviné, padre. Uno de los camellos cojeaba.

—¿Lo viste cojear?

—No, lo deduje al ver las huellas en la arena. Uno de los rastros era profundo, y el otro leve.

Mohamed no formuló ningún comentario, pero su mirada relumbrió de satisfacción. Luego dijo lentamente:

—No me imaginé que pudieras interesarte por nuestros animales... Por lo general, son los hombres los que cuidan de ellos...

—Yo quiero ayudarte, como si fuera Ruadi..., o como si aún vivieran Saad y Yelu —se atrevió a decir Aicha—. Puedo llevar el ganado a pastar. Conozco las plantas buenas y las que hacen daño. Cuidaré que...

—Aicha, me desorientas —interrumpió Mohamed—, pero loado sea Alá porque tengo una hija como tú.

La niña continuó ayudando a su madre y cumplió al mismo tiempo las faenas que su padre le confiaba.

Conocía a todos los camellos por sus nombres. Al dulce y afectuoso Saheb (amigo); a Nogra, Chibani y Anan. A la veloz camella Riha, llamada así, porque en lengua beduina, *rih* significa viento.

Cuando Aicha les llamaba, todos acudían prontamente, por muy lejos que se hallaran y tomaban su lugar en la fila, sin equivocarse.

Se estableció entre la niña y las bestias, una extraña comprensión, una profunda ternura, que Mohamed contemplaba asombrado y complacido. Y Aicha sabía conducirlos hacia los nuevos pastos..., o quizás eran los propios camellos quienes hallaban el camino, porque saben muchas cosas sin aparentar que las saben.

—Aicha —declaró un día Mohamed—, estoy muy contento de ti y quiero hacerte un regalo. ¿Qué deseas? Te lo daré cuando lleguemos a los nuevos pastos.

—¿Puedo pedir lo que quiera, padre?

—Sí.

Los ojos de la niña relucieron de felicidad. Llevándose un dedo a los labios en señal de silencio, murmuró:

—Es un secreto. Cuando lleguemos te lo diré.

La mirada de Mohamed se ensombreció. El índice de su hija, apoyado sobre el mentón, atrajo su mirada hacia la línea tatuada. Esa marca le causaba inquietud y procuraba no verla, ni pensar en ella.

(CONTINUARA)

TODAS LAS SEMANAS GRANDES PREMIOS
CASA GARCIA

Ponchito





La espada de Sigfrido



CAPITULO III.—La nodriza Morela.

Sigemundo murió por haber amenazado con su espada al dios Wotan. Su hijo Sigfrido quedó huérfano, abandonado en el bosque, sin más herencia que la espada Baimunga dividida en dos partes.

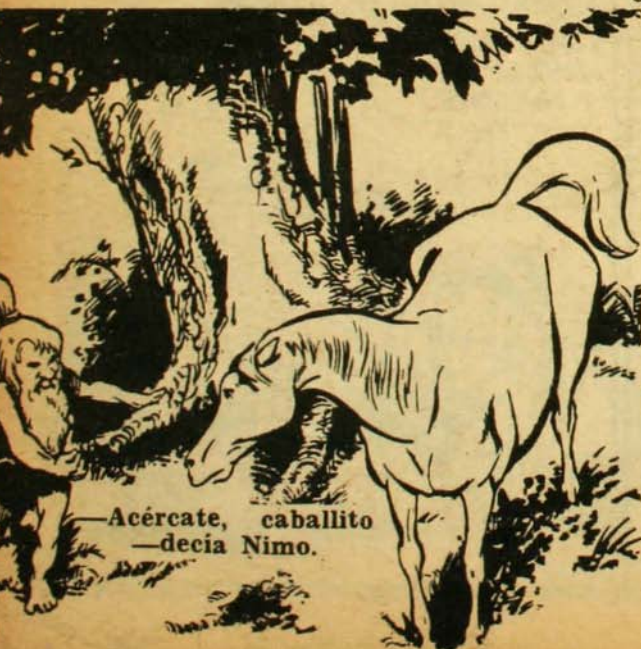
El nibelungo Nimo codiciaba aquella arma invencible y se aproximó cautelosamente. Pero el prodigioso caballo blanco, en el cual habían cabalgado Sigfrido y su madre la reina Hordia para reunirse con el moribundo Sigemundo, se interpuso en el camino del pérfido enano.

—Caballito —murmuró Nimo con falsa dulzura—. Acércate para que el buen Nimo te acaricie.

Pero el caballo cocéó furiosamente, lanzando a Nimo sobre unos matorrales. El enano chilló:

—¡Maldito rocín! Te quebraré las costillas con mi garrote.

Pero cuando logró desprenderse de las espinudas ramas, advirtió que el corcel



—Acércate, caballito
—decía Nimo.



El caballo lanzó a Nimo sobre unos matorrales.

se había esfumado. Y de la espada no se veían señales.

Cada vez más furioso, gruñó:

—¡Vamos a casa, Morela! Este lugar no me gusta.

Pero a la cabrita Morela parecía agradaarle y no se movió. Inclinada sobre el pequeño Sigfrido, balaba suavemente.

—Vamos, Morela, no me impacientes —repitió Nimo.

La cabra ni siquiera le oyó. El enano la cogió de los cuernos para obligarla a caminar, y Morela le mordió un dedo del pie, haciéndole chillar de dolor. Nimo, sin embargo, no renunció a su idea y se situó en un lugar donde no había peligro de recibir traidores mordiscos. La empujó por detrás, pero de pronto debió apartarse de un

—Este lugar no me gusta —declaró el enano.





—¡Vamos, Morela, no me impacientes!

paz? —protestó Nimo—. ¿O pretendes que lo llevemos con nosotros y lo alimentemos? Seguro que tendrá el hambre de un lobo y que nos volverá locos con sus gritos de aguilucho con frío. Ya no habrá calma ni silencio en nuestra casa y...

Morela seguía obstinada y Nimo estaba a punto de estallar de rabia, cuando vió en las manos del niño los dos pedazos de la

—No te entiendo, Morela —gimió Nimo.



brinco para no recibir una vigorosa patada.

—Morela, no te entiendo. Jamás habías desobedecido a tu amo. —lloriqueó Nimo—. Y nunca fuiste insolente. El llanto del enano no logró sacudir la indiferencia de Morela. Viendo que ya no la detenía, se acercó otra vez al niño y se sintió feliz porque la manita de Sigfrido la acarició.

—¿Quieres quedarte con este detestable ra-

pad? —gimió Nimo—. ¿O pretendes que lo llevemos con nosotros y lo alimentemos? Seguro que tendrá el hambre de un lobo y que nos volverá locos con sus gritos de aguilucho con frío. Ya no habrá calma ni silencio en nuestra casa y... Morela seguía obstinada y Nimo estaba a punto de estallar de rabia, cuando vió en las manos del niño los dos pedazos de la codiciada espada.

—Quizás tengas razón, Morela —sugirió con astucia—. Llevaremos a este niño con nosotros. Alzó al niño en sus brazos, y cuando sus nudosas manos de herrero cogieron la espada, un fuego de emoción se derramó por sus venas. Llevaba la Balmunga y con ella sería poderoso. Mataría al dragón que guardaba el tesoro de los nibelungos y con esas riquezas no sólo sería rey, sino semidiós.



Alzó a Sigfrido en sus brazos.

Cantando con destemplada voz, caminó por la selva, mientras Morela trotaba a su lado, inquieta y maternal como una nodriza. —Le darás tu leche, Morela —asintió Nimo—, y yo le enseñaré a forjar el hierro. Tal vez le dé a beber hierro.

Su siniestra risa estremeció a las avecillas que seguían a Sigfrido y que huyeron despavoridas. Morela, nerviosa, levantó la cabeza, y Nimo, de reojo, vió centellear los cuernos blancos. Temiendo recibir una cornada, habló, pacífico:

—Tú lo alimentarás con tu leche y el buen Nimo le enseñará a golpear el yunque y a convertirse en un doncel fuerte como el metal y alegre como el fuego de la fragua.

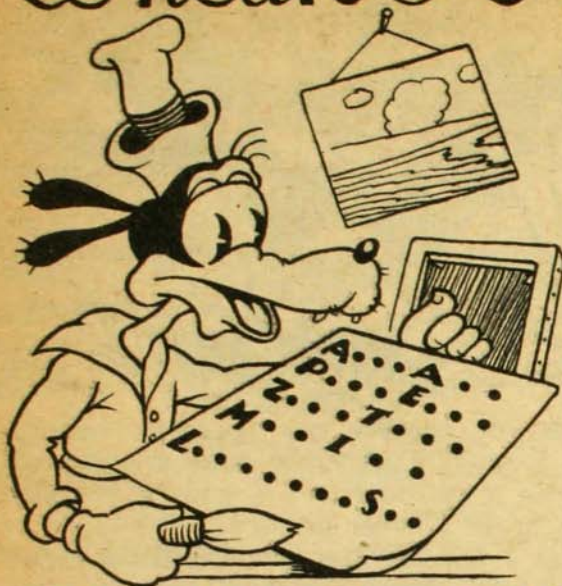
Y en esta forma el hijo de Sigemundo entró en la casa de su enemigo Nimo.

Y así entró Sigfrido en la casa de su enemigo.

(CONTINUARA)



Concurso Semanal



Con las letras del dibujo, e intercalando en cada punto una letra, forma los nombres de 6 profesiones. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 201.— Don Quijote de la Mancha.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".— María Eugenia Colello, Santiago; Francisco Petit, Marruecos; Sonia Brummer, Padre Las Casas; Teresa Luengo, San Fernando; Brisa Fariña, Cartagena; Mónica Co-

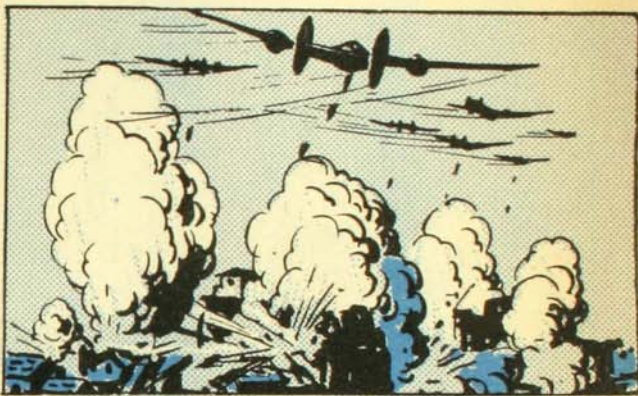
rrera, Pelarco. **GRAN PREMIO CASA GARCIA.**— UNA CASETA FERROVIARIA.— Gerardo Osorio, Quillota. **UN MECCANO.**— Isaac Alaluf, Valparaíso. **UN PREMIO DE \$ 20.**— María Eugenia Frías, Santiago; Mireya León, Santa Cruz; Fortunato Bobadilla, Pichilemu; Javier Contreras, Santiago; Juan Espinoza, Santiago; Laura Riquelme, San Bernardo; Jaime y Félix Rodrigo, Santiago; Jaime Riesco, Viña del Mar; María Ester Lacoste, Temuco; José Manuel Sierra, Angol. **UN LAPIZ AUTOMATICO.**— Heraldo Navarrete, Collipulli; Jaime Arratia, Santiago. **UN LAPICERO FUENTE.**— Miriam Contreras, Quillpué; Ana María Banfi, Talagante; Nelly Jerez, Valparaíso. **UNA LIBRETA APUNTES.**— Delfina Marambio, Santiago; Rodolfo Simicic, San Bernardo; Harry Horowitz, Temuco; Ana Villarroel, Graneros; Frida Duncker, Santiago; Enrique Egaña, Illapel. **UN LIBRO.**— Felipe Vergara, Santiago; Ramiro Montecinos, Temuco; Oscar Hernández, Parral; Ismael Co-

rrea, Curicó; Gladys Rebolledo, Rancagua; Mirta Contreras, Los Angeles; Alejandro Carter, Santiago; Raúl González Talcahuano; Héctor Gómez, Santa Cruz; Carlos Manríquez, Rancagua. **UN VITAMIN.**— Raúl Gayoso, Valdivia; Eldo Avila, Parral; Fernando Rivera, Santiago; Narciso Martinelli, San Fernando; Eduardo Urrutia, Talagante; Gloria Dezerega, Santiago; Rodolfo Hodar, Temuco; Gloria Urbinatti, Santiago; Jorge Merino, Curicó; Lidia Cabrera, Osorno.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 203

Juan y Juanita



La pequeña Simonetta empezó a llorar: “—No tengas miedo, Neta —la consoló Juanita—. Pronto se irán.” Los aviones bombarderos siguieron lanzando los mortales proyectiles y después se alejaron. “—¿Ves, Neta? —añadió la valiente niña—. Ya se fueron.” Los cuatro niños se habían salvado.



“—Mira tu muñeca”, murmuró Tino, alzando el cuerpecito del trapo, que mostraba señales de pólvora. Sus trenzas de lana estaban chamuscadas. Neta meció con ternura a la malherida muñeca. “—Ya se fueron. Ya pasó el peligro”, dijo, imitando a Juanita. Pero el peligro no había pasado.

(CONTINUARA)



N.º 204

SIMBAD

AICHA
NIÑA DEL DESIERTO

\$ 5.-





Juan y Juanita



CAPITULO XV.— UN AMIGO INESPERADO



1. La costa meridional es bombardeada y una aldea en la cual están refugiados Juan y Juanita queda en ruinas. Los niños huyen, llevando consigo a los hijos de Pedro Morgano. “—Tenemos que encontrar a tu papá —declaró Juan—. ¿Sabes dónde pueda estar, Tino?” Pero el pequeño y su hermana lo ignoraban.



2. Continuaron caminando, sin rumbo. En la carretera se cruzaron con una caravana de fugitivos, que abandonaban sus aldeas, huyendo de los invasores. No prestaron atención a los niños y continuaron su fuga. “—Si encontráramos a los guerrilleros —suspiró Juan—. Tenemos hambre, y estamos cansados.”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO IV — 29-VII-1953 — N.º 204

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

CAPITULO VI Y FINAL. — Eduardo rey.

A pesar de la orden del falso rey, los cortesanos quisieron arrestar al andrajoso niño que interrumpía la ceremonia de la coronación.

—Es el rey —dijo Tom Canty, bajando las gradas del trono. Eduardo VI había subido a la plataforma y Tom, de rodillas ante él, exclamó:

—¡Oh mi señor y mi rey! Deja que el pobre Tom Canty sea el primero que te jure fidelidad y te diga: "Cíne la corona y recobra lo que es tuyo".



El príncipe y el mendigo

El Lord Protector miró con severidad al supuesto mendigo y entonces advirtió con profundo asombro que aquel rostro era el de Su Majestad. Incrédulo volvió sus ojos hacia el niño vestido con galas reales y halló nuevamente el mismo regio semblante. Su

mirada vacilante iba de un niño a otro. Los demás palaciegos debatían en igual duda. ¿Cuál era el rey? ¿Cuál el mendigo? —Con vuestro permiso, señor, deseo haceros ciertas preguntas —murmuró el duque.

—Las responderé, milord.

El Lord Protector le interrogó acerca de la corte, del difunto rey y de las princesas, de sus habitaciones en el palacio, etc. Eduardo respondía acertadamente y sin vacilar.

El verdadero mendigo sonreía feliz con cada respuesta correcta. Pero el duque de Somerset no se convenció, y dijo:

—Esas no son pruebas de importancia y no podemos creer. Es peligroso para el Estado que se sostenga un enigma que podrá dividir a la nación.



—Es el rey —afirmó Tomás Canty.

Todos esperaban ver al impostor sumido en la confusión, pero Eduardo ordenó con su habitual arrogancia:

—Milord Saint John, id a mi gabinete particular de palacio muy cerca del suelo, en el rincón izquierdo más distante de la puerta que da a la antecámara, hallaréis en la pared una cabeza de clavo de bronce. Oprimidlo y se abrirá un armarito de joyas que ni siquiera vos conocéis, ni lo conoce nadie en el mundo, sino yo y el leal artesano que lo fabricó por mi mandato. Lo primero que veréis será el Gran Sello. Traedlo.

El que llamara por su nombre a Lord Saint John y le diera señas tan precisas, causó pasmo entre los concurrentes. El par...

quedó tan sorprendido, que se dispuso casi a obedecer. Después, observando los ráidos harapos del que le impartía órdenes, se detuvo, sonrojándose. Tom Canty le dijo ásperamente:

—¿Por qué vacilas? ¿No has oído el mandato del rey? ¡Ve!
Lord Saint John hizo una profunda reverencia y todos observaron que la hacía con cautela, pues no la dirigía a ninguno de los dos reyes, sino al espacio neutral que quedaba entre ambos. Luego se alejó en busca del Gran Sello.

Poco a poco los componentes de la ceremonia fueron plegándose al lado de Eduardo. Los últimos que aún permanecían junto a Tom Canty hicieron acopio de valor para deslizarse uno por uno y unirse a la mayoría. Tom, con su manto real y sus joyas, quedó completamente solo.

De pronto, se vió regresar a Lord Saint John. Sus pisadas repercutieron en el silencio, pues nadie se atrevía casi a respirar. El prócer dijo a Tom Canty, con una profunda reverencia:

—Señor, el Sello no está allí.

No se aparta una turba de la presencia de un apestado con más prisa que el bando de pálidos y aterrados cortesanos se alejó del andrajoso pretendiente a la corona.

—Arrojad a ese mendigo a la calle y azotadle por toda la ciudad —ordenó el Lord Protector.

—¡Atrás! —gritó Tom Canty—. ¡El que lo toque pone en peligro su vida!

—¿Cómo? ¿No encontrasteis el Sello? —preguntó Eduardo—. Un disco de oro macizo es cosa voluminosa...

—¿Es redondo y grueso y tiene letras y emblemas grabados? —interrogó Tom—. Ahora sé lo que es el Gran Sello y dónde está. Pero no fui yo quien lo puso ahí por primera vez. Recuerda, rey niño. Haz memoria de lo último que hiciste aquel día antes de salir



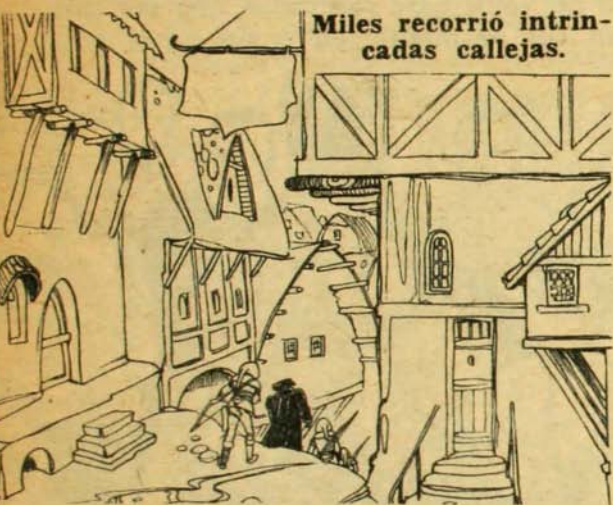
¿Cuál es el rey? ¿Cuál el mendigo?

de palacio vestido con mis andrajos para castigar al soldado que me había ofendido.

Eduardo exprimía su memoria, y, cabizbajo, suspiraba sin poder recordar.

—Yo te ayudaré —prosiguió el niño mendigo—. Escúchame atentamente y sigue todas mis palabras. Pasaste junto a una mesa en la cual estaba eso que llaman sello... Tú lo cogiste y miraste vivamente en torno, como buscando un sitio dónde esconderlo... Entonces reparaste en...

—Basta —exclamó el rey—. Id, mi buen Sir John, que en un



Miles recorrió intrincadas callejas.

brazo de la armadura milanese colgada en la pared encontraréis el Sello.

Por fin apareció el lord, enarbolando el Gran Sello, y todos prorrumpieron en este grito:

—¡VIVA EL VERDADERO REY!

El lord mayor exclamó señalando a Tom Canty:

—Desnudad a este bribón y metedle en la torre.

—No será así —intervino Eduardo VI—. Tomás Canty será siempre mi amigo, porque sin él no habría recobrado la corona. Luego, intrigado, preguntó a Tom:

—Dime, ¿cómo recordabas dónde estaba el sello?

—Lo usaba todos los días, sin saber qué cosa era —dijo el mendigo.

—¿Para qué lo usabas?

Tom vaciló un instante y luego confesó, ruborizado:

—¡Para cascar nueces!

¡Pobre Tom! El aluvión de risas que acogió estas palabras casi lo levantó en vilo. Y si quedaba alguna duda de que él no era el rey, se dispó ante esta prueba.

El suntuoso manto de gala fué quitado de los hombros de Tom, para cubrir por completo los andrajos del rey. Y la ceremonia

de la coronación prosiguió, pero esta vez ungiendo al verdadero soberano.

Mientras tanto, Miles Hendon buscaba desesperado a "su muchacho". Pensaba registrar todos los tugurios de ladrones y mendigos. Seguramente hallaría al niño entre una sarnosa ralea que se burlaría de él. Entonces Miles dejaría lisiados a unos cuantos y se llevaría a su protegido.

Durante todo el día recorrió intrincadas callejas y escudriñó racimos de andrajos. Luego se dirigió al palacio, recordando que el niño sufría la manía de creerse rey. Unos guardias le prendieron, para conducirlo ante el rey. Este hablaba con un duque y sólo un instante después Hendon pudo verle el rostro y se quedó sin aliento. ¿Quién era aquél? ¿Su muchacho o el Rey de Inglaterra? Centelleó en sus ojos una idea repentina, que le impulsó a coger una silla, plantarla con firmeza en el suelo y sentarse en ella.

Corrió un murmullo de indignación y una mano se posó bruscamente en el hombro de Miles, mientras una voz exclamaba: —¡Arriba, payaso desvergonzado! ¿Osas sentarte en presencia del rey?

Este incidente llamó la atención de Su Majestad, que, extendiendo la mano, indicó:

—¡No le toquéis! Está en su derecho.

Los magnates retrocedieron asombrados y el rey añadió:

—Sabad todos que éste es Sir Miles Hendon, que me defendió con su espada. Además de caballero, es par de Inglaterra y conde de Kent y tendrá oro y tierras correspondientes a su rango. Por concesión real, él y sus descendientes podrán sentarse en presencia de la Majestad de Inglaterra, generación tras generación, mientras subsista la corona. No le molestéis.



—Sabad todos que éste es sir Miles Hendon.

LA DONCELLA

CAPITULO I.—LA SOMBRA



1. La insurrección india de 1863 mantenía en constante alarma a los colonos americanos. El Gobierno de los Estados Unidos envió un destacamento para defender, en los montes Laramie, el desfiladero llamado la Garganta del Diablo. Una noche, los centinelas divisaron a un jinete indio e hicieron fuego.



2. Al sentirse herido, el caballo se encabritó, desmontando al piel roja y a una joven india. Ambos fueron capturados y, en primer término, el coronel Devandel interrogó al prisionero. “—Mi nombre es Ave de la Noche —respondió él—. Llevaba a Minehaha al campamento de su padre, Mano Siniestra.”

ROJA

VENGADORA.



3. “—¡Mientes! —replicó el coronel—. Mano Siniestra es cauteloso como una serpiente y no enviaría a su hija cerca de nuestras filas sin un motivo secreto. Confiesa y te perdonaré la vida. Si no, morirás fusilado.” Ave de la Noche contestó, impasible: “—Que el rostro pálido cumpla con su deber”.



4. Devandel insistió: “—Llevabas un mensaje. Dímelo y te salvarás.” El piel roja señaló: “—Mátame, pues no hablaré. El Gran Espíritu me recibirá en sus praderas eternamente verdes”. El coronel, con la faz contraída y sombría, sentenció a muerte al prisionero, y ordenó que compareciera Minehaha.



LA DONCELLA



5. Aún no se apagaba el eco de los disparos, cuando resonó en la noche un poderoso relincho. El caballo blanco surgió de la sombra, cayendo a poca distancia del guerrero. Mientras tanto, el coronel interrogaba a la cautiva: “—¿Dónde están las órdenes del sioux?” Pero ella era tan impenetrable como el guerrero.



6. John, el jefe de los exploradores del coronel, interrumpió el interrogatorio, para decir: “—Acabo de ver el caballo más hermoso del mundo. Vino a morir junto al sioux. Es blanco y casi gigantesco. Sus crines brillan como la plata.” Devandel, turbado, acudió a observar al caballo y murmuró: “—¡Estoy perdido!”

ROJA



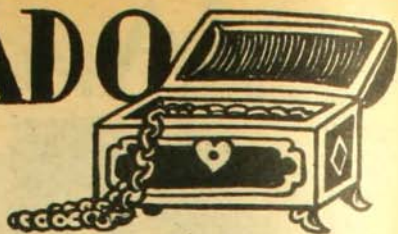
7. Incapaz de comprender la violenta emoción de su amigo, John le condujo a la tienda. “—Hace veinte años que temía esto —muscitó Devandel—. Ha llegado la hora en que “ella” se vengará con su habitual ferocidad. Escúchame, John, en mi juventud fui explorador de las praderas y caí prisionero de los sioux.



8. “Pensé que moriría, acribillado por los *tomahawks*, las hachas de los guerreros. Pero el jefe de la tribu me propuso: “—Caza al legendario caballo blanco y te daré por esposa a mi hija Yala.” Perseguí al maravilloso corcel y desesperaba ya de cazarlo, cuando un día lo vi aprisionado por una serpiente.”

(CONTINUARA)

EL HONRADO YASI



Un matrimonio tenía tres hijos. Yasi, el menor, era el más noble y de corazón más tierno, por lo cual sus hermanos lo consideraban tonto. Los tres ya habían llegado a la edad de casarse, pero como el padre era muy pobre y no tenía recursos para atender a los gastos de tres casamientos, decidió casar a uno solo. Llamó, pues, a sus hijos y les dijo:

—Id a trabajar y ganad algo para comprar un pañuelo; al que me traiga el pañuelo más hermoso, lo casaré primero.

En el camino los dos hermanos mayores no dejaban de burlarse del más joven, y le dijeron que sólo les servía de estorbo y que sería mejor que se apartara de ellos. Así lo hizo el joven y tomó un camino distinto.

Llegó a un río, en cuya orilla opuesta se veía el palacio de un rey que había muerto joven, por haber sido muy malo, dejando una hija única en el palacio. Habíanse presentado muchos señores a pedir su mano, mas todos los que pernoctaron en el palacio no fueron hallados por la mañana, porque el espíritu del rey aparecía de noche y se los llevaba.

Mientras Yasi estaba sentado en la orilla del río, pensando en el pañuelo que tenía que llevar a su padre, lo vió desde su ventana la princesa y ordenó a sus lacayos que fueran a buscarlo en una barca y que lo llevaran ante ella.

Cuando se presentó en los aposentos de la princesa, el doncel quedó encantado de su belleza y apenas pudo pronunciar palabra. Pero la princesa lo animó con preguntas sobre su origen y el fin de su viaje. Se refirió al pañuelo, y cuando hubo terminado su relato, la princesa Lina dijo:

—Quédate aquí hasta mañana. Puedes pasar la noche en el palacio y mañana buscaremos el pañuelo que necesitas.

Y cuando oscureció, lo acompañó a un dormitorio verde, diciéndole:

—Aquí dormirás. Durante la noche vendrán a asustarte, pero no tengas miedo, que no sufrirás daño alguno.

Y así, que nunca había entrado en un palacio, no pudo cerrar los ojos en toda la noche, debido a la emoción que lo embargaba. Y fué una suerte para él que así sucediera, pues a medianoche comenzaron a oírse infinidad de gritos espantosos.

—¡Este vino a quitarnos el reino!
¡Este vino a quitarnos el reino! —
gritaban muchas voces demoníacas.

Pero el joven, en medio de esta gritería, se mantuvo con los ojos abiertos, y nadie se atrevió a atacarlo.

A la mañana siguiente, la princesa ordenó a dos lacayos que fueran a buscar al huésped.

Los lacayos estaban seguros de que no lo encontrarían, como ocurriría con los anteriores visitantes, y se llevaron una gran sorpresa al hallarlo.

También la princesa se sorprendió al verlo aparecer. Desayunaron juntos, y después ella le entregó una caja con un pañuelo de seda bordado con hilos de oro.

—Vete ahora —dijo Lina—, y si algo necesitas, ven a mi palacio, que yo trataré de ayudarte.

Y así agradeció el obsequio y se marchó.

Cuando llegó a su casa, halló que sus hermanos ya habían regresado y lo aguardaban. Mostraron entonces los tres los pañuelos que habían conseguido, quedando todos admirados del que el menor



Al otro lado del río
vió un palacio.

había llevado, ya que los que exhibían sus hermanos mayores eran pañuelos comunes, sin adorno ninguno.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntaron los hermanos mayores—. Nadie ha podido darte este pañuelo, seguramente lo has robado.

Inútil fué que el doncel dijera cómo había conseguido la prenda; ni sus hermanos ni su padre le creyeron, y este último, para terminar la discusión, dijo:

—Lo mejor será que os vayáis otra vez, y casaré primero al que me traiga una cadena que pueda dar nueve veces la vuelta a nuestra casa.

Los hermanos mayores se fueron por un camino y el menor se dirigió en seguida hacia el palacio de la princesa. Ella lo recibió muy cordialmente y le preguntó qué era lo que el padre le exigía.

—Ahora —contestó él— tengo que llevar una cadena que pueda dar nueve veces la vuelta a nuestra casa.

Después de cenar, la princesa lo condujo a un dormitorio amarillo, y le dijo:

—Aquí dormirás esta noche. Si vienen otra vez los fantasmas, no te atemorices.

A medianoche llegaron los fantasmas a golpear, gritar y saltar

por la habitación, rozándolo a él de vez en cuando, pero el valiente no perdió la serenidad.

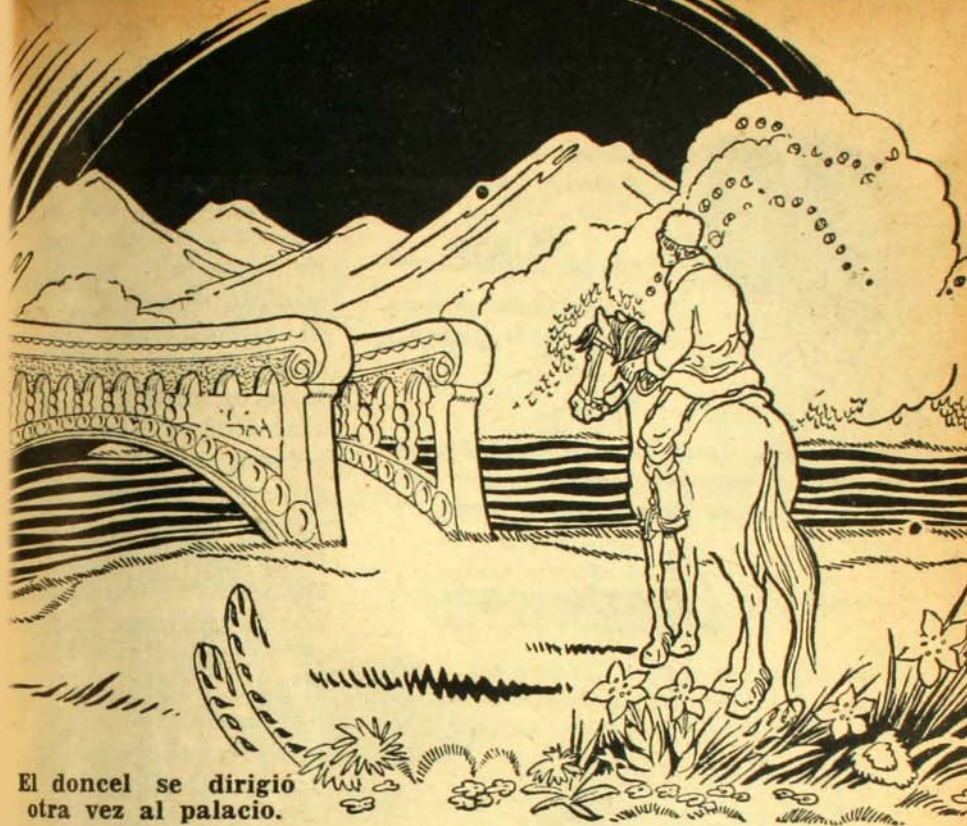
A la mañana, la princesa mostró una gran admiración por él, y antes de despedirlo le dió una cajita, diciéndole:

—Lleva esto a tu padre, pero no abras la cajita antes de llegar a tu casa. Y si necesitaras de alguna cosa más, ven a verme.

Cuando llegó a su casa, sus hermanos ya lo estaban aguardando. Las cadenas que ellos llevaban

La princesa era tan hermosa, que Yasi quedó deslumbrado.





El doncel se dirigió otra vez al palacio.

eran pesadas y no alcanzaron ni a dar una sola vez la vuelta a la casa. Entonces el menor de los hermanos entregó la cajita al padre y éste sacó una cadena de oro muy fina y muy larga. Los hermanos gritaron al verla:

—¿De dónde sacaste esa cadena? ¡La has debido robar y acabarás por arruinar nuestra casa con tu proceder!

El menor intentó explicar cómo había obtenido la cadena, pero ni su mismo padre le creyó. Pero, como por otra parte tampoco podía afirmar terminantemente que su hijo había robado la cadena, decidió anular también esta prueba, y dijo:

—Idos nuevamente y traed una novia cada uno y os casaré a los tres.

Los hermanos mayores se fueron juntos por un camino y el menor se encaminó directamente al palacio de la princesa. Cuando explicó a ésta la nueva exigencia de su padre, ella le contestó:

—Tienes que pernoctar aquí y mañana hablaremos de la novia.

Durmió esa noche en el dormitorio rojo, y aunque nuevamente

20%

DE DESCUENTO

sobre cualquiera sus-
cripción anual.

Sólo por \$ 208.-neto.

podrá recibir en su ca-
sa la revista **SIMBAD**

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual
de

NOMBRE

CIUDAD CALLE

CASILLA

Tres días duraron los festejos en la corte, donde todos celebraron alegremente la llegada de su nuevo príncipe, pues habéis de saber que Yasi había conquistado las simpatías del pueblo.

Finalizadas las fiestas, los esposos se dirigieron a la casa de los padres del novio, y llegaron en el momento en que se estaban festejando las bodas de sus hermanos mayores. El príncipe llamó a la puerta, y cuando fué reconocido, todos le pidieron perdón por las injurias que le habían hecho. El se los concedió, y para demostrar su perdón, llevó a sus padres al palacio para que vivieran allí hasta el fin de sus vidas, mientras que a sus hermanos les dió territorios para gobernar en ellos.

fué visitado por los fantasmas, que, haciendo un ruido infernal, saltaban alrededor del lecho tirándole de las ropas y pellizcándole, él no se amilanó ni cerró los ojos ni un segundo, por lo que tampoco esta vez le hicieron ningún daño.

Habiéndose librado por tercera vez de un peligro en el que sucumbieron tantos otros con anterioridad, bajó al día siguiente a desayunarse con la princesa y, cuando hubieron terminado, ella le condujo a una habitación donde le aguardaban varios criados, que lo engalanaron como a un príncipe. Luego se efectuaron las bodas.

Fin

PUNTITO



Puntito se encontró con los ladrones Ganzúa y Angelote, que planeaban un robo.



—No puedo entrar en la casa —dijo Puntito—, soy un pequeño amigo.



Los ladrones miraban asombrados a su nuevo cómplice, que afirmaba: —Para mí es un juego entrar y salir sin que me vean. Llénvenme con ustedes, señores sinvergüenzas.



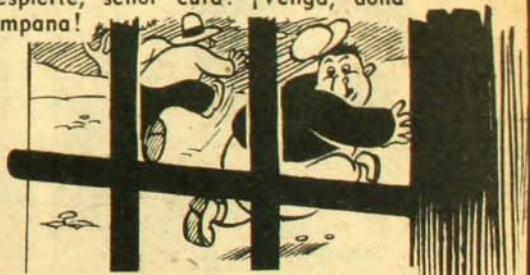
A través de la reja entró Puntito, mientras los ladrones le aconsejaban: —Abrenos la llave. Le robaremos al señor cura hasta la última pila.



—Puntito me dio el ama de llaves, doña Campana, —dijo el cura—. —¿Ladrones? Yo les daré los palos que les quitarán las ganas de robar.



Pero en cuanto Puntito estuvo adentro de la casa, empezó a gritar: —¡Ladrones! ¡Despierte, señor cura! ¡Venga, doña Campana!



Ante la decisión de doña Campana, que no anunciaba nada bueno, los ladrones huyeron a perderse, mientras resonaba, alegremente, en la noche, la risa de Puntito.

(CONTINUARA)



1. Los audaces exploradores que, convertidos en seres microscópicos, se aventuraban por el mundo de los insectos, oyeron anhelantes la explicación del profesor Greg: “—Las avispas pretendían dejarnos encerrados en la cavidad donde habían depositado sus huevos, para que después sirviéramos de alimento a las larvas.”

3. “—Las malditas avispas...”, continuó Greg. Roberto le interrumpió, sonriendo: “—Ellas raptaron también a Mabel y la trajeron junto a nosotros. ¿Decía usted que las benditas avispas...?” Greg sonrió también: “—Por culpa de ellas estamos al otro lado del estanque. El regreso demorará, tal vez, años”.



2. “—Y usted, Mabel —interrogó a la rubia niña, que fué la primera en penetrar al fantástico país—. Cuéntenos sus aventuras.” Ella declaró que había llegado a la laguna en alas de la libélula y que vagó por las riberas huyendo de arañas e insectos. “—Ahora volveremos al castillo —declaró Greg—. Estamos muy lejos.”

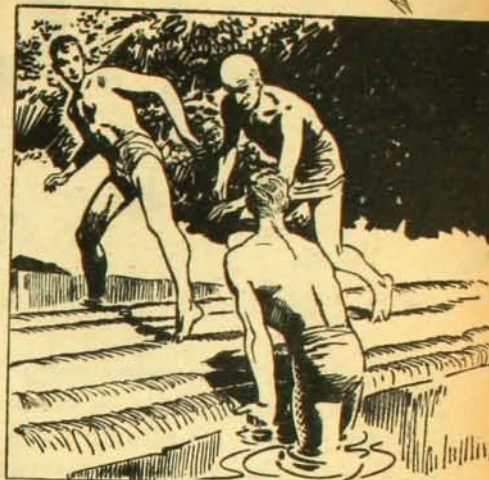
4. De pronto, unas bestias espantables se deslizaron por la rama del abeto. A un gesto de Greg, todos permanecieron inmóviles, casi sin respirar. El sabio susurró: “—Son orugas. No nos harán daño. Devoran los brotes nuevos y son un verdadero azote para las florestas. Pero... ¡miren!”



5. "—Allí viene una bandada de icneumones, que clavan su dardo en el cuerpo de las orugas. Así depositan en ellas sus huevos, de los cuales nacen larvas que destruyen al gusano. Ahora bajemos del abeto." Tardaron horas en llegar al suelo. Ya era de noche. Mabel y Yara decidieron dormir dentro de una nuez vacía.



6. Ambas niñas se deslizaron por una ventana de la nuez, asegurándose primero de que dentro no habitaba un gorgojo. Los hombres hallaron hospedaje en una concha de caracol. A medianoche el viento estremeció las hierbas. La cáscara de nuez fué impulsada hacia el agua y se alejó suavemente.



7. Cuando Greg y los jóvenes despertaron al día siguiente, advirtieron aterrados la desaparición de la nuez, con sus dos bellas ocupantes. "—Hay un rastro hasta el río —dijo el profesor, sin pensar que aquel "río" era, en realidad, apenas un arroyo—. Ahí tenemos balsas para ir en busca de Mabel y Yara."



8. "—¡Verdaderas balsas!" —exclamó Roberto, admirado—. Son troncos unidos entre sí." Greg explicó: "—Dentro de cada tronco hay una larva del mosquito que transmite la malaria". Y en aquellas balsas que llevaban un cargamento de fiebre bajaron por el río. De pronto, vieron en la ribera a Mabel. Parecía aterrada.

(CONTINUARA)



CAPITULO II.—*Riha, la favorita.*

La travesía del desierto continuaba penosamente. Aicha, antes de reemprender la marcha, había examinado a los animales de la caravana, para asegurarse de que no sufrirían.

El calor era sofocante. Fátima se sintió desfallecer. Aicha detuvo al camello que transportaba el palanquín, y dijo a su madre que se instalara en él, para descansar.

Un lánguido sopor empezaba también a dominar a la niña; pero ella resistió con valentía. Estaba decidida a conducirse tal como se habrían conducido sus hermanos, a fin de que la amarga añoranza de los hijos no atormentara a Mohamed. Aicha no se permitía ser débil ni frágil. Con la cabeza erguida, avizoraba el horizonte. La arena ardía como un fuego blanco. De pronto surgió en la distancia una visión esplendorosa. Las palmeras de un oasis mecían sus verdes abanicos y una extensa laguna centelleaba al sol.

—Un oasis..., agua... —murmuró Aicha, pronunciando con esfuerzo las palabras, porque tenía la garganta seca. Mohamed señaló con suavidad:

RESUMEN: Mohamed, su esposa Fátima y su hija Aicha atraviesan el desierto. El árabe se siente amargado porque perdió a sus tres hijos varones. Aicha se demuestra ansiosa por ayudar a su padre y suavizar su tristeza. Mohamed se siente complacido por esa filial ternura, pero cada vez que mira los tatuajes azules marcados en la frente y en el mentón de la niña, su mirada se ensombrece.

—No, hija mía. Es un espejismo. Se desvanecerá cuando el sol se oculte.

Luchando por contener las lágrimas, Aicha musitó:

—¡Pobre Saheb!... Pobre Macudi... , pobre ovejitas, que tienen sed.

Pensaba en el ganado y en los camellos. No era posible darles agua de la reserva que Mohamed guardaba para su familia y de la cual restaba sólo una cantidad escasa.

Aicha sugirió tímidamente:

—La gran laguna es sin duda una visión. Pero los árboles... , ¿pueden ser reales? ¿No crees que los hallaremos verdaderamente? Los cansados animales reposarían a la sombra.

Escudriñaba con ansia el rostro de su padre. Este sacudió la cabeza en señal negativa.

Chibani, el camello de más edad, enderezó el cuello y, luego de husmear el espacio, emitió un suave gruñido. Nogra, que marchaba detrás de Chibani, también demostró agitación. Una especie de bronco rumor corrió por la fila de camellos, como si se comunicaran una noticia.



—¡Un oasis!... ¡Agua!
—anunció Aicha.

—Los árboles no desaparecerán —rectificó Mohamed—. No son tan altos ni tan numerosos como los vemos ahora; pero sin duda allá hay palmeras y hierba. Lo acaban de confirmar los camellos. Declinó la tarde sin que llegaran al oasis. Transcurrió una nueva jornada de calor extenuante. Al tercer día penetraron en una zona donde la arena ya no era tan quemante y ostentaba rastros de vegetación esteparia. La caravana penetró por fin en el oasis. Fátima y Aicha instalaron la tienda. Esa noche, los caminantes se sumieron en plácido sueño.

Al día siguiente Mohamed, acariciando con ruda ternura el caballo de su hija, recordó:

—Ya es tiempo de que me pidas el regalo que quieres. Prométi dártelo cuando llegáramos a un oasis.

—Yo quisiera...

Aicha se detuvo, indecisa.

—Habla sin temor —la animó el árabe—. ¿Qué deseas?

Como la niña aún vacilara, insinuó:

—¿Una joya de oro? ¿Un chal de seda? ¿Una alfombra?

Aicha, decidiéndose, suplicó:

—Dame uno de los camellos, para que sea mío sólo, para cuidarlo y amarlo.

—Tú cuidas y vigilas a toda la caravana —observó Mohamed—, y te preocupas de los animales con más esmero que yo mismo. Les brindas cariño y estás siempre alerta para protegerlos. ¿Qué mayor atención y ternura puedes dedicar a uno solo de ellos?

—Quiero que sea mío y de nadie más —repitió la pequeña beduina.

—Está bien; elige el que quieras.

Se dirigieron hacia el sitio donde pastaban los camellos, cabras y ovejas. El pasto no crecía en abundancia, pero era tierno y a él se mezclaban brotes de mimosas.

—¿A cuál prefieres? —preguntó Mohamed.

—A Riha.

Era la camella más veloz de la tropilla. Al oír su nombre, alzó la cabeza, cesando de masticar, y sus grandes pupilas contemplaron a Aicha y Mohamed. El rostro de éste se contrajo.

—Ahora comprendo por qué vacilabas tanto en decirme cuál era tu deseo —dijo Mohamed, contrariado.

Aicha murmuró, suplicante:

—Habla sin temor —
—Hijo del árabe a la ni-
ña.



—Yo sería tan dichosa . . . , y ella también.

El árabe accedió.

—Está bien, Aicha. Riha es tuya.

Con un grito de alegría, la niña corrió hacia Riha, para admirarla, como si viera por primera vez sus finas patas, la curva armoniosa de su cuello, los ojos dulces y grandes como los de las gacelas, el vellón rojizo, que a veces tenía reflejos de oro.

—Riha, descansa —indicó Mohamed.

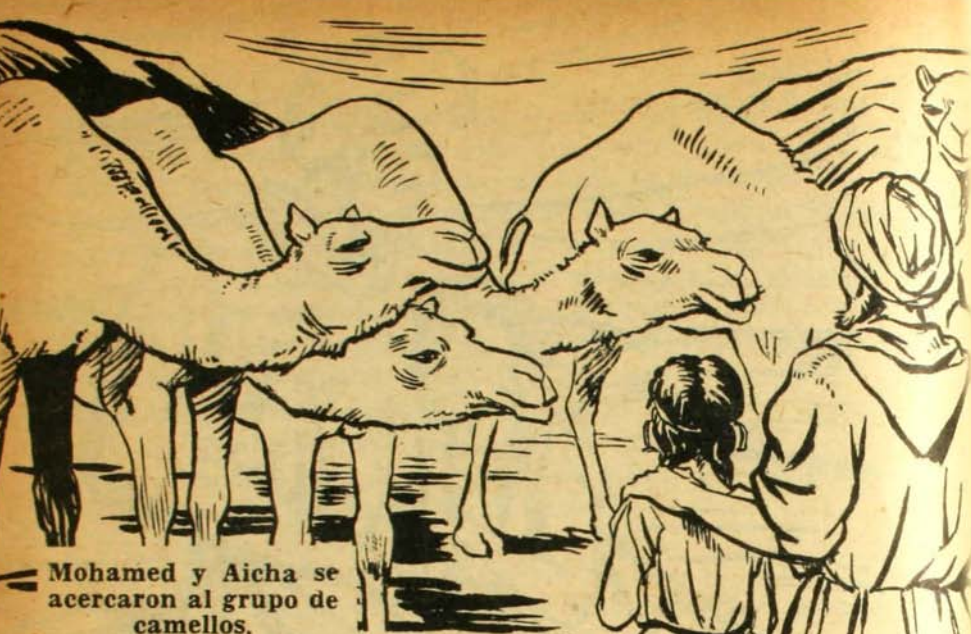
La bestia dobló sus patas, descansando sobre las callosas rodillas y muslos. Rumiaba con plácida felicidad. Aicha, rodeándole el cuello con sus brazos, murmuró a su oído:

—¡Mi Riha! ¿Sabes que me perteneces? Te cuidaré y te mimaré, mi camellita.

Mohamed se alejó en silencio. Riha era su preferida; pero no lamentaba haberla dado a su hija. Aicha merecía ese regalo.

Al atardecer, Aicha, cumplidas todas sus faenas, lavó sus manos y su rostro en el manantial. Inclínada sobre el agua, distinguió la estrella y la línea vertical que aparecían tatuadas. Por primera vez meditó en aquellas marcas. ¿Por qué las tenía?

Al reunirse con su madre, la interrogó:



Mohamed y Aicha se acercaron al grupo de camellos.

—Mamá, ¿por qué tengo estos tatuajes? Fátima palideció. Evitaba pensar en aquellas señales, y, desde lo más profundo de su corazón, ansiaba que el tiempo las borrara. Pero persistían, recordándole que Aicha estaba signada por un destino tal vez fatídico. En su vida errante, pocas veces se cruzaban con otras caravanas. Jamás se acercaron a las ciudades y aldeas. Vivían en el desierto, sin abandonarlo jamás, porque allí sentíanse protegidos por una muralla de ardiente clima. Este cerco invisible, pero poderoso, no sería tal vez traspuesto por los que conocían el significado de aquellos tatuajes azules. Y si algún día, a pesar de su eterna errancia, eran alcanzados por esos enemigos desconocidos y temibles...

Un temblor convulsivo estremeció a la beduína.

—Mamá, ¿qué te sucede? ¿Te sientes enferma? —inquirió Aicha, alarmada.

—No, hijita.

—Estás muy pálida. No quiero que sufras, querida mamá.

—Gracias, Aicha. No hablemos más. Sirve a tu padre la merienda. Aicha obedeció, pensativa. Instintivamente comprendió que no debía referirse a los tatuajes. Otro tema prohibido era hablar de

Ruadi, su hermano, a quien no veía desde hacía mucho tiempo. ¿Dónde estaba? En el Yemen, la tierra fértil, habíale dicho su madre. ¿Cuándo regresaría?

Se sintió dominada por la tristeza.

“Con Ruadi hubiera podido hablar de los tatuajes y él tal vez sabía cuál es su significado. No se hubiera negado a revelarme el secreto. Ruadi, vuelve pronto. Me siento muy sola.”

Su mirada vagó por el cielo, donde aparecían ya las primeras estrellas. El viento susurraba en las palmeras. Ahogado por la distancia, se percibió el aullido de un chacal.

Fátima también se debatía en el insomnio. Se estremeció al oír el aullido del chacal. Se anunciaba, además, la cercanía de otro animal: en el aire flotaba el nauseabundo olor de la hiena, que rondaba en silencio por el campamento, indecisa y hambrienta.

Mohamed, captando la inquietud de Fátima, exclamó:

—¿Qué temes? El chacal está lejos y a la hiena la ahuyentaré.

—No tengo miedo de ellos —murmuró la beduina—, sino de... Aicha me preguntó por qué lleva en su rostro los tatuajes azules.

—¿Qué le respondiste? —interrogó Mohamed, y su voz resonó extrañamente, porque el terror contraía su garganta.

—Nada. ¿Qué decirle si...?

—Calla, Fátima. No atraigas al funesto destino con palabras que prometimos no pronunciar. Confiemos en Alá. Y si en las estrellas está escrito que Aicha...

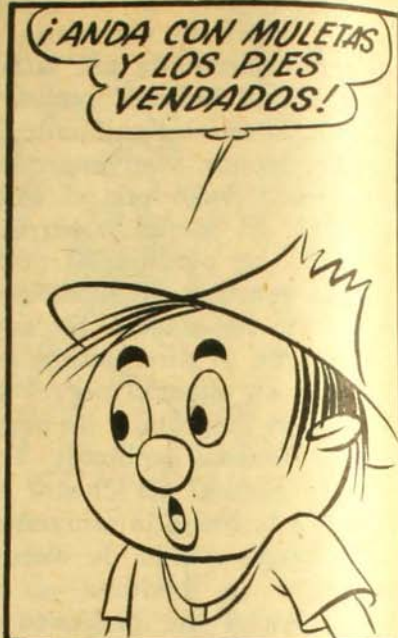
No pudo terminar la frase. Ocultando su angustia, cogió un palo y abandonó la tienda para ahuyentar a la hiena.

—¡Mi Riha! ¿Sabes que me perteneces?
—exclamó Aicha.



(CONTINUARA)

Ponchito



...¿O TE CLAVASTE ALGUNAS ESPINAS?...



¿TE MALOGRASTE JUGANDO A LA PELOTA?



¡NO! ¡ES QUE MI ABUELITA ME COMPRO ZAPATOS Y SE ME HINCHARON LOS PIES!



La espada de Sigfrido



CAPITULO IV.—El bosque tenebroso.

Sigfrido, que llegaría a ser el héroe más famoso de Germania, quedó huérfano. El herrero Nimo lo recogió, no por bondad, sino porque ambicionaba la espada Balmunga.

La cabra Morela se convirtió en decidida protectora del niño. Este apenas sabía hablar, pero sus respuestas a Nimo eran orgullosas y revelaban que nadie le doblaría.

—¿El hijo de la reina de Niderlandia no quiere obedecer? —gruñó Nimo—. Yo te enseñaré a ser sumiso. Tienes la cabeza

tan dura como la de un mulo.

—Tú, mulo —respondió el pequeño héroe, cruzando sus manitas a la espalda, en actitud arrogante.

—¿Cómo te atreves a insultar al hijo del gigante Reidmiro? —exclamó el enano, enfurecido—. Sentirás la fuerza de mi garrote.

Pero no alcanzó a cumplir su amenaza. La buena Morela decidió terminar la discusión a cornadas. El nibelungo aullaba:

—Yo te enseñaré a ser sumiso —gruñó Nimo.





—Tú, mulo —respondió el pequeño héroe.



La cabra "Morela" decidió terminar aquella discusión.

—¡Traidora! ¡Hija de bruja! ¡Hermana de serpiente!
A fin de rehuir las cornadas, se trepó a una viga y desde allí gritó:

—No te quedes ahí, riendo, Sigfrido. Si no trabajas, no comerás. Coge el cubo y anda a buscar agua a la fuente. Puedes llevarte a Morela, pero ten cuidado, porque es una bestia salvaje y peligrosa.

El niño acarició a la feroz Morela y minutos después ambos caminaban por la selva. Anochecía y, en la sombra, los árboles se transformaban en gigantes que extendían sus nudosos brazos. Entre el bosque se agitaban alas invisibles. Sigfrido marchaba con paso firme, aunque el temor hacía vacilar su corazón.

Morela inclinaba la cabeza, pronta a embestir contra cualquier peligro.

Voces susurrantes decían:

—¿Han visto? Hay un nuevo enano en el bosque.

—No es un enano, sino



—¡Traidora! —gritó Nimo.

—No te quedes ahí,
riendo, Sigfrido.



que. Luego los traviesos enanos brincaron y rieron. Los elfos cruzaban el aire, persiguiéndose alegremente, y las hadas giraron en una ronda transparente. Sus cuerpos veíanse como danzantes reflejos dorados.

Sigfrido las admiraba, asombrado y feliz. La flotante cabellera de un hada le cubrió el rostro y, a través de ella, el niño descubrió que la selva se convertía en un

El bosque resonaba
con voces misteriosas.




un cachorro de hombre.

—¡Qué rubio y gentil es!

Las tinieblas de la noche inundaban la selva, pero alegres fuegos fatuos iluminaban el sendero seguido por el niño. Por fin llegó a la fuente y llenó su cubo de agua.

Silenciosamente le rodearon los misteriosos habitantes del bos-





Sigfrido llegó por fin
a la fuente.

bosque de plata. El yelo azul de la otra hada onduló después ante sus ojos y Sigfrido vió que los árboles centelleaban como turquesas.

Hasta el alma simple de Morela se extasió en aquella hora mágica. Ya no presentía secretas amenazas y miraba complacida a los seres alados que les rodeaban.

Mientras tanto, el pérfido Nimo reflexionaba:

—Se perderán entre los árboles, ese rapaz insolente y la rebelde cabra. Yo me dedicaré ahora tranquilamente a forjar la Balmunga. Con esa espada invencible en mi mano, el tesoro de los nibelungos será mío.

Extendió sus retorcidos dedos, sin pensar que la Balmunga no aceptaría ser empuñada por esa diestra, sino por la mano blanca, vigorosa y rápida de Sigfrido, el héroe.

(CONTINUARA)

Concurso Semanal

J E R O G L I F I C O

Forma con estas figuras el nombre de un representante de la ley. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.



SOLUCION AL CONCURSO N.º 202.— Si quieres conservar a un amigo, hónralo cuando esté presente, elógielo en la ausencia y ayúdalo en la necesidad.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".**— Mirta Troncoso, Traiguén; Neri Contreras, Tocopilla; Zulema Goldenstein, San Felipe; Oscar Seguin, Lota; Pedro Prado, San Francisco de Limache; Roberto Carvajal, Santiago. **UN MECCANO.**— René Estay, Viña del Mar. **UN EQUIPO MILITAR.**— Eduardo Erazo, Santiago. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Alicia Scheiding, Santiago; Gerardo Covarrubias, Santiago; Asunción Martínez, Santa Cruz; Iván Rojas, Peñablanca; Miriam Walker, Santiago; Edith Becerra, Lautaro; Luis Varas, Valparaíso; Norma Valenzuela, Yungay; Laura Cañete, Valparaíso; Charlie Rudloff, Temuco. **UN LAPIZ AUTOMATICO.**— Rosa Eliana Gallardo, Chillán; Guillermina Korn, Villa Alegre de Loncomilla; Milena Narváez, San Bernardo. **UN LAPICERO FUENTE.**— Margarita Oyarzún, Valparaíso; Ercilia Arriagada, San Carlos; Sonia Barraza, Victoria. **UN LIBRO.**— Teresa Alarcón, Talagante; Juana Ibaceta, Coquimbo; Nelson Fuentes, San Vicente; Engelbert Sigbreitlmaier, Los Andes; Noemí Nuñez, Santiago; Valeria Navarro, Lontué; Judith Contreras, Padre Las Casas; Patricia Morris, Valparaíso; Selma Silva, Santiago; Victoria Eugenia Jofré, Temuco. **UN VITALMIN.**— Max Krauss, Santiago; Waldo Guarda, Quillota; Inés Gutiérrez, Cabildo; Magaly Zúñiga, Santiago; Ximena Castro, Valparaíso; Luisa Lema, Temuco; María Eugenia Rodríguez, Talca; Sergio Coda, Santiago; Reinaldo Cancino, Lota Alto; Luis Gómez, Santa Cruz. **UNA PEINETA.**— Viviana Ríos, Parral; Carmen Barrera, Santiago; María García, Santiago. **UN JUEGO LUDO.**— Eugenia Aguillar, Santiago.

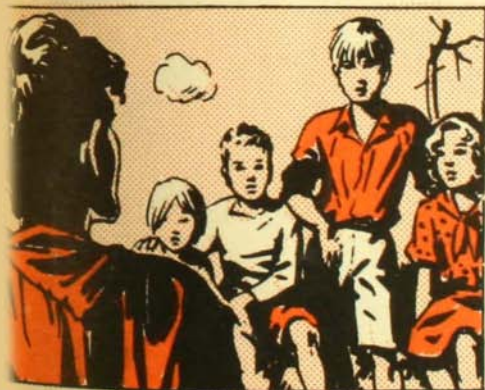
**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 204

Juan y Juanita



De pronto resonó un silbido. Juan se levantó de un salto. —¿Quién está ahí?”, preguntó, vislumbrando una sombra entre los árboles. “—No tengas miedo”, replicó burlescamente una voz. El muchacho que había hablado, se aproximó con desdén. Sonreía, ladino, y vestía harapos. “—¿Estás nervioso?”, añadió.



“—En estos días, hay que saber dominarse —agregó—. La nerviosidad puede perderte. He oído tus palabras. Tienen hambre y no encuentran a sus padres.” “—¿Quién eres”, inquirió Juan, desconfiado. “—¿Qué importa? —rebató el andrajosito—. Les invito a comer y les ofrezco una mano amiga.”

(CONTINUARA)



SIMBAD

N.º 205

PEQUEÑA BRUJA

\$ 5.—

ELENA
BOIRIER





Juan y Juanita



CAPITULO XVI.— EL "CAPITANO" LORENZO



1. Un muchacho harapiento y burlón se presentó a Juan, a su hermana Juanita y a los niños Morgano, cuando ellos se sentían desfallecer de hambre y angustia. Huyendo de una aldea bombardeada, buscaban a Pedro Morgano y a su esposa. Aunque desconfiaba de aquel muchacho, Juan decidió seguirlo.



2. Penetraron en una cabaña abandonada y vieron estupefactos que allí se reunía una verdadera banda de niños andrajosos, que gritaban, chillaban y silbaban, sin dejar oír entre aquella barahúnda la voz del jefe. Este preguntó: "—¿Quiénes son éstos que traes, Giro? Parecen pollos mojados".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO IV — 5-VIII-1953 — N.º 205

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10



CAPITULO I.—El guerrero herido.

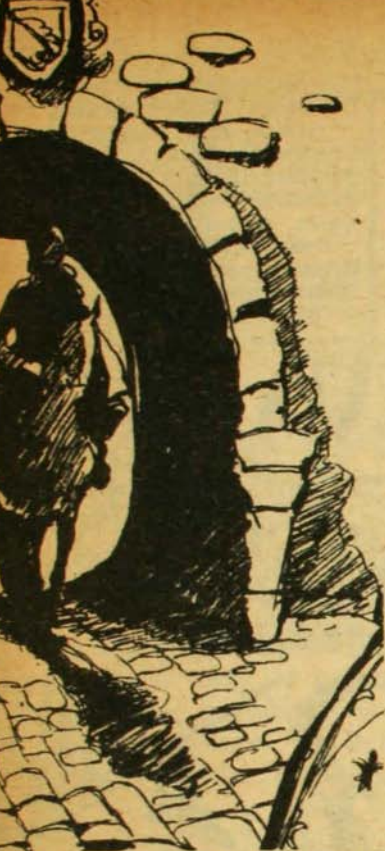
En un castillo de la antigua Germania vivía el duque de Brabante, a quien sus vasallos profesaban lealtad y respeto. Genoveva, su hija, era adorada por todos los habitantes de la comarca.

Aquel día, el castillo lucía galas de fiesta, y en sus muros resonaban cantos de trovadores, armonía de laúdes y rumor de danzas. Un emisario del poderoso conde Adalberto había venido a pedir la mano de Genoveva para su señor. Y se susurraba que sería rechazado.

Erguida en su sitial, Genoveva permanecía en



Trovadores, bailarinas y bufones alegraban el castillo.



De pronto irrumpió el galope de un caballo.

sólo invadía su rostro. Sus cabellos parecieron perder el oro ardiente.

—¿Qué tienes, señora? —preguntó Berta, alarmada. Genoveva escuchaba rumor de cabalgata. El paso de un caballo fantasma marcaba sus cascos con el mismo ritmo de su corazón agitado. Y ese rumor se acercaba cada vez más. Genoveva contenía su aliento. ¿Soñaba despierta? ¿Su sueño, al ser expresado por primera vez en palabras, adquiriría tal fuerza que ya no era un ensueño vago, sino una mano que sacudía junto a su oído sonidos inexistentes?

Rígida, con los bellos ojos muy abiertos, balbució:

—¿No oyes, Berta?

—¿Qué, señora? —exclamó la doncella, esforzándose por comprender.

silencio. Junto a ella, la fiel Berta la miraba asombrada. Aunque crecieron juntas en el castillo, nunca dejó de sorprenderse ante la belleza de su señora. Los cabellos rubios destellaban en un incendio de oro bajo la luz del sol, y se veían como una penumbra dorada aún en la obscuridad más densa. Los ojos azules tenían una mirada serena y suave.

Inclinándose hacia Berta, Genoveva murmuró:

—No me casaré con el conde Adalberto.

—¿Por qué, señora?

—Aquel con quien me case vendrá a buscarme en su caballo blanco —siguió diciendo la voz soñadora—. El resonar de los cascos de su caballo contra la tierra tendrá el mismo pulso de mi corazón. Cuando más cerca esté, más aprisa latirá mi sangre. Vendrá sobre la silla de su corcel, joven y apuesto, generoso y bueno. Cuando mire sus ojos, sabré que debo irme con él. Cuando...

Se interrumpió. La palidez, intensa, no

De pronto, ahogando la música de un salterio que pulsaba el trovador del castillo, irrumpió el galope de un caballo, que se detuvo en el centro del patio. Huyeron en desbandada los artistas y los asistentes. Murmullos de incredulidad y asombro se elevaron, con la violencia de una colmena agitada:

—¡Sigfrido! ¡Es Sigfrido! —clamoreó la muchedumbre, retrocediendo.

El jinete vaciló, y, destacándose contra la penumbra del atardecer, pudo verse el asta de una lanza clavada en su espalda. Cuando el guerrero rodó del caballo, un soldado arrancó el venablo. Genoveva se arrodilló entonces, y con su velo restañó la sangre. —¿Nadie quiere ayudarme? —gimió desolada.

Todos permanecían indecisos. Para ninguno era un secreto que Sigfrido odiaba a Brabante. La causa de esta enemistad se había perdido en el nebuloso pasado. Tal vez la familia disputó en remotos tiempos algún límite de las tierras, o combatió en distintos

El jinete vaciló en la montura.



Genoveva se arrodilló
junto al herido.



bandos durante las guerras sostenidas por los antepasados del rey Dagoberto. Cualquiera que fuese el origen de la discordia, persistía y se alimentaba de mezquinas rencillas entre la servidumbre de ambos castillos.

—Es un enemigo. Matémosle —sugirió un escudero.

—Las circunstancias lo convierten en un huésped, y como tal será respetado —pronunció el duque de Brabante.

El herido fué trasladado a la cámara de Genoveva. Un físico acudió a examinarle.

—Está muy grave —dictaminó—. Temo que no se salve.

—Es preciso que sane —declaró el duque de Brabante—. Si muere en mi castillo, su mesnada creará que le asesinó. Salvadle la vida.

—Sólo Dios puede cumplir ese milagro. Si recobra la conciencia antes de dos días, no morirá.

Genoveva no intervino en la conversación. Miraba al herido. Sobre la almohada se destacaba su pálido rostro, de líneas hermosas, pero firmes, rudas. Sus ojos estaban cerrados, y, sin embargo, era fácil deducir que su mirada carecía de suavidad. No había en toda su faz un rasgo que denotara blandura. Al contrario, el mentón se delineaba agresivo, las cejas espesas, de fácil contracción en la tempestad del espíritu; los labios inflexibles, crueles. La niña le miraba alucinada. Anhelaba que él levantara los párpados.

“Cuando mire sus ojos, sabré que debo irme con él.”

Evocó esta frase, que había dicho minutos antes a Berta, y se turbó profundamente.

Era necesario que él se salvara. No podía morir sin que su mirada se cruzara con la de ella. Estremecida de angustia, se dirigió a la capilla. Oraba fervorosamente cuando la interrumpió la voz de Berta:

—¿Por quién rezas, señora? —¿Por quién rezas, señora? —preguntó Berta.

—Por Sigfrido, Berta.

—¿Por el enemigo de vuestro padre? ¿Por ese guerrero feroz e implacable? —protestó la doncella, horrorizada.

Para ella, Sigfrido era la encarnación de un espíritu maligno. No podía negar que era hermoso, pero antes que cayera desvanecido Berta creyó ver que en sus ojos se retorcía una llama infernal y pensó que su palidez era el reflejo del azufre. Tal vez era el demonio bajo una apariencia bella. El demonio que tenía hechizada a su ama.

(CONTINUARA)





LA DONCELLA ROJA

CAPITULO II VENGANZA INDIA.



1. En su juventud, Claudio Devandel fué explorador de las praderas y cayó prisionero de los sioux. El jefe Ojo de Halcón ofreció perdonarle la vida si cazaba a un espléndido caballo blanco, a quien nadie logró domar. Devandel le defendió con su cuchillo contra una serpiente, conquistando así el soberbio corcel.



2. Devandel montó al caballo, al cual dió el nombre de "Rayo de Plata", y regresó al campamento indio. Ojo de Halcón le saludó: "—¡El Gran Manitú te ha protegido! Te perdono la vida y te doy a mi hija Yala por esposa". Yala era muy bella, pero cruel, y Devandel decidió huir.



3. Años más tarde, el explorador, ya convertido en coronel, labró su fortuna y compró la hacienda "San Felipe". Se casó con una hermosa joven mexicana. Mucho tiempo después encontró, clavado en una empalizada de la hacienda, el haz de flechas, señal de venganza india. "¡Yala!", murmuró, aterrado.



4. La señora Devandel había muerto, pero el coronel temía por sus dos hijos, Denis y Mary. Tres veces los indios intentaron incendiar su hacienda. En esos días el gobierno lo llamó al ejército para sofocar la rebelión india, y Devandel se vió obligado a separarse de sus hijos. "Están en peligro", murmuró.



LA DONCELLA ROJA



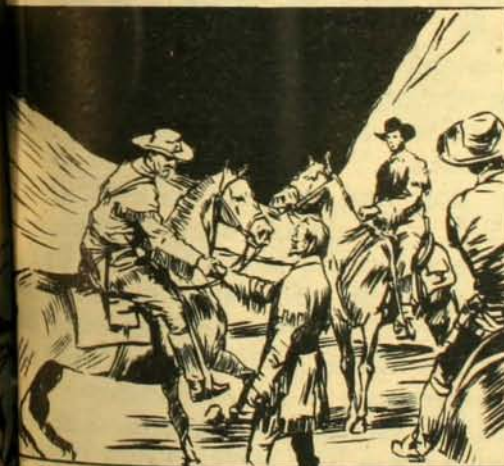
5. Devandel había terminado su dramático relato, que el explorador John escuchó en silencio. De pronto resonaron disparos de fusil. “—¡Condenada noche! —gruñó John—. Vamos a ver qué sucede.” El centinela declaró: “—Otro indio intentaba atravesar el paso. Disparé y cayó junto al caballo blanco”.



6. John dijo, espantado: “—¡Miren! El indio fusilado desapareció.” El joven Harry exclamó: “—¡Por mi abuela! Esos indios caminan hasta después de muertos.” Devandel encontró en la crispada mano del segundo sioux un mensaje. Antes de retirarse a leerlo impartió órdenes para la defensa.




7. Presentía que los sioux estaban en el desfiladero. Cuando leyó el mensaje, palideció: “—¡Yala ordena a Mano Siniestra que rapte a mis hijos antes de unirse a los cheyenes!”; balbuceó Devandel. John propuso: “—Yo iré a salvar a sus hijos. Llevaré como rehén a Minehaha”.



8. Harry y Jorge acompañarían a John en su audaz empresa. “—Gracias, John, y que Dios te proteja”, murmuró Devandel, estrechando la mano de su leal amigo. “—Te traeré a la joven india.” En la tienda le aguardaba la prisionera que le hirió con un puñal, vengando la muerte de su hermano Ave de la Noche.

(CONTINUARA)



La pequeña bruja

La bruja Narizlarga miró a su hija y preguntó, incrédula:

—¿Quieres decir que perdiste tu escoba?

La pequeña bruja balbuceó:

—Sí, mamacita.

Narizlarga bufó de rabia, y luego, agitando su huesudo dedo añadió:

—Tendrás tu castigo. Esta noche hay aquelarre y no podrás ir. La brujita empezó a llorar desconsolada.

—Lléveme en su escoba, mamá.

—Tú sabes que eso es imposible —repuso Narizlarga, recorriendo a largos pasos la caverna. En su furioso paseo, derribó a la lechuza que dormitaba, ahuyentó a dos murciélagos, y le pisó la cola al gato negro.

—Conseguiste la escoba antes de tener la edad necesaria, y esta noche te hubiéramos elegido un nombre. Pero todo se ha perdido porque eres desordenada. Y me veré obligada a sugerir para un nombre feo: la bruja Sin Escoba.

La brujita quedó aterrorizada. ¿Por qué perdería su escoba? había sido tan difícil hacerla. Ella y las demás brujitas debieron buscar los materiales. Registraron el bosque para elegir los palos más resistentes y pulidos. Luego tuvieron que visitar el cementerio. ¡Oh, qué miedo sintieron al principio! Necesitaban hilos de una soga de ahorcado para atar las ramas de la escoba; pero se olvidaron de esto y jugaron alegremente a las escondidas.

Cuando las pequeñas entregaron sus escobas, sin confesar que las sogas eran de una cuerda de saltar que una niña había dejado abandonada, las brujas mayores, para saturarlas de magia, danzaron en torno a una fogata. Los viejos huesos de sus piernas crujían con cada salto.

Sí; había sido difícil conseguir la escoba. Según las reglas, debían tener paja sacada de tres espantapájaros. Con los dos primeros

monigotes no hubo dificultades. Pero el tercero se negó a facilitar una parte de su relleno.

—Brujita —declaró con su voz desigual, porque tenía un parche precisamete en la garganta y estaba descosido—, no te daré ni una brizna. Si los pájaros me ven más flaco, no me tendrán respeto.

—Es sólo un poquito —insistió ella.

—No y no.

—Si aceptas ayudarme, te coseré el parche del cuello y podrás hablar bien, y hasta cantar, si quieres.

El espantapájaros, que estaba cansado de tartamudear, la miró lleno de esperanzas.

—¿Es verdad? ¿Puedes hacerlo?

—Claro. Aquí tengo hilo y aguja.



Las brujitas jugaron a las escondidas.

En un instante dió las puntadas que había prometido. El espantapájaros, luego de ensayar las notas de una canción, extendió su pierna para que la brujita se llevara toda la paja que quisiera. Teniendo aquella voz de tenor, no le importaba quedar medio cojo.

—¿Y no tienes idea de dónde puedes haber perdido la escoba? —preguntó Narizlarga.

—Creo que... la dejé afirmada en una ventana, en la casita del valle.

—¿Esa vivienda llena de niños? —exclamó la bruja madre, asombrada.

—Sí.



El espantapájaros permitió a la bruja que sacara paja de su pierna.

—Los niños te inspiran miedo. No comprendo por qué te acercaste a ellos.

—Pues, porque les tengo miedo, escapé, olvidando mi escoba.

—¿Y por qué fuiste hasta allá?

—Pensé que ya era una verdadera bruja —confesó la pequeña—, y que no tendría miedo. Yo...

Se interrumpió al advertir que Narizlarga reía a carcajadas.

—Mamita, ¿de qué se ríe?

—De que has olvidado algo muy importante. Y de que yo también lo olvidé en mi furor y preocupación.

—¿De qué nos olvidamos, mamá?

—De que somos verdaderas brujas. Si has perdido u olvidado algo, no necesitas buscarlo, ni preocuparte. Simplemente recurre a...

—¡A la magia! —gritó la bruja—. ¿Cómo pudimos olvidarnos? Levantó del suelo un libro y recorrió sus páginas con tanta rapidez, que el viento, levantado por las hojas, le voló el bonete. Colocándolo de nuevo en su cabecita, pronunció:

*Escoba de palo y paja,
que solita sube y baja...*

No supo cómo seguir. Mientras tanto en la cabaña los niños, que se habían montado en la escoba, vieron con espanto, que ésta subía y bajaba. Sé aferraron al palo y empezaron a chillar, llamando a su mamá.

*Miles de pesos en premios en
el N° 209 aniversario de "Simbad"*

—¿Por qué no continuas? —preguntó Narizlarga.

—No sé cómo termina el conjuro —confesó la brujita, frunciendo las cejas.

Narizlarga, otra vez eufurecida, chilló:

—¿Qué clase de bruja eres, que ni siquiera sabes terminar un conjuro? No pienses que voy a ayudarte.

Mientras tanto en la casa del valle los niños lloraban porque el sube y baja de la escoba les tenía mareados.

La brujita se compadeció de ellos y añadió:

*Escoba de tres corcovos,
desmonta a los niños bobos.*

Un corcovo, y cayó el niño mayor; otro más, y quedaron tendidas en el suelo las dos mellizas rubias; y con el corcovo final, aterrizaron los demás niños.

—¿Y bien? —preguntó Narizlarga, esperando el término del conjuro.

*Escobita de aquelarre,
escobita que no barre,
ven volando ligero
porque yo lo quiero.*

La escoba oyó la voz de su dueña y salió disparada por una ventana con tal velocidad, que perdió un mechón de paja. La brujita la acarició, feliz, y corrió donde su amigo espantapájaros.

—¿Quieres más paja?
—protestó él, compungido. Pero al oír su propia voz, que vibraba melodiosa, recordó que se la debía a la brujita y extendió su otra piedad, diciendo:

—Toma la que quieras.
Por cierto, que las pier-



—¿Qué clase de bruja eres? —preguntó Narizlarga.



Nuestra brujiita lució su escoba en el aquelarre.

nas me quedarán débiles, pero tengo una voz maravillosa. Nuestra amiga lució aquella noche la escoba más elegante del aquelarre. Y recibió por nombre Naricilla Corta, aunque muchas compañeras pensaban que debía llamarse Escoba Atómica, porque su escoba era asombrosa. Volaba con más rapidez que ninguna, y, aunque parezca mentira, tenía música. A veces, al cortar una ráfaga de aire, dejaba oír una dulce armonía. Era la paja que el espantapájaros le dió cuando ya estaba convertido en un espantapájaros melódico.

Correspondencia

PETRONILA ADASMES, JULIA SIENNA, JAIME CONCHA, LUCY VELIS, JORGE HIDALGO. —

Sus entusiastas expresiones nos alientan y reconfortan. El Simbad ya es querido por todos los niños, y esto se demuestra por su enorme circulación.

MANUEL MUÑOZ, RUBEN LILLO, EUGENIA CASTILLO. —

Nos complace que ustedes declaren a Simbad su revista favorita.

ALFREDO MORALES, JOVITA INOSTROZA, JORGE FIGUEROA. —

Mucho nos agradaría recibir colaboraciones de ustedes, pero escasea el espacio y

queremos aprovecharlo hasta el máximo en cuentos y seriales.

BENICIS CAMILLA, PATRICIA MENDOZA. —

Elena Poirier agradece las felicitaciones que le envían por sus lindas portadas.

ADELAIDA HERRERA. —

El nombre de la directora de Simbad es Elvira Santa Cruz, cuyo


seudónimo es **Roxane**.

NORMA BUSTAMANTE, JORGE ALVARADO, DELFIN TORRES. —

Desde luego, los aceptamos como muy queridos amigos y admiradores de Simbad.

Roxane

PUNTITO




Puntito había impedido que los ladrones Ganzá y Angelote perpetraran un robo. Después, a fin de huir de la venganza de los bellacos, se refugió en el pajar. Dormía tranquilamente, cuando, al amanecer, la aldeana Betarraga cogió con la horqueta un poco de heno...



... y lo lanzó al hocico de la vaca, junto con Puntito. El pequeño despertó y vió, con gran alarma, que estaba rodeado de grandes dientes. —Tengo que escapar a todo correr—dijo el niño.

Y se internó por el esófago de la buena vaca, avanzando con cuidado, para no resbalar.



La vaca era muy tragona y seguía comiendo. Puntito pensó que quedaría debajo de una montaña de heno y entonces empezó a gritar: —¡No quiero comer más!

—¡Betarraga, no me des más pasto, por favor!



Estos gritos aterrizaron a la aldeana, que huyó, diciendo: —¡La vaca habla! ¡Socorro!

(CONTINUARA)



MUNDO SECRETO



CAPITULO EL BARCO.



1. Los exploradores reducidos a un tamaño microscópico, vieron que su rubia compañera Mabel corría espantada por la ribera. Se reunieron con ella, y Mabel explicó: "—Desembarcamos de la cáscara de nuez, y Yara salió en busca de alimentos. No ha regresado y tengo miedo." Todos se dedicaron a buscarla.

3. "—Esa flor se llama dondiego —añadió el profesor—. Se abre de noche y se cierra al llegar el día. Y parece que nuestra amiguita quedó encerrada entre los pétalos. Presten atención. ¿Oyen sus voces? Luego él gritó: "—Yara, tienes que esperar que llegue la noche para salir. Te esperamos".



2. La llamaron a gritos, registrando cada hierba, cada cavidad. Luego, fatigados por la inútil búsqueda, se sentaron a descansar bajo un árbol del cual pendían unas esferas amarillas. De pronto Greg prorrumpió en una carcajada. "—Miren —exclamó—, la tercera flor se agita en su tallo. Hay alguien prisionero adentro."

4. Cuando el sol desapareció, los pétalos se abrieron lentamente y apareció la bella morena. Luis y Roberto lanzaron un silbido de admiración. Ella sonrió, confusa, y luego se deslizó por el tallo. Había subido a la flor para usarla como atalaya. "—Bien, sigamos viaje", indicó el profesor Greg.



MUNDO SECRETO



5. Continuaron la travesía por el bosque de hierbas y llegaron al lago donde se alzaban gigantescos cañaverales. Greg desapareció, dejando a sus compañeros en una caverna. Cuando regresó traía una especie de barril blanco. "—Miel —anunció—. Se la robé a un abejorro." Yara también tenía preparada una sorpresa.



6. Esa noche, la caverna resplandeció. Yara había reunido huevos de luciérnaga. Por primera vez desde que iniciaron su extraño viaje, los exploradores sintieron que les rodeaba un mundo maravilloso y que ya no era hostil. Con sus fuerzas reparadas por la miel, durmieron apaciblemente.



7. Al llegar el nuevo día, reemprendieron la marcha. De pronto Greg exclamó: "—Aquí está la embarcación que necesitamos para cruzar el lago: una hoja seca. Pero, ¿cómo la llevaremos hasta el agua? —Reflexionó un instante, y luego dijo—: Ese cábrabo nos servirá de caballo. Atención, que puede ser peligroso."



8. Armados de largas pértigas y lazos de fibra vegetal, los tres audaces hombres microscópicos rodearon al enorme coleóptero. Lo enlazaron con las resistentes sogas, guiándolo hacia la hoja seca y atándolo a ella. El monstruo avanzó hacia el agua, aturrido por los gritos de sus cazadores.

(CONTINUARA)



CAPITULO III.—La amenaza.

Aicha se consideraba la niña más feliz del mundo, porque la camella Riha le pertenecía. Aun cuando su trabajo era excesivo, porque se preocupaba de toda la caravana, siempre hallaba un tiempo libre que dedicaba a su preferida. Los pastores nómades descansaban en un oasis. Viendo que Aicha realizaba las faenas reservadas a los hijos varones, Fátima procuraba ejecutar sola las labores domésticas: cocinar, transportar el agua en las tinajas, asear las tiendas, lavar. Pero Aicha siempre surgía para ayudarla.

—Hija mía —decía Fátima con ternura.

Aicha reía alegremente. Era la primera en levantarse cada mañana. Cuando las estrellas empezaban a palidecer en el cielo, Aicha abandonaba el lecho e iniciaba sus tareas diarias.

En el campo de pastoreo, Riha la aguardaba. De pronto cesaba de rumiarse y tendía su vista sobre el desierto vacío. El sol incendiaba las crestas de las dunas. Y de pronto aparecía Aicha, con

RESUMEN: Mohamed, su esposa Fátima y su hija Aicha atraviesan el desierto. El árabe se siente amargado porque perdió a sus tres hijos varones. Aicha se demuestra ansiosa por ayudar a su padre y suavizar su tristeza. Mohamed se siente complacido por esa filial ternura, pero cada vez que mira los tatuajes azules marcados en la frente y en el mentón de la niña su mirada se ensombrece. Mohamed regala a su hija la camella "Riha".

TODAS LAS SEMANAS GRANDES PREMIOS
CASA GARCIA

riendo. Las ajorcas de plata que rodeaban su tobillo derecho tintineaban alegremente.

—¡Buenos días, Riha!

El rumiante emitía unos sonidos suaves, que equivalían casi a una voz humana. Y parecía decir:

“Buenos días, amita. ¿Has dormido bien? ¿Has tenido hermosos sueños? Yo pasé una noche deliciosa”

En las tardes la niña cabalgaba, llevada por su amiga, a través del oasis, o por el desierto, sin alejarse demasiado.

Riha marchaba con un majestuoso balanceo. Otras veces emprendía el trote. Avanzaba en línea recta, o haciendo amplios rodeos. Los demás camellos observaban estas evoluciones con una mirada interrogadora, sin comprenderlas en absoluto. ¿Para qué servían? Quizás Riha estaba loca, o tal vez era su pequeña jinete la que

había perdido los sesos. Viéndolas galopar y pasear todos los días, terminaron por acostumbrarse, y, al final, ningún rumiante les concedía atención, ni aunque Riha pasara como un bólido, o Aicha animara a gritos la cabalgata.

La hierba se terminaba. Y un día no quedó sobre el suelo ningún



Fátima se ocupaba de los quehaceres domésticos.

rastro vegetal. Cada tallo verde, cada rama espinosa había sido triturada por las poderosas mandíbulas.

—Han devorado hasta las raíces —dijo Mohamed.

Los animales del desierto se alimentan con avidez, guiados por un instinto de prudencia. No saben cuándo hallarán otro oasis. Tal vez deban cruzar dunas y más dunas, sin encontrar agua ni hierba. El simún, el terrible y sofocante viento del desierto, abate a las caravanas. Y los pozos tal vez se hallen secos.

Estas reflexiones cruzaban por la mente de Mohamed. Observó a los camellos. Sus jorobas se veían redondeadas por la grasa.

—Están bien preparados para seguir viaje —declaró—. Partiremos mañana.

Aicha entreabrió sus hermosos labios para hablar, pero guardó silencio. Mohamed preguntó:

—¿Qué piensas, Aicha? ¿No crees que los animales están en buenas condiciones?

—Sí, papá. Todos están bien.

No se atrevía a decir que era ella quien estaba cansada y experimentaba un intenso dolor en la cintura. Había cabalgado más que nunca, y, aunque la joroba de Riha era suave y mullida como un cojín, los riñones de su ama sufrieron con el galope.

Antes de que saliera el sol, se puso en marcha la caravana.

—¿Estará muy lejos el otro oasis? —preguntó Aicha.

Mohamed no respondió. Aquella jornada sería dura y penosa. Debía evitar los centros

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

20%

Sólo por \$ 208.- neto.

podrá recibir en su casa la revista **SIMBAD**

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual

de

NOMBRE

CIUDAD CALLE

CASILLA



Aicha cabalgaba feliz
sobre su camella.

do una tarea agotadora. Cargó los sacos de miño y cebada y las bolsas de dátiles y se ocupó de recoger y guardar los tapices y menaje.

Mohamed detuvo a Saheb, y, haciéndole arrodillar, ordenó a Fátima que subiera al palanquín.

—No estoy cansada —protestó ella.

Mohamed, sin contestar, la ayudó a subir. En seguida indicó a Aicha que montara en Riha.

—¿Por qué, papá? No estoy fatigada.

—¡Subel!

Aquel mandato no admitía réplica. Luego el árabe se situó a la cabeza de la caravana y los camellos reemprendieron su ondulante marcha.

Avanzaron bajo un sol tórrido. Al cuarto día se habían detenido para acampar, cuando los penetrantes ojos de Mohamed distinguieron huellas finas, poco profundas.

—Camellos de carrera —definió el beduino.

poblados y el encuentro con otros viajeros. Contempló pensativo la pequeña estrella y la línea vertical tatuadas en el rostro de su hija. Allí estaban los signos implacables que le obligaban a elegir las rutas solitarias.

La mirada de Aicha se cruzó con aquellos ojos graves y sombríos.

—Papacito, ¿qué sucede? —indagó.

—Nada, hija.

Aicha pensó que aquella era también la respuesta evasiva de su madre. Miró a Fátima. Caminaba sin demostrar fatiga, aunque levantar el campamento había si-

—¿No son de una familia de pastores como nosotros? —inquirió Aicha—. No llevan camellos de carga.

—No.

Mohamed decidió bruscamente:

—No acamparemos aquí. Es preciso que nos alejemos.

A pesar del cansancio y de la noche, continuaron su ruta. Se habían detenido a fin de reposar bajo la intensa claridad de las estrellas, cuando Aicha musitó:

—¡Oiga, papá!

Mohamed apoyó su oído sobre la arena para percibir mejor el rumor de la lejana cabalgata.

—Huyamos —dijo simplemente. Su rostro veíase pálido y demudado.

—Nos alcanzarán —balbuceó Fátima—. Nuestros camellos son lentos. Únicamente Riha la veloz podría aventajarlos.

Con el corazón palpitante de ansiedad, Aicha observaba a sus padres. ¿Qué temían?

—¡Rápido! ¡Vamos! —urgió el árabe.

Aicha se disponía a reunir la tropilla, cuando, sobre una duna, surgió un camello guiado por un jinete. El viento sacudía el largo albornoz del desconocido.

—Huyamos —repitió Mohamed en voz baja.

La luna se mantenía oculta.

—Alá quiera que no nos vean. Vamos.

Rápido y silencioso preparó la partida. Se deslizaba sobre la arena como una sombra y sus fugaces gestos y su rostro adusto indicaban a todos que un grave peligro les amenazaba. El semblante de Fátima, casi blanco de angustia, revelaba un miedo cerval. El ganado menor y los camellos se agitaron, inquietos. Aicha aun no experimentaba terror, porque el asombro la dominaba. Aquellos jinetes que se acercaban eran, sin duda, bandidos del desierto. Los *tuaregs* son temidos. Pero en aquel espanto que estremecía a sus padres y que se comunicaba a los instintivos animales había un sentimiento más profundo, algo que Aicha no alcanzaba a comprender.

Mohamed, acercándose a ella en la penumbra, susurró:

—Hija mía, si somos capturados, oculta el rostro. No deben verte el tatuaje. Es cuestión de vida o muerte. ¿Entiendes?

—Sí, papá.

Respondió sólo para tranquilizar a Mohamed, pero en realidad

Mahomed apoyó el oído sobre la arena.



no comprendía. Vagamente pensó que las marcas azules tenían un significado aterrador. No pudo detenerse a cavilar. Mohamed urgía:

—¡Rápido! Vamos.

Guió a la caravana, que desapareció detrás de una duna. Luego traspusieron otra colina de arena. Y continuaron aquella fuga, mientras el jinete surgía y se esfumaba en la distancia.

De pronto el corazón de Aicha latió con fuerza. Otros jinetes se perfilaban sobre las dunas y sus veloces dromedarios se acercaban cada vez más.

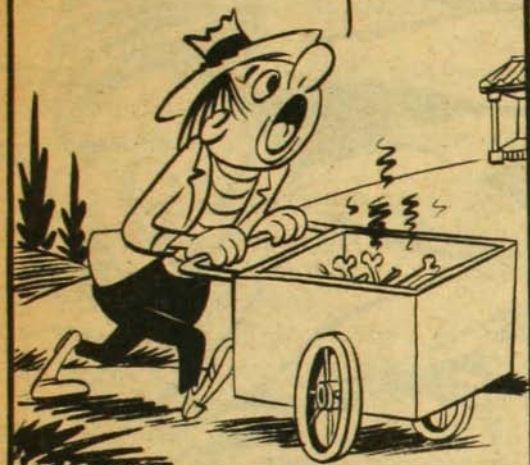
—¡Es inútil! —gimió Fátima—. Aicha, mi querida Aicha.

Lloraba como si una mano cruel le arrebatara a su hija. A través de sus lágrimas creyó ver la estrella y la línea azul y se dobló vencida, aceptando los designios del destino con el fatalismo de su raza.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡COMPRO HUESOS!
¡COMPRO HUESOS!



¡EH! ¡PSSSS!
¡PSSSS!



¡HACE TIEMPO QUE
LO ESPERABA!



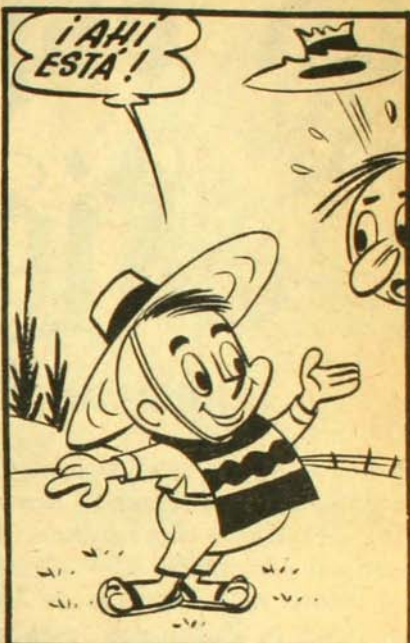
¡TENGO UN MONTÓN DE
HUESOS PARA VENDER!



¿QUIERE PASAR
A VERLO?



¡AHÍ
ESTÁ!



¿CUANTO ME DA'
POR EL?



La espada de Sigfrido



CAPITULO V.—La magia del lago.

Nimo, el enano malvado, envió a Sigfrido al bosque, para que se extraviara y las fieras lo devoraran. Desaparecido el niño, que era hijo del héroe Sigemundo, la invencible espada de Balmunga quedaría en poder del nibelungo. Este ambicionaba apoderarse del tesoro más inmenso de la tierra, guardado por el dragón Fafner. Con la Balmunga, estaba seguro de vencer al monstruo.

Pero ningún peligro amenazaba al pequeño Sigfrido. Los seres de la floresta le rodeaban, protectores y alegres. Las fieras desviaban su paso de aquella parte de la selva, iluminada por misteriosos fuegos fatuos.

De pronto, estalló una tempestad. Los duendes corrieron a gua-

Ningún peligro amenazaba al pequeño Sigfrido.



recerse en sus cavernas los elfos se encerraron apresuradamente en las flores; y las hadas desaparecieron, arrebatadas por el viento.

Sigfrido y Morela quedaron solos bajo el azote del viento y la lluvia. —Dame el cubo, Morela, yo lo llevaré —dijo Sigfrido.

Alivió a su amiga de aquella carga y emprendi-



—Dame el cubo, Morela. Yo lo llevaré.

dió la marcha, mientras las voces de los seres selváticos decían:

—Sigfrido no teme a la tormenta.

—Sigfrido es valiente y fuerte.

—Sigfrido no es cobarde ni débil.

El niño llegó a la casa del herrero Nimo, y penetró en ella en silencio. Ocultando su furor, el enano dijo:

—¿Por fin has regresado, vagabundo? Llegas a tiempo para encender el fuego.

—Enciéndelo tú.

La voz infantil era clara y decidida. Por un instante se miraron aquellos dos seres tan distintos. Los ojos turbios y enfurecidos de Nimo. Las pupilas azules y dominadoras de Sigfrido.

Y Nimo obedeció, gruñendo.

Transcurrieron muchos años. Sigfrido se convir-

—¿Por fin has regresado, vagabundo?
—gruñó Nimo.





Todos los animales del bosque amaban a Sigfrido.

tió en un doncel que tenía la fuerza y la belleza de un semidió. Todos los animales del bosque le amaban. Hasta el lobo salvaje. Y también la serpiente, que olvidaba por él su espíritu traicionero.

Un día Sigfrido vió, posada en el lago,

—¡Esperadme, cisnes!



una bandada de cisnes. Atraído por la hermosura de las grandes aves, gritó:

—¡Esperadme, cisnes! Quiero nadar con vosotros.

El lobo gruñó, desconfiado. Morela, inquieto, olisqueó el agua, como si temiese que estuviese envenenada o que aquellos cisnes surgidos de improviso la contaminaran con algún maleficio.

Los cisnes huyeron hacia la ribera cuando el doncel se acercó a ellos.

lo uno permaneció en el lago. Sigfrido acarició su blanco plumaje, murmurando:

—Eres bello, cisne, y te quiero. No advirtió que, al alcanzar las márgenes del lago, los cisnes se transformaban en doncellas vestidas con armadura de plata y casco de oro. Ni oyó sus voces que llamaban:

—¡Brunilda, ven!
Cuando por fin el último cisne se reunió con sus compañeras, pareció Brunilda, la reina de las walkirias.

—¿Por qué no venías, Brunilda? —exclamaron las doncellas guerreras—. Si el dios Wotan sabe que te dejaste acariciar por la mano de un mísero habitante de la tierra, te castigará. La relampagueante mirada de Brunilda las obligó a callar.

Fue un ser que presenció aquella escena, y oyó las palabras pronunciadas. Una vez que saltó del lago, y, al tocar tierra, se convirtió en un enano viejísimo.

—Ese es Sigfrido —susurró—. Ha visto a las walkirias, y no sintió espanto. ¡Es el doncel sin temor ni debilidad! ¡Es el héroe que yo esperaba!

(CONTINUARA)

pareció Brunilda, la reina de las walkirias.

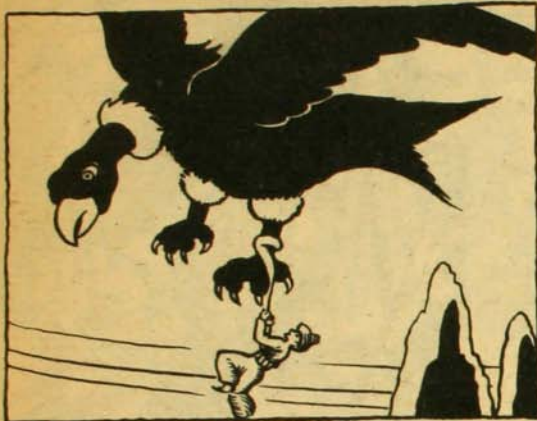


—¡Brunilda, ven!

Un enano viejísimo
espiaba a Sigfrido.



Concurso Semanal



Este concurso consiste en adivinar a qué cuento famoso pertenece el dibujo que presentamos. Envía tu respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 203.— Abogado, profesor, zapatero, médico, linotipista.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL

A SIMBAD.— Sergio Campos, Peñablanca; Arturo Vade, Santiago; Fernando Opazo, Santiago; Patricio Carrasco, Santiago; Zita Hofmann, Temuco; Patricia Campos, Isla de Maipo. GRAN PREMIO CASA GARCIA: UNA CAJA DE ACUARELAS: Lily Radbil, Santiago. UNA PELOTA DE GOMA.— Gioconda Droguett, Santiago. UN PREMIO DE \$ 20.— Alfonso Quinteros, Osorno; Miguel Riesco, Viña del Mar; Mario Gómez, Llay-Llay; Blanca Díaz, San Fernando; Wellington Ortiz, Angol; Lisette Kunstman, Santiago; Héctor Lehuédé, Santiago; Ana Loreto Ramírez, Viña del Mar; María A Araya, Valparaíso; Antonio Rojas, Santiago. UN LAPICERO FUENTE.— Cecilia Véliz, Santiago; Lucy Verdugo, San Fernando. UN LIBRO.— Walter Rosas, Talca; José Román, Santiago; Alicia Carramiñana, Los Andes; Héctor Armando Valladares, Santiago; José Hernández, Melipilla; Luis Vergara, Santiago; José M. Rodríguez Lota Bajo; Patricia Gallardo, Santiago; Luis Gastón Jofré, San Fernando; Eugenia Moya, Curicó. UN VITALMIN.— Perpetuo Labra, San Javier; María Teresa Jofré, Temuco; María Biondi, Santiago; Pilar Blásquez, Parral; Berta Reichard, Malloco; Sonia Orrego, Santiago; Juana Martínez, Taltal; Gladys Maigret, Curicó; Chela Silva, Quillota; Hernán Holch, Santiago. UNA LIBRETA DE APUNTES.— Zorka Zaninovic, Santiago; Juan Saavedra, Santiago; Raúl Marful, Santiago; Alicia Gamboa, Santiago; Miriam Walker, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO.— Sonia Segovia, Traiguén; Leone Chávez, Penco. UN JUEGO DE LUDO.— Hilda González, Coronel; Ociel Candía, Temuco.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 205

Juan y Juanita



—Son pollos que quieren trigo, “capitano” Lorenzo —respondió Giro, riendo—. Tienen hambre y vagan abandonados.” Lorenzo miró con insolencia a Juan. —Yo soy el jefe —declaró, arrogante, para establecer de una vez por todas su jerarquía—. Te admito en mi banda si sabes pelear.”



—Sé pelear —contestó Juan—, y puedo probártelo cuando quieras.” Lorenzo desvió su mirada. Luego ordenó a Giro: —Dales pan. Mañana veré qué hago con ellos.” Más tarde, Juan, Juanita y los pequeños Morgano se tendieron en la paja para dormir. —Huyamos”, suplicó Juanita.

(CONTINUARA)



SIMPAD

LA ESPADA DE SIGFRIDO

N.º 206



ELENA
POIRIER

\$ 5.-



Juan y Juanita



CAPITULO XVI.— EL ASALTO



1. Juan, Juanita y sus pequeños protegidos Tino y Neta se unieron a un grupo de niños vagabundos. Les dirigía un muchacho quien llamaban el "capitano" Lorenzo. Juanita deseaba huir, pero su hermano la contuvo. Al despertar a medianoche, Juan descubrió que estaban casi solos. "—¿Dónde están los otros?", interrogó



2. Un niño que reposaba cerca de él, respondió soñoliento: "—Regresarán a la madrugada". En efecto, el "capitano" y sus compañeros volvieron al despuntar el día. Clavando en Juan su maligna mirada, el "capitano" preguntó: "—¿Durmió bien el caballero? Lástima que no pueda servirle el desayuno en la cama. Ven."

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO IV — 12-VIII-1953 — N.º 206

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10



CAPITULO II.—La boda.

Genoveva de Brabante oraba con fervor, suplicando a Dios que salvara de la muerte al conde Sigfrido. Sus terribles heridas preocupaban al físico del castillo. Berta, la doncella de Genoveva, de rodillas junto a su señora, protestó:

—¿Suplicas por el enemigo de tu padre? Sigfrido es un guerrero sin alma. ¿No has oído las atrocidades que se cuentan de él?

—Crueldades de la guerra —murmuró Genoveva—. Según su código, el honor es más importante que la compasión. Sus adversarios o sus ofensores no pueden esperar clemencia de él. Berta, he oído hablar



Berta rezó junto con su señora.

de Sigfrido y sé que es cruel. Pero no le juzguemos con severidad. Nadie le ha hablado de la ley de Dios, de la doctrina de paz y amor. Roguemos para que se salve y se arrepienta de los errores a que le arrastran su carácter inflamado y el ejemplo de sus abuelos. Berta, reza conmigo.

—No, señora —se negó la doncella—. Yo no olvido que es enemigo del señor duque.

—Sé buena, mi Berta, reza conmigo por la vida de Sigfrido —repitió Genoveva, y la dulzura de su voz venció la resistencia de la joven dueña.

Concluída la oración, la castellana regresó a su estancia. En el antiguo lecho reposaba Sigfrido. La palidez de su rostro se había acentuado, pero sus rasgos conservaban el poderoso trazo de la voluntad. Aquella fisonomía, a pesar de su juventud y su ruda belleza, causaba respeto y un vago terror.

Genoveva lo contemplaba, fascinada. Cuando Sigfrido llegó al patio del castillo y rodó del caballo porque traía una lanza clavada en la espalda, Genoveva supo que el destino lo acercaba a ella. Ignoraba si el apuesto y sombrío jinete le ofrendaría la felicidad o la desdicha.

Estaba sumida en estos pensamientos, cuando una ahogada queja la alarmó. El herido se agitaba. Temiendo que ese movimiento aflojara la venda que ceñía el torso del guerrero, Genoveva posó sus manos sobre los hombros varoniles y murmuró:

—¡Calmaos! Permaneced quieto, por Dios...

El se tranquilizó. Genoveva agregó:

—Si abrierais los ojos... Quisiera ver de qué color son: ¿azules?... ¿castaños?... ¿negros?... Sí, negros, tal vez; negros y con la hoguera de vuestra voluntad en ellos...

Sigfrido agitó la cabeza y sus labios resecos se apartaron, sedientos. Genoveva rozó con sus dedos la frente contraí-

El herido se agitaba,
inquieto.



da, y se disponía a alcanzar un vaso de agua, cuando el herido preguntó:

—¿Dónde estoy?

Sigfrido procuraba erguirse y la miraba fijamente. El centelleo de sus ojos negros no podía ser resistido por los suaves ojos azules.

—¿Dónde estoy? —repitió, y su voz era una ráfaga cruzando el ardido desierto de la fiebre—. Las llamas del infierno me quemaban y de pronto un ángel...

Agregó confusas palabras y después, ya más consciente, dijo:

—Un ángel..., eras tú...

La niña explicó:

—Soy Genoveva de Brabante. Estáis en el castillo de mi padre.

—¡La emboscada! —exclamó el herido, y su rostro se contrajo de furia—. A mansalva fui asaltado... Un cobarde clavó su lanza en mi espalda... ¡Venganza! La traición debe ser vengada...

—¡Tranquilizaos! —imploró Genoveva—. La agitación os causa daño...

En efecto, el estallido de ira extenuó al guerrero. Intensamente pálido, hundió su cabeza en la almohada. Genoveva acercó a sus labios un vaso de agua, pero él no bebió. Comprendiendo su recelo, ella murmuró:

—No es veneno.

Sonreía, y él, avergonzado de su desconfianza, bebió el agua de un sorbo.

En los días que siguieron, el huésped recobró su salud. Un día bajó al

La vida en el castillo era apacible.





La cabalgata duró toda la noche.

jardín donde Genoveva y Berta cosían ropa destinada a los pobres. El trovador Nelo cantaba endechas y romanzas. El tiempo se deslizaba apacible, y sólo el conde Sigfrido mostraba impaciencia.

—Cantas con sentimiento y belleza —dijo a Nelo—, pero yo prefiero los cantares de gesta. No nací para oír trovas de amor. Hoy regreso a mi castillo.

—¿Os váis? —inquirió Genoveva, alzando su rubia cabeza. La aguja quedó inmóvil entre sus dedos.

—Siento nostalgia por mi sombría mansión. Quiero batallar —dijo él, como si deseara huir de la calma y el ensueño—. Quiero ofrecer mi espada al rey para marchar con los cruzados en la tierra santa. El corazón salta en mi pecho como un caballo salvaje y no puedo contenerlo.

Genoveva guardaba silencio. El añadió:

—No creáis que soy ingrato. Recordaré siempre el nombre del duque de Brabante y el de su noble hija. Vuestra imagen irá

conmigo y será una luz entre los negros muros de Sigfridheim. Los ojos azules miraban ahora a los ojos negros y su leve fulgor parecía más tenaz que la mirada centelleante de Sigfrido. El balbuceó:

—Tendré sólo vuestro recuerdo, pues no es justo pedirnos que abandonéis este alegre castillo para encerraros en una siniestra fortaleza.

—Yo os seguiría —susurró la hija del duque, estremeciéndose, porque sabía que en ese instante elegía su destino.

Sigfrido, que también tembló a pesar de su reciedumbre, se inclinó en rendido homenaje, declarando:

—Hablaré con vuestro padre.

La boda se efectuó en la capilla y fué bendecida por el obispo Idulfo. Concurrieron todos los nobles de las cercanías y también los plebeyos.

Al despedirse de su padre, Genoveva no pudo contener las lágrimas. Minutos después, por el tortuoso camino que desde el castillo ducal bajaba al valle, Genoveva y Sigfrido se alejaban seguidos de su escolta.

La cabalgata duró toda la noche. La fortaleza del conde se erigía en Lorena, entre el Rin y el Mosela, sobre estribaciones de roca. Los habitantes del condado eran gente aguerrida, siempre dispuesta a correr al combate en pos de su señor.

Cuando la condesa avistó el castillo, no la deprimieron su vetustez y su apariencia inhóspita. Allí transcurriría su vida junto a Sigfrido, y esto bastaba para que se sintiera feliz.

(CONTINUARA)



MUUUU...Yi

BUENAS NOTICIAS

PARA LOS LECTORCITOS DE "SIMBAD"

Para su CUARTO ANIVERSARIO, la revista preferida de todos los niños regalará estupendos premios.

Vea el Concurso del próximo número y gane un premio que le hará saltar de alegría.



LA DONCELLA ROJA



CAPITULO III.—EL FALSO BUSCADOR DE ORO



1. El explorador John, los jóvenes soldados Harry y Jorge, y la prisionera Minehaha, partieron velozmente, abandonando la Garganta del Diablo, desfiladero que era invadido por los sioux. Horas más tarde cruzaban la pradera, cuando advirtieron que sus caballos daban señales de inquietud, presintiendo un peligro.



3. El oso, gruñendo, se volvió hacia los tres jinetes. "—¡Apunten bien, muchachos!", indicó John. El ataque de la bestia fué tan rápido, que sólo alcanzaron a herirla. Pero al segundo disparo, Jorge y Harry la abatieron. John interrogó al desconocido, mientras los ojos de Minehaha centelleaban de salvaje alegría.



2. "—Un indio o una fiera anda cerca", sugirió John. Vieron de pronto un caballo sin jinete. Vibraron dos detonaciones, y luego se alzó una voz pidiendo socorro. Al penetrar entre el grupo de árboles, John y los jóvenes divisaron a un hombre frente a un enorme oso negro. "—¡Condenada bestia!", dijo John.

4. Ninguno de los tres hombres blancos advirtió aquel relámpago en las oscuras pupilas de la india. "—¿A qué clase de bribones pertenecerá este individuo?", caviló John, luego de interrogar al desconocido. "—Dice que es buscador de oro. En fin, seguirá viaje con nosotros. Pero no le quitemos la vista de encima."



LA DONCELLA ROJA



5. Cabalgaron, sin cambiar palabra con el supuesto minero. De pronto Harry anunció: "—Nos sigue una manada de lobos. Al llegar la noche nos atacarán". Declinaba la tarde, y una espesa lluvia cayó sobre los jinetes. En la lejanía retumbaba el trueno. John dijo: "—Nos refugiaremos en ese antiguo fuerte".



6. Atrincherados tras los muros en ruinas, rechazaron a los lobos. El falso buscador de oro se acercó a Minehaha, para interrogarla a media voz: "—¿Dónde está tu hermano Ave de la Noche?" La niña india respondió: "—Cayó prisionero y le fusilaron, pero yo lo vengué matando al coronel blanco".



7. Mientras Minehaha, la doncella roja, declaraba con orgullo que había vengado la muerte de su hermano, el explorador y sus acompañantes lograron ahuyentar a las bestias. Retrocedieron hasta el interior de la fortaleza, habitada sólo por esqueletos. Todos sus defensores habían muerto en un asalto indio.



8. Los viajeros encontraron provisiones y aplacaron su hambre. Una hoguera iluminó los sombríos muros. "—En cuanto amanezca, partiremos", decidió John. La cercanía de los esqueletos era inquietante. Apenas aclaró el día se pusieron en marcha. Horas más tarde vieron revolotear una bandada de cuervos.

(CONTINUARA)

El anillo mágico

Anielo había sido tan zarandeado por la fortuna —por la mala— que sólo poseía un gallo, al cual alimentaba, aunque él mismo no tenía nada que llevarse a la boca.

Cierta mañana en que tenía más hambre que nunca, decidió vender el gallo para darse un festín. Con este propósito, se dirigió al mercado.

Los brujos examinaron el gallo con gran atención y ojos de conocedores.

—¿Qué te parece si comprásemos este gallo? —preguntó uno de los brujos al otro, en voz muy baja, guiñando los ojos astutos— Tengo la seguridad de que tiene en la cabeza la piedra maravillosa.

No tardaron en ponerse de acuerdo vendedor y compradores. Anielo debía llevar su alada mercancía al domicilio de los brujos y allí recibiría el precio convenido: medio florín.

Los dos brujos emprendieron una conversación en jerga cabalística, creyendo que Anielo no comprendería una palabra de lo que decían.


—Januarius —decía uno—, este gallo será el principio de nuestra fortuna, pues es indudable que tiene en su cabeza la piedra que proporciona todos los bienes de la tierra. Haremos que un joyero le engaste en un anillo que llevará cualquiera de nosotros y así no habrá peligro de que la perdamos.

El otro replicó:

—¡Cállate, Jacobito! Cuando le hayamos retorcido el cuello a la ave y tengamos segura la piedra en nuestro poder, entonces podremos decir que hemos salido para siempre de la pobreza.

Anielo, que en su juventud había recorrido mucho mundo, comprendió perfectamente aquella jerga y sin vacilar un momento giró sobre sus talones y emprendió a toda velocidad el regreso a su choza.

Tan pronto como hubo llegado se apresuró a retorcer el cuello a su gallo, extrajo la piedra maravillosa y la llevó a un joyero para que se la engastara en un anillo.

 Envíe la solución del N° 207 de 'Simbad' y obtendrá los magníficos premios de aniversario

Luego, para comprobar su virtud, dijo a la piedra:

—Quiero convertirme en un joven de diecinueve años.

En el mismo instante el viejo Anielo se convirtió en un apuesto doncel. Después de contemplarse satisfecho en un trozo de espejo, volvió a pedir a la piedra:

—Quiero ahora poseer el mejor palacio del mundo y casarme con la hija del rey.

Apenas hubo terminado de pronunciar estas palabras, surgió un palacio de extraordinaria belleza.

En aquel momento pasó el rey por delante del nuevo palacio y con los ojos desorbitados por el asombro ordenó a sus lacayos que detuviesen su carroza, en la que viajaba con su hija.

Cien criados ataviados con magníficas libreas de terciopelo rojo guarnecidas de oro y diamantes, salieron a su encuentro, ayudándoles a bajar de la real carroza.

Dos brujos se presentaron a comprar el gallo.



—Hija mía, pellízcame una mejilla para convencerme de que estoy despierto —dijo el rey a la princesa.

La joven obedeció y dió un pellizco tan fuerte a su real padre, que éste exhaló un ¡ay! de dolor ruidosísimo.

En lo más alto de la escalera de mármol apareció el príncipe Anielo, que rogó a sus reales visitantes que honrasen su palacio con su presencia.

A cada paso aumentaba la admiración del monarca. A los diez minutos, príncipe y rey se tuteaban como si se conocieran de toda la vida, y cuando Anielo pidió la mano de la princesa, la obtuvo sin dificultad.

Celebráronse los esponsales a los pocos días con magníficas fiestas y succulentos banquetes, y un año después se repitieron para conmemorar el natalicio y bautizo de la princesita Aniela.

Cuando la princesita cumplió los siete años, hallábase jugando en el jardín, cuando vió asomados a la verja a dos comerciantes que le ofrecieron una muñeca preciosísima que sabía hablar, andar, bailar y cantar.

—Te la daremos a cambio del famoso anillo de tu padre —le dijeron.

En aquel momento Anielo dormía la siesta y su hija le quitó el anillo para entregarlo a los falsos comerciantes. Recibió, a cambio, la extraordinaria muñeca, con la que empezó a jugar tan embelesada, que no advirtió la desaparición del par de perversos brujos.

Cuando Anielo se despertó, ordenó a sus servidores que buscaran por todas partes el precioso anillo.

Entretanto, los brujos habían llegado al bosque, y entre carcajadas

—Mataremos al gallo
—decían los brujos.



de júbilo, exclamaron, mirando a la maravillosa piedra del anillo:

—Que desaparezca inmediatamente el palacio de mármol y que Anielo se vea convertido en el anciano mendigo que era antes de traicionarnos.

En el mismo instante los cabellos de Anielo se tornaron blancos y lacios, apagósele la mirada, tomó su rostro el color amarillento del limón seco, desaparecieron sus dientes; las piernas, ahora descarnadas y débiles, se estremecieron, negándose a sostener el liviano peso de su encorvado cuerpo; trocáronse sus magníficos vestidos en harapos y su espada de oro en un bastón de vagabundo.

Quando el rey, que se hallaba en aquel momento mirando por la ventana, volvió la cabeza y vió, en vez de su apuesto yerno, a un anciano mendigo cubierto de andrajos, montó en cólera y ordenó a sus criados que lo pusiesen inmediatamente de patitas en la calle.

Llorando y cojeando, regresó a su antigua choza miserable, donde su hijita se hallaba cubierta de harapos.

La niña, al oírle hablar del anillo mágico, le refirió lo sucedido. Anielo decidió no descansar hasta hallar a los perversos brujos. Con este propósito, se puso en marcha.

Después de algún tiempo, llegó al reino de Agujeroprofundo, que estaba habitado por diminutos ratones. Su rey, Uñilargo I, celebraba aquel día su cumpleaños, y, sentado en su trono, contemplaba satisfecho el tropel de invitados que, sentados a la mesa,



Anielo partió, decidido a recuperar su anillo mágico.

devoraban con fruición verdaderas montañas de queso y azúcar. El mendigo entregó al rey un estupendo trozo de tocino como regalo de cumpleaños. Luego refirió detalladamente sus desventuras. Uñilargo quedó profundamente conmovido al escuchar las palabras de Anielo y convocó inmediatamente a reunión secreta a todos sus ministros y consejeros.

Dos de los ministros, roedores de gran sabiduría y experiencia y largos rabos, que habían vivido durante seis años en una posada, se acercaron, dando saltitos, a Anielo y le dijeron:

—Ánimate, amigo mío. Oyenos: cierto día llegaron a la posada dos individuos. Después de haber estado bebiendo como dos esponjas, se emborracharon y en su embriaguez empezaron a referir, con estruendosas risotadas, la forma en que habían engañado a una niña, cambiándole una muñeca insignificante por un anillo maravilloso.

Cuando Anielo oyó esto, suplicó a los dos roedores que le ayudasen a recuperar su anillo y les prometió darles, si lo conseguían, un gran queso.

Llenos de alegría, los ratones se dirigieron a la posada. Los dos brujos dormían.

El ratón Roemucho saltó al lecho donde dormía Januarius y le mordió concienzudamente en el dedo anular, junto al anillo. El brujo se despertó dando un grito de dolor, y creyendo que era el anillo lo que le hacía daño, se lo quitó y lo dejó sobre la mesa de noche.

Saltar a ella, coger entre sus dientes el maravilloso anillo y desaparecer como una exhalación del dormitorio, fué para el ratón Saltarín cuestión de un segundo.

Sin perder tiempo, los dos roedores se dirigieron a toda velocidad al lugar en que les esperaba Anielo y le entregaron la valiosa joya, recordándole al mismo tiempo su promesa.

Anielo pidió a la piedra maravillosa:

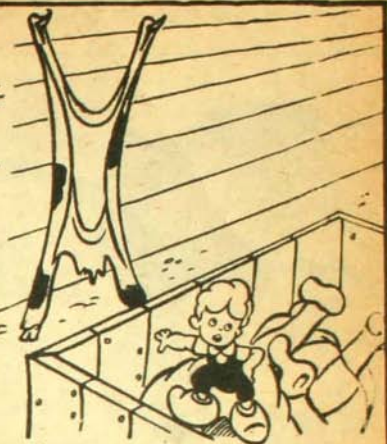
—Quiero una montaña de queso.

Cuando apareció el monte, los dos ratoncillos se abalanzaron hacia su manjar favorito locos de alegría. Tan grande era la montaña que todos los habitantes del reino de Agujeroprofundo pudieron hartarse de queso, comiendo hasta el final de sus existencias. Por otra parte, Anielo les deseó que ningún gato consiguiera atraparlos, por lo que todos murieron de indigestión o de viejos. Y así recobró Anielo su juventud, sus riquezas y su felicidad.

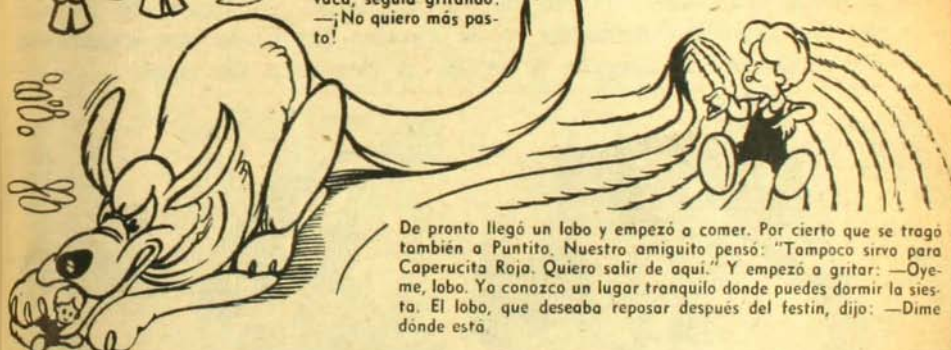
PUNTITO



Al saber que su vaca estaba embrujada y hablaba, el granjero Perejil decidió matarla. Mientras tanto, Puntito, adentro de la vaca, seguía gritando: —¡No quiero más pasto!



Muerta la vaca habladora, Puntito se encontró en un cajón, mal acompañado, de huesos y carne. —Esto no me gusta —dijo el pequeño—. No sirvo para carnicero.



De pronto llegó un lobo y empezó a comer. Por cierto que se tragó también a Puntito. Nuestro amiguito pensó: "Tampoco sirvo para Caperucita Roja. Quiero salir de aquí." Y empezó a gritar: —Oyeme, lobo. Yo conozco un lugar tranquilo donde puedes dormir la siesta. El lobo, que deseaba reposar después del festín, dijo: —Dime dónde está.

Guiado por la voz de Puntito, empezó a trotar hacia la casa del niño. "Soy un lobo bueno —iba pensando el animal—. Una voz de ángel guía mis pasos."



Y se coló por un estrecho agujero, sin sospechar que el supuesto ángel era un diablillo que lo llevaba a una trampa.

(CONTINUARA)



MUNDO SECRETO



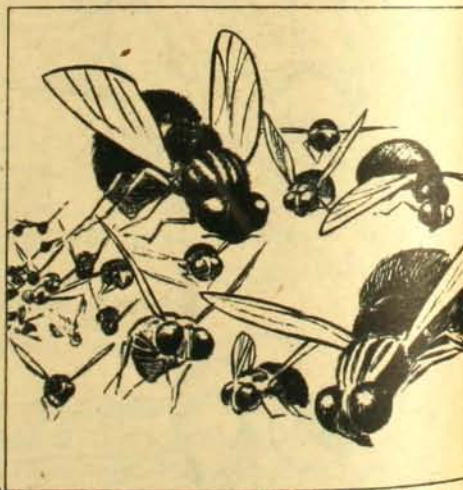
CAPITULO REGRESO



1. El profesor Greg y sus jóvenes amigos usaron a un cárabo como insecto de tiro, para que arrastrara hasta la laguna una hoja seca. Esta les serviría de embarcación. Al llegar la hoja al agua, cortaron las amarras, y el cárabo huyó de sus cazadores. Mabel saltaba de alegría y volcó el depósito de miel.



3. Desde su escondite observaban a los inmensos dípteros, que devoraban la miel. Y acudían más y más moscas. "—Estamos sitiados", susurró Greg. Mabel gimió: "—No nos dejarán salir". El sabio la tranquilizó: "—Cuando llegue la noche se retirarán, y entonces saldré en busca de armas para combatirlos".



2. Al ver que se derramaba la miel que robó a un abejorro, Greg palideció: "—¡Pronto, a la caverna!", ordenó. Mabel interrogó, alarmada: "—¿Qué peligro nos amenaza?" No obtuvo respuesta, pero más tarde comprendió, cuando el olor azucarado atrajo a una nube de moscas. Los exploradores permanecían ocultos.



4. Al caer la noche desaparecieron los insectos. Greg abandonó el refugio, llevando un huevo de luciérnaga para alumbrar el camino. Regresó con los brazos cargados de grandes semillas. "—Son bombas —anunció, depositándolas a la entrada—. Duerman tranquilos". Al día siguiente se despertaron al oír detonaciones.

MUNDO SECRETO



5. Los insectos murieron "como moscas". "—No quedará ni una sola para contar el cuento —declaró Greg con orgullo—. Mis bombas son esporas de un hongo parásito. Al acercarse una mosca, estallan, se incrustan en el insecto, lo matan y retoñan en el cadáver. Ahora podemos pasar sin peligro."



6. Roberto propuso: "—Podemos usar como velas para nuestra barca las alas de las moscas". Esta idea fué aceptada, y el velero quedó listo para navegar. Un minuto después cruzaba el estuario. Los navegantes microscópicos se inquietaron al ver que eran perseguidos por pulgas de agua.



7. Greg las mantuvo alejadas, golpeándolas con una varilla. De pronto la emoción dominó a los viajeros. ¡En la distancia se perfilaba el castillo del sabio! Desembarcaron alegremente, y en seguida se lanzaron a correr por el bosque de hierbas. Se detenían a descansar, y luego proseguían la caminata.



8. Por fin, una mañana, los muros de piedra se levantaron ante los audaces exploradores. "—Mi laboratorio está cerca", dijo Greg. Estaban ya ante la puerta, en su umbral, invisibles como el polvo. Mabel preguntó: "—¿Cómo recobramos nuestra talla normal? No tenemos fuerzas para producir el superrayo".

(CONCLUIRA)



CAPITULO IV.—Noche trágica.

Mohamed, cada vez más aterrado, urgía:
—¡Rápido! ¡Rápido!

Los camellos obedecían a aquella voz ansiosa. Las cabras y ovejas trotaban mansamente. Fátima, abatida en su palanquín, lloraba en silencio. Aicha, que cerraba la marcha de la caravana, procuraba contener a su camella Riha. Era la única veloz de la tropilla. Su nombre provenía de la palabra *rih*, que en árabe significa viento.

Primero habían avistado un solitario jinete, cuyo blanco albornoz se desplegaba al viento. Luego otros árabes aparecieron sobre las ondulantes líneas de arena.

“Tuaregs”, pensó Aicha. Había oído hablar de los terribles bandidos del desierto. Ignoraba que una banda de ellos había raptado a su hermano Ruadi y no les temía.

En cambio, sus padres desfallecían de terror. Pues no sólo temían que fueran asaltantes. Un peligro más grave, una amenaza mortal se ocultaba quizás en aquellas siluetas veloces que cada vez se perfilaban más cerca.

RESUMEN: Mohamed, su esposa Fátima y su hija Aicha atraviesan el desierto. El árabe se siente amargado porque perdió a sus tres hijos varones. Aicha se demuestra ansiosa por ayudar a su padre y suavizar su tristeza. Mohamed se siente complacido por esa filial ternura, pero cada vez que mira los tatuajes azules marcados en la frente y en el mentón de la niña su mirada se ensombrece. Mohamed regala a su hija la camella “Riha”. Unos jinetes desconocidos persiguen a la familia de pastores nómades.

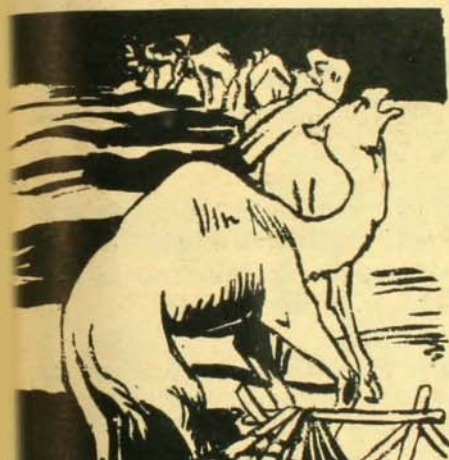
Pronto se verían rodeados, y Mohamed detuvo bruscamente la huida. Se produjo una confusión. Los animales se tropezaron unos con otros y Riha se estrelló contra la grupa del camello Saheb, que marchaba delante de ella. El palanquín de Aicha vaciló y luego cayó, entre un torbellino de maderas quebradas, tapices, cojines y mullidos cueros de oveja.

La niña se levantó, desorientada. En otra ocasión habría reído a carcajadas del accidente, al observar la expresión compungida de Riha. Pero aquella noche estaban en peligro.

—¿Para qué fatigar a las bestias? —suspiró Mohamed—. Nos alcanzarán de todos modos.

—¿No nos defenderemos? —preguntó Aicha.

—Ellos son diez o quince, y yo soy sólo uno —replicó el beduino.



En realidad, eran veinte hombres. Brotaron de la noche como espíritus malignos y rodearon a la silenciosa caravana.

Mohamed se preparó para lamentar con el jefe, pero ninguna palabra se pronunció. Sin que orden alguna fuera lanzada, los jinetes aislaron a los camellos con un movimiento hábil y bien planeado. Inútilmente Mohamed trató de impedirlo. En vano llamó a los camellos por sus nombres.

El palanquín de Aicha se derrumbó.





Con los ojos nublados de lágrimas, vió alejarse a Riha.

Un tuareg descendió de su alto dromedario y preguntó calmosamente:

—¿Qué dices, pastor?

Su mirada se detuvo en Aicha. Ella, recordando la advertencia de su padre, inclinó la cabeza. La ruda mano del tuareg la obligó a alzar el rostro. Los ojos de ave de rapiña examinaron la estrella azul tatuada en la frente de Aicha y la línea recta.

—Extraños tatuajes —observó.

El corazón de Mohamed cesó de latir. Fátima sintió que sus fuerzas la abandonaban.

—¡Alá! —suplicó—. ¡Alá, ten compasión!

El tuareg apartó con indiferencia a la niña y montó de nuevo en su cabalgadura. Luego dió la orden de partida.

La ira de Mohamed renació:

—¡Chacal del desierto, no te atrevas a robarme mis camellos!

Una risa despreciativa le respondió. Un instante después, la cabalgata se alejaba, dejando a la familia sin más bienes que las ovejas y cabras y el viejo camello Chibani.

Con los ojos nublados de lágrimas, Aicha vió distanciarse a Riha. Después de aquella noche aciaga, Mohamed pareció envejecer diez años. Las arrugas surcaron su frente, en su boca apareció un pliegue amargo y sus espaldas se curvaron, como si sostuviera un pesado fardo.

—¡N o g r a ! ¡S a h e b !
¡A l a m !

Los fieles rumiantes habrían deseado obedecer, pero los hábiles jinetes les mantenían cercados. Aicha les nombró también, angustiada:

—¡R i h a ! ¡M a c u d i !

Los ladrones no concedían la menor atención al beduino y a su hija. No les interesaba tampoco el ganado de cabras y ovejas.

—¡M a l d i t o s ! —g r i t ó
M o h a m e d .

Casi no hablaba. En vano Fátima y Aicha procuraban substraerlo de aquel mutismo sombrío.

Fátima se lamentaba:

—La desgracia nos persigue. ¿Qué haremos? No tenemos la leche que nos daban nuestras camellas.

Aún les quedaban las tres cabras y las seis ovejas, pero su riqueza, los camellos, les había sido robada.

La triste caravana continuó su viaje.

Chibani, el único camello, languidecía de tristeza. La carga pesaba demasiado sobre su viejo cuerpo. Sus patas decrepitas vacilaban. Y, además, estaba enfermo de nostalgia. Añoraba a sus compañeros y se negó a comer. Un día se tendió sobre la arena, esperando la muerte.

La triste caravana
continuó su viaje.



Aicha se sintió dominada por el miedo. Había visto en la ruta el esqueleto de algún camello que murió abandonado. Los buitres habían arrancado de los huesos todo vestigio de carne y el sol, el viento ardiente y la arena hicieron el resto, calcinando la osamenta.

—Querido Chibani —murmuró aterrorizada—. Levántate. Debes seguir caminando. No te acobardes, mi buen Chibani. Pero ni siquiera la dulce voz de su ama lograba reanimar al camello.

—Chibani, ten valor. Un día nos reuniremos con los demás. Con Sahed, con Riha, con Alam...

La voz ahogada por el dolor estremeció al viejo rumiante. Sin embargo, no pudo alzarse. La muerte velaba ya sus ojos sumisos.

Y no luchó para retener el débil aliento de vida que aún restaba en su corazón solitario.

La pérdida de Chibani causó a Aicha una profunda tristeza. En los días que siguieron, la existencia de la niña beduina se deslizó como en un sueño brumoso y lento. El trabajo había disminuído con la desaparición de los camellos. Los utensilios de cocina y las alfombras y tapices se redujeron a la mitad, porque su transporte era difícil. Encender el fuego y preparar la comida demandaba poco tiempo. Ordeñar a las cabras era una tarea sencilla y rápida. La cabra negra no daba leche. La que tenía un solo cuerno apenas proporcionaba medio litro. La tercera, que lucía una larga barba blanca, era la mejor lechera.

Mohamed se acercó una tarde a su hija y le preguntó:

—¿Dónde está tu madre?

La niña entró en la tienda y no la halló. Pensó que estaría con el rebaño, pero tampoco la ubicó allí. Por fin la encontró a la

sombra de una roca durmiendo al reparo del sol. Aicha la contempló con ternura y luego se reunió con su padre, para decirle:

—Está durmiendo.

—Perfecto. Así no no oirá. Hija mía, piensa marcharme.

Aicha se sobresaltó.

—¿Marcharte, padre? Piensa en...

—Pienso en Fátima y en ti. Pero es necesario. Tu madre sufrirá y tú debes consolarla. Eres más valiente que ella y necesitará ser sostenida por ti. No sólo se sentirá afectada por mi ausencia, sino que temerá por ti.

—Padre, sé que existe un misterio relacionado

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

20%

Sólo por \$ 208.-neto,

podrá recibir en su casa la revista SIMBAD

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual

de

NOMBRE

CUIDAD CALLE

CASILLA



La pérdida de Chibani causó a Aicha una profunda tristeza.

con la estrella y la línea tatuadas en mi rostro. ¿Puedes explicarme de qué se trata?

—No, hija mía. Sólo te prevengo que seas prudente.

—Pero si no conozco el peligro que nos amenaza, ¿cómo puedo defenderme?

—Alá te guiará, Aicha.

La niña comprendió que no lograría vencer la negativa de Mohamed. Resignada, prometió:

—Está bien, padre. Protegeré a mi madre y le daré consuelo y ánimo hasta que regreses. ¿Vas a reunirte con Ruadi, en el Yemen?

El semblante del árabe se ensombreció aún más.

Aicha esperó la respuesta, pero Mohamed permaneció en silencio. Por fin dijo:

—Confío en ti. Procuraré volver pronto.

La mirada del árabe se cruzó con la de Aicha. Distinguió en las pupilas oscuras el poder de una voluntad intensa y pensó involuntariamente en los signos azules.

Alejó aquel pensamiento y repitió:

—Confío en ti, Aicha.

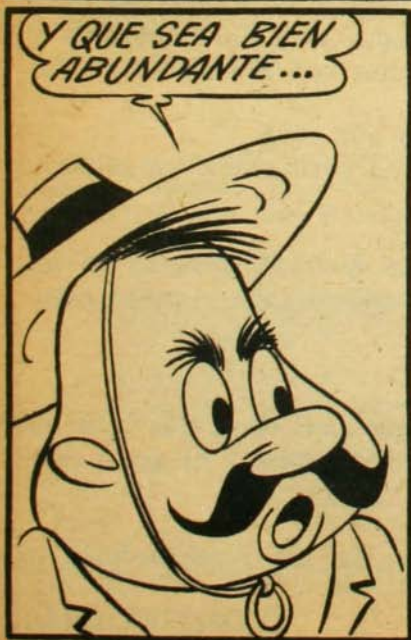
Se oyó un leve paso y Fátima se reunió con ellos. Sus ojos escrutaron con ansiedad la grave faz de Mohamed y el gesto pensativo de Aicha.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Nada, mujer. Alá no nos abandona. Un día recobramos lo nuestro.

(CONTINUARA)

Ponchito



...O.M.C.F.

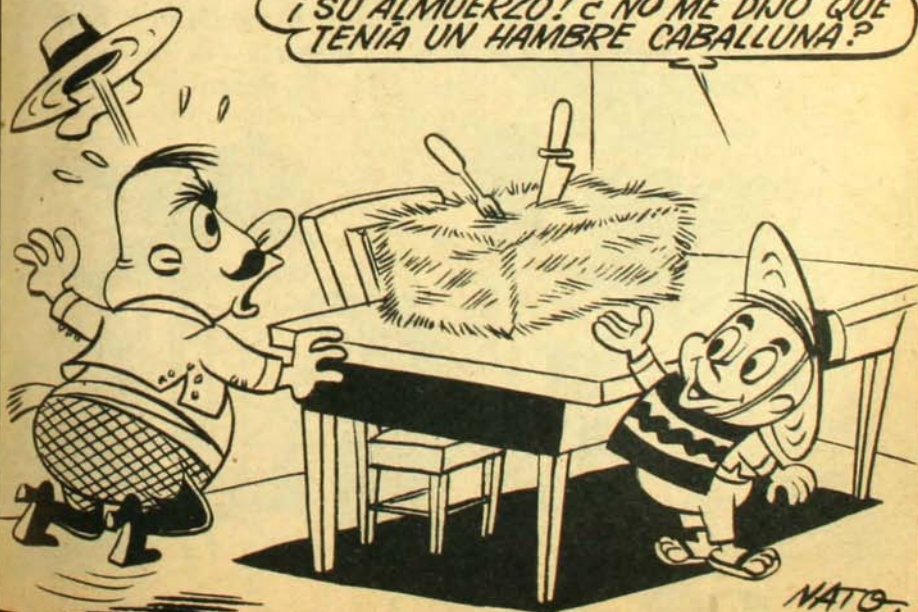
¡YA ESTÁ SERVIDO,
PATRON!



Y ESE PASTO, ¿PARA
QUE ES?



¡SU ALMUERZO! ¿NO ME DIJO QUE
TENIA UN HAMBRE CABALLUNA?



NATO.

La espada de Sigfrido



CAPITULO VI.—*La espada con dos dueños.*

Sigfrido vió a las walkirias, a las terribles guerreras escandinavas, pero su corazón de héroe permaneció tranquilo. Brunilda, la reina, lo había mirado con sus ojos de acero y él sonrió, sin inquietarse. Un enano presencié aquella escena y repetía admirado:

—Vió a las walkirias y no tembló de espanto.

Ningún mortal habría resistido la mirada de Brunilda, pero Sigfrido era un semidiós. Observó en la orilla opuesta del lago al grupo de guerreras y las vió retroceder, confusas. Todas ellas eran aguerridas y hasta sus nombres evocaban el combate: Rist (ruido de escudos), Mist (el desorden), Skegoelt (la huida), Hilda (el valor), Geel (el clamor), Raangrid (el deseo de saquear), y

—¿Dónde anduviste, vagabundo?





—Cállate, Nimo.

del viejo enano que siguió a Sigfrido. Al verlo, Nimo olvidó su furor y, cayendo de rodillas, murmuró:

—¡Oh, gran rey! Bien venido a la humilde morada de Nimo. Dígnate entrar.

El rey se instaló en una silla baja y declaró:

—Quiero saber quién es este joven. Si mientes, Nimo; te convertiré en escorpión.

El herrero protestó:

—Jamás ha salido una mentira de mis labios. Encontré a este rapaz abandonado en el bosque. Su padre, Sigemundo, murió herido por un normando. Su madre, Hordia, llamada también Sigelinda, siguió al héroe hasta el palacio del Valhala. Sigfrido quedó huérfano y yo,

todas huyeron ante la resplandeciente mirada de Sigfrido.

El doncel se encaminó pensativo hacia la casa de Nimo. Este lo esperaba con un garrote.

—¿Dónde anduviste, vagabundo? —gruñó.

—Cállate, Nimo.

—¿Te atreves a hacerme callar? Estoy cansado de tus insolencias y voy a darte...

—Cállate, Nimo.

Aquella orden provenía



—¡Oh, gran rey!



—Si mientes, Nimo, te convertiré en escorpión.

La envidia desfiguró el rostro de Nimo. Había intentado mil veces soldar la espada y siempre fracasó. Las llamas de la fragua se desviaban, el carbón se tornaba frío, como hielo negro, y las chispas morían sin encender ni siquiera un haz de paja. La Balmunga se negaba a ser forjada por el malvado herrero.

—Yo la forjaré —pronunció Sigfrido.

Con el doncel renacería la raza de los lobos, extinguida con la muerte de Sigemundo. Esa raza de guerreros que Wotan protegió y amó.

compadecido de él, lo recogió. Esperó que el rey de los nibelungos lo felicitara por su caritativo corazón, pero el monarca dijo:

—Si éste es Sigfrido, el hijo de Sigemundo, tiene en su poder la espada Balmunga, la invencible. ¿Dónde está?

—El dios Wotan la partió en dos. No es ya una espada poderosa.

—¿Dónde está? —repitió el enano.

—¿Para qué quieres esos hierros viejos, llenos de moho? —repuso Nimo, y al sentir que los ojos del nibelungo lo fulminaban, se apresuró a ir en busca de la Balmunga.

—Cógela tú, Sigfrido —indicó el rey—. En tu mano volverá a ser la espada invencible.

—¿Dónde está la Balmunga?



—En tu mano volverá a ser la espada invencible.



—Yo la forjaré —pronunció Sigfrido.

Como si Geri e Ireki, los lobos del dios, lo hubieran mordido, Nimo saltó hacia Sigfrido y juró:

—No revivirás las glorias de tu padre y de tus antepasados. La espada es mía y no la cederé.

Sigfrido contempló burlescamente al enano. Sospechaba que no tenía fuerzas para levantar la Balmunga ni valor para blandirla ante un enemigo. Nimo sólo tenía buenas piernas para correr a esconderse.

—Quédate tranquilo, Nimo —aconsejó—. Es inútil que chilles.

Sin prestar más atención a los gruñidos del herrero, admiró la espada, imaginando las hazañas que realizaría con ella. El rey de los nibelungos dijo:

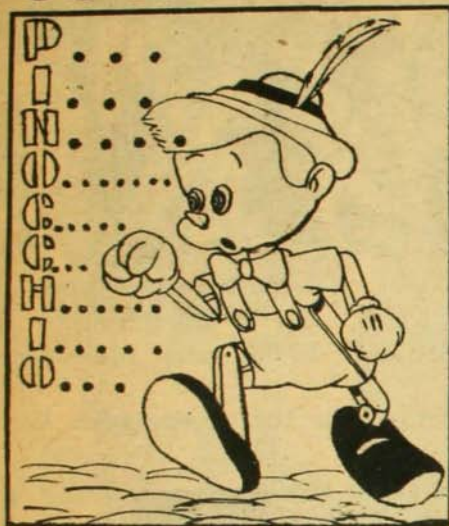
—Escúchame, héroe. Yo te diré cuál será tu primera proeza.

(CONTINUARA)

—No revivirás las glorias de tu padre —gruñó Nimo.



Concurso Semanal



Reemplaza los puntos por letras, y leerás: 1, fruta; 2, nombre femenino; 3, mentir; 4, conjunto de músicos; 5, nombre masculino; 6, conjunto de cerdas; 7, que trabaja en hierro; 8, lengua de una nación; 9, gigante fabuloso.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 204.— Carabinero.

GRANDES PREMIOS CASA GARCIA: *UNA PISTA DE AUTO.*— Gustavo Daza, Santiago; *UNA CAJA PARA ARMAR.*— Humberto Gálvez, Santiago. *UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".*— Alejandro López, Ovalle; Daniel Rivera, San-

tiago; Alberto Contador, Santiago; Alejandro Kupper, Villa Alemana; Gustavo 2.º Roa, Los Angeles; Elsa Díaz, Los Andes. *UN PREMIO DE \$ 20.*— Abraham Zepeda, Illapel; Segundo Díaz, Peñaflor; Ramón Olave, Itahue; Rigoberto Drago, San Bernardo; Jorge Scherrington, Quillota; Gladys Franco, Osorno; Margarita Abaroa, Los Andes; Waldo Carruncho, Concepción; Ricardo Riesco, Viña del Mar; Juan Ranús, San Fernando. *UN LAPICERO FUENTE.*— Marta González, Arauco; Florencia Salinas, Santiago. *UN LAPIZ AUTOMATICO.*— Lillian Sepúlveda, Perquenco; Víctor Lizárraga, Santiago. *UN LIBRO.*— Marta Salinas, San Bernardo; Alicia Arredondo, Valparaíso; Patricia Durán, Graneros; Gonzalo Montés, Santiago; Oscar Aguin, Traiguén; Raúl González, Talcahuano; Toño y Pepe Saavedra, Santiago; José Manuel Sierra, Angol; Carlos Virgilio, Temuco; Gerardo Osorio, Quillota. *UN VITALMIN.*— Oscar Alvarez, Peña Blanca; Patricia Arancibia, Rancagua; María Eugenia Coello, Santiago; Eliana Yunge, Pitrufquén;

Elsa Vásquez, Quilpué; José M. Pérez, Santiago; Fernando Campos, Parral; Luis Tuteleers, Santiago; Juan Pradenas, Talcahuano; Paulina Garcés, Santiago. *UNA PEINETA.*— Eduardo Ferreyra, Caldera; Mercedes Montt, Santiago; Marcela Rojas, Talca; María Angélica Malnarich, Santiago; Edith Simonsen, Viña del Mar; Arturo Larraín, Santiago; Katia Zúñiga, Santiago; Valentín Daniels, Buin.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 206

Juan y Juanita



—“Iremos a buscar alimento.” Juanita intentó detener a su hermano, pero él la tranquilizó: —“No tengas miedo, Juanita. Es justo que trabaje para ganar la comida y el asilo que nos dan”. Siguió a Lorenzo por la desierta campiña. “Tal vez iremos a una granja —pensaba Juan—, y labraremos la tierra, para...”.



Sus meditaciones fueron interrumpidas. Sintió en su mano el frío contacto de un arma y el “capitán” ordenó: —“Ojo alerta”. Juan comprendió que no iban a realizar faenas campestres para ganarse el sustento. Y comprobó cuáles eran los siniestros planes de Lorenzo, al verlo asaltar a un despreocupado caminante.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 207

OS TRES
ANCHITOS



\$ 5.-

ELENA
POIRIER





Juan y Juanita



CAPITULO XVII.— LECCION DE BUENA CONDUCTA



1. Un muchacho vagabundo, Lorenzo Rasal, capitaneaba un banda infantil dedicada al robo. Juan no pudo impedir que amnazaran a un viajero y le arrebataran su dinero. Pero luego enfrentó al cabecilla: “—No debes continuar, Lorenzo. La justicia te castigará”. El “capitano” respondió con una bofetada.



2. Juan comprendió que Lorenzo, más que un sermón, necesitaba una paliza y se dispuso a dársela. Desde una cerca derruida, Juanita contemplaba con espanto la violenta escena. Tino y la pequeña Simonetta miraban también, temblorosos y con los ojos llenos de lágrimas. ¿Quién vencería en aquella lucha?

(Continúa en la penúltima página)

Simbad

AÑO IV — 19-VIII-1953 — N.º 207

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10

GENOVEVA D BRABANTE

CAPITULO III.—Mensajeros del rey.

Genoveva de Brabante, condesa de Sigfridheim, había llegado a su nueva mansión. Los vasallos la saludaron con respeto y admiración. En la plaza de armas, la cohorte de Sigfrido le rindió honores.

En la sala de recepción, Golo, el intendente del castillo, presentó sus respetos a los condes.

—El gobierna en mi ausencia — dijo Sigfrido—. Es un servidor leal, en quien confío plenamente. Golo, arrodillándose, besó la mano de Genoveva. Ella sonrió con gesto afable, pero de pronto la sonrisa se heló en sus labios. Con un grito de horror volvió el rostro, mientras Sigfrido la sostenía. Al levantar su mirada, la joven había visto, enclavadas al muro, varias cabezas desfiguradas por la muerte. Los ojos desorbitados, la boca abierta, en la cual amarilleaban los dientes y asomaba la lengua

Golo besó la mano de la condesa.



negruzca, ofrecían una imagen espantosa.

—Es lo que resta de tus asaltantes —definió Golo—. A estos despojos se reducen los que te hirieron en la emboscada.

Sigfrido rugió:

—¡Cállate!

Genoveva desfallecía de horror. Sigfrido la condujo a la alcoba y, abrazándola con más fuerza, susurró:

—Olvida esa atrocidad. El deseo de venganza torna despiadados a los hombres.

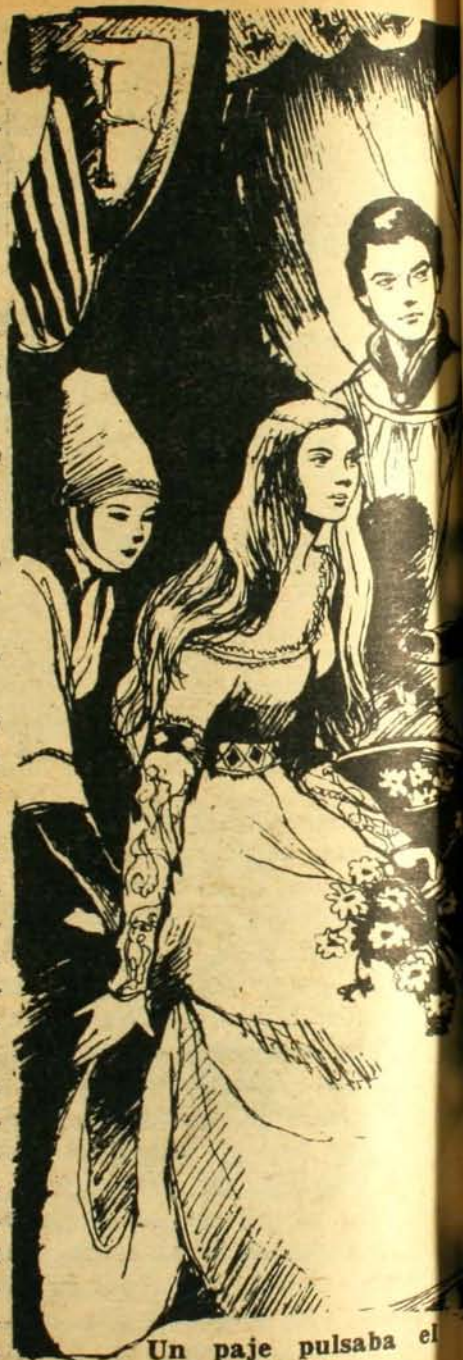
La condesa recobraba la calma. Sobre el hombro de su esposo miró la estancia fría y sobria.

—¿Buscas algo? —preguntó Sigfrido.

—Una cruz —repuso ella—. No podría vivir en un lugar donde no esté el signo de Dios. ¿No hay una iglesia en Sigfridheim?

—Sí. Existe una antigua capilla que en los últimos tiempos se ocupaba para guardar armas y escudos. Volverá a convertirse en un refugio sagrado. Vendrá un capellán a officiar misa. ¿Estás satisfecha?

Mientras tanto, en la sala de recepción, Golo permanecía abstraído. En sus ojos fulguraba una expresión inquietante. Wolf, el viejo escudero del conde, advirtiendo esa mirada, se alarmó. Conocía mejor que nadie a Golo. No se dejaba engañar por su fingida lealtad. El intendente era un hombre



Un paje pulsaba el laúd.

mezquino, malvado y ambicioso. En ausencia de Sigfrido gobernaba como un déspota y nadie se atrevía a denunciarlo.

Wolf, que espiaba a Golo, discurrió: "El demonio piensa en el ángel. ¿Qué tramará este monstruo?"

Los lacayos habían retirado del muro las lúgubres cabezas. Al salir, Golo se cruzó en el umbral con uno de sus esbirros, Conrado, quien le preguntó irónicamente:

—¿Te disgusta el regreso del señor conde?

—Al contrario —contestó Golo con cinismo—. Tendré que cederle el gobierno, pero, en cambio, él me trajo de regalo una condesa rubia como el oro, que tanto me place.

Las fiestas para celebrar la llegada del conde y de Genoveva se prolongaron por una semana. Luego sobrevino la tranquilidad del trabajo. El día finalizaba con una velada musical en la sala baja. Se relataban leyendas de juglaría; un paje cantaba sentimentales trovas.

El joven guerrero adoraba a su esposa y, para complacerla, aprendió a pulsar el laúd. Sus manos, vigorosas y rápidas en el manejo de las armas, se turbaban sobre las cuerdas musicales. Genoveva, riendo ante una nota falsa, decía:

—Eres imperdonable.



—Con todos eres misericordiosa, menos conmigo —se quejaba él, sonriendo también—. ¿Qué culpa tengo de que el laúd desentone?

Aún dió Sigfrido otra prueba de amor. Ignoraba el arte de la escritura y, encerrándose con el maestro en el torreón más aislado estudiaba las letras. El profesor le dictaba palabras elegidas a azar. El irritado alumno protestó:

—No me importa cómo se escribe “caballo”, “guerra” o “escudo”. Quiero aprender esta frase: “Mi querida esposa”.

Genoveva, que buscaba a Sigfrido, se detuvo en el umbral y sonrió, conmovida, al oír su apasionada exigencia. El confesó entonces:

—Quería darte una sorpresa, pero ya descubriste el secreto. La abrazó, mientras el maestro se retiraba con tan presurosa discreción, que tropezó en la puerta con el escudero Wolf. Este dijo a su señor:

—Acaban de llegar dos enviados del rey. Os llaman para combatir a los sarracenos.

Genoveva, aterrada por esa noticia, se estrechó más contra el cuerpo de Sigfrido. El respondió:

—Está bien, Wolf. Conducid a los emisarios a la sala de honor. Allí les recibiremos mi esposa y yo.

Al quedar solos, el conde añadió:

—Ten valor y fe.

—No te vayas, Sigfrido.

—Mi deber de caballero me obliga a partir. No sé cómo soportaré la lejanía de tu sonrisa, la ausencia de tus brazos. Pero no me queda otra alternativa.

—Sí, tienes razón —balbuceó ella.

Minutos después daban la bienvenida a los enviados del rey. Uno de ellos manifestó:

Un paje cantaba sentimentales
trovas.





Genoveva presentó
las armas a su es-
poso.

—Saludamos al noble conde Sigfrido, de quien toda la Germania conoce el heroico mérito y el esforzado corazón. La ola sarracena, pasando por Iberia, invadió la Galia y pretende extenderse por Europa, sembrando la muerte e imponiendo por el terror su doctrina impía.

La palabra guerra cundió rápidamente y los preparativos bélicos empezaron con entusiasmo en la fortaleza y en toda la comarca. Genoveva, dominando su aflicción, ayudaba a disponer la marcha del ejército. Durante la noche llegaron los combatientes del feudo.

Cuando el conde vistió su armadura, Genoveva, en silencio, le tendió su velo. El lo anudó en torno a su escudo. Luego, según la costumbre de aquellos tiempos, Genoveva presentó a su esposo la lanza y la espada. El, de rodillas a sus pies, oyó la voz ama-

da que pronunciaba la frase ritual:

—Empuña estas armas por Dios, por el Rey y por la Patria, para defender la inocencia, aterrorizar a los malvados y exterminar a los enemigos.

Sigfrido no alcanzó a prestar el juramento debido. Vió que Genoveva desfallecía y la sostuvo en sus brazos. Ella, que durante la noche no descansó, atendiendo los detalles de la partida y procurando olvidar su congoja, había llegado al límite de sus fuerzas.

(CONTINUARA)



LA DONCELLA ROJA

CAPITULO IV. —

...STRA HA HABLADO



1. El explorador John y sus ayudantes Harry y Jorge se dirigían a la hacienda San Felipe, a fin de proteger a los hijos del coronel Devandel, cuando avistaron humo en la distancia. Era una caravana de colonos, atacada por una aullante horda de pieles rojas. Como una centella atravesaron la pradera.

Al día siguiente, los viajeros continuaron su camino, separándose de la caravana, que llevaba otro rumbo. "—A cada paso encontramos un peligro", comentó Harry, con despreocupada sonrisa. Pero el peligro mayor iba con ellos: la joven india Minehaha y su padre Nube Roja, que simulaba ser un inofensivo minero.



2. Los caballos cruzaron de un salto los carros que formaban la barricada, y desde ese instante los certeros rifles de los tres valientes ralearon las filas indias. "—Lobo Muerto", anunció John, con voz fría, derribando a un jefe cheyene llamado Lobo Gris. Al atardecer, los asaltantes abandonaron el campo.

A medianoche, la feroz doncella roja susurró: "—¿Por qué Nube Roja no mata a los rostros pálidos? ¿No es un sioux, sino un cobarde coyote?" El indio repuso: "—Aún no es tiempo, Minehaha. Oye ese galope. Se acercan los cheyenes. Los blancos huirán de nuevo y seguiremos con ellos".



LA DONCELLA ROJA



5. Al advertir que se escapaban sus presuntos prisioneros, los cheyenes incendiaron la pradera. Un terreno pantanoso impidió que el fuego se propagara. "—Otra vez a salvo —comentó Jorge—. Tenemos un ángel guardián." Harry, mirando a la bella india, pensó que, por el contrario, les acompañaba un ángel del mal.

7. Cerca del campamento de los arrapahoes se vió rodeado por amenazantes figuras. "—¿A dónde vas?", le preguntó un guerrero. Nube Roja contestó: "—Traigo un mensaje para tu jefe Mano Siniestra. Condúceme a su presencia". Cuando se enfrentó al cacique, le saludó con gesto solemne.



6. Esa noche, el falso buscador de oro dijo a Minehaha: "—Me reuniré con Mano Siniestra, para transmitirle las órdenes de tu madre, la poderosa Yala. Tú continúa con los rostros pálidos y no te impacientes. La hora de la venganza llegará". Y el indio saltó sobre su caballo y se perdió en las tinieblas nocturnas.

8. "—¿Mi hermano trae un mensaje de Yala para mí?", preguntó Mano Siniestra. Nube Roja asintió: "—Sí. Yala quiere ver arrapada la factoría del coronel Devandel, en la confluencia del río Weber". Mano Siniestra juró: "—Mañana la hacienda será destruída y todos sus habitantes yacerán muertos".

(CONTINUARA)



*En tiempo en que los cerdos hablaban
y los monos masticaban,
y rapé tomaban los gallos para pensar,
y los patos andaban diciendo cuac, cuac, cuac...*

Vivía una marrana con tres cerditos. Era muy pobre y no podía mantenerlos.

—Tienen que salir a ganarse su papa —les dijo.

Los tres cerditos eran valientes y no se pusieron a llorar, ni desmayaron ni protestaron. Estaban dispuestos no sólo a ganarse unas exquisitas cáscaras de papas, afrecho, postre de barro y otras deliciosas comidas, sino que también construirían sus propias casas.

El primero, que se llamaba Colita Enroscada, encontró a un hombre que llevaba un haz de paja y le suplicó:

—Buen hombre, ¿quieres darme esa paja para edificar mi casa?

El hombre accedió y el cerdito se construyó una linda habitación de paja. Un día pasó por allí el Lobo Malo, llamó a la puerta y dijo:

—Cerdito, cerdito, déjame entrar.

Colita Enroscada repuso:

—No, lobo malvado. Te conozco las malas intenciones.

La fiera bufó:

—Entonces soplaré y tu casita derribaré.

Y, en efecto, sopló y los débiles muros se volaron. El cerdito que

dó sin casa y la casa quedó sin cerdito, porque el lobo se lo comió. El segundo chanchito, que se llamaba Jamón Saltarín, se cruzó en su camino con un leñador que llevaba un atado de leña y le preguntó:

—Buen hombre, ¿quieres darme esa leña? Me construiré con ella un hogar.

El leñador no se negó, y Jamón Saltarín levantó una casita de leña. Un día pasó por allí el lobo, que dijo lo más dulcemente que pudo:

—Cerdito, cerdito, déjame entrar.

Jamón Saltarín reconoció aquella voz cavernosa y respondió:

—Sé que eres el lobo y mi puerta no se abrirá ni poco ni mucho.

—Pues entonces, tu casa caerá —pronosticó el animal.

Sopló y resopló. Bufó y rebufó. Esta vez le costó más trabajo conseguir que la casa se desplomara. Pero cuando logró su propósito, devoró a Jamón Saltarín de un bocado.

El tercer marranito, que se llamaba Globín, encontró a un obrero que llevaba una carga de ladrillos y le pidió, haciendo una reverencia que casi lo hizo rodar camino abajo:

—Buen hombre, ¿quieres darme esos ladrillos para hacerme una casita?

El obrero le dió los ladrillos y el cerdito edificó su hogar. El lobo pasó por allí y, ensayando su acento más cariñoso, dijo:

—Cerdito, cerdito, déjame entrar.

—¿Estás loco? Si piensas comerme, muérete de hambre, porque no me cogerás.

—Pues entonces soplaré y bufaré y tu casita derribaré.

Y sopló y bufó y rebufó y resopló y volvió a bufar y soplar, pero la casita de ladrillos no se derrumbaba. Cuando vió que de na-

Doña Marrana era
muy pobre.



Jamón Saltarín se encontró con un leñador.



El lobo casi se murió de rabia, pero disimuló su furia y, pensando que algún día agarraría al porcinito, sugirió:

—Cerdito, sé dónde hay un hermoso manzano.

—¿Dónde, lobo miserable?

—Allá, en el huerto de doña Catalina —informó el lobo, rechinando los dientes, pero procurando sonreír—. Vendré a buscarte mañana a las cinco y cosecharemos manzanas.

Globín se levantó a las cuatro y se encaminó hacia el huerto. Pensaba regresar antes que apareciera su enemigo. Pero debió

da le servían sus bufidos y resoplidos, se tendió a descansar con la lengua afuera. Al fin recobró el aliento y trazó un plan muy astuto para engañar a Globín.

—¿Sabes dónde hay un buen campo de papas? —le preguntó.

—¿Dónde, lobo tunante?

—A una cuadra de aquí hacia el sur. Si quieres mañana vendré a buscarte e iremos juntos —propuso el carnívoro, sin ofenderse.

—Bueno —aceptó Globín—, te esperaré. ¿A qué hora piensas ir?

—A las seis.

Globín se levantó a las cinco, eligió las papas que quiso y regresó muy orondo.

Cuando el lobo apareció a las seis, le invitó:

—¿Vamos?

Globín respondió:

—¿Que si vamos? Ya estoy de vuelta y tengo un buen almuerzo de papas.

caminar mucho y subirse al árbol, lo cual era difícil. A cada rato se caía, como una gran manzana rosada, mientras junto con él caían las manzanas rojas. Por fin llenó su cesto y se disponía a desprender la última fruta, cuando vió venir al lobo. ¡Qué gran susto!

—¿Cómo, cerdito? —exclamó el lobo—. ¿También hoy te has adelantado? ¿Qué tal están las manzanas?

—Riquisimas —dijo el cerdito—. Te lanzaré una para que la pruebes.

Y la tiró tan lejos que mientras el lobo corría a buscarla, Globín bajó de un salto y llegó corriendo a su casita.

Al día siguiente el lobo volvió y le dijo:

—Cerdito, en el pueblo hay una feria hoy. ¿Querrás venir?

—Sí, me gustaría ir, lobo atorrante. ¿A qué hora partiremos?

—A las tres.

Globín salió más temprano, como de costumbre, fué a la feria y retornó con un canasto lleno de compras. Apenas había cerrado la puerta, llegó el lobo.

—Ya es hora —anunció.

—¿Hora de qué? —interrogó el marranito, haciéndose el inocente.

—Pues, hora de ir a la feria.

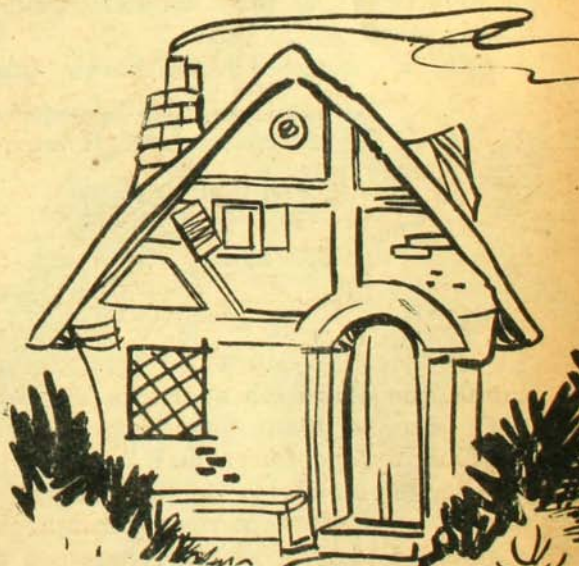
—Fuí y regresé. Gracias por la noticia, porque compré muy barato.

—¡Globín, eres..., eres!

—tronó el lobo, no hallando qué insulto espetar.

—¿Qué soy? —inquirió Globín, con voz de miel.

—Un puerquito muy simpático —se atragantó la fiera, que aún no perdía las esperanzas de atrapar al hijo de doña marrana. Sucedió que Globín necesitó un barril para guardar la sidra que había hecho con las manzanas. Salió apresurado, a fin de llegar



Globín se construyó una casita de ladrillos.

a la feria antes que se terminara, y regresaba a la casa cuando vió al lobo que se acercaba. No sabiendo cómo salvarse, se escondió en el barril. Al saltar adentro, desequilibró al tonel, que se volcó, y empezó a rodar. Y ahí tenéis el barril, dando tumbos montaña abajo, con el cerdo dentro. El lobo se llevó un susto tan tremendo que huyó pativolando.

Más tarde pasó por la casa de Globín y le contó el miedo que acababa de pasar al ver una cosa redonda que bajaba por la montaña en su persecución. Entonces el pequeño marrano le explicó:

—Fuí a la feria a comprar el barril para la sidra. Al verte venir me he metido adentro y yo y el barril hemos rodado montaña abajo. ¿Te das cuenta de que eres estúpido? Renuncia a cazar-me, lobo sin sesos. Yo siempre me escaparé.

El lobo se enfureció. Estaba cansado de invitar al cerdito y mucho más cansado de oír sus insolencias. Globín le daba nombres que no le gustaban.

“Entraré por la chimenea —decidió—, y me comeré a este cerdito de una mascada.”

Subió al techo y Globín oyó los rasguños.

“Ah —pensó—, el muy bandido quiere bajar por la chimenea. Bien, él mismo se lo buscó.”

Encendió la chimenea e hizo hervir una gran caldera de agua.

—Entraré por la chimenea —pensó el lobo.

Quando el lobo bajaba, no hizo más que quitar la tapadera y su enemigo cayó dentro.

—Déjame salir, cerdito —suplicó el animal.

—Así como no te dejé entrar en mi casa, no te dejaré salir de la olla —contestó Globín—.

Muérete, para que no sigas molestando a los marranitos decentes.

Y el lobo se murió. Desde entonces el cerdito vivió tranquilo en su casita de ladrillos.



PUNTITO



El lobo que se tragó a Puntito entró en un sótano para dormir la siesta.

—Eso es lo que quiero. Que vengan mi papá y mi mamá — chilló Puntito—. ¡Vengan! Un lobo malo me comió y quiero salir de mi prisión.



Puntito empezó a saltar y a gritar con todas sus fuerzas dentro del lobo. El animal gruñó: —Cállate, o despertarás a todo el mundo.



Asustado el lobo porque lo descubrirían, quiso huir, pero había engordado tanto con la panzada de carne, que no pudo salir.

Y allí lo encontraron papá Nabo y mamá Cereza. El lobo casi se murió de espanto, y, sin embargo, se le oía reír alegremente. Como ustedes comprenden, era Puntito quien reía.



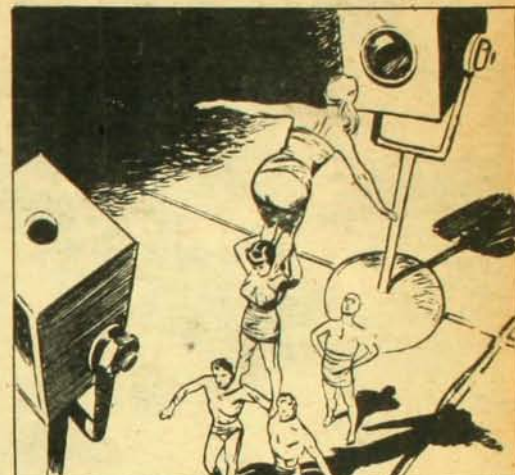
(CONTINUARA)



MUNDO SECRETO



CAPITULO XI Y FINALMENTE A LOS INSECTOS



1. El profesor Greg, inventor del sub y del super rayo, había terminado su exploración por el mundo de los insectos. El y sus jóvenes acompañantes regresaron al castillo y se detuvieron ante el gigantesco muro. "—Nunca lograremos encender el rayo que nos devolverá nuestra estatura normal", suspiró Mabel.

3. Greg les condujo hasta un rincón. Dos cámaras se enfrentaban. "—Se trata de una célula fotoeléctrica —explicó el sabio—. Basta atravesar su luz para que toda la maquinaria se ponga en movimiento." Mabel, sostenida por sus compañeros, interceptó la luz. Restalló entonces la poderosa fuerza de los rayos y...



2. Greg sonrió ante el desaliento de la rubia niña. "—Todo está previsto —respondió—. Lo primero que debemos hacer es escalar la muralla y entrar en el laboratorio." Al atardecer llegaron por fin a la ventana. La travesía de la sala les demandó largas horas. El problema era ahora cómo alcanzar la máquina.

4. ... las dos niñas y los hombres microscópicos empezaron a crecer. "—¡Admirable! —exclamó Luis Baner—, pero, ¿y si otro microbio hubiera cruzado la zona fotoeléctrica?" El sabio respondió: "—Se hubiera convertido en una amenaza terrible. Pero todo resultó bien. Quizás un día intente otra vez esta aventura".

Fin



CAPITULO V.—El huracán.

El árabe Mohamed había confiado a su hija Aicha su decisión de partir. No le reveló el lugar hacia dónde se dirigía, pero la niña beduína sospechaba que intentaría recuperar sus camello robados por los tuaregs. Era una misión difícil y peligrosa. Quizás el beduino se reuniría con su hijo Ruadi, que, aunque sólo tenía dieciséis años, era decidido y audaz. El secundaría a Mohamed en la búsqueda.

Aicha ignoraba que Ruadi fué secuestrado por una banda de tuaregs. Mohamed y Fátima le ocultaron esa tragedia, porque ella profesaba al adolescente un intenso cariño y al saber la verdad hubiera languidecido de tristeza. Le dijeron que había marchado al Yemen, la tierra fértil.

Fátima, sospechando que Mohamed había adoptado una decisión importante, insistió:

RESUMEN: Mohamed, su esposa Fátima y su hija Aicha atraviesan el desierto. El árabe se siente amargado porque perdió a sus tres hijos varones. Aicha se demuestra ansiosa por ayudar a su padre y suavizar su tristeza. Mohamed se siente complacido por esa filial ternura, pero cada vez que mira los tatuajes azules marcados en la frente y en el mentón de la niña su mirada se ensombrece. Mohamed regala a su hija la camella "Riha". Unos jinetes desconocidos persiguen a la familia de pastores nómades. Son tuaregs, bandidos del desierto, roban los camellos de Mohamed. Sólo dejan el ganado menor y el viejo camello Chibani, que muere de tristeza al verse apartado de sus compañeros. Mohamed decide partir.

—¿Qué sucede?

—Nada, mujer —repitió el beduino—. Ten calma y confía en Alá. Aicha velará por ti.

Una débil sonrisa vagó por los gruesos labios de Fátima. Su esposo la conocía bien. Sabía que frente al peligro era como una columna de arena destrozada por el simún, el terrible viento del desierto. Las amenazas paralizaban su cerebro y la convertían en un ser indefenso. En cambio, Aicha, aunque sólo era una niña, poseía valor y orgullo. Nunca desviaba la mirada y aquella vez que inclinó el rostro, para que el tuareg no advirtiera los tatuajes azules, Fátima supo que ese gesto le significó un gran esfuerzo. Aicha venció su orgullo y se mostró sumisa únicamente para obedecer a su padre.

Mohamed, luego de reflexionar, dijo a Aicha, cuando Fátima se alejó:

—Nos arrebataron nuestros camellos. Sin esas fieles bestias, somos como un pozo seco. Volveré con una camella, si Alá me protege.

—Padre, ¿intentarás encontrar a los ladrones?

—Sí.

—Quizás sea mejor que sea yo quien vaya en busca de Riha —caviló Aicha.

No se refirió a un camello indeterminado, sino a Riha, su preferida. Estaba segura de hallarla, y con ella retornaría junto a su familia.

La niña beduina habló largamente con su padre. No alzó la voz en ningún momento y su acento era suave, pero una voluntad poderosa inspiraba sus palabras y Mohamed terminó por acceder.



—Nos arrebataron nuestros camellos — dijo Mohamed, entristecido.

—Partiré con la cabra que tiene un solo cuerno —sugirió Aicha—. Ella me proporcionará leche para alimentarme y calmar la sed. Los tuaregs marcharon hacia el Este. Seguiré sus huellas y, cuando encuentre a Riha, volveré con ella, que es veloz como el viento. Las oscuras pupilas de la niña miraban con serenidad y confianza.

—Eres valiente, hija mía. Pero no sólo tendrías que afrontar la soledad, el hambre y la sed, sino la amenaza de...

Vaciló. ¿Revelaría a Aicha el secreto que había guardado durante años?

Al observar su rostro contraído y ansioso, ella insinuó:

—Cuando se cruce en mi camino algún desconocido, ocultaré el signo que llevo en la frente y la línea azul de mi barbilla. No temas. Presiento que mi ausencia no será prolongada. Tú debes permanecer junto a mi madre.

Mohamed no respondió.

Se habían detenido en un oasis pequeño. Las sombras de la noche se extendieron sobre el ardiente arenal, atenuando el tórrido calor. Bajo la luz de las estrellas, el desierto se sumía



La cabra seguía dócilmente a Aicha.

en un sueño plácido. Cruzaba a veces la sombra de un chacal, pero la quietud volvía a restablecerse. Al amanecer, Mohamed y Fátima descubrieron que Aicha había partido.

* * *

La cabra con un cuerno seguía dócilmente a Aicha. Al principio se resistió a marchar, temerosa de la obscuridad y sin comprender por qué era separada de sus compañeras.

Aicha la obligó a caminar, pronunciando a media voz palabras de aliento o de amenaza. La cabra conocía a su ama y no temió que se cumplieran las sentencias de castigo. Pero cedió a la dulzura y a la velada súplica.

Al segundo día, ya trotaba con alegre ánimo. A la menor señal de vegetación, se detenía para devorarla y reanudaba el paso, rumiando con plácida felicidad. De pronto cesó de masticar, al oír una exclamación de su dueña. Levantó la cabeza y permaneció en actitud interrogante. Aicha murmuró:

—Huellas... Son las huellas de los tuaregs. Alá ha querido que las encontrara.

Continuaron la caminata, guiándose por el rastro. Quizás Aicha reconocería las marcas de las pezuñas de sus camellos. Tal vez identificaría el paso de su amada Riha.

Emocionada, se inclinó a examinar los trazos leves que correspondían a los camellos de carrera. Los más profundos eran de los animales que llevaban carga. Las huellas pequeñas pertenecían a Segir. Aquéllas eran de Nogra y de Alam. Los ojos de la niña beduina se inundaron de lágrimas al reconocer el trazo de la camella Riha.

Con el corazón palpitante, reemprendió la marcha.

—Tengo que alcanzarlos... Tengo que alcanzarlos... —musitó. La cabra, como si percibiera la ansiedad de su ama, apresuró el trote. Y avanzaron sin descansó, ni desfallecimiento.

Los pies de Aicha se hundían en las huellas dejadas por los camellos. La cabra no se rezagaba, pero al tercer día empezó a retrasar su paso. Vacilaba y se detenía. Y dudaba antes de proseguir. Se mostraba nerviosa y desconfiada.

—¿Qué tienes, Blanquita? —decía Aicha—. Vamos.

La extraña inquietud del rumiante no se calmaba y Aicha sintió que el temor la dominaba. Sabía que los animales poseen un agudo instinto. Interpretan los misteriosos anuncios de la naturaleza

y saben, antes que los seres humanos, cuándo se cierne un peligro.

La niña observó a la cabrita. Cada vez que interrumpía la marcha, temblaba aprensiva y sus ojos lanzaban en rededor una mirada temerosa. En vano Aicha escudriñaba también la distancia. No veía señales alarmantes.

Y por fin la cabra no sólo se negó a avanzar, sino que intentó retroceder. Balaba angustiosamente, y el corazón de Aicha se oprimió.

—Vamos, Blanquita —dijo, vacilante.

Los balidos se tornaron estridentes y el animal pretendió huir. Aicha la retuvo y debió recurrir a todas sus fuerzas para impedir la aterrorizada fuga. Después la cabra se dejó caer, encogiendo sus patas. Aicha se disponía a acariciarla para lograr que se levantara, cuando advirtió un movimiento en el suelo. Pareció

como si se deslizara bajo sus pies. Luego los granos de arena volaron, se dispersaron en el aire y aquella inmensa nube alzada sobre el desierto, obscureció el sol. Las dunas se elevaban, impulsadas por un viento ardiente que había surgido de súbito.

“El simún”, pensó Aicha, y a ciegas se tendió junto a la cabra inmóvil. El cuerpo del fiel animal la protegió, mientras la arena pasaba sobre ella, como un río inflamado.

Durante un tiempo que pareció eterno, rugió el huracán y luego la nube de arena se alejó, con un rumor que era como un silbido de re-

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

Sólo por \$ 208.-neto,

podrá recibir en su casa la revista **SIMBAD**

20%

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llene el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$

..... por una suscripción anual

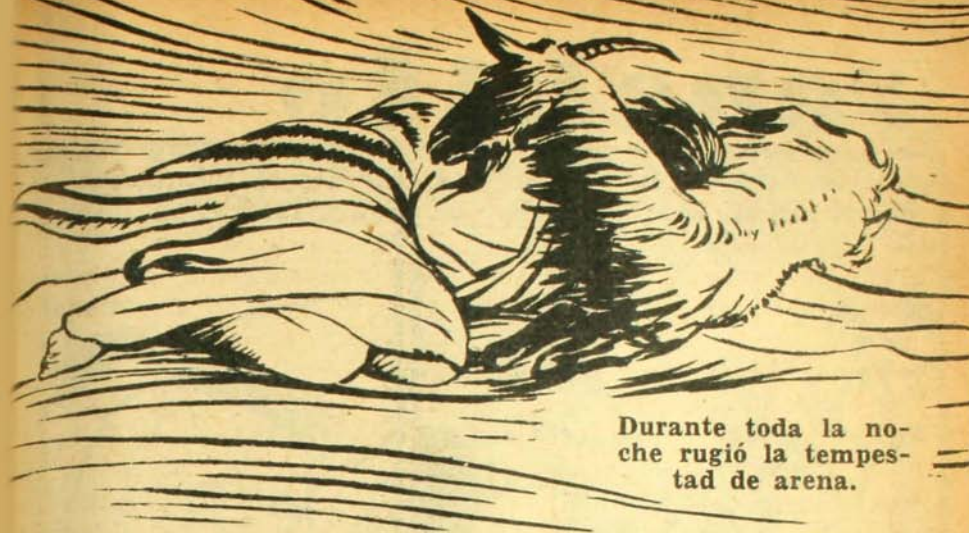
de

NOMBRE

CUIDAD

CALLE

CASILLA



Durante toda la noche rugió la tempestad de arena.

sonancias metálicas, un mugir agudo y terrible. Pasó sobre las dunas, levantando sobre las crestas un simulacro de incendio, con llamaradas de arena que el sol hacía arder.

Durante toda la noche rugió la tempestad. La cabra continuó inmóvil, sin dormir, soportando resignada el punzante golpe de la arena.

—Blanquita, me avisaste —meditaba Aicha—. No te comprendí. Pero, de todas maneras, ¿dónde nos hubiéramos refugiado? La tormenta abarca todo el desierto y en cualquier sitio nos hubiera atrapado.

Se mantenía apegada a su cabrita, sin hablar, por supuesto, porque la arena le hubiera inundado la boca. Pero la cabra pareció captar aquellas frases silenciosas, y extendió su cuello sobre el hombro de la niña, resguardándola aún más.

Aicha pensó que tal vez quedarían sepultadas bajo las montañas que el viento desplazaba con terrible fuerza.

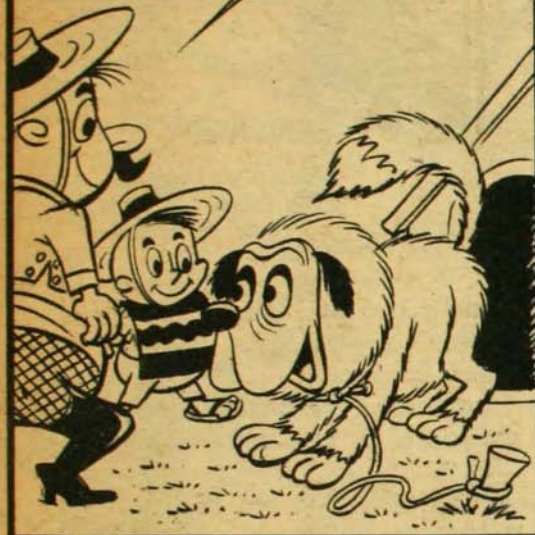
Evocó a Ruadi. Si él estuviera junto a ella, no sentiría temor alguno. El adolescente era alto y firme como una palmera. Y sus brazos la habrían protegido. Hundió aún más el rostro en el cuello de su amiga. Las negras trenzas se mezclaban a la blanca barba de la cabra y gradualmente desaparecieron bajo sucesivas capas de arena.

“Si el simún no se aleja pronto, moriremos —reflexionó Aicha—. Pero debemos resistir. La banda de tuaregs no está lejos y la alcanzaré. También ellos están detenidos por la tormenta.”

(CONTINUARA)

Ponchito

¡ESTE PERRO HACE DÍAS
QUE ESTÁ AMARRADO!



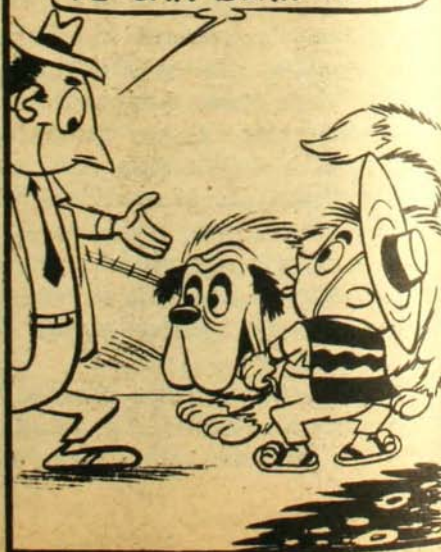
¡LLEVALO A DAR
UN PASEITO!



¡VAMOS, VAMOS
PICHITO!



¡QUE LINDO PERRO, ES
DE SAN BERNARDO!



¡NO SEÑOR, USTED
ESTA EQUIVOCADO!



¡BAH, ESTOY SEGURO QUE
ES DE SAN BERNARDO!



... Y YO ESTOY SEGURO
QUE ES DE MI PATRON!



La espada de Sigfrido



CAPITULO VII.—Renace la Balmunga.

El rey de los nibelungos hablaba a Sigfrido sobre un tesoro fabuloso.



Fafner mató al gigante Reidmíro.

—La primera hazaña que cumplirás con la espada Balmunga, se realizará en la caverna del tesoro — declaró—. Debes conocer la sombría historia de esas riquezas. El gigante Fafner mató al gigante Reidmíro, a fin de arrebatarse aquel oro deslumbrante. Nimo es hermano de Fafner y se vió obligado a huir para que Fafner no le matara.

El herrero inclinó el rostro, simulando estar abatido por la ferocidad de su hermano. En realidad ocultaba su envidia y su rencor. Codiciaba la Balmunga, la espada invencible. Pero era Sigfrido quien la esgrimiría. El corazón del herrero destilaba odio.



—Yo estaba convertido en pez —refería el enano.



—Un día el terrible Fafner me capturó —continuó diciendo el monarca de los nibelungos—. Yo estaba convertido en pez y aquella manzana descomunal amenazaba triturarme. Decidí presentarme en mi verdadera forma y supliqué a Fafner que me devolviera el tesoro, que pertenece a mi raza. El gigante lanzó una risa espantosa y se transformó en un dragón que

lanzaba llamaradas y humo envenenado. Yo no tenía fuerzas ni poder para vencerle, y maldije el tesoro y a todos los que se apoderasen de él.

—¿Dónde encontraré a Fafner? —preguntó Sigfrido, con voz tranquila.

—En el País de los Gigantes, que es un lugar lleno de nieblas, creado por el feroz Himer, el rey del Mal —repuso Nimo.

Su boca se deformó en una sonrisa malvada y por sus ojos pa-

—Devuélvenos el tesoro.





Fafner se transformó en un horrible dragón.

só una sombra, como el reptar de una serpiente. —En la Selva Encantada —corrigió el nibelungo, deteniendo en Nimo su mirada reprobadora. El herrero se agitó, inquieto. ¿Cumpliría el rey su promesa de convertirlo en escorpión si

mentía? Con ojos temerosos miró las manos. Al comprobar que no se habían convertido en tenazas rojas y endurecidas, aguardó otra oportunidad para deslizarse otra mentira que devorara al héroe de su camino. —Con la Balmunga podrás derrotar a Fafner —dictaminó el nibelungo.

—Forjaré la espada esta misma noche —prometió el enano. —¿Tan tarde? —se quejó Nimo—. La fragua está apagada. —Pues la encenderás —dijo Sigfrido, y como el enano dispusiera a seguir protestando le amenazó:

—La Balmunga aún está incompleta. Pero basta este trozo para rebanar el cuello de un herrero cabeza dura.

Alarmado, Nimo corrió hacia la fragua. Sus brazos se movieron como aspas de molino para reunir el carbón. Su aliento surgió como un huracán para encenderla.

—¿Dónde encontraré a Fafner? —preguntó Sigfrido.



ender los tizones. Y el
legre fuego se elevó y
lanzó.

El yunque estaba pre-
parado, el brazo de Sig-
frido era poderoso, y la
Balmunga estaba ya ro-
ta y dúctil.

Resonaron los golpes
del martillo, como un
canto vibrante, y se
oyeron a gran distancia.
Anunciaban el renaci-
miento de la Balmunga.
En un rincón de la he-
rería, Nimo se mordía
curiosamente las uñas.

¿Cómo detener al jo-
ven semidiós? ¿Cómo engañarle?

El rey de los nibelungos se había marchado. El enano suplicó:
—Déjame probar.

Sigfrido observó aquel semblante recubierto por una temblorosa
máscara de súplica. Pensó vagamente: “¿Cuál será su verdadera
expresión? No creo que esté rogando, sino maldiciendo en silen-
cio”.

Sin embargo, se compadeció y dijo:

—Está bien. Empieza a trabajar, herrero.

Instantáneamente, la fragua se apagó.

—Forjaré la espada
esta misma noche
—prometió el doncel.



—Encenderás la fra-
gua —ordenó Sigfri-
do.

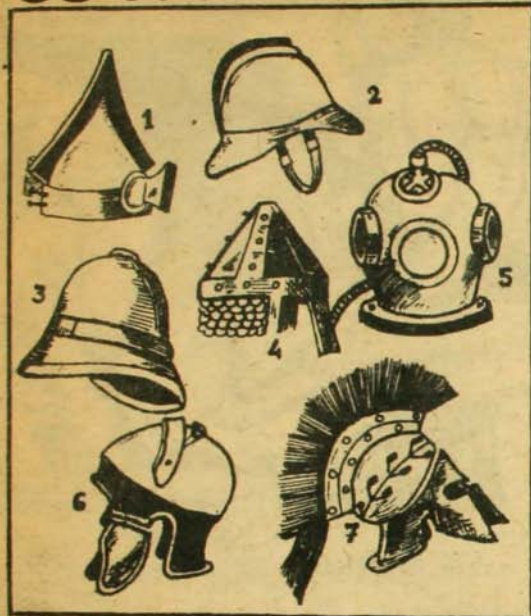


—¿Cómo engañaré a Sigfrido?
—rumiaba Nimo.



(CONTINUARA)

Concurso Semanal



Este concurso consiste en indicar cuál es el nombre que corresponde a cada casco. Envía tu respuesta a Revista Simbad, Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas sorteaemos premios por valor de UN MIL PESOS en dinero efectivo. Además los ESTUPENDOS REGALOS DE CASA GARCIA.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 205.—Simbad el Marino.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD: Octavio Flores, Chillán; Oriosto Rozas Talca; Yolanda Migueles Coronel; Manuel Olivares

Santiago; Mario Ortiz, Santiago; Rómulo Campos, Victoria. PREMIOS CASA GARCIA.—UN MICROSCOPIO: Raúl Mella, Santiago; UN TUBO HERRAMIENTAS: Luis Gimeno, Santiago. CON \$ 20.—Lucrecia Aguayo, Valparaíso; Adela Sepúlveda, Curicó; Victoria Pezoa, Santiago; Nelson Rojas, Valparaíso; Julio Ascuy Rengo; María Sepúlveda. Lontué; Hilda González, Coronel; Juan Contreras, Sewell; René Estay, Viña del Mar; Margot Angelbeck Lautaro. UN LAPICERO FUENTE: Fernando Madariaga, Coronel; Mauricio Poo, Collipulli. UN LAPIZ AUTOMATICO: Valeria Navarro, Lontué; Perpetuo Labra, San Javier. UN JUEGO LOTERIA Guillermo Pérez, Curicó. UN JUEGO LUDO: María Assunta Monti Concepción. UN LIBRO: Gonzalo Montes, Santiago; Eduardo Erazo, Santiago; Agustín Vargas, Valparaíso; Rafael Aguayo, Temuco; Graciela Espinoza, Linares; Matilde Sepúlveda, Santiago; Luis Sa-

las, Quillota; Hilda Soto, Santa Cruz; Isabel Salfate, Valparaíso; Manuel Oyarzo, Valparaíso. UN VITALMIN: Pablo Codecido, Santiago; Guillermo Pinto Rancagua; Luis Farrán, Santiago; Tomás y Roberto Balassa, Santiago; Alfonso Palazón, Santiago; Fernando Pradenas, Talcahuano; Ana Luisa García, Santiago; Jorge Arriaza, Santiago; Iván Neira, Santiago; María Carolina Barros Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** 23

SIMBAD N.º 207

Juan y Juanita



Manteniendo a Juan contra el suelo, el "capitano" rugió: —Ahora aprenderás a predicar, santurrón. ¿Conque no debo ser saltante ni llevar a mis amigos por el mal camino?" Con un gran esfuerzo, Juan lanzó a Lorenzo contra el muro y, levantándose, dijo: "—Eso es precisamente lo que quiero que aprendas".



Y luego aplicó sus puños, una y otra vez, con fuerza y rapidez. El burlón Giro y los demás muchachos veían atónitos cómo su "capitano" se tambaleaba como un muñeco de paja y luego lo vieron vencido, oyendo los persuasivos consejos de Juan: "—No debes seguir haciendo fechorías. Los malos son siempre castigados".

(CONTINUARA)

¡ LE ESCRIBIRÉ UNA CARTA
A MI PRIMA...



... Y ESTRENARÉ MI
LAPICERA NUEVA!



¡ PRIMERO LE
ECHARE TINTA!



¡ OH! MANCHE'
LA PARED!



¡ TENGO QUE ARREGLAR
ESTO ANTES QUE LO VEA
MI MAMY!



¡ UF, QUE CUESTA LIBRARSE
DE UNA PALIZA!



LA DONCELLA ROJA

SIMBAD

N.º 208



ELENA
ROIRIER

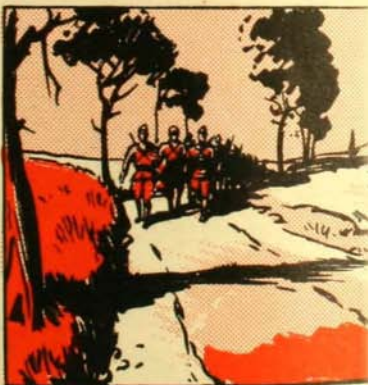
\$ 5.-

Juan y Juanita

CAPITULO XVIII.— LOS PEQUEÑOS GUERRILLEROS



1. El pequeño Tino Morgano, al ver que Juan vencía al “capitán” Lorenzo, gritó con orgullo: “—¡Ese es mi amigo!” El vencedor seguía dando consejos al descarriado jefe de la banda infantil: “—Ser malo sólo te traerá disgustos. Oyeme, Lorenzo...” En ese instante, una voz anunció: “—¡Vienen soldados!”



2. Ambos niños olvidaron el sermón y los golpes. Desde una lo ma observaron el camino y vieron avanzar una columna de soldados. Eran tropas de ocupación. Rechinando los dientes, Lorenzo murmuró: “—Muy bandido seré, pero quiero a mi patria y lucharé para sacudirle a esos moscardones. Tengo armas y...”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO IV — 26-VIII-1953 — N.º 208

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 208
Semestral: \$ 120
Extranjero:
Suscr. Anual: US. \$ 2,10
Semestral: US. \$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: US. \$ 0,20
Semestral: US. \$ 0,10



CAPITULO IV — *Golo jura venganza.*

Genoveva se despedía de Sigfrido, que marchaba a la guerra. Con el alma abrumada de tristes sentimientos, suspiró:

—¡Oh Sigfrido!... Si no regresaras...

—Queda confiada, no temas por mí —repuso el joven guerrero—. Mi administrador cuidará de ti, de mi hacienda y del condado. Desde hoy considérame como señor del castillo y de mi feudo. Adiós. Minutos después la hueste se ponía en marcha, resonaron los clarines y relampaguearon las espadas al fulgor de la aurora. Cuando los guerreros revestidos



Genoveva hilaba, rodeada de sus doncellas.

de hierro cruzaron el puente a galope tendido, retembló la tierra. Los días que siguieron fueron muy penosos para Genoveva. Pero no demostraba su tristeza ante los demás. Era frecuente verla en las aldehuelas que circundaban el castillo, ocupada de socorrer a los pobres, sin arredrarse por la aspereza de los caminos o la inclemencia del tiempo.

En las noches, hilaba rodeada de sus doncellas. Delante de Berta, a quien conocía desde su infancia, lloraba a veces, sin reprimir su desconsuelo.

Golo se enfurecía ante la nostalgia de Genoveva por el ausente. El montero Conrado, secuaz del intendente, observaba divertido la desazón de su amo.

Al anoecer, mientras la castellana y sus damas hacían labor, Golo y Conrado, en la estancia contigua, se distraían con juegos violentos.

Cierta vez, sentados uno frente al otro en una mesa, se turnaban para colocar la mano en la cubierta, mientras el contrario procuraba cogerlo de sorpresa, para atravesársela con un cuchillo. Caía el arma y la mano se retraía rápida para esquivar el golpe. Durante varios minutos continuaron en aquel sombrío pasatiempo, hasta que Golo, con un gesto de fastidio, lanzó el cuchillo sobre la mesa y dijo:

—Somos demasiado hábiles. Este juego no me divierte.

—Ya sé —replicó el montero, con sorna—. Ahora sólo te divierte suspirar.

—¿Qué quieres decir?

—He visto cómo miras a la condesa. Creo que pierdes el tiempo. Ella sólo piensa en Dios y en Sigfrido.

—No te burles, maldito. Yo lograré que en sus hermosos labios se cambie el nombre de Sigfrido por el de Golo. Necesito un ayudante para mis planes. Debe ser ciego, sordo y mudo. ¿Eres capaz de serlo, Conrado?

—Mudo, sí; pero ciego y sordo, depende —contestó el sicario.

—Ya hablaremos más adelante —finalizó el intendente.

Transcurría el tiempo y la tristeza de Genoveva se ahondaba. No había recibido mensaje alguno del conde. Ignoraba que sus propias cartas no salían del castillo. Eran leídas por Golo y rasgadas con furia.

Berta, que era muy observadora y sagaz, dijo un día a su señora.

—Os quejáis de no recibir contestación del conde a vuestras

cartas. Vos misma las entregáis a los emisarios. ¿Ellos van? Y si van, ¿vuelven?

—Es indudable que irán —declaró Genoveva, ingenuamente.

—Pues si van —insistió Berta—, de seguro no retornan. ¿Habéis visto volver a ninguno de los enviados?

La condesa, pensativa, decidió:

—Llama a Golo. Quiero saber si los mensajeros cumplen su misión.

No tardó en comparecer el administrador, que, inclinándose profundamente, inquirió, solícito:

—¿La señora necesita mis servicios?

—Quiero saber si ha llegado algún emisario del conde.

—No, señora —aseguró Golo—. Si hubiera llegado, vos habríais sido la primera en saberlo.

Golo y Conrado se dedicaban a un sombrío pasatiempo.





La tristeza de Genoveva se ahondaba.

—¿Ha partido ya el que envié hoy?

—Hace un instante, señora condesa.

—Cuando vuelva, dígale que deseo verlo.

—Perfectamente, señora. Sólo ansío complaceros.

Besó la mano de la joven y ella sintió desagrado, pero ocultó su repudio, para no ofenderlo. Si hubiera sido menos generosa y compasiva, no habría dado a Golo una falsa ilusión. El torpe meditaba:

“No me rechaza. He besado su mano, borrando la huella de los labios de Sigfrido. ¡Ah, necio sería si no siguiera luchando por conser-

var tal dicha. Genoveva, estás en mis redes y no podrás huir.” Un falso emisario se presentó más tarde a Genoveva y dijo que le había sido imposible atravesar el campamento guerrero. Se limitó a entregar la misiva a un escudero, quien la depositaría en manos de Sigfrido.

Golo estrechó cada vez más su acechanza en torno a la condesa, quien le encontraba siempre a su paso. En la capilla, le veía arrodillado en un reclinatorio vecino, contemplándola. Si subía a la torre, no tardaba en seguirla. Si iba al bosque, no lejos de ella pasaba Golo.

Dos o tres noches, Genoveva fué despertada por serenatas al pie de su ventana. Descubrió que era Golo el atrevido músico y desde entonces le trató con extremada frialdad.

Un día, sin embargo, apareció risueña, con el rostro animado de nueva vida. Radiante, gentil, tuvo frases cariñosas para cuantos le rodeaban, incluso para Golo. El intendente discurría:

“Tal vez olvidó a Sigfrido..., o recibió de él un mensaje por

algún conducto que yo no conozco... , o quizás mi presencia empieza a serle grata.”

Nadie sospechó la verdad. Genoveva sentía una nueva felicidad: iba a ser madre. Escribió al conde y su carta, como las demás, cayó en poder de Golo. Conrado vió cómo el semblante del hombre se contraía de furor y dijo, burlesco:

—No sólo esta carta os traigo. Hace unos instantes vi a Nelo, el poeta, salir de la cámara de la condesa y oí que ella decía: “Hasta mañana por la noche, a esta hora”.

—Eso es una cita —gruñó el intendente—. ¿Ahora resulta que me desprecia? Hablaré con ella, y si me rechaza...

—¿Qué harás?

—Morirá.

—Eres implacable —repuso Conrado, y se estremeció, aunque era un truhán.

Golo se dirigió de inmediato a la cámara de Genoveva, entrando sin solicitar permiso. La condesa, atónita por esa audacia, dijo:

—¿Qué pretendéis?

—Hablaros, señora, y deseo que me escuchéis.

La voz enronquecida aumentó el temor de Genoveva,

—Señora condesa —prosiguió Golo—, Genoveva... Genoveva... Desde el día que entrasteis a este castillo, vivo embrujado por vuestra belleza. Os adoro más, mucho más, que vos adoráis a Dios.

—No blasfeméis. Salid de aquí.

—¿Por qué sois fiel a Sigfrido? —rugió Golo—. El os ha olvidado. Ni siquiera contesta a vuestros mensajes.

—¡Salid!

Antes de cruzar el umbral, el intendente juró con odio:

—¡Me vengaré!

(CONTINUARA)

La voz enronquecida de Golo aumentó el temor de la condesa.





LA DONCELLA ROJA

CAPITULO V.— INDIOS CONTRA BLANCOS



1. El indio Nube Roja, que recorría las praderas simulando ser un inofensivo minero, transmitió a Mano Sinistra las órdenes de Yala, cruel reina de los sioux. El jefe de los indios arrapahoes salió a organizar la expedición y dejó a Nube Roja en su tienda. Este se disponía a comer y beber, cuando oyó disparos.

3. Al saber que Denis y Mary aún no habían sido secuestrados, rugió: "—¡Tú debías traerlos, pero necesitabas la ayuda de los arrapahoes! Ve con ellos y esta vez no regreses sin ellos". Ante aquella mirada de pantera sedienta de sangre, Nube Roja se deslizó con rapidez, como un ciervo que huye del zarpazo mortal.



2. "—¡Los rostros pálidos!", balbuceó el falso buscador de oro. Mano Sinistra le tranquilizó, diciendo: "—¿Sabe mi hermano quién está por llegar? ¡Yala a la cabeza de los sioux!" Minutos más tarde apareció una india que preguntó con acento implacable: "—¿Dónde están los hijos de Devandel, para matarlos?"

4. Mientras tanto, en el campamento de los blancos, Minehaha dió la alarma. Estaban rodeados de pécaris, especie de cerdos salvajes. Buscaron refugio en un árbol. Un rifle, al caer, se disparó solo y el rebaño se enfureció. "—¡Cuernos de búfalo! —gruñó John—. Estamos en una situación endiablada."



LA DONCELLA ROJA



5. "—¿Qué le sucede a esa pequeña víbora?", añadió John, al oír un grito de Minehaha, que estaba en las ramas altas. Harry subió y desde allí avizó una partida de guerreros indios que avanzaba por la pradera. "—Baja para que no nos delates, mi ángel de las tinieblas", invitó Harry a Minehaha.



6. Al oír los aullidos de los jinetes rojos, los pécaris se volvieron contra ellos. Entre los indios, John reconoció al falso minero. "—El canalla traidor —masculló—. Al advertir su ausencia en la mañana, creí que había salido a explorar. No esperaba verlo con esas carroñas. Ahora tiene que entenderse con los pécaris."



7. Los tres aventureros y su bella y sombría prisionera se alejaron, mientras los pieles rojas huían, amenazados por los colmillos de los cerdos salvajes. "—Hemos perdido los caballos —dijo John—. Tenemos que usar nuestras piernas, y lo más rápidamente posible, para llegar antes que... ¡Atención, nos siguen!"



8. Habían bordeado el río Weber, en veloz carrera. Harry aprisionaba entre sus dedos de acero la mano fina y morena de Minehaha. "—Corre, gacela", animaba el joven. Cuando John descubrió que eran perseguidos, se refugiaron en una caverna. "—Desde aquí rechazaremos el asalto", decidió.

(CONTINUARA)

LA LIEBRE BLANCA

(Cuento japonés)



En aquellos tiempos en que los animales hablaban, vivía en la provincia de Inaba una liebre blanca. Habitaba en el islote Oki, separado por el mar de la grande isla de Inaba.

La liebre tenía grandes deseos de ver aquella isla y cada día se sentaba en la playa, pensando en la manera de atravesar el océano.

Un día estaba, según costumbre, reflexionando junto al agua, cuando vió que un cocodrilo se acercaba nadando.

—¡Estoy de suerte! —se dijo la liebre—. Ahora podré cumplir mi deseo. Rogaré al cocodrilo que me lleve a la otra costa.

Pero no estaba segura de que el cocodrilo accediera y resolvió recurrir a una estratagema.

Llamó al cocodrilo y le dijo:

—¡Eh, señor Cocodrilo! ¿Verdad que hace un día magnífico?

El cocodrilo que había salido solo a tomar el sol, ya empezaba a aburrirse un poco, cuando la voz de la liebre rompió el silencio. No es, pues, de admirar que se acercase más a la orilla satisfecho de tener con quién hablar.

—No sé quién me llamaba hace un momento. ¿Era usted, señora Liebre? ¡Qué sola debe encontrarse usted aquí!

—No lo crea, no vivo sola —dijo la liebre—; pero he venido hasta aquí buscando un poco de esparcimiento. ¿Quiere que juguemos?

El cocodrilo salió del agua y los dos estuvieron jugando un rato por la arena. Entonces dijo la liebre:

—Señor Cocodrilo, usted vive en el mar y yo vivo en esta isla. No nos vemos con frecuencia y apenas sé nada de usted. Dígame: ¿sus compañeros son tan numerosos como los míos?

—¡Ya lo creo! ¡Hay más cocodrilos que liebres! ¿No lo comprende? Usted vive en un islote, mientras yo vivo en el mar que se extiende por todo el mundo, y si reúno todos los cocodrilos que viven en el mar, las liebres no se podrían comparar con nosotros. El cocodrilo estaba muy engreído, y la liebre; que se proponía burlarlo, díjole más familiarmente:

—¿Crees que te sería posible reunir suficientes cocodrilos para formar una hilera que llegara desde esta isla a Inaba?

—¡Claro que sería posible!

—Pruébalo, a ver —sugirió la liebre.

El cocodrilo, que era muy simple y no tenía la menor sospecha de que la liebre quería engañarlo, accedió y dijo:

—¡Espérame un momento! Iré a llamar a mis compañeros.

El cocodrilo se lanzó al agua y desapareció por algún tiempo. Entretanto, la liebre esperó con paciencia en la orilla. Por fin reapareció el cocodrilo, seguido de gran número de saurios.

—¡Mire, señora Liebre! —dijo—. Mis amigos no sólo formarían una fila desde aquí hasta Inaba. Hay suficientes para llegar hasta la China y hasta la India. ¿Ha visto alguna vez reunidos a tantos cocodrilos?

Entonces los anfibios se colocaron de modo que formaban un puente desde el islote hasta Inaba.

La liebre exclamó entonces:

—¡Magnífico! ¡No creía que fuese posible! ¡Ahora permitid que os cuente! Para no equivocarme, pasaré, con vuestro permiso, sobre vuestros lomos hasta la otra parte. ¡Tened, pues, la bondad de no moveros, pues podría caer al agua y me ahogaría!

La liebre saltó de un brinco al extraño puente que formaban los cocodrilos, contando mientras daba saltos de lomo en lomo.

—No os mováis, pues me sería imposible contaros. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Y así la sagaz liebre

La pobre liebre lloraba a lágrima viva.





cruzó el mar hasta la isla de Inaba. Y no contenta con ver satisfechos sus deseos, en vez de dar las gracias a los cocodrilos, se burló de ellos, diciendo:

—Necios cocodrilos, id con buen viento; ¡ya no os necesito!

Y hubiera escapado a todo correr, pero no le fué tan fácil, pues los cocodrilos, al comprender que se había burlado de ellos, se enfurecieron y resolvieron vengarse. Algunos corrieron tras ella y la cogieron, la rodearon y le arrancaron el pelo a mordiscos, sin oír los lamentos de la desgraciada, mientras le decían:

—¡Para que aprendas a burlarte!

Y cuando no le quedó ni un pelo, la arrojaron a la orilla, donde la pobre liebre se quedó llorando mientras los cocodrilos se alejaban riendo.

La liebre apenas podía moverse. No podía hacer otra cosa que permanecer quieta llorando por la desgracia que le había sobrevenido.

Entonces pasaron por allí unos hombres que parecían hijos del

Rey y viendo a la liebre llorando a lágrima viva, se detuvieron para preguntarle qué le sucedía.

La liebre levantó la cabeza y contestó:

—Los cocodrilos me castigaron, dejándome aquí abandonada y dolorida. Por eso lloro.

Uno de aquellos hombres tenía malos sentimientos, pero fingió compasión y dijo a la liebre:

—Me das pena. Si quieres probar, sé un remedio que curará tu cuerpo dolorido. Ve a bañarte en el mar y luego ponte donde haya viento. En seguida te crecerá el pelo y serás lo que antes eras.

Los hombres pasaron de largo y la liebre siguió el consejo del desconocido.

Pero apenas sopló el viento y se secó y endureció la piel, la sal aumentó su dolor de tal manera que cayó sobre la arena entre atroces tormentos y volvió a llorar a gritos.

Entonces pasó otro de los hijos del Rey con un saco grande a la espalda y al ver a la liebre, le preguntó por qué lloraba.

Pero la pobre liebre, recordando que la había engañado otro hombre muy parecido al que tenía delante, en vez de contestar, siguió llorando.

Aquel hombre tenía un buen corazón y, mirando a la liebre con ojos de lástima, le dijo:

La liebre blanca goza de gran fama.



—¡Pobrecilla! Veo que te han arrancado todo el pelo. ¿Quién puede haberte tratado con tanta crueldad?

Al oír la liebre aquellas palabras compasivas, quedó hondamente agradecida y contó cuanto había sucedido.

El hombre sintió una gran lástima al oír todo aquello y dijo a la liebre:

—Me apena mucho verte sufrir, pero tú tienes la culpa, por haberte burlado de los cocodrilos.

—Ya lo sé —contestó la afligida liebre—; estoy arrepentida y dispuesta a no engañar otra vez a nadie.

—Siendo así voy a darte un buen remedio —dijo el hombre—. Primero báñate en aquel estanque hasta que desaparezca la sal de tu piel. Luego coge algunas flores de *kaba* que crecen a la orilla del agua, espárcelas por el suelo y revuélcate sobre ellas. La liebre se apresuró a obedecer.

Con gran sorpresa vió que le crecía su hermoso pelaje blanco y que se calmaban y desaparecían como por encanto sus dolores. Delirante de gozo, la liebre corrió hacia el joven, y, arrodillándose, declaró:

—¿Cómo puedo recompensarte? ¿Quién eres?

—No soy un hijo del Rey, como tú crees. Soy un genio y me llamo Nushi —contestó el hombre—, y los que han pasado por aquí antes son mis hermanos. Han oído hablar de la Princesa del mar y van en busca de ella para pedirle que se case con uno de ellos. Pero en esta expedición yo no soy más que un criado; por eso voy cargado con este saco.

La liebre se humilló ante aquel genio, a quien muchos adoraban en aquellas tierras como a un dios.

—¡Oh! ¡No sabía que fueseis Nushi! Segura estoy de que la Princesa, en busca de la cual van tus hermanos, rehusará casarse con ninguno de ellos y te preferirá a ti por la bondad de tu corazón. Nushi se despidió del animal y aceleró su paso al alcance de sus hermanos. Los encontró cuando ya atravesaban el umbral del palacio de la Princesa.

Y como dijo la liebre, la Princesa no se dejó persuadir por ninguno de los hermanos y prefirió a Nushi, el bondadoso.

Así acaba el cuento. Nushi es adorado por la gente en muchas partes del Japón, como dios, y la liebre goza de gran fama como "La Liebre Blanca de Nushi". Pero nadie sabe qué fué de los cocodrilos.

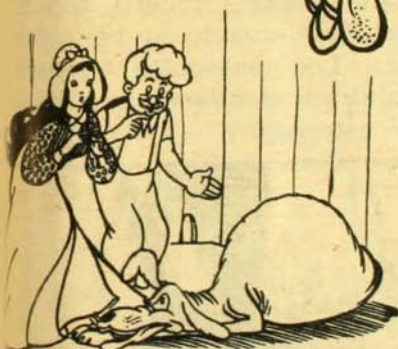
PUNTITO



Papá Nabo decidió matar al lobo que se había tragado a Puntito. —Papá, estoy muy aburrido aquí adentro—decía el niño.



—No falles el golpe—seguía gritando Puntito. Su padre le respondió: —Ahí va el hachazo. ¡Apártate!



Con aquel tratamiento, el lobo perdió la vida. —Muy bien, papá—aplaudió Puntito.



Luego papá Nabo estudió la manera de rescatar a su hijito, sin hacerle daño. —Avisame dónde estás, Puntito—decía al niño.



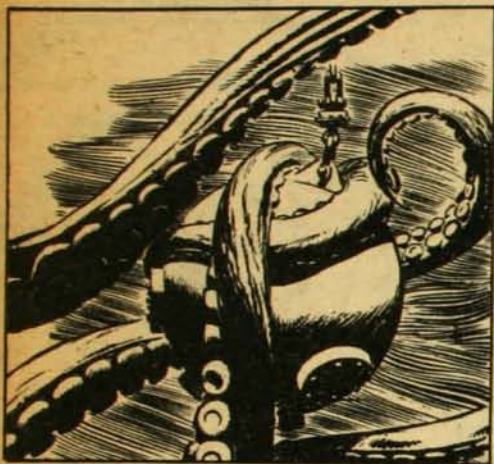
—¡Papá! ¡Mamá!—exclamó Puntito cuando por fin pudo ver a su bella mamá Cereza y al buen papá Nabo.

(CONCLUIRA)



LOS HOMBRES-PECES

CAPITULO II RAZA MARINA



1. El grupo de audaces formado por Luis Baner, Roberto Linen, Mabel y Yara exploraba el fondo del mar cuando la batisfera fué atrapada por un pulpo gigantesco. Los tentáculos viscosos arrastraban a la máquina hacia los abismos donde el monstruo tenía su guarida. De pronto el mar se estremeció.



2. Una poderosa descarga eléctrica recorrió la superficie de la batisfera, pero el pulpo no abandonó su presa. A través de la ventana, Roberto vió las enormes ventosas. "—Es inútil seguir con las descargas", observó. Mabel gritó por el dictáfono: "—¡Luis, sube!" El joven, que estaba en el hidroavión, tomó altura.



3. Por un instante, el joven piloto creyó que no lograría dominar aquella fuerza desconocida. Por fin logró sacar a flote la batisfera y la remolcó hacia la costa. "—¡Un hombre-peze!", exclamó al ver que, enredado a la cadena, venía un extraño ser, que murió asfixiado por el aire, como un pez fuera del agua.



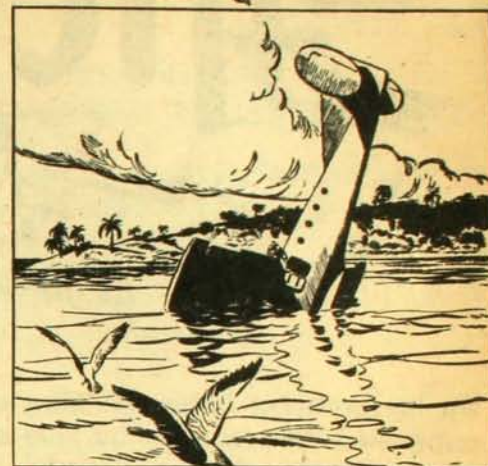
4. "—El naufrago que murió hace unos días, mencionó a los hombres-peces —murmuró Luis—. Creí que deliraba, a causa de la fiebre. No sospeché que decía la verdad." En ese instante un misterioso submarino lanzó al litoral unas bombas que, al estallar, esparcieron una densa bruma. Silenciosos hombres desembarcaron.



LOS HOMBRES-PECES



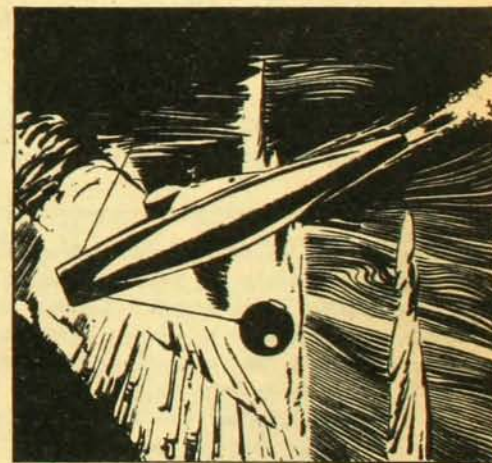
5. Cuando la bruma se desvaneció, los exploradores descubrieron que el cuerpo del hombre-pez había desaparecido. "—Se llevaron al único ejemplar que conocemos de una raza marina —señaló Roberto—. Buscaremos a los demás." Todos estuvieron de acuerdo y el hidroavión sostuvo a la batisfera en aquella búsqueda.



7. Mabel informó al piloto del hidroavión: "—Los hombres-peces nos atacan. Les fotografiamos a través de la portilla y..." Luis Baner nunca supo cómo terminaba el mensaje. El hidroavión, atraído por una fuerza irresistible, se sumergió en el mar. Luis logró abandonar la cabina y, desde el fuselaje, saltó al agua.



6. Desde la profundidad del mar, los temerarios tripulantes anunciaban a Luis Baner: "—Mil quinientos metros... Nada extraordinario. Dos mil metros, no hay novedad..." Pero desde un submarino oculto en una roca eran espiados. Y de pronto, un cardumen de hombres-peces se lanzó al ataque.



8. Nadó hacia la playa y presenció el naufragio de la nave aérea. "—¿Qué ha sucedido? —exclamó—. ¿Cómo rescataré a mis amigos?" Mientras tanto, en el abismo verde, la batisfera era llevada por un cohete submarino. "—¿Hacia dónde nos conducen?", balbuceó Yara. Mabel intentó sonreír y Roberto guardó silencio.

(CONTINUARA)



Aicha

CAPITULO VI.—El guerrero desconocido.

En las primeras horas del alba amainó la tempestad de arena. Aicha, que se mantuvo replegada contra el suelo, protegida por la cabra Blanquita, se incorporó cautelosamente. Sus ojos ardían y su garganta estaba seca. Al erguirse, la arena rodó de su vestido y sus trenzas. La cabra baló, con tímida alegría. El huracán había pasado.

—Alá nos ha protegido —murmuró Aicha.

El estar a salvo era un verdadero milagro. En la distancia se perdía la obscura nube que recorrió el desierto con un hálite mortal.

Aicha sacudió el pelaje de la cabra, recargado de arena y limpio sus párpados, para que los granos no se incrustaran en los ojos.

RESUMEN: Mohamed, su esposa Fátima y su hija Aicha atraviesan el desierto. El árabe se siente amargado porque perdió a sus tres hijos varones. Aicha se demuestra ansiosa por ayudar a su padre y suavizar su tristeza. Mohamed se siente complacido por esa filial ternura, pero cada vez que mira los tatuajes azules marcados en la frente y en el mentón de la niña su mirada se ensombrece. Mohamed regala a su hija la camella "Riha". Unos jinetes desconocidos persiguen a la familia de pastores nómades. Son tuaregs, bandidos del desierto, que roban los camellos de Mohamed. Sólo dejan el ganado menor y el viejo camello Chibani, que muere de tristeza al verse apartado de sus compañeros. Mohamed decide partir. Pero Aicha le convence de que debe ser ella quien intente recuperar a los camellos. Emprende la marcha, acompañada de una cabra. Les sorprende el simún, viento del desierto que causa un terrible huracán.

del fiel animal. Luego se dispuso a reemprender el camino. Sólo entonces advirtió que la tempestad había borrado las huellas. Aparecía la superficie tersa, marcada sólo por las ondulaciones que imprimió el paso del viento.

—El rastro de mis camellos... , el trazo de Riha —gimió Aicha. No podía seguir rastreando a los tuaregs que robaron la tropilla del beduino Mohamed.

Con intenso desconsuelo contempló la arena pulida. Y luego las lágrimas le impidieron verla. La afligida niña se cubrió el rostro con las manos y permaneció abrumada por la desesperación.

Cuando recobró la calma, observó el horizonte, buscando el rumbo que debía seguir. El huracán había cambiado totalmente el panorama. Limó las dunas, arrasó las crestas de arena y cubrió las hondonadas.

Decidió reanudar la marcha, confiada al azar.

* * *

La tormenta sacudió rudamente la tienda. Así lo demostraban sus maderas quebradas y la tela rasgada. Y en ella se cobijaba un hombre pálido de ansiedad. Crispaba sus manos con impotente cólera.

—No debió partir —decía—. No debió irse sola. ¿Por qué no me

—Alá nos na protegido —murmuró Aicha.



negué terminantemente a su idea? Cuando me confió su propósito, guardé silencio. Tendría que haber gritado no y no mil veces. Aquel hombre angustiado era Mohamed. Fátima le miraba silenciosa.

—¡Oh Fátima!, ¿por qué no la oíste cuando ella se levantó? Ninguna palabra brotó de los labios de la beduina. Y ningún gesto animó sus facciones pasivas. No había llorado, ni prorrumpió en lamentaciones. El dolor parecía haber detenido hasta el pulso de sus venas.

Mohamed sufría aún más al mirarla.
“¿Cómo podrá subsistir? No puede hacer que brote la hierba de las rocas, o que surja el agua, o que una cabra tenga la resistencia de un camello —reflexionaba acongojado—. Y para mayor desgracia, viene el simún a devastar el desierto.”

* * *

20%

DE DESCUENTO

sobre cualquiera suscripción anual.

Sólo por **\$ 208.-** neto,

podrá recibir en su casa la revista **SIMBAD**

En otro lugar del Sahara, a una distancia que sólo puede apreciar el ojo avizor del buitre solitario, que planea a gran altura, había acampado un grupo de jinetes, con una treintena de camellos.

También soportaron la violencia del huracán. Los camellos, de rodillas, replegados contra el suelo, permanecieron como un solo cuerpo dotado de numerosas jorobas, mientras la arena se deslizaba entre ellos.

Los camellos robados a Mohamed se habían agregado a los dromedarios. No tardaron en comprenderse, luego de los primeros mugidos

Cúbrase de los posibles aumentos de precio de las revistas, mandando ahora cheque cruzado a nombre de la Empresa. Llène el cupón adjunto.

Cupón

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Adjunto envío cheque cruzado por la cantidad de \$
..... por una suscripción anual de

NOMBRE

CUIDAD CALLE

CASILLA



La tempestad destruyó la tienda de Mahomed.

de buena acogida o de sorpresa. A veces los recién llegados gemían, evocando a Chibani, el viejo camello que no les siguió. Y Riha se lamentaba, recordan-

do a su amita Aicha. El pastor encargado de las bestias no se explicaba la nostalgia de aquel grito.

—¿Qué le sucede a esta camella? —cavilaba—. Es la última en acudir cuando reuno a la tropilla. Y mira con insistencia hacia el horizonte. A veces tengo que golpearla para que me siga de regreso al campamento, desde el campo de pastoreo. Y cuando emprendemos la marcha, también se resiste. Espera algo, es indudable, pero ¿qué?

* * *

Aicha caminaba desorientada por aquel paraje monótono, que sólo presentaba la extensión de arena y las dunas que parecían las olas inmóviles de un inmenso mar.

Una tarde el paisaje cambió. Aicha avanzaba por una región pedregosa. Más adelante hallaron altas rocas, franquearon un desfiladero y de pronto un muro les cerró el paso. Aicha sólo vaciló un instante. Después emprendió el ascenso, precedida por la cabra Blanquita, que saltaba gozosa entre las piedras. La bajada fué más difícil y arriesgada. Pero el rumiante asentaba sus pezuñas con tal seguridad y calma, que Aicha se sintió animada por su ejemplo y descendió sin temor.

Caminaron luego por una estrecha garganta de roca, desembocando en una especie de circo. La mirada de Aicha recorrió la mu-

ralla circular, en la cual no se distinguía brecha ni paso alguno. En el cielo, a inmensa altura, volaba un buitre.

Aquel era un presagio de muerte y Aicha se estremeció.

—¡Huyamos! —exclamó—. ¡Huyamos pronto!

Mas, ¿por dónde huir? La niña procuraba hallar un sendero cuando percibió un aullido. Blanquita empezó a temblar convulsivamente.

—¡El *dib!* (El chacal) —balbuceó Aicha.

No sólo era un chacal, sino una manada. Avanzaron con cautela. A pesar de la distancia que la separaba de ellos, un centenar de metros, Aicha advirtió sus flancos sumidos, el relieve de las costillas. Habían estado privados de alimento por largo tiempo. Sin duda las hambrientas bestias se decidirían a atacar.

Aicha actuó con rapidez. Empujó a la cabra por una brecha angosta por donde apenas cabía, y luego se introdujo ella, cubriéndose con sus ropas, incluso la cabeza.

Los chacales se aproximaron, deteniéndose sorprendidos ante aquel ser jamás visto, sin rostro, sin manos ni pies. Aicha sabía que aquella actitud indecisa sería de breve duración. Bajo el manto que la cubría, oprimió con fuerza el bastón de leña seca. Hasta ese instante le sirvió para apoyarse en él durante la caminata cuando el cansancio la dominaba. Ahora lo utilizaría para defender su vida.

Un chacal avanzó su zarpa a fin de tentar aquella figura inmóvil. El olfato le anunció que se trataba de un ser vivo. La garra se extendió con mayor audacia, los ojos se encendieron y las fauces se abrieron, famélicas y ansiosas. En el mismo instante, veloz como el relámpago, Aicha alargó el brazo y le hundió el bastón en la garganta. La bestia aulló de dolor y se retiró, procurando librarse de aquella lanza que le había causado una herida profunda. Se revolcó en el suelo, aullando. Luego Aicha presenció una escena horrible. Los demás chacales se abalanzaron sobre el herido y le dieron muerte a dentelladas, para devorarlo. Después de aquel festín, la manada se dispersó.

Aicha abandonó su refugio.

—Estamos salvadas, Blanquita —susurró, temblando aún.

Se extrañó de que la horda desapareciera tan rápidamente. Y de

*Estupendos premios de aniversario
en el N° 209 de "Simbad"*

Aicha vió una manada de chacales.



pronto, comprendió que algo la había espantado. Intuyendo una presencia extraña, se volvió y descubrió a un personaje que se erguía silencioso. Estaba armado de una lanza gigantesca. Un gran escudo de antílope reposaba en la arena. El semblante del desconocido estaba cubierto por un denso velo y sólo sus ojos quedaban visibles.

La elevada estatura de aquel guerrero era impresionante. Se mantenía rígido e inanimado como una estatua.

—¡Alá te bendiga! —susurró la niña beduína.

El hombre continuó inmóvil. Ella pronunció, vacilante, sin saber si aquel desconocido era un enemigo o un aliado:

—Mi nombre es Aicha. ¿Quién eres tú?

—Soy Atkarra —contestó él, simplemente, sin inclinarse, sin abandonar su lanza ni desviar el gran escudo que cubría su cuerpo hasta la cintura.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡FÍJATE QUE EN EL PUEBLO
HAY UNA SASTRERÍA QUE
VENDE TRAJES CON FACILIDA-
DES DE PAGO!



¡QUE BUENO,
ME COMPRARÉ
UNO!



¡ABUELITA! ¿ME DA PERMI-
SO PARA IR AL PUEBLO A
COMPRARME
UN TRAJE?



¿Y DE DONDE VAS A
SACAR PLATA?



¡DICE PATOCO QUE NO SE
NECESITA LLEVAR
PLATA!



¿Y PARA QUE LLEVAS
ESA MULETA?



¡PARA VENIRME! ¿NO VÉ QUE PARA
QUE ME ENTREGUEN EL TERNO TENGO
QUE DAR UN PIE?...



La espada de Sigfrido



CAPITULO VIII.—*La profecía de Wotan.*

Después que Alberico, el rey de los nibelungos, indicó a Sigfrido cuál sería su primera proeza, desapareció.

El doncel ordenó a Nimo que encendiera la fragua, para soldar la espada dividida en dos por la furia del dios Wotan. Cuando el fuego se elevó, Sigfrido, viendo la mirada codiciosa del enano, le dijo:

—Empieza a trabajar, herrero.

Nimo se precipitó sobre la Balmunga, y luego de calentarla al rojo, la batió con el martillo sobre el yunque. Sus desenfrenados esfuerzos resultaron inútiles. El acero no se unía y la espada continuaba inservible.

—Empieza a trabajar, herrero.



—Iré a buscar más leña —decidió Sigfrido. Al quedar solo, Nimo reforzó sus golpes. El sudor brotaba de su frente, rodando hasta su inculta barba. Gruñía y transpiraba. El fuego empezó a chamuscarle el largo cabello y se vió obligado a abandonar el martillo, para apagar aquel incendio de sus greñas. Luego volvió a asestar



Nimo redobló sus esfuerzos.



Una mano cayó sobre el hombro del enano.

furibundos martillazos. De pronto una mano cayó sobre su hombro. Se volvió a mirar quién interrumpía su faena y vio la mano solitaria, sin cuerpo. De los dedos inánoviles parecía emanar una fuerza poderosa.

Nimo, temblando de terror, cerró los ojos. Cuando los abrió, porque el silencio lo ahogaba y quería saber en qué terminaba todo aquello, pensó que el humo de la fragua había formado la silueta gigantesca erguida frente a él. Humo negro y flotante la capa y el parche que le cubría el ojo; grises las manos y el rostro; volutas blancas la barba y humo rojizo la pupila izquierda.

—¡Wotan! —balbuceó Nimo, aterrorizado.

—Deja esa espada, Nimo —ordenó el dios—. No eres tú quién debe forjarla.

—¿Quién, entonces? —gimió el enano—. Para mí, los metales no tienen secretos y el fuego se humilla bajo mis manos. Yo...

El anciano lo interrumpió:

—¡Wotan! —balbuceó Nimo, aterrorizado.





—No eres tú quien debe forjar la Balmunda —dijo el dios.

—No mientas. ¿Has podido descifrar acaso el enigma de esta espada o dominar el fuego que te quemó? La Balmunga tiene que ser forjada por un descendiente de los lobos, la raza combativa y audaz, que no murió con Sigemundo. Sabes que me refiero a Sigfrido. No intentes oponerte a él.

Sigfrido, que regresaba con un haz de leña, se detuvo en el umbral y observó al misterioso anciano. Nimo, de rodillas en el suelo, se retorcía, debatiéndose como un reptil débil y lloroso, que intenta librarse del pie que lo aplasta.

—Yo puedo..., yo forjaré la Balmunga y...

Sus palabras se perdieron en el vacío. Wotan se había desvanecido. Sigfrido avanzó y, cogiendo la Balmunga, la sometió al calor de la fragua y unió los dos pedazos de la hoja. Luego probó el filo con un golpe formidable y el yunque se dividió en dos.

—¿Ves, Nimo? —gritó con voz triunfal—. La Balmunga vuelve a ser la espada invencible. Mañana, cuando despunte el alba, iré a la Selva Encantada, para enfrentarme con el dragón Fafner y le arrebataré el tesoro de los nibelungos.

Sigfrido forjó la espada invencible.



Nimo farfulló algunas palabras. Quizás una maldición. Sigfrido, sonriendo, colocó su mano sobre el hombro del herrero y percibió su temblor.

—N i m o, no rabies — aconsejó, sin advertir el reverdecer de la envidia en aquel rostro—. Todo sucederá como debe ser. Alberico, el rey de los nibelungos, me señaló el camino hacia el tesoro y tú debes acatar su voluntad.

“Doncel idiota — caviló Nimo—. Alberico piensa traicionarte. Y seré yo quién te engañe primero.”

—Es hora de dormir, Nimo — indicó Sigfrido.

Cansado, se tendió sobre la piel y pronto se sumió en profundo sueño.

Pero Nimo no dormía.

—El tesoro de los nibelungos no será tuyo — juró—. No tengo fuerzas para vencerte, pero poseo astucia.

(CONTINUARA)

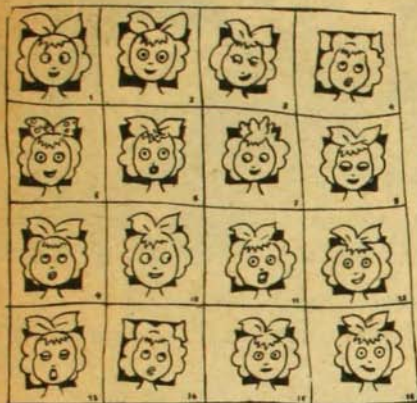


La espada partió en dos el yunque.

El héroe dormía y Nimo cavilaba en su venganza.



Concurso Semanal



Entre las cabezas que aparecen en el grabado, hay dos que son idénticas. Para encontrarlas, tienes que prestar mucha atención. Observa todos los dibujos detenidamente, y las descubrirás. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 206.— Pera, Inés, Negar, Orquesta, Carlos, Crin, Herrero, Idioma, Ogro.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD: Ricardo Guíñez, Chillán; Berta Reichard, Malloco; Cristina Quintanilla, San Antonio; Salvador Gar-

te, Quintero; Rosa Rojo, Santiago; María Simic, San Bernardo. **GRAN PREMIO CASA GARCIA: UN TUBO HERRAMIENTAS:** René Becas, Temuco. **UN SACAPUNTAS.** Magaly Zúñiga, Santiago; Guillermo Quezada, Santiago; Walter Ledermann, Santiago; Guíñez Olivares, Santiago. **UN LAPIZ Y DOS GOMAS:** Alejandro Gómez, Santiago. **UNA PALETA ACUARELAS:** Mario Lorenzini, Quilpué; Perla Zapata, Chillán, Celia Olivares, Linares; Cecilia Reyes, Rancagua; Osvaldo Urrutia, Linares; Sergio Salazar, San Carlos; Ricardo Pérez, Valparaíso; Carmen Correa, Viña del Mar; Silvia Erdmannsdorfer, Santiago; Teresa Casas, Santa Cruz. **UN LIBRO:** Ismael Correa, Curicó; Justo Prado, Lanco; Carlos Virgilio, Temuco; Eugenio Carreño, Concepción; René Estay, Viña del Mar; Hernán Zelada, Quilpué; Brígida Sánchez, Santiago; Jorge Navarrete, San Bernardo; Juan Pradenas, Talcahuano; Raúl Osorio, Quilpué. **UN VITALMIN:** Patricia Méndez, Chillán; José Manuel Sierra, Angol; Jaime Opazo, Nancagua; Nancy Lillian Largo, Rengo; Vivian Stephens, Viña del Mar; Adolfo Villalón, Villa Alemana; Patricia Durán, Graneros; Rudecindo Borques, Rancagua; Miguel Yáñez, Santiago; Gladys Tobar, Talagante.





Juan y Juanita



3. "—...y un amigo más que te ayudará, Lorenzo", terminó Juan. Ambos niños se estrecharon la mano, y luego el "capitán" y su nuevo lugarteniente organizaron la defensa de la cabaña. Juan escudriñaba el camino y Juanita se reunió con él. "—Son muchos soldados —balbuceó—. ¿Crees que podremos combatirlos?"



4. "—Tal vez sí, Juanita. Lorenzo encontró en sus andanzas un arsenal abandonado y trajo aquí las armas." Dispuesta la defensa, los ocupantes de la choza aguardaron con ansiedad, en completo silencio. "—Esa casa parece deshabitada —observó el comandante enemigo—. Pero preparen los fusiles."

(CONTINUARA)

¡PELUSITA, YA ESTÁ SERVIDO EL ALMUERZO!



¡MAMY, NO ME PUEDO COMER ESTE PEDAZO DE ASADO!



¡ESTÁ DURO COMO SUELA!



¡DÁSELO AL PERRO!



¡EL PERRO TAMPOCO LO QUIERE!



¿LO DEJO EN EL PLATO PARA MI PAPA?

